



HILVANES y

Contrabando

Elena Barques



Hilvanes y contrabando

Elena Bargues



Primera edición en digital: Octubre 2018

Título Original: Hilvanes y contrabando

©Mariah Evans 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Sergey Pristyazhnyuk, ©Juriskraulis

Diseño de portada: Isla Books

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Portsmouth, abril de 1876.

Era noche cerrada y, en los muelles de Portsmouth, la humedad marina se dejaba sentir. Pablo levantó las solapas del pardo chaquetón de marino y se caló la gorra hasta las orejas, tanto para paliar el frío como para ocultar los rasgos de la cara. Apoyado en unos fardos que aguardaban el embarque, observaba el movimiento de un paquebote de vapor que se haría a la mar con la aurora. El chacoloteo de los caballos de tiro de un carruaje lo pusieron sobre aviso de la llegada de alguien importante, seguramente el cabecilla que se enriquecía con el contrabando. Quiso la mala suerte que uno de los marinos del paquebote llegara al mismo tiempo, justo el que podía identificarlo porque unos días antes lo había emborrachado para sonsacarle la información sobre la carga y la ruta. Había sido un necio por no disfrazarse para la ocasión. Lo único que llegó a vislumbrar del personaje del coche fue una mano blanca y recia que se apoyaba en la portezuela y, en uno de sus dedos, un curioso anillo que representaba a una serpiente enroscada. Se dio la media vuelta y apresuró el paso para alejarse del lugar; sin

embargo, no estuvo lo suficientemente hábil, pues el oficial de la nao lo reconoció y dio la voz de alarma.

Echó a correr esquivando bultos, cestos, barriles y demás bastimentos acumulados sobre el muelle, pero los marinos eran más rápidos que él. El pensamiento de tirarse al agua lo desechó ante la visión de estercolero que ofrecía el muelle a plena luz del día. La solución se la ofreció un bergantín que dormitaba amarrado a un noray de hierro. Miró hacia atrás y apretó la carrera para sacar un poco de ventaja que le permitiera la maniobra que había esbozado en la mente. Cogió un bulto a su paso y se tiró sobre el cabo de amarre de la nave al tiempo que dejaba caer el fardo, que sonó con el chasquido característico de un cuerpo al chocar con el agua y, aguantando su propio peso con las manos, se aproximó al muelle de madera y se introdujo entre los pilares mohosos y verdinegros. La viscosidad del tacto y el hedor que despedía el agua estancada bajo los pies casi lo obligaron a vomitar. Los puertos no eran el lugar idóneo para darse un chapuzón. Desde los barcos se arrojaba todo tipo de basura y de heces acumuladas en los fondos, se meaba y defecaba; y desde tierra se tiraba la comida en mal estado. Aquello flotaba y fermentaba con los rayos de sol, regalando un perfume nauseabundo a los trabajadores de los muelles.

A pesar del grosor de los troncos, oyó los pasos de los marineros a la carrera. Se detuvieron en el lugar donde tiró el fardo y lo iluminaron con el farol que llevaban.

Aguantó la respiración cuando comprobó que el haz de luz se desplazaba sobre la negra superficie del mar. Las risas y los comentarios soeces se aproximaron hacia el bergantín junto al que se hallaba escondido, despertaron al que se encontraba de guardia y mantuvieron una breve charla de la que no obtuvieron información sobre su paradero. Escuchó imprecaciones y llamadas hasta que los hombres se retiraron. No obstante, por fortuna, aguardó un rato más: la brasa de un cigarro delató a la persona que habían dejado inspeccionando el lugar.

A Pablo le castañeaban los dientes a causa de la humedad que se filtraba por la ropa y le llegaba al hueso. Sintió que algo correteaba por los pies y lanzó una patada con el buen tino de que una rata salió despedida al agua. La endiablada se sumergió casi sin ruido, acostumbrada al mar. Un silbido rasgó el silencio nocturno y el vigilante se movió de regreso al paquebote. En cuanto largaron amarras, se aventuró a salir del escondite. Se aferró al cabo del bergantín y por él trepó al muelle. Aterido de frío y con el fétido olor metido en la nariz, se

encaminó a su alojamiento.

Abrió la puerta de la habitación de la fonda en la que se hospedaba, y el instinto, atrofiado por la humedad, le dijo que no estaba solo. El resoplar sonoro y rítmico de un hombre dormido sobre su cama le arrancó una sonrisa. La presencia de Roque significaba que regresaba a casa y nada le complacía tanto en ese instante.

1

Santander, abril de 1876.

El patache de dos palos navegaba marinero. Con las velas henchidas y el viento de popa, el tajamar rasgaba las aguas que levantaban espuma blanca. Atrás quedaban la isla de Wight y el puerto de Portsmouth.

Prestó atención de nuevo a las jarcias y a las velas. El viento era del nordeste por lo que soplaba con cierta fuerza y despejaba el cielo de nubes. El patache, aunque viejo, mantenía orgulloso el rumbo y se deslizaba, agradecido, a buena velocidad. A Pablo Torres le apasionaba el mar y era un romántico de los veleros. Comprendía la utilidad de los nuevos vapores, más grandes y con mayor capacidad, por no mencionar la independencia al no someterse al capricho de los vientos. El vapor había supuesto un cambio en las costumbres marineras, la muerte de algunos puertos que carecían de calado para semejantes monstruos de hierro y la riqueza para otros.

Su amigo, Roque Alvear, a quien encontró dormido en su habitación en Portsmouth, capitaneaba la belleza de madera y lona que pertenecía a la naviera de los Torres, para quienes trabajaba. Se habían iniciado juntos en los asuntos de la mar. Después del colegio, se matricularon en la Escuela de Náutica y Dibujo y, si su hermano Manuel, que era el primogénito y el heredero, no hubiera fallecido de tuberculosis, sería capitán de uno de los vapores de la compañía familiar. Por el contrario, había pasado un año de formación en Inglaterra porque su padre conocía al consignatario de la naviera *Pacific*, don Carlos Saint Martin, que había abierto las oficinas en el Muelle Nuevo, cerca de las de su familia, y había arreglado satisfactoriamente que concluyese los estudios en tan prestigiosa empresa en Portsmouth.

Descuidado del velamen por un buen rato, Pablo se agarró a un obenque con una mano y con el brazo libre se apoyó sobre el pasamanos de la aleta de estribor.

—¿Qué tal la vida en la Pérfida Albión? —preguntó Roque, acodándose a su lado.

—Aburrida. Si no llega a ser por mi doble vida, me habría vuelto loco. Cuando terminaba mi horario en la *Pacific*, me daba una vuelta por los muelles, vestido con la chaqueta de paño pardo y unos pantalones holgados de marino, para no llamar la atención. Me he relacionado con capitanes y oficiales de los barcos que fondeaban, que son los que conocen las rutas, los puertos y qué mercancías se cotizan más. Son pozos sin fondo de sabiduría marinera y comercial.

—El gobernador civil ha alquilado el barco y la tripulación para ir a buscarte, pero tu familia no sabe nada. ¿Qué sucede? ¿Es grave?

—El cabecilla es español.

Recorrió con la vista la cubierta en la que haraganeaban los marineros. El Chepa, pendiente del timón, mordisqueaba una manzana distraídamente a la vez que mantenía el rumbo. El Niño y el Bolo charlaban sentados sobre un cabo adujado en la amura de babor y las palabras se las llevaba el viento. A todos los conocía de los muelles santanderinos, hijos de pescadores, raqueros de muelle y playa, gente de la mar, de piel gruesa y curtida, ademanes rudos y leales, serios e inclinados a la chanza, de corazones entregados a la sal en la que se bañaban, dispuestos a emborracharse y a usar los puños por cualquier injuria. Completaban los escasos ingresos que obtenían de la venta de la pesca con servicios a la naviera de su familia: acercaban pasaje y correo de los vapores al muelle o llevaban avisos.

El Chepa era el mayor, aparentaba cuarenta, pero Pablo recordaba la edad que aparecía en los ficheros de la Compañía, treinta y cuatro. Cargado de hombros, de ahí el apodo, era ancho de espaldas y nervudo, de brazos desarrollados y manos grandes en comparación con las piernas, era un hombre hecho al remo, aunque a Pablo y a sus amigos les constaba que el hombretón era cabal y escondía un gran corazón. El Niño y el Bolo lo acompañaban en la barca cuando salían a pescar. Eran muy jóvenes y revoltosos y el Chepa se propuso encauzarlos sacándolos de la calle, los cobijó bajo su techo y los metió en el mar, a bregar como hombres y a aprender el oficio. El cómo había librado a los chicos de los sorteos para engrosar el ejército de Cuba o las líneas alfonsinas frente a los carlistas era un secreto celosamente guardado, así como su relación con la dueña de una tasca, la Trini. Él nunca aireaba las intimidades.

—Ellos no hablarán. Te respetan más a ti que a tu padre —susurró Roque con una mueca que semejaba una sonrisa.

—Creo que es el que causó la muerte del capitán Matías Pérez.

El capitán Pérez era un hombre cercano a la cincuentena, corpulento y tallado por el mar, al que había dedicado la vida, incluso a costa de renunciar a formar una familia. La suplió con los marineros bajo su mando y con ellos, dos chicos inquietos y metidos en líos. Pablo lo recordaba como un hombre serio, sobrio y responsable, a pesar de la apariencia corsaria: aro en la oreja, pelo largo recogido en una coleta y una par de cicatrices, recuerdos de trifulcas juveniles. Las arrugas y la piel curtida daban testimonio de los años vividos.

Una noche, en el muelle de Portsmouth, hacía más de un año, a Matías le sorprendió la muerte. La única fortuna de tan ignominioso suceso fue que a los asesinos no les dio tiempo a deshacerse del cuerpo y lo encontró la propia tripulación de regreso al barco. Pudieron darle tierra en su villa natal y las pertenencias terminaron en las oficinas de la naviera. Gracias a eso, Roque y él se enteraron de que no había sido un hecho aleatorio, sino un asesinato planeado.

La edad lo iba haciendo olvidadizo y Matías Pérez acostumbraba a apuntar lo importante en una libreta. Una serie de notas hacían referencia a un capitán amigo que le había propuesto un succulento negocio: el contrabando. Debía limitarse a mirar para otro lado y no verificar la carga. Roque y él iniciaron un discreto interrogatorio, entre vinos y risas, a la tripulación y lo único que lograron averiguar fue que, en los últimos meses, se había vuelto muy quisquilloso con el control de la carga, la cual repasaba constantemente, y había reforzado las guardias. Los oficiales a su cargo desvelaron que había cambiado y era más desconfiado y reservado y había perdido la alegría que lo caracterizaba.

Roque, por su parte, indagó entre la gente del oficio y siempre topaba con la misma palabra: contrabando. Fue entonces cuando Pablo tomó la decisión de liberar a los capitanes de la compañía familiar de la presión de los contrabandistas y se presentó con una denuncia en la boca ante el gobernador civil, quien le propuso trabajar para el gobierno para resolver el caso.

—Lo que no entiendo es por qué te has ofrecido para ejercer de espía. Es peligroso —amonestó Roque.

—Sólo yo, como conocedor del entramado de las navieras, tengo alguna posibilidad de desmontar una red tan compleja.

Entre la enfermedad de Manuel y las discusiones con su padre por las

algaradas a pedradas, las escapadas nocturnas para irse de pesca con el Chepa y un sinfín de locuras más, la vida de Pablo no había sido un lecho de algodón. No obstante su mal comportamiento, mostró una lucidez para los estudios fuera de lo común y a los veinte años hablaba inglés y francés como un nativo y dominaba los entresijos de la navegación y el cálculo.

—Además, la formación paralela y clandestina que he recibido por parte del Estado ha sido divertida. Me facilitaron la dirección de una vieja actriz de teatro que me enseñó a maquillarme para ocultar los rasgos más peculiares y a pegarme con goma tanto un bigote y unas cejas como una barba falsa.

—¡No fastidies! —rio Roque.

—De ahí que, contraviniendo la moda, me mantenga perfectamente rasurado, de esta forma no me relacionan con el personaje.

Se había percatado de que, según el disfraz que escogiera, podía pasar desapercibido o llamar la atención. Para presentarse en Santander se decantó por el pelo y la barba pelirroja porque lo alejaba completamente de su personalidad como Pablo Torres. La gente repararía en el llamativo color y olvidaría fijarse en más.

—No has oído lo mejor —continuó—. Para moverme por los bajos fondos, un prestidigitador me ha desvelado las posibilidades que brinda una baraja. Me ha entrenado en los trucos con naipes y en las trampas más usuales de los fulleros de los puertos. Y en un gimnasio inglés me instruyeron en la lucha cuerpo a cuerpo; incluso el cónsul español puso a mi disposición un militar de su séquito que me ha adiestrado en el manejo de la navaja, de la pistola y del fusil. Han sido meses duros, ya que suponía trabajo extra fuera de las horas de despacho en la naviera, pero estas actividades me salvaron del tedio que me suscita la burocracia.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Roque—. ¡En menuda pieza te han convertido! ¿Y cuál ha sido tu labor el resto de los meses?

—Durante la guerra carlista pasé información de los apoyos que obtenían los sublevados en el extranjero sin dejar de vigilar el contrabando. Apuntaba el nombre de barcos sospechosos y enviaba el aviso a España para que los registraran en cuanto entraran en aguas nacionales. Y por eso regreso, para seguir la pista del mayor contrabandista.

—No me gusta. Puedes terminar dando de comer a los peces —opinó Roque—. ¡Esa vela! —gritó alejándose.

Pablo era consciente de que la vida que llevaba terminaría tarde o temprano.

No era que le gustase de forma particular jugarse el pellejo, pero le producía la suficiente tensión para sentirse vivo. El trabajo de oficina y contraer matrimonio para que perdurara la familia le producía malestar.

Eso no significaba que fuera un ermitaño. La actividad secreta la combinaba con los deberes sociales de Pablo Torres, joven español aprendiz en una naviera. Acudía a los bailes de salón que organizaban los lores del almirantazgo en Southampton para los oficiales que descansaban en el cercano puerto de Portsmouth y para la alta burguesía naviera; o asistía a pequeñas recepciones en casa de alguna de las personas más relevantes de la ciudad. En esos eventos había coincidido en varias ocasiones con una belleza criolla de piel blanca y pelo negro procedente de Matanzas, en la isla de Cuba.

Los ojos rasgados y oscuros contrastaban vivamente con la palidez de la piel y el rojo de los labios bien perfilados y carnosos. La mujer era una tentación, los moscardones alrededor formaban una colmena y Pablo, como buen observador, se percató de que la beldad cubana apuntaba alto: siempre iba acompañada de solterones o viudos de cierta edad y bien posicionados económicamente. Era joven, pero manejaba el juego de la seducción con la destreza propia de una mujer hecha y derecha, puro cálculo, y eso la marcaba como mujer peligrosa. Allá por donde pasaba despertaba la envidia de las inglesas, mujeres constreñidas por una educación inclemente. Por ellas, se enteró de su nombre, Mariela Escalante, y de que viajaba por Europa acompañada de su hermano, un rico fabricante de azúcar de caña. Era una mujer culta que se desenvolvía en francés y en inglés magníficamente. El conocimiento de idiomas, de arte y literatura, junto a unos modales pausados y la cadencia de la forma de hablar, le permitieron introducirse en la sociedad.

El hermano tampoco era trigo limpio. Lo encontró en varias partidas de naipes, en las que se apostaba fuerte, y en compañías poco recomendables. Había oído hablar de los excesos de los plantadores en Cuba, de los burdeles, del juego y de las apuestas de gallos. Era una isla en la que las pasiones se desataban y las noches se mostraban tan populosas como los días. Sin embargo, lo que allí carecía de importancia y lo consideraban como usual, en el continente no estaba bien visto. Al menos, había que guardar las formas y mantener una actitud de perfecta hipocresía.

La travesía se efectuó sin contratiempos, a pesar de que en primavera el tiempo era inestable y tuvo suerte: la patria lo recibía soleada. Una vez rebasado el faro de cabo Mayor, a estribor dejaron los arenales del Sardinero para

embocar la entrada a la bahía, entre la isla de Mouro y la península, sobre la que se asentaba el semáforo de señales visuales que transmitía por telégrafo los avisos de los barcos a la Comandancia de Marina. Detrás, quedaban las brumas inglesas y, delante, lo esperaban la familia y el futuro trabajo al frente de la empresa, junto a su padre. Pero eso sería más adelante, cuando concluyera la misión que llevaba entre manos para el gobierno español.

Se acarició la espesa barba pelirroja, que se había pegado cuidadosamente sobre la piel rasurada, y revisó el disfraz propio de un viejo lobo de mar que regresaba a puerto tras una larga ausencia. Era fundamental para la investigación que no lo reconociera ningún familiar o allegado. Los únicos que sabían a qué se dedicaba eran sus amigos más íntimos, como Roque, y los marineros que tripulaban el patache.

La isla de la Horadada, cuyo nombre le venía por el arco que la caprichosa naturaleza había abierto en la roca, le aceleró el corazón ante el reconocimiento de su mundo, de su niñez, de su bahía. Hasta ese instante no se había dado cuenta de cuánto lo había echado de menos. Desde la canal se avistaban las últimas casas del Muelle Nuevo, en el que se encontraban las oficinas y la casa de la familia.

Los marineros, a una orden de Roque, se afanaron con las jarcias para recoger velas. En cuanto faltó el viento impulsor, el patache se detuvo y comenzaron las labores de fondeo. Pablo escudriñó la ciudad, ansioso por recordar los detalles y por descubrir los cambios que se hubieran producido durante su ausencia. Santander crecía a buen ritmo, ya casi rozaban las cincuenta mil almas. El puerto había significado el despertar de una sociedad aletargada que se multiplicaba y reclamaba nuevos espacios que iba ganando a la bahía. A la espalda, se erguía una loma longitudinal al muelle que los resguardaba de los fríos y húmedos vientos del norte y que los había obligado a rellenar las escolleras para levantar los edificios sobre terreno llano.

Roque ordenó montar un cabestrante para descargar el voluminoso equipaje de Pablo en la barca que lo aproximaría a la rampa del Martillo, donde lo aguardaba el secretario del gobernador civil. Se despidió de su amigo y el Niño y el Bolo lo acercaron a tierra. Mientras descargaban, contrató los servicios de uno de los carros que circulaban por el muelle y que se alquilaban para el transporte de mercancías.

El secretario del gobernador, un hombre de mediana edad con quien rara vez había hablado, se acercó y, discretamente, le pasó la dirección y una llave de la

casa en la que se alojaría; después, siguió su paseo. Pablo se despidió de los marineros, se subió al carro y le indicó la dirección al carretero.

Le desagradaba volver a residir en la parte antigua de la ciudad. Su familia había adquirido una de las casas del nuevo ensanche. Estaban muy orgullosos de haber abandonado la puebla vieja, con las estrechas calles faltas de luz y las casas carentes de las comodidades más esenciales, incluso de la intimidad familiar. Su padre había desembolsado quinientos sesenta mil reales en la compra, que se correspondía con la mitad de la manzana. Pero eran tiempos de bonanza para la línea de vapores y se lo habían podido permitir, eso y más.

Como muchos comerciantes santanderinos, su abuelo paterno invirtió en varias compañías navieras, que se dedicaban a transportar harina de Castilla a las colonias españolas entre los años cuarenta y cincuenta, y le proporcionaron suculentos réditos que reinvertió, a su vez, en crear una línea propia de mercantes: *Compañía naviera Torres y Cía*. Fueron años prósperos para los que poseían dinero para invertir, como Antonio López, dueño de la mayor compañía de vapores española, a la que se había concedido el monopolio de los correos y del transporte de tropas del gobierno entre España y Cuba; y Juan Pombo, quien amasó una considerable fortuna, lo que le supuso el título de Marqués de Casa Pombo en reconocimiento a su labor. A su abuelo le concedieron el de Conde de Villahermosa que, según su madre, no estaba del todo mal y que le correspondería cuando falleciera su padre. El veraneo de Amadeo de Saboya en Santander trajo aparejado el ennoblecimiento de la alta burguesía de la villa, ávida de engrandecerse socialmente.

Por el contrario, su abuelo materno había sido la oveja negra y había adquirido la fortuna ejerciendo de corso y negrero, para desesperación de los ingleses que no consiguieron darle caza. Lo que resultaba chocante era que un hombre así contrajera matrimonio con una mujer acomplejada y mojigata, que se pasó la vida en la iglesia para salvar el alma de su marido. Sin embargo, ni su abuela ni su madre le hicieron ascos a una fortuna adquirida bajo unas premisas éticas tan endeblés.

Su madre, doña Emilia, mujer práctica, reveló una gran destreza en el empleo de eufemismos y las acciones de corso se convirtieron en oscuras empresas demandadas por el gobierno en tiempos de paz; y el peliagudo asunto de negrero se transformó en transporte de mano de obra para sacar adelante la economía caribeña que redundaba en los bolsillos de la alta burguesía peninsular.

De forma sutil, doña Emilia se encargaba de recordar, a quien la escuchase, de dónde procedía la bonanza de sus familias: nadie tenía las manos limpias, pues la esclavitud no había sido derogada. Pablo estaba convencido de que su lado oscuro provenía de la sangre materna.

Se tragó su disgusto a favor de la empresa que estaba a punto de culminar. La calle de La Ribera era bastante populosa, aunque los edificios estuvieran en unas condiciones lamentables por ser muy antiguos. Un piso en el centro de la ciudad, en una casa con muchos inquilinos, en la que nadie prestara atención, le permitiría entrar y salir sin que algún vecino lo notara.

En cuanto el gobernador civil le proporcionó la documentación falsa para poner en marcha los planes, se creó el personaje bajo el nombre de Pedro Saro, capitán fuera de servicio temporalmente. Su descripción coincidía con su complexión y difería por una espesa barba y un rizado bigote cobrizo. Remataban el atuendo una gorra de paño, una camisa ordinaria azul y las alpargatas, de esparto y tela. Los días de frío se echaba encima el consabido chaquetón pardo propio de cualquier marino. El ficticio Pedro Saro sería un hombre trasnochador, rondaría la Rúa Menor, se dejaría la paga entre las furcias y el juego, incluso, si hubiera suerte, participaría en actividades ilícitas. Sería un personaje de cuidado, reservado con los vecinos y charlatán donde hiciera falta.

Aparte de la apariencia física, necesitaba inventarse una vida que justificara su existencia. La historia debía ser convincente y, evidentemente, entretrejida en Inglaterra o en Francia, ya que hablaba los dos idiomas, y para que no hubiera posibilidad de descubrir la falsedad: contrabando en el Canal de la Mancha. Había trabajado en Saint Malo con la familia de su mujer, francesa. Una vez fallecida, la familia política le liquidó su parte y había regresado a Santander con un buen bolsillo, aunque le tiraba el vivir al margen de la ley. Sería la invención que repetiría en las barras de los bajos fondos, se la sacarían con cuentagotas, porque debía mantener la imagen de persona discreta a la que se le podrían encargar actividades delictivas de responsabilidad.

El carro llegó frente al portal y, con ayuda del carretero, subieron los baúles por las estrechas y torcidas escaleras. Lo habían amueblado sobriamente y sin pretensiones, tal y como había exigido. Lo más importante eran el tocador y el espejo triple, frente al cual llevaba a cabo las transformaciones. Una alcoba, que se abría a la sala principal, una cocina y un retrete, que consistía en una estructura de madera que cobijaba una taza de cerámica con un desagüe y un gran jarro de zinc con agua al lado, completaban el alojamiento.

En cuanto se quedó solo, dedicó el resto de la tarde a deshacer el equipaje y a acomodarse a su gusto. Llenó la habitación con pelucas y vestuario de lo más variopinto que había traído de Inglaterra y confeccionó una lista de lo indispensable que le faltaba para presentársela al gobernador por la mañana, con quien estaba citado.

2

Llevaba el Botero un rato apoyado en la barra observando a los concurrentes; mientras tanto, Mario atendía a los sedientos, daba palique a quien lo requería y soportaba los chistes malos de los borrachos. Había intentado darle un aire sofisticado al local con muy poco tino. Los cuadros que cubrían las ennegrecidas piedras eran de un gusto dudoso, los quinqués de queroseno sólo iluminaban a los jugadores que se sentaban alrededor de las mesas redondas con tapete, el aire resultaba irrespirable a causa de la mala ventilación y del humo de los habanos que enturbiaba la visión. En algunos asiduos a las mesas de juego se reconocían caras de políticos y personajes de la ciudad.

A él no se dirigían, lo temían y procuraban esquivarlo, es más, ponía a más de uno nervioso por estar allí presente. Generalmente, se atrincheraba detrás de las cortinas: su oficina, en la que una gran mesa de despacho llenaba el lugar y un banco acolchado con cojines junto a la pared denunciaba el uso como cama. Gorka e Iván, sus acólitos, eran quienes se encargaban de la vigilancia y de ejecutar las órdenes. Pero esa noche era diferente: necesitaba una persona que había de escoger con mucho cuidado.

—¿Cuándo zarpa su barco? —preguntó volviéndose a Mario.

—A primera hora de la mañana, con la marea.

Hizo una seña, casi imperceptible, a Regina, quien se aproximó bamboleando las caderas mientras sonreía aquí y allá a los parroquianos.

—Que una de las chicas se pegue como una lapa al marinero rubio, lo haga beber, pero que no lo emborrache, lo necesito lúcido. Facilítale que juegue unas manos. Lo dejarán limpio como una patena y necesitará dinero fácil.

Regina asintió, se recompuso el pecho que lucía con generosidad y se dio la media vuelta. Botero siguió los pasos de la mujer que cumplía fielmente sus indicaciones. Regina llevaba más de diez años trabajando para él como prostituta y ahora, entrada en la treintena, la mantenía porque era persona de confianza y enseñaba y dirigía a las neófitas en el oficio, lo que a él le dejaba tiempo libre

para negocios más lucrativos. El rostro de la mujer, que mostraba los estragos de los excesos y la vida disipada, todavía conservaba algún encanto, aunque la buscaban más por la experiencia.

—¿Algo que comentar?

—Nada nuevo en el horizonte.

El Botero sonrió. Le gustaba que la vida discurriera con la suavidad de la seda en el barrio que tenía bajo su amparo. Tamborileó los dedos sobre la barra, contento de que los planes ya estuvieran en marcha. La entrada del comisario, Robustiano Cobo, le torció el gesto y le provocó ardor de estómago. Demasiado bien marchaban los asuntos en una noche tan negra. Suspiró y lentamente se irguió, con paso resuelto se retiró a su escondrijo detrás de las cortinas. Una vez en la guarida, miró la hora: todavía faltaba más de una hora para hacerse a la mar. Se acercó al largo asiento acolchado, ahuecó unos cojines y se echó un rato. El ruido al otro lado de los cortinajes no lo molestaba, estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte.

Antes de la medianoche, lo despertó Iván.

—Está todo preparado —informó.

—¿Y el comisario?

—Hace más de media hora que se esfumó.

Se levantó y se acercó al palanganero. El agua fría por el rostro lo espabiló rápidamente. Con un gesto de la cabeza lo conminó a que lo siguiera. Salieron por una puerta oculta detrás de un biombo a un callejón. Abandonaron la mal iluminada Rúa Menor y ascendieron al cabildo de San Pedro para descender a la solitaria dársena del Dueso, donde les aguardaba la lancha con el Marrajo, el Tiña, Gorka y el marinero rubio a los remos. En cuanto se les unieron, comenzaron la boga en medio de la noche sin luna. No encendieron el farol de posición y los remos se hundieron sin apenas ruido. La marea estaba bajando por lo que siguieron hasta adentrarse en la canal, entonces dejaron de remar e izaron la vela para aprovechar el suave terral que los impulsó hacia mar abierto, rumbo a la isla de Santa Marina.

El Botero oteaba la oscuridad agarrado a la caña. Andaban escasos de tiempo, pues las noches se acortaban gradualmente. La buena suerte había querido que el cambio de marea tuviera lugar en esas horas: la bajada les favorecía salir más rápido de la bahía y la subida les facilitaría la entrada, empujados por la corriente y ese nordestillo que había estado soplando todo el día y que esperaba que no faltara a la cita esa noche. El recorrido le pareció más

largo de lo habitual. En cuanto avistó la playa, hizo una seña, arriaron la vela y volvieron a coger los remos, así avanzaron unos cuantos metros hasta que el Botero, a la voz de ¡ahora! tomó la ola que levantó la lancha de popa y, con un último impulso a los remos, clavó la quilla en la arena de la playa. Rápidamente, Iván saltó de la lancha con un cabo en la mano que hizo firme en una roca cercana. El Botero soltó la caña, se bajó y se lanzó hacia un sendero tallado en la escarpadura que conducía a la parte alta. Desapareció de la vista de sus compañeros durante unos minutos y luego asomó avisándolos con un silbido.

Los secuaces del Botero azuzaron al pardillo que todavía se preguntaba qué hacía allí. Le habían explicado que con aquel trabajo saldaba las deudas contraídas en una noche de bebida y juego, así que no preguntó y obedeció sin rechistar. Sin embargo, ahora, despejado de los vapores etílicos por el ejercicio y el fresco nocturno, dudaba de la decisión que había tomado. No había que ser muy inteligente para comprender la actividad ilícita en la que había sido envuelto.

Arriba, la vegetación les llegaba al hombro, olía a excremento de gaviota y a sal, siguieron una vereda que los condujo a un pequeño claro en el que encontraron unas cajas de madera cubiertas por una lona encerada que las preservaba de la humedad marina.

—¡Deprisa! —acució el Botero—. Dos hombres para cada caja.

En dos viajes bajaron las seis cajas a la lancha. Iván fue el último en subir después de empujar la proa para que los demás, a golpe de remo, sacaran la lancha de la playa. Izada la vela, el Botero puso rumbo a la canal de entrada a la bahía. Todo marchaba según lo previsto y la marea les favoreció la aproximación a la muralla sur de la ciudad, entre el fuerte de San Felipe y la dársena de Maliaño.

El Tiña laceó con la maroma un perno clavado entre las rocas de acceso a la nueva calle que había ganado la ciudad al mar para comunicar la reciente estación de ferrocarril con el núcleo urbano. Si no se conocía su existencia, era difícil divisarlo en la oscuridad. El Botero, nervioso ante la posibilidad de que algún pescador madrugador los sorprendiera, metió prisa por señas: no quería una voz que pudiera llegar a oídos de algún insomne vecino; se hallaban a los pies del caserío de la Rúa Mayor.

Cruzó la calle y trepó por las rocas hasta unos arbustos que crecían aferrados al roquedo de la muralla, alimentándose de la escasa tierra que sellaba las piedras. Se introdujo detrás de los arbustos y lo siguieron el Tiña y el Marrajo cargando

una de las cajas. Las plantas escondían una pesada puerta de ajada madera. En el pequeño habitáculo dejaron apiladas las cajas, unas encima de las otras, después el Tiña y el Marrajo se adentraron en la bahía con el marinero rubio y sacaron los pertrechos de pesca. El Botero cerró la puerta. Era el último envío y ahora sólo quedaba esperar a que avisaran de la recogida, aunque quedaban un par de meses por lo menos.

Gorka había encendido un farol de barco que iluminó la angosta y húmeda escalera esculpida en piedra que ascendía dentro del muro hacia una de las casas de la Rúa Mayor. En un recoveco brilló un amarillento esqueleto que había sido reconstruido y puesto de pie. Al Botero le pareció divertida la idea de Iván, como recuerdo admonitorio de la peligrosidad de los trabajos. Ya no había prisa ni temor a que los descubrieran, por lo que se tomaron tiempo en subir las pesadas cajas hasta el salón de una casa deshabitada, a juzgar por las sábanas que cubrían los muebles. Allí encendieron varios quinqués para que alumbraran el camino hasta el piso superior.

—Traed la escalera —ordenó el Botero sudoroso, a la vez que dejaba la última en el suelo.

Gorka emergió del oscuro pasadizo empinado por el que habían accedido a la vivienda con una pesada escalera al hombro y subió al piso de arriba.

—Apoyadla con cuidado —recomendó el Botero a Iván—. Hay que dejarlo todo perfecto. No quiero ningún desconchado en la pintura.

Subió Gorka y abrió la trampilla que daba al bajo techado de la casa. Con gran esfuerzo y precaución subieron el cargamento al altillo. Cuando bajaron todos, el Botero barrió el suelo a medida que se retiraba para borrar las huellas de las pisadas sobre el polvo. Cerraron la trampilla, retiraron la escalera y procedieron de la misma forma en el piso de abajo con la escoba.

—Cerrad abajo —exigió mientras barría.

Iván y Gorka descendieron por la empinada escalera. La brisa de la bahía ascendía por el estrecho pasadizo como si hubiese corriente. Aseguraron la puerta de abajo para que no se abriera si soplaba el sur, apagaron el farol y dejaron la escalera en su sitio en el pasadizo.

—Todavía no ha amanecido —observó Iván

—Pero pronto lo hará —aseguró Gorka—. ¿No oís la escandalera de las aves?

—Cierto. Se alborotan en cuanto se acerca la aurora. Son un buen reloj —aseveró el Botero.

Mientras apagaba los quinqués, el Botero se imaginaba la sorpresa del marinero cuando se viera arrojado al mar, sin darle tiempo a proferir un grito de pánico el cual se perdería en burbujas en la profundidad del mar. Durante dos largos minutos el cuerpo del marinero se convulsionaría, desesperado por liberarse del mortal abrazo, luego se relajaría, vencido por la muerte. El mar, el estercolero de cualquier población de la costa, el lugar en el que mejor se guardaban los secretos, siempre y cuando no coincidieran con un temporal y los vomitase en los arenales, como había sucedido hacía un mes. Había dejado instrucciones para que no se repitiera.

—Se lo llevarán de pesca, una piedra en alta mar y adiós. Con uno que hayan encontrado, suficiente. Dos, sería sospechoso.

El Botero convirtió en palabras su pensamiento.

—Cerrarán la investigación por falta de pruebas y testigos. Nadie exigirá justicia, por lo que la policía se cansará pronto. No es la primera vez que aparece un muerto, ya sabemos cómo funciona esto.

Iván abrió la puerta de la calle y echó un vistazo primero, después los conminó a que abandonaran la casa antes de que el sereno regresara por aquella zona en la ronda. Salieron con paso apresurado, pero sin correr. Aunque llegaban los ruidos propios de una ciudad que despertaba, en aquel tramo de la Rúa Mayor todavía dormían los vecinos. Se perdieron por el callejón del Viento hacia su guarida en la calle del Infierno.

El Botero se sentía imparable y empezaba a pergeñar la forma de deshacerse del molesto gerifalte que manejaba los hilos desde el anonimato, y que se llevaba la parte más sustanciosa de los réditos de las transacciones sin correr ningún riesgo. Pero tiempo al tiempo, ahora debía dormir.

Un visillo regresó a su posición original en cuanto la mano que lo había mantenido retirado lo liberó. Una sonrisa maligna cruzó el maduro rostro de una mujer que buscaba justicia. Un poco más de paciencia y la hora de su venganza sonaría con el estruendo de las campanas de la catedral cuando llamaban a la

misa dominical.

3

Entró de madrugada por la puerta de servicio disfrazado de Pedro Saro. Una de las criadas, advertida de su llegada, lo aguardaba y lo condujo ante el gobernador, don Miguel Aguayo. Lo recibió en una sala privada, su refugio de la familia, en la que destacaban una librería, un sofá inglés y un amplio mirador con una mesa camilla y dos cómodos sillones de caña con sendos cojines. Don Miguel acostumbraba a desayunar y a leer la prensa en el mirador antes de comenzar la jornada en su despacho en el edificio de la Aduana.

—Buen trabajo, señor Torres. Me han felicitado del Ministerio de Gracia y Justicia. Es una lástima que haya tenido que regresar tan pronto. Sus servicios durante la guerra han sido muy importantes para la ciudad.

—A mí se me han hecho eternos los días lluviosos en aquella isla —sonrió Pablo—. Sin embargo, las pesquisas me han conducido hasta aquí.

—Curioso. Al principio pensamos que la trama partía de Inglaterra.

—Cierto, parte se desarrolla allí. Ha sido esa ambigüedad y movilidad por parte del cabecilla del contrabando lo que nos ha despistado todo este tiempo. Por mera suerte, me enteré de que era español y de que opera desde ambas orillas. Es escurridizo, inteligente y con medios.

—Al finalizar la guerra civil con los carlistas, el gobierno retiró los fueros a las Provincias Vascongadas, pero volverá a reconocerlos en breve. Es grave y difícil mantener una ley fiscal más leve para los aforados mientras que los demás están sujetos a las leyes comunes. Esta desigualdad fomenta el contrabando de tabaco, productos coloniales y telas de algodón. La Guardia Civil mantiene vigilados los montes pasiegos, por donde la población pasa los alijos en cuévanos. De la costa, se ocupan los Carabineros de Mar.

—Mi labor será de infiltrado o un informador que les susurre cuándo llega un nuevo cargamento, además de reunir pruebas y localizar al cabecilla. ¿Contaré con ayuda? ¿A quién debo informar?

—El teniente López se encuentra al frente de los Carabineros, pero usted se entrevistará conmigo directamente si fuera necesario. Creo que este lugar es el idóneo para que nadie sospeche de su ocupación extraordinaria. Los vecinos o cualquiera que lo vigile pensarán que su interés se centra en mi doncella. Está bien pagada, conoce su papel y, a donde quiera que vaya de compras, dejará caer

que tiene novio. Pero debo advertirle de la peligrosidad del asunto: hace unos meses apareció un cadáver en los arenales del puntal. El teniente López lo achaca al contrabando que investigamos, pero carecemos de pruebas, son elucubraciones.

—Un cadáver llama la atención de las autoridades.

—Creemos que no quieren dejar testigos de las actividades. Los Carabineros de Tierra han detectado compraventa de armas, restos de la reciente guerra. El teniente le contará con más detalle. ¿Cuál es su teoría?

—El opio llega de China a Inglaterra y, con el dinero obtenido de la venta, pagan las armas que consiguen en nuestras costas para venderlas a los insurgentes de Cuba.

—Su familia posee una naviera, ¿se hace una idea de cuántas operan en el Cantábrico?

—Sí, y también de que la cabeza de la organización no tiene por qué pertenecer a una naviera, basta con comprar o extorsionar al capitán de la nave, de quien realmente dependen el negocio y la carga y descarga, como le sucedió a Matías Pérez.

—Será buscar una aguja en un pajar —suspiró don Miguel.

—No podemos permitir que en Cuba maten a nuestros soldados con sus propias armas —aseveró Pablo, consciente de su responsabilidad.

—Efectivamente y, para mí, desmontar la red supondría un triunfo político en Madrid. Si lo consigue, le estaré eternamente agradecido.

La mañana se encontraba en su apogeo cuando abandonó la residencia del gobernador con el bolsillo lleno para cubrir las primeras necesidades. Se encaminó al mercado de La Ribera, que se extendía bajo una moderna estructura de hierro, para proveerse de lo esencial aunque la mayor parte de los días comería fuera de casa, como venía haciendo en Portsmouth. Lo más complicado sería encontrar a un sirviente de entera confianza: espabilado y silencioso. Ya echaba de menos a Henry, un ratero de puerto al que salvó de una leva y se convirtió en un fiel aliado.

Por la tarde recibió la visita del teniente de carabineros, Vicente López, quien lo puso al día de las pesquisas que habían realizado hasta el momento y le participó sus sospechas. Era un hombre despierto, sobre la treintena, de cuerpo estrecho y delgado, de mirada clara y franca. Pablo había olvidado lo oscura que podía llegar a ser la piel de un español después de un año entre los ingleses. Parco en palabras y de miradas elocuentes resumiría la descripción de López. El

pantalón gris, más ancho de lo habitual, estilo marinero, lo diferenciaba de los Carabineros de Tierra; y la espada era su distintivo como oficial del cuerpo. Pablo había oído hablar de él y de su participación en la última guerra civil, cuando los santanderinos se aprestaron a ayudar a los bilbaínos durante el asedio carlista. El cuerpo de Carabineros de Mar había recibido la *Enseña de la Patria* por su participación.

El teniente López corroboró la información que le había facilitado el gobernador: el cadáver de un hombre de mediana edad había aparecido ahogado en la bahía. Como conservaba la documentación y el dinero en los bolsillos se difundió la noticia de un suicidio. No obstante, un examen más a fondo del cuerpo reveló contusiones y violencia.

—Mi hipótesis se basa en que era un conocido bebedor y le gustaba darle a la lengua, según las pesquisas del comisario Cobo. No les quedó más remedio que callarlo. No sabemos en qué punto lo echaron al mar, pero esos días anduvo revuelto y coincidieron las mareas vivas que lo arrojaron a las rompientes del término de Latas.

El teniente comentó ampliamente sobre la Rúa Menor y el callejón del Infierno; describió al Botero, el hampón del lugar, cuyo apodo le venía que ni pintado, pues era grande, con la cara picada por la viruela, ojos pequeños y negros como puñales bajo unas cejas muy pobladas, separados por una nariz veteada de venillas rojas, se llamaba en la realidad Pedro y vivía en la calle Infierno. Era el mandamás de los rufianes de la Rúa Menor, controlaba los tapetes de juego y se rumoreaba que andaba en el contrabando. Su guarida era una cueva que denominaba la *Bodega*.

Elaboró una lista con los informantes habituales y lo previno sobre los individuos más indeseables. Todo ello era imprescindible para moverse por los bajos fondos de la ciudad y sobrevivir. Le aconsejó que se tomara su tiempo en reconocer la ciudad, que deambulara por los muelles, charlara con los raqueros y se dejara ver antes de introducirse en la Rúa Menor. Los chismes corrían como la pólvora en la ciudad. De esa forma, lo acogerían mejor en ciertos círculos y no como a un desconocido recién desembarcado.

López se despidió deseándole buena suerte y le facilitó la dirección de una barbería en la calle San Francisco, donde se reunirían más discretamente cuando el caso lo requiriera. También podía dejarle una nota con total confianza: la barbería pertenecía a su hermano.

4

Mariela observaba el paisaje desde el coche de línea con gesto adusto. Los montes pardos se sucedían y la humedad hacía mella en los huesos a pesar de la capa que la envolvía. Repasaba lo que había sido su vida con un regusto amargo. Su padre había amasado una fortuna en Cuba y con la misma diligencia la había dilapidado en mujeres y parrandas por la isla. Que su madre murió de los disgustos que le daba, no se lo iba a quitar nadie de la cabeza. Por aquel tiempo, ella era una pollita rodeada de mimos y sirvientas mulatas que sólo vivían para atenderla. El drama llegó con la muerte de su padre: un infarto a causa de los excesos en la bebida y la comida. Al menos, así se lo explicaron a ella. La buena sociedad no mencionaba las juergas nocturnas de sus miembros, no estaba bien visto.

Quedó ella, una muchacha educada en oropel, junto con su hermano mayor, Ernesto, y un montón de papeles. El abogado les aclaró que se trataban de deudas del finado. Se suponía que el hombre debía hacerse cargo de la situación, pero no. Ernesto, digno hijo de su padre, siguió la senda que le había marcado su progenitor. Así que Mariela decidió crecer y hacerse cargo de los papeles con ayuda del abogado. Vendieron una parte de la hacienda para levantar lo que les quedaba. Comprobó que la ruina no sólo se debía a la mala cabeza de su padre; la revolución de la península para expulsar a Isabel II provocó el desplome del precio del azúcar en 1868. Modificó el trabajo en la plantación y dirigió con mano firme los negocios y a los trabajadores. De hecho, consiguió liquidar las deudas y ganar un poco de dinero para ir tirando. Si no hubiera sido por Ernesto, estaba segura de que lo habría logrado. Como la plantación estaba a nombre de su hermano, pues la sociedad no permitía que una mujer estuviera al frente de un negocio, con lágrimas amargas, asistió impotente al embargo de las tierras para pagar las nuevas deudas contraídas en el juego.

Fue dura la escuela de la vida con ella, pero aprendió. Había conseguido escaquear las joyas de su madre a la avidez de los abogados y de Ernesto. Cuando indagaron sobre ellas, Mariela manifestó ignorancia y dieron por hecho que su padre las había empeñado sin dar cuenta a nadie. Entre París y Londres, ella misma las había vendido a buen precio. El producto lo había cosido en un corsé viejo, que no usaba, para que su hermano no lo encontrase.

Llevaban cuatro años viviendo en Europa con lo que les había quedado de la

venta de la hacienda y con lo que él ganaba en el juego, esquivando los conflictos tanto de Cuba como de España. Ernesto había trazado un plan de acción: compró ropas nuevas y se dedicaron a recorrer los salones de la buena sociedad de Francia y de Inglaterra para encontrar un pardillo con el que, atraído por su belleza, contraer matrimonio. De esta forma, ella quedaría a salvo y su hermano conseguiría un benefactor.

Los años pasaron y, aunque recibió muchas ofertas, éstas se retiraron al carecer de dote. Mientras tanto, el pardillo no apareció. Y ellos, demasiado conocidas sus intenciones y descubiertos los vicios de Ernesto, se veían obligados a cambiar de ciudad, e incluso de país.

Pero ya estaban agotando sus posibilidades. Ernesto había cambiado y ya se mostraba sin la careta de la educación y la buena crianza. Mariela se había percatado de la asombrosa facilidad con la que ganaba y perdía el dinero, así que se dedicó a robarle pequeñas cantidades para que no se diera cuenta y las iba añadiendo a lo que ya llevaba escondido. No sabía cómo ni cuándo ni dónde, pero debía abandonar a Ernesto y afrontar la vida por su cuenta. Para los hombres era más fácil desenvolverse por el mundo, no así para una mujer como ella, no. De esta forma, iba engrosando su capital para cuando diera el salto, aunque eso significara una traición a lo que quedaba de su familia. No se sentía en deuda con él. Si había contraído alguna, ya había sido ampliamente amortizada con la plantación de caña.

Miró el interior de la destartada diligencia que cubría la línea Bilbao-Santander. Afortunadamente, era lunes, un día poco propicio para viajar, así que iban solos. Como ya era habitual, habían dejado Bilbao precipitadamente y en el primer medio que encontraron. Ernesto se había echado todo lo largo que era sobre el asiento de enfrente y, con el sombrero sobre la cara, dormía la juerga nocturna. Mariela se removió cansada. No podía seguir así, de ciudad en ciudad, viviendo precariamente.

Había perdido una ocasión de oro en Southampton, cuando se le declaró el lord viudo, pero en el momento de dar el sí, le faltó valor. No sólo no lo amaba, sino que le repugnaba la idea de acostarse con un hombre tan mayor. Y si entraba en consideraciones sociales, había suficientes razones por las que no la aceptarían los ingleses y se vería humillada. No, en ese instante decidió que no estaba en venta. Necesitaba independencia y, para lograrla, debía buscar una ocupación por vulgar que fuera. Sí, estaba decidida a trabajar. Ahora el problema se reducía a averiguar en qué.

Había convencido a Ernesto para pasar el verano en Santander, ahora que había finalizado la guerra con los carlistas. Empleó de anzuelo la larga estancia de doña Isabel de Borbón y la fugaz presencia del rey para recibirla. Muchos nobles y alta burguesía se desplazarían a la ciudad para estar al corriente de las vicisitudes tanto de la Corona como de la aristocracia.

Otro factor que inclinó la balanza a su favor fue la familia. Sus padres eran oriundos de la Montaña. Habían abandonado el pueblo con sus escasas pertenencias y los recuerdos no debieron de ser muy halagadores, pues no hablaron de ello. Se aferraron al presente fastuoso en el que vivían en la plantación y nunca se les pasó por la cabeza la idea de regresar. Sabían que su padre había dejado un hermano: José, quien también se había liado la manta a la cabeza y se había asentado en la ciudad costera.

Mariela guardó cuidadosamente la dirección cuando le notificó el fallecimiento de su padre. Les había respondido muy afectuoso y, por la carta, supo que estaba casado, tenía dos hijas y vivía holgadamente, gracias al almacén de telas que regentaba. Le había escrito desde Bilbao y, tal y como esperaba, el buen señor los había invitado a su casa.

Aunque los días eran largos en el mes de mayo, ya era tarde cuando divisó la ciudad a orillas de la bahía. Hacía tiempo que había perdido el hormiguillo que producía la ansiedad ante lo desconocido. Se había acostumbrado a moverse entre extraños, a expresarse en otros idiomas, a sonreír sin razón. Había aprendido a seducir, a relacionarse, a conversar sin decir nada, a bailar, y, lo más importante, a detener los avances de los más licenciosos. El mundo había sido su escuela. Y si algo se le hubiera escapado, allí, echado frente a ella, se hallaba el maestro.

—Ernesto, espabila. Ya estamos entrando en la ciudad.

No era uno de los mejores momentos de su hermano: con los párpados hinchados, los ojos enrojecidos, el cabello revuelto, los labios reseco y el traje arrugado. Por lo general, iba bien arreglado y, sumado a su buena planta y atractivo, derretía a las mujeres con una mirada. El muy perverso conocía la impresión que causaba. A ella misma le enseñó cómo despertar el interés en los hombres, sólo que no era capaz de seguir el juego. Ernesto se desprecizó, se incorporó e intentó arreglarse un poco.

—¿Has organizado la llegada?

—He hablado con el cochero —respondió Mariela—. Nos dejará en la calle Cervantes, donde tienen las cocheras. La de la Blanca se encuentra en el centro y

las calles son tan estrechas que es imposible circular con un coche de este tamaño. Nos ayudará a contratar una carreta que nos acerque el equipaje.

Por toda respuesta obtuvo un gruñido y Mariela prestó atención a la población que la cobijaría durante el verano. Se detuvo la diligencia y bajó con la ayuda de su hermano. El mayoral les indicó dónde podían contratar la carreta para el equipaje y un coche que los trasladara a la calle de la Blanca.

Salieron a Becedo y en la calle de Atarazanas se estrechó la vía para abrirse de nuevo en la del Puente. A Mariela se le encogió el corazón de aprensión. Las casas de La Ribera presentaban una muralla corrida de balcones de madera que escondían unas fachadas viejas y deterioradas, a la vez que ofrecían un aspecto de aglomeración poco atractivo. Subieron la rampa hacia la plaza Vieja y torcieron la primera calle a la derecha para introducirse en una más estrecha y oscura, en la que los edificios amenazaban echárseles encima. Lo que a Mariela se le cayó fue el alma a los pies.

Se encontraban en un barrio inmundo a su entender, después de haberse alojado en grandes hoteles y haber sido invitada a las fincas de campo de nobles de Francia e Inglaterra. Incluso la hacienda en Cuba era un palacio al lado de aquello. Sintió un vahído al pensar en qué situación se hallaba. Habían tocado fondo. Respiró hondo el aire viciado y recompuso el mejor gesto, decidida a no dejar traslucir sus sentimientos. Les costó avanzar pues se hallaba muy concurrida a causa de los numerosos comercios que abrían las puertas a esa calle. Se fijaron en los números de los portales hasta que llegaron a un acceso estrecho junto a una tienda de telas, que sería la que regentaba la familia.

—Ve tú. Yo aguardo aquí con el equipaje —ordenó Mariela a Ernesto.

Con gesto de fastidio, su hermano se encaminó hacia la tienda. Mariela despidió el coche después de pagar, se concentró en la labor del carretero e ignoró la curiosidad que suscitaba entre los transeúntes. Eran muchos los baúles mundo, sombrereras, maletas y cajas, pues viajaban con todo lo que poseían. Cuando Ernesto regresó acompañado de un par de hombres con un carretillo, todavía seguían descargando.

—¡Jesús! ¡Cuánto equipaje! —exclamó asombrado uno de los hombres que se aproximaban—. ¿Mariela? Soy su tío José.

Mariela se dejó abrazar por el hombrecillo entrado en años y de cara afable. No se parecía físicamente a su padre, pero había algo en los ademanes que le resultaba familiar.

—¡Vamos, muchachos! Cargad primero los baúles. Haremos varios viajes —

ordenó nervioso su tío—. Será mejor que suba a la casa. Su tía Pura y sus primas han sido avisadas. Los hombres nos encargamos de esto.

Mariela afrontó la situación con una sonrisa. Estaba muy cansada y lo último que le apetecía era desplegar sus artes sociales. Sin embargo, cuanto antes lo hiciera, antes llegaría a la cama. Entró en el portal y ascendió al piso en el que se alojaba la familia por una escalera de madera, estrecha y oscura.

—¡Oh! ¡Es una preciosidad! —exclamó su tía Pura, en la que los años habían dejado su impronta en las arrugas de la piel, bien peinada con un moño tirante y de rostro redondo y amable. El vestido, aunque resultaba provinciano, se veía nuevo y limpio—. Entre, por favor. Estará cansada del viaje. Ana, cariño, enséñale su alcoba para que pueda dejar el sombrero y la chaqueta. Y el retrete.

La prima Ana resultó ser una versión rejuvenecida de su madre, de facciones correctas y bondadosas.

—Yo soy Marimar —se presentó la otra muchacha, más joven, de tez más oscura que la de la hermana mayor y una cierta tendencia a engordar, como su padre.

Ambas la precedieron al piso de arriba por una estrecha escalera que desembocaba en una salita presidida por una mesa camilla y unas sillas de enea, adosadas a la pared para que no estorbaran el paso a los cuartos. Los dos que se abrían a la calle contaban con ventanas y balcón; los otros dos eran alcobas, cuya única ventilación era una ventana rectangular abatible encima de la puerta de cristal opaco, que daba a la salita por la que se accedía. Gracias al gran dominio que ejercía sobre las emociones, su expresión no reflejó los sentimientos.

—Es mi alcoba —informó Ana—, pero la he dejado libre para usted.

—Por favor, somos de la edad. Creo que sería mejor que nos tuteáramos —interrumpió Mariela.

—Perfecto —sonrió Ana—. Nosotras compartiremos la de al lado. Su hermano, tu hermano —se corrigió—, como es hombre, dormirá en la alcoba de la sala principal, abajo. El cuarto que está al lado de mis padres lo hemos convertido en retrete y baño. Mi padre pensó que así los olores no quedaban dentro de la casa al disponer de ventana exterior.

Mariela detectó un tono de orgullo ante la maravillosa idea de su padre. Por su parte, elucubró sobre cuánto tiempo duraría Ernesto en semejante antro. Ella no había arrojado todavía la toalla. Reconocía que el asunto no pintaba bien, pero se sentía inclinada a darle una segunda oportunidad. Era una corazonada más que nada y hacía tiempo que no sentía una tan fuerte. Allá, en la hacienda,

había crecido entre negras y mulatas que daban mucha importancia a los presentimientos y a las buenas sensaciones. Las tres mujeres vibraban en armonía, un aura de bondad las envolvía y la arrastraba hacia ellas.

Sus primas le concedieron un momento de intimidad y bajaron para ayudar a los hombres con el equipaje. La alcoba contaba con un catre de cuerda con colchón de lana, una mesa de noche, una silla y un palanganero. Se preguntó dónde guardaría la ropa. Una llamada imperiosa a la puerta la sacó de sus preocupaciones espaciales. En cuanto vio el gesto de su hermano que le subía la maleta con las cosas más necesarias para el viaje, lo detuvo cruzando el dedo índice sobre los labios.

—Ni se te ocurra decir nada —lo advirtió con gesto fiero—. Por tu mala cabeza estamos aquí. Así que, ahora, traga.

Ernesto entrecerró los ojos con ira y tiró, sin consideración, la maleta sobre el endeble catre. Sin rechistar, se dio la media vuelta y regresó abajo.

Mariela se recompuso lo mejor que pudo y bajó a reunirse con la familia, que aguardaba con la expectación pintada en la cara.

—Si os parece bien, podemos cenar ya —propuso doña Pura, intimidada por la presencia de Ernesto.

—Magnífica idea —apoyó Mariela con énfasis y una sonrisa—. Estamos cansados por el traqueteo del coche y la dureza del asiento. Mañana nos encontraremos en forma para instalarnos debidamente. ¿Dónde han dejado los baúles?

—En el cabrete de la tienda —respondió animada Ana, mientras su madre y Marimar trajinaban en la cocina—. ¡Cuántas cosas habéis traído!

Mariela sonrió ante la sinceridad de la muchacha y recordó que tenía su edad, veintitrés años; sin embargo, ella era mucho más vieja en espíritu.

—Cierto. Seleccionaré lo que voy a usar aquí y emplearé uno de los *mundos* como armario —comentó y se sentó donde le indicaba su tío.

—¿Qué es un *mundo*? —preguntó Marimar, que entraba con la sopera entre las manos.

—Es un baúl con cajones y colgadores —respondió solícita Mariela.

Mientras tomaban asiento los demás, aprovechó la ocasión para enviarle otra mirada de advertencia a Ernesto. Al fin y al cabo, la familia no era culpable de ser pobre y compartían con ellos, unos desconocidos aunque los unieran lazos de sangre, lo poco que poseían. En ese instante, le parecieron un insulto su

silencio y su actitud hosca.

Hábil conversadora, deslizó la charla durante la comida hacia la tienda. Algo en lo que ellos se sintieran cómodos en lugar de apabullarlos con grandes viajes y las ciudades que habían visitado. Con esto, consiguió desviar la atención del gesto de hastío de su hermano.

—Nos va muy bien —comentaba don José—. Vendemos lienzos del país para ropa de trabajo, algodones, hilo para manteles y paños de aseo, tafetanes, percalinas...

—He oído que este verano desembarcará su majestad la reina madre, doña Isabel de Borbón, en Santander. Imagino que atraerá a la aristocracia del país para recibirla.

—¡Oh, sí! Todos los hoteles y las fondas de la ciudad y del Sardinero están llenos para esas fechas —intervino doña Pura—. Aunque sucede todos los veranos. La gente de la meseta acude a los baños de mar. Lo recomiendan muchos médicos y dicen que son muy saludables. Nosotras mismas vamos algunos domingos y nos divertimos mucho.

—¿Y esas personas no demandan unas telas más sofisticadas?

—Cierto, pero no aquí. Las señoras no vienen a comprar, traen los equipajes completos —contestó con tono serio don José.

—Y aunque vendiéramos telas de calidad, luego harían falta manos expertas en el manejo de esas telas, patrones de vestidos de moda —añadió Ana.

—¿Y tú qué sabes de eso? —inquirió su padre.

—Lo que veo en las revistas de mis amigas, las de Torres. Ellas acuden a una costurera de Madrid.

—Desde que eres amiga de esas muchachas tienes la cabeza llena de pájaros —replicó sin acritud don José.

—Son hijas del conde de Villahermosa —aclaró doña Pura—. Hizo amistad y anda todo el día con ellas. Lo cierto es que son unas chicas muy simpáticas, pero mi niña no puede aspirar a moverse en su círculo.

—Mamá, ya me muevo —replicó Ana ofendida.

—Ahora, porque sois jóvenes; pero en cuanto se casen, no coincidirás con ellas. Es ley de vida, cariño. Tu familia no estará a la altura de la de ellas, aunque os saludéis por la calle. La juventud es una cosa, el convertirse en adultos es otra. Es duro, pero ya aprenderás.

Mariela escuchó las sabias palabras de la mujer en silencio y presenció la tristeza en los ojos de su prima. Quería a sus amigas, pero la sociedad levantaba

barreras infranqueables. De todas formas, Ana planteó una serie de problemas muy reales a la venta de telas que consideraría en otro momento, porque lo único que deseaba en ese instante era dormir.

Pasó la noche de un tirón y se despertó tarde. En la casa sólo quedaba Marimar, que aguardaba a que se levantara para ayudarla en el aseo y con el desayuno.

—Creerán tus padres que soy una perezosa —se disculpó Mariela.

—Mi madre sólo cree que estabas agotada —le sonrió Marimar—. No te agobies. Al principio cuesta adaptarse. Imagino que vives mucho mejor que nosotros.

La sinceridad y la agudeza de su prima la cogieron desprevenida.

—En cierta manera, sí; pero no te fíes de las apariencias. Como ya es tarde, dedicaremos la mañana a seleccionar la ropa más conveniente para el verano y a mejorar la alcoba. Por la tarde me enseñaréis la ciudad.

Con la ayuda del empleado de la tienda subieron uno de los *mundos* para que hiciera las veces de armario. Escogió tres vestidos sencillos de diario y dos de tarde con sus complementos y sombrereras. En los cajones acomodó la lencería, guantes, pañuelos; dejó un par de sombrillas sobre la silla y la alcoba quedó llena.

—Esta tarde compraré un espejo —comentó a Marimar—. ¿Podrá acompañarnos Ana?

—Sí. Sólo nos exigen estar por las mañanas, colocando el género o atendiendo a alguna señora principal. Habitualmente, las tardes son nuestras.

A la hora de almorzar, Ernesto no se presentó. Mariela lo disculpó ante sus tíos y conversaron sobre los planes de la tarde. Doña Pura las acompañaría en la compra del espejo y luego las dejaría a su aire. Mariela comprobó que las tareas estaban perfectamente distribuidas entre los miembros de la familia: don José se encargaba de la contabilidad y de las compras en el almacén. Un empleado despachaba en la tienda con la ayuda de las niñas por la mañana y de la señora por la tarde, así doña Pura contaba con las mañanas para realizar las compras en el mercado y preparar la comida. Sus primas hacían labores por las tardes y en vacaciones gozaban de libertad.

Mariela atendió a las descripciones de sus primas sobre la ciudad. Se encontraba dividida en dos por la calle de La Ribera, que hacía años era un cauce por el que ascendían los barcos a las atarazanas en las que se reparaban. La

puebla vieja comprendía la zona del fuerte de San Felipe, la catedral y la Rúa Mayor, donde residían personas principales. En línea recta, más allá de la Rúa, se extendía una zona de pescadores, el Cabildo de Arriba, sobre la ladera que descendía a la dársena de Maliaño. Y la puebla nueva, que comprendía la zona comercial en la que ellas vivían, la plaza Vieja adornada por la Casa Consistorial y el palacio de los marqueses de Villatorre, la iglesia de la Compañía de Jesús y el convento de Santa Clara, ahora habilitado para la docencia. También cobijaba un barrio de pescadores, el Cabildo de Abajo, en la calle de la Mar.

De la plaza Vieja pasaron a la calle de la Compañía y la siguieron hasta la rampa de la Puntida. Mariela observaba con ojo crítico la vetustez de los edificios, la estrechez de las calles, la falta de luz y de aire a causa de la altura de las casas, que no guardaban relación entre el número de pisos y el espacio disponible. El resultado era de agobio para los vecinos. Le llamó la atención una de ellas con escudo nobiliario antes de torcer hacia Puntida.

—Es la casona del Marqués de la Conquista Real y abarca toda la manzana. Pertenece a la aristocracia antigua —explicó Ana.

—¿Antigua? —se extrañó Mariela.

—Sí. Amadeo de Saboya concedió títulos nobiliarios a muchos burgueses ricos que contribuyeron a levantar la economía del país durante su estancia en Santander hace cuatro años. El padre de nuestras amigas obtuvo así el de conde. Mis padres dicen que son nobles de nuevo cuño.

—Mañana me llevaréis al Sardinero. Si viene Su Alteza doña Isabel a pasar el verano, imagino que allí habrá casas de calidad.

—Y aquí también —añadió Ana enigmáticamente—. A partir de la plaza del Príncipe comienza el Ensanche. Es donde residen los armadores y consignatarios de navieras junto a otras personas de la alta burguesía.

Mariela, más animada, salió al muelle y dejó que la vista se lanzara al infinito. Los pataches y las barcas se mecían al capricho de la corriente y otras quedaban varadas en los arenales con la bajada de la marea. Una edificación larga anclada en medio de la bahía atrajo su curiosidad.

—¿Qué es eso?

—¡Oh! Ya los han traído. Son los baños flotantes, aunque no deben de funcionar todavía pues no han puesto la pasarela. —Ante la mirada interrogativa de Mariela aclaró—: son dos barracones, uno para las mujeres y otro para los hombres, con una tejavana de zinc. En medio de los dos hay una gabarra protegida por un toldo que sirve de sala de espera, llena de sillas. Puedes tomar

los baños fríos y con algas o calientes. Son precios populares. La gente de postín no va allí, sino al Sardinero.

—Sí, no parecen muy atractivos —pensó Mariela en voz alta.

Fijó la vista en una larga serie de manzanas que se alzaban hasta Molnedo: edificios construidos con piedras de sillar y ladrillos y amplias calles que los separaban. Avanzó por el muelle pendiente de las indicaciones de Ana, quien conocía muy bien a las gentes que residían en la zona. El frente era simétrico con el resto: cuatro pisos, el primero de piedra de sillería y el resto de ladrillo. Las ventanas de la fachada hasta el suelo y rematadas con balcones de hierro forjado. En algunas habían sustituido los balcones por miradores, más abrigados de cara al invierno y a la humedad de la bahía. Esta igualdad ofrecía un aspecto elegante y moderno del muelle.

—Estas casas son grandes, sólo hay dos por edificio y tienen salón con chimenea y cuarto de baño, además de camas en lugar de catres. Las escaleras son anchísimas, con una linterna acristalada que las ilumina.

Mariela detectó envidia, ansiedad, deseo, en las palabras admirativas de su prima. Marimar permanecía callada, pues ella era más joven y, aunque conocía a las de Torres, no había visitado la casa. Regresaron por la calle de detrás, cruzaron la plaza Nueva y le enseñaron la fábrica de cerveza, cuyo propietario era el marqués de Campo-Giro, en la plaza de Cañadío. Llegaron a casa, en la calle de la Blanca, extenuadas y felices. Su hermano Ernesto no había aparecido en todo el día. Sus tíos se mostraron preocupados y Mariela hubo de hacer frente a la realidad.

—Ernesto hace su vida. No cuenten con él para nada. Incluso puede que alguna noche no aparezca o se presente a dormir de día. Su vida es caótica y desordenada. Lo lamento mucho.

—El asunto se presenta feo —dictaminó don José—: acabas de describir a mi hermano.

5

Carmina había salido con su madre, doña Emilia, y su hermana mayor, Julia, a realizar unas compras. En cuanto tomaron la acera del Ensanche, detectaron movimiento frente a su casa. No era nada extraño que hubiera actividad, pues recibían y vendían género constantemente. Llegaron al portal, en cuyo bajo se ubicaba la lonja, en el primer piso el escritorio de la empresa naviera familiar y el

resto del edificio se reservaba a la vivienda de la familia y del servicio. Salieron a saludarlas el cajero, don Ricardo, que trabajaba desde que se fundó la compañía en tiempos de su abuelo; el escribiente, Delfín, un joven recomendado por el padre Apolinar y el guarda del almacén, Josefo, un antiguo marino al que le atraía muy poco el mar y, en cuanto le surgió la ocasión, se quedó en tierra y se casó con Eufemia, la doncella que trabajaba para ellos. En ese momento llegó el carro con pertrechos.

—Ayudad a descargarlo y subid los baúles —ordenó su padre de buen humor.

—Cuidado con algunos de ellos —advirtió Delfín a los estibadores—. Contienen porcelana para el ajuar de la señorita.

La mención de los próximos esponsales hizo que su hermana se ruborizase.

—Ya ha estropeado la sorpresa —se quejó don Manuel a Delfín.

—¡Qué callado lo tenías! —exclamó doña Emilia—. Y yo pensé, tonta de mí, que no prestabas atención.

—Por desgracia no soy sordo —murmuró don Manuel, guiñándole un ojo a Julia, quien ríó la gracia de su padre.

—Te he oído —manifestó doña Emilia, que ya subía por la amplia escalera —, pero hoy me coges bien dispuesta. Puedes abusar de mi paciencia, querido.

—No hay nada como llegar a casa y encontrarse sumergido en los dimes y diretes familiares —sentenció don Manuel, quien alcanzó a su mujer y le ofreció el brazo galante.

—¿Qué haríamos sin la sal de la vida? No conozco a un español que no discuta —replicó doña Emilia.

Ante el barullo de la llegada, salió a recibirlos Eufemia, la doncella. Don Manuel anduvo pendiente de la subida de los baúles y de su ubicación en el salón. Terminados los saludos y las frases de bienvenida, los empleados bajaron a la lonja y la doncella regresó a sus quehaceres.

La familia tomó posiciones en la sala. Sus padres compartieron el sofá isabelino, de formas sencillas y redondeadas, y ellas se sentaron en las butacas de brazos con la rigidez que les imponía el polisón. Conversaron sobre los avatares de la mañana y las noticias que habían recogido aquí y allá hasta que Eufemia les anunció que la comida estaba a punto. El comedor era una estancia que los diferenciaba de las clases más humildes. Habían cubierto la mesa con un mantel de lienzo sobre el que destacaba la vajilla de diario de loza de Talavera. Los vasos de cristal provenían de La Granja y la cubertería de plata, de Méjico. Junto

al sitio de su madre humeaba una sopera con el cocido del día.

—¡Hum! ¡Qué bien huele! —exclamó el cabeza de familia, mientras se sentaban y despleaban las servilletas. Eufemia llenaba los vasos con vino aguada.

—Lo que dije —aseveró su madre—: estás más delgado; trabajas demasiado. ¿Cuándo regresará Pablo para echarte una mano?

—¿Se trata de una pregunta con doble lectura, doña Emilia? —bromeó don Manuel.

—Una madre siempre añora a sus retoños —afirmó su mujer, dirigiéndole una mirada grisácea entre admonitoria y risueña—. Ahora estamos disfrutando en familia.

Carmina sabía que el dolor por la pérdida del primogénito, de Manu, todavía se agarraba al alma de su madre. Ahora, la lejanía de Pablo, el único varón que le quedaba, le resultaba difícil.

—Francisco de Arriola —cambió de conversación bruscamente su padre—. Muy buena familia y bien situada económicamente. Accionistas de los Altos Hornos entre otras cosas. Nuestra Julia ha tenido buen ojo.

—¡Padre! —se quejó Julia—. Tal y como lo cuenta parece que me ha vendido. Lo conocí cuando lo invitó usted a comer.

—Ya sabes que nuestros barcos cargan hierro para exportar a Inglaterra —relató don Manuel— y nos reunimos para estudiar la posibilidad de llegar a Holanda. Ésa fue la razón de que nos acompañara en la comida, el resto lo hiciste tú solita.

—Vamos, que completó el negocio con el compromiso con la hija del dueño de la naviera que les distribuye el hierro —remachó Carmina.

—¿Tú también? —volvió a dolerse Julia.

—No hay que negar que el chico es apuesto —convino doña Emilia.

—¡Cómo sigáis hablando así, me levanto de la mesa! —amenazó Julia.

—¡Vamos, hija! Estamos bromeando porque nos rebasa el orgullo —contemporizó su padre—. Eres preciosa y, en cuanto puso los ojos en ti, el muchacho quedó prendado.

—¡Pues sí que lo ha mejorado! —rio Julia.

—Tontearon unos días —intervino Carmina, dispuesta a contribuir con su granito—. Le regaló bombones y un ramo de claveles y nos invitó a tomar chocolate en el Sardinero.

—¿Nos? —se extrañó doña Emilia—. ¿Por qué no estaba yo?

—Yo ejercí de carabina en su lugar; así que soy la más informada del idilio.

—Es una manera muy suave de decirlo. Sólo te falta pasearte por la calle San Francisco y competir con las vendedoras de periódicos, o participar de la ociosa tertulia de la *Guantería* —ironizó Julia.

—Ahora que lo mencionas, Ana Escalante me comentó que el pobrecito dueño de la tienda no sabe qué hacer para expulsar a todos esos haraganes del local, ya que muchas señoras prefieren pasar de largo antes que exponerse a los cotilleos maliciosos —se preocupó Carmina.

—Cierto, hace tiempo que no entro allí. Ahora compro los guantes en la nueva tienda que han abierto, *Capa García*, muy moderna y bien surtida —corroboró doña Emilia.

—¿Y cuándo vemos los regalos? —se impacientó Carmina.

—¿No hacemos sobremesa? ¿Un vino dulce? —ofreció doña Emilia.

—Mientras tanto, abre los baúles —concedió Carmina, empujando a su madre para que se levantara.

Pasaron la tarde alabando la porcelana de China y la loza de Wedgwood, más fina que la de Talavera. Don Manuel sacó piezas de seda para su mujer.

—Las sedas nos vendrán bien para confeccionar vestidos de noche para las fiestas veraniegas que se organicen en torno a doña Isabel —apuntó doña Emilia.

—¿De quién habláis? ¿Qué fiestas son ésas? —inquirió Carmina.

—¡Ay, hija! No te hemos dado el notición. Su majestad, Alfonso XII, vendrá a recibir a su madre que desembarcará en Santander después de dieciocho años de exilio y se quedará a pasar el verano.

—¡Vaya! Así que disfrutaremos de un veraneo regio, rodeados de la nobleza española —se emocionó Carmina.

—Los comerciantes están como locos al igual que las autoridades, que no hacen más que emitir bandos para mejorar la salubridad de la villa —terció don Manuel con el jerez en la mano.

Carmina escuchaba y contemplaba a la familia, que charlaba sobre las noticias locales y los planes futuros. Observó a Julia, quien se casaría el otoño próximo, aunque todavía no había fecha fijada. Esperaba que el señor Francisco Arriola estuviera a la altura de su hermana, a quien echaría de menos. Era tan alta como su madre, aunque los rizos rubios se habían oscurecido un poco; de su padre había adquirido el color castaño de los ojos y las facciones armoniosas.

Carmina también había heredado el color dorado del cabello de su madre; y de su padre, la estatura baja y la mirada castaña. Había madurado, a pesar de que conservaba ese aire travieso y juvenil que ofrece quien vive despreocupado de las responsabilidades de los mayores, aunque esto era más bien aparente a causa de su carácter indómito y revolucionario. Lo que desconocía la familia era su inquietud por las finanzas, por la administración. Era una muchacha con iniciativa propia y deseo de emprender algo por su cuenta, pero para ello necesitaba formación comercial. Llevaba meses rumiando cómo le presentaría a su padre la decisión de comenzar estudios en la Escuela de Comercio de la ciudad. Los alaridos de su madre ya los imaginaba, pero era su padre quien, al final, debía consentir.

Y Pablo era fundamental para conseguir el beneplácito paterno. Los únicos que habían heredado la mirada gris y brumosa de doña Emilia eran los chicos: Manu y Pablo. Hacía dos años que había fallecido Manu y todavía lo añoraba. Pablo era el más parecido al abuelo materno, alto, ancho de espaldas, mentón cuadrado y pronunciado y piel blanca, aunque el cabello era de don Manuel. Así como Julia y Manu eran más afines, Carmina se entendía mejor con Pablo, igual de inquieto que ella.

El domingo por la mañana amaneció un día radiante entre repiques de campanas. Había quedado con su amiga Ana Escalante en misa de once en la iglesia de Santa Lucía. Se habían conocido por casualidad, en un seminario de literatura que se impartía en el instituto Santa Clara y en el que podía inscribirse quien lo deseara. Emocionadas porque los padres no les pusieran ninguna objeción, se sentaban juntas y compartían opiniones sobre las lecturas y noticias en general. Coincidían en aspiraciones y criterios sobre las mujeres y, desde entonces, se fue cimentando una amistad que no sabían adónde las conduciría, aunque tampoco les importaba. Eran jóvenes y lo suyo era disfrutar del momento.

Carmina invitó a Julia a que las acompañara en un paseo por el muelle. La sorpresa fue mayúscula cuando Ana les presentó a su prima cubana, una mujer de modales exquisitos, de una belleza arrebatadora y una elegancia inusual en la ciudad; al menos, hasta que llegara el verano y los personajes importantes y adinerados de la meseta con él. Tanto ella como su hermana Julia quedaron prendadas de Mariela, quien desplegó un gran conocimiento cosmopolita y una sonrisa deslumbrante.

El día deparó nuevas sorpresas. Desde el muelle avistaron el balandro de

Pablo, del que se ocupaba su amigo Roque durante su ausencia. El corazón apresuró los latidos cuando distinguió la conocida figura de Roque Alvear, un muchacho de complexión fuerte y carácter tímido. Hijo único y huérfano desde niño, lo acogió la hermana de su madre, una viuda que había venido de Méjico con mucho dinero al fallecer su marido. Había estudiado con Pablo y capitaneaba uno de los barcos de la naviera *Torres y Cía*. Gracias a esa amistad con su hermano, habían hablado en más de una ocasión y a Carmina le había cautivado la mirada seria y la atención que mostraba en lo que ella decía, así como los conocimientos sobre el comercio y las aspiraciones de medrar. Su cercanía despertaba la ansiedad por algo desconocido aunque, por el momento, no llegaba a inquietarla o quitarle el sueño ya que su prioridad era estudiar.

Lo acompañaban Ventura y Alberto, otros dos de la pandilla de Pablo. En la proa se irguió un desconocido que, por un instante, confundió con Pablo, hasta que vislumbró el cabello y la barba cobriza.

—¿Quién los acompaña? —indagó Julia.

—No lo conozco. Lo confundí con Pablo. ¡Qué tonta! —confesó Carmina.

—Lo echamos de menos —dedujo Julia.

Saludaron con la mano y los chicos correspondieron al saludo. Continuaron con el paseo junto a las Escalante y Carmina, coqueta, se volvió para asegurarse de que Roque la contemplaba. Le impresionó encontrarse con todo el elemento masculino fijo en ellas. De nuevo, con el chico desconocido experimentó algo familiar que la turbó.

Después de la comida, como todos los domingos, se sentaron relajadamente en el salón con una copita de vino dulce.

—Es muy simpática la prima de la Escalante —comentó Julia a su madre—. Es una mujer con mucho mundo, aunque se muestra reservada cuando habla de sus largas estancias en las grandes ciudades: Nueva York, París, Londres. ¡Madre mía! Si yo hubiera tenido la oportunidad de viajar como ella lo ha hecho, no callaría en la vida.

—¡Menos mal que no se me ha ocurrido enviarte a ningún lado! —exclamó don Manuel con una sonrisa.

—¿Está sugiriendo que hablo mucho? —preguntó Julia con retintín y una medio sonrisa.

—¡Qué final! —intervino Carmina—. Sugerir. ¡Ja! Te ha llamado cotorra.

—¿Una prima, dices? —se interesó don Manuel.

—Sí. Parece ser que un hermano de don José emigró a Cuba, trabajó mucho y adquirió una plantación de caña de azúcar y el ingenio para refinarla. No me he enterado muy bien de los pormenores, el caso es que el padre falleció y han vendido la plantación.

—Hablas en plural —matizó doña Emilia.

—Ha venido con un hermano, del cual no han dicho mucho. Han estado más reservadas de lo habitual. ¿No crees, Carmina?

—Para mí que esquivaron hábilmente cualquier referencia hacia él —respondió Carmina—. Aunque lo único que han logrado es levantar más expectación. Mariela es guapísima, así que nos intriga cómo será el hermano.

—Antes de que se te llene la cabeza de vanas ilusiones —advirtió su madre —, te diré que no me gustan los indianos para contraer matrimonio con ellos. Traen ideas muy liberales, gastan el dinero como si fuera calderilla y carecen de apoyo en la península. Lo seguro es un hombre de una familia de toda la vida y con una educación pareja a la tuya.

—Un aburrido —resumió Carmina.

A Carmina le atraía la divertida disparidad de los amigos de su hermano: Ventura Cantolla y Alberto Vial, bien vestidos y responsables, congeniaban con dos ovejas negras como Roque Alvear y Pablo Torres, conocidos por sus peleas y por frecuentar dudosas compañías. Sin embargo, eran espíritus afines en convicciones políticas, sociales y morales. En eso consistía la amistad, en un hilo fuerte que une personas y eso mismo era lo que la unió a Ana Escalante: pensaban igual y aspiraban a lo mismo. Se comprendían y manifestaban en voz alta lo que sentían, independientemente de que fueran o no de la misma clase social, o de que una fuera más inquieta y la otra más tranquila.

Esa certeza fue lo que la llevó a escudriñar en el alma de Roque y a descubrir la persona que guardaba dentro de sí: educado y respetuoso con las mujeres y, al mismo tiempo, liberal e, igual que su hermano Pablo, la empujaba a que realizara

sus sueños. Roque sería un marido que no se interpondría en sus deseos.

6

El día siguiente amaneció nublado por lo que desistieron de acercarse al Sardinero. Por la mañana, Mariela acompañó a su tía a la compra con la intención de incorporarse a las tareas de la casa, pues le parecía muy descarado vivir con ellos sin arrimar el hombro. Además, aquellas pequeñas tareas le permitirían conocer la ciudad y las gentes, ya que sus tíos eran vecinos apreciados. Recorrió los mercados de Atarazanas, el de La Ribera, más moderno, y la Pescadería.

Regresó con la cabeza aturullada de tantas caras y tantos nombres de las personas que le había presentado doña Pura y que debía recordar. La dejó con la compra en la cocina y bajó a la tienda, donde sus primas le explicaron en qué consistía el trabajo y el género que vendían. Mariela era buena observadora y no perdió detalle de los vestidos y complementos que llevaban las mujeres que entraban en el local. En cuanto salían, Ana le informaba sobre el poder adquisitivo de la compradora.

—Eres una caja de sorpresas —halagó Mariela admirada—. Tienes muy buena memoria.

—Carece de mérito, créeme. En invierno somos muy pocos y, si hubieras nacido aquí y regentaras un comercio, tú también saludarías a todo el mundo.

—Vendiendo telas, conocerás a las modistas y bordadoras de la ciudad.

—A las lugareñas, sí. En verano vienen algunas de paso, al servicio de las familias de la meseta que escapan del calor a la costa bajo la excusa de los baños de ola.

—¿Hay alguna que destaque?

Su prima meneó la cabeza negativamente.

—Si lo que deseas es arreglar alguno de tus vestidos, te diré que son telas muy costosas que no tienen por costumbre trabajar las de por aquí. Igual las de Torres saben de alguna.

La mañana transcurrió tranquila, aunque la cabeza de Mariela bullía de ideas, decisiones e irresoluciones. Había desarrollado una gran habilidad en el vestir y en la creación de modelos, hasta el punto de que una de las modistas más conocidas de París se había fijado en ella y le había propuesto un pequeño

negocio durante su estancia en la ciudad de la luz: Mariela lucía los modelos y difundía el nombre del *atelier* a cambio de una sustanciosa rebaja en la confección y en las telas.

Anhelaba iniciar esa nueva vida independiente que buscaba y, cuanto más lo pensaba, más determinada estaba a asentarse en Santander. Ofrecía un invierno tranquilo para preparar la temporada y un verano regio para vender el producto confeccionado. Por lo que había averiguado, no encontraría competencia porque nadie poseía los conocimientos ni los proveedores que ella podría conseguir en París. Pero, para llevar a cabo sus planes, necesitaba sincerarse con la familia.

—¿Un arma? —preguntó a su tío, señalando un fusil arrumbado en una estantería cuando se encontraban en el cabrete de la tienda.

—Sí, hija —respondió con pesar—. Aquí tampoco han sido fáciles las cosas. Primero la revolución del sesenta y ocho y luego, la guerra civil. Hace dos años, en el setenta y cuatro, lo pasamos mal con los carlistas. Todos los bancos trasladaron los efectivos de sus arcas a las naves que acudieron en nuestro auxilio. El Banco de Santander los llevó al remolcador Hércules. Y yo me alisté voluntario para defender la ciudad. Enviaron ingenieros militares que levantaron una línea de baluartes en la costa norte: San Pedro del Mar, La Corbanera... La guerra es como la peste —concluyó amargamente don José—, no nos libramos de ella en ningún lugar del mundo, aunque el puerto salió beneficiado del asedio de Bilbao, pues se derivaron todas las cargas aquí. Así que guardo ese fusil por si acaso. Don Carlos firmó la paz este invierno, pero ¿quién sabe si volverá? Todavía andan los ánimos soliviantados, sobre todo en los pueblos de oriente, los más afectados. Ya llevamos tres guerras y Bilbao, dos asedios. Los santanderinos recibiremos este verano al rey con la esperanza de que nos

devuelva la tranquilidad tan anhelada.

—Me han dicho que el pueblo lo apoda «El Pacificador». Oí que el pretendiente, Carlos VII, se había retirado a Francia a principios de este año — confirmó Mariela.

—Francia está muy cerca —decretó su tío con un meneo de cabeza y Mariela sonrió ante la gran verdad.

A la hora del almuerzo la ansiedad la devoraba por dentro, así que decidió coger el toro por los cuernos cuando todos, excepto Ernesto, se hallaban sentados a la mesa.

—Me gustaría compartir con ustedes una idea que me ronda la cabeza, pero antes deseo sincerarme. Bueno, no he mentido en el estricto sentido de la palabra, pero he omitido la verdad. —Llegado este punto comprobó que había captado la atención de sus tíos—. Mi hermano y yo estamos arruinados. Al fallecer, mi padre nos dejó un montón de deudas. Yo me hice cargo de la plantación y del ingenio, pero Ernesto se encargó de dar al traste con mis esfuerzos. Con lo que nos quedó, me lleva a la zaga, dando tumbos por las ciudades europeas, y yo no quiero seguir así.

—Por supuesto que no, hija. Aquí tienes un hogar y una familia —se apresuró a ofrecer doña Pura.

—Algo me barruntaba —reconoció don José—. Ese equipaje tan rico no cuadraba con una casa como ésta. Pasado el primer día, creí que buscaríais un alojamiento más de acuerdo a vuestros posibles y, al no hacerlo, sospeché que había mucha fachada.

—¿Y cuál es esa idea que tanto te desasosiega? No has dejado de hacerme preguntas en toda la mañana —demandó Ana—. ¿Guarda alguna relación?

—Para independizarme de Ernesto necesito trabajar. He pensado en abrir un negocio.

—¡Oh! ¿Trabajar? —se asombró doña Pura— ¿Y en qué? Aquí encontrarás siempre un plato y un cuarto.

—Gracias, tía. Ya lo sé, pero comprenda usted que no voy a arrebatárselos el sustento a mis primas. Ya hacen bastante con velar por ellas. Estoy acostumbrada a cuidarme sola, aunque no rechazaré su ayuda, pues la voy a necesitar.

—Si es cuestión de dinero... —comenzó don José meneando la cabeza dubitativamente.

—En absoluto. Tengo ahorrado —negó Mariela—. Pero usted sabe mejor que yo que una mujer no puede abrir un negocio ni disponer de su dinero, necesitaré un tutor y no deseo contar con Ernesto, quien se pondrá hecho una furia en cuanto se entere de que quiero anular su potestad sobre mí. Por cierto, me gustaría que mis planes permanecieran en secreto el mayor tiempo posible.

—¿En qué has pensado, hija? —insistió doña Pura.

—En un taller de alta costura. Conozco la moda de París y de Londres y conservo la amistad y la dirección de una modista que me puede suministrar patrones, telas y revistas sobre lo más novedoso; y de las tiendas en las que compraba lencería y complementos.

—¡Qué bueno! —exclamó Ana admirada.

—No sé yo —comentó don José escéptico—. No hay clientela para eso que sugieres.

—En verano, sí —aseveró Mariela—. Me he fijado en que la gente de aquí no sólo tiene que desplazarse; sino que fuera tampoco consiguen lo mejor. Mis creaciones vendrán directamente de París. Y en invierno, confeccionaremos lencería y ropa de casa. El problema será encontrar costureras finas y bordadoras que conozcan el oficio delicado.

—Y el taller. Hará falta un local —apuntó don José—. A pesar de que vendo telas, reconozco que sobre mujeres sé poco. Si crees que puedes triunfar, no te faltará mi apoyo.

—Gracias, tío, con su bendición será un buen comienzo.

—La idea es buena y la ciudad cuenta con una clase comerciante en auge que desea, con toda su fuerza, destacar y conseguir favores reales o políticos. Parece difícil, pero nunca se sabe. Cuenta con mi apoyo, hija.

—Gracias, tía.

Mariela se había emocionado por la acogida a pesar de la confesión que había precedido a su exposición. Esa predisposición la animó a proponer a sus primas la búsqueda de un local.

—Un taller así debe abrirse en un sitio accesible y comercial —dijo don José.

—No necesariamente —rechazó Mariela con suavidad. Le horrorizaba la idea de que el taller se ubicase en las estrechas calles del centro.

—No recuerdo ningún local libre por aquí —contribuyó doña Pura.

—Ha de ser algo más elegante. No puedo recibir a la clientela como si fuera una modista más de la ciudad.

—Eso puede costar mucho si estás pensando en el Ensanche —constató

don José.

—¿Y en la Rúa Mayor?

Todos se volvieron hacia Ana, que había permanecido callada hasta entonces.

—¿Dónde queda eso? —se interesó Mariela.

—¿Por qué no recorréis las calles si habéis terminado de comer? Tú, no. Vas a hacerme un recado —dijo don José a Marimar—. Así miráis los locales en alquiler.

—Prefiero comprar —admitió Mariela.

—Eso será mucho dinero —advirtió doña Pura, mirándola fijamente.

—Vendí las joyas de mi madre a espaldas de Ernesto. Además de los ahorros —reconoció Mariela en un susurro.

—¡Qué lista eres, rapaza! —exclamó don José con una sonrisa en los labios—. No obstante, lo sabrá. Necesitarás su consentimiento para adquirir el local.

—Ya veremos —respondió Mariela sin perder el ánimo—. Es un presentimiento. Algo me debe salir bien.

Ayudaron a recoger la mesa y la cocina y luego salieron entre risas a la calle, contentas de tener una finalidad entre manos.

7

Desde la Blanca torcieron a la izquierda para cruzar el puente de Vargas, que se alzaba sobre la calle de La Ribera, hacia la catedral.

—¿Por qué prefieres esa calle en particular? —preguntó Mariela a su prima.

—Fue la calle principal cuando la ciudad era muy pequeña y se limitaba a las rúas que se extienden detrás del fuerte y de la catedral. Son casas antiguas y señoriales que pertenecen a militares y canónigos. Pero la razón por la que sugerí la Rúa Mayor fue otra. La última vez que estuve con las de Torres hablaron de una casa que llevaba mucho tiempo en venta y que pertenecía a una conocida familia de la marina mercante, pero el descendiente que la heredó se casó y vive en Cádiz y quiere deshacerse de ella. En la *Guantería* también la nombran, aunque en otros términos, ya sabes, sobre ruidos y luces en una casa deshabitada. Vamos a echar un vistazo.

—Buena idea. Por lo que os he oído, debe de haber mucho desocupado activo de lengua en esa *Guantería*. ¿No tienes más amigas que las señoritas Torres?

—Algunas, pero no puedo evitar mi inclinación por Carmina. Aprendo

mucho junto a ella y conozco a gente interesante que de otra manera no estaría a mi alcance. No creo que me case. Antes ya lo percibía pero, desde que has llegado, me he dado cuenta de que no estoy satisfecha con mi vida.

—Tus padres hacen lo que pueden. Yo he disfrutado de todo lo que he querido, excepto de un padre cabal y cariñoso. Y ahora lo he perdido todo.

—No les reprocho nada y los quiero muchísimo, pero aspiro a algo más, aunque no sé a qué exactamente.

—Es bueno tener aspiraciones, Ana. Eso es la vida. Eres espabilada. ¿Te permitiría tu padre compartir mi aventura?

—¿Trabajar contigo en el taller? —preguntó ilusionada, y al instante se apagó el brillo de su mirada—. No domino la costura como para algo tan fino.

—Yo tampoco, por eso busco costureras. Conoces a las personas, despliegas don de gentes, sabes tratarlas y llevas las cuentas con tu padre: hay que dirigir, contratar, pagar salarios...

—¡Madre de Dios! ¿Podremos con todo?

Mariela se volvió a su prima con una sonrisa.

—Somos mujeres: con eso y con mucho más —dijo con orgullo—. En quien no confío es en los hombres. ¿Por qué has dicho que no te vas a casar?

—Los muchachos a los que puedo aspirar me parecen unos patanes. Mi madre echa la culpa a mis amigas y dice que me han llenado la cabeza de tonterías, pero no es cierto. Ellas no tienen nada que ver. Yo me doy cuenta de ello.

—Envejeceremos juntas —aseguró mientras ascendían la escalinata de la torre de la catedral para salir a la Rúa Mayor.

—¿Por qué eres tan negativa con los hombres? —se interesó Ana.

—Por mi padre y por mi hermano. Ahora deseo volar sola, sin rémoras a mi alrededor.

No se atrevió a contarle la vida que había llevado por Europa. Era agua pasada y sin solución. De nada servía sacarlo a colación. Ahora debía centrarse en los planes que absorberían toda su energía. Necesitaba triunfar por sus tíos, por su prima, por ella misma.

—Ésa debe de ser la casa.

Mariela se volvió hacia el edificio que le indicaba Ana. Era ancha, de dos alturas. En la parte de arriba, tres ventanas se abrían hasta el suelo, estilo francés, para permitir asomarse y apoyarse sobre los estrechos balcones de reja que las adornaban. En la planta de abajo, dos ventanas enrejadas custodiaban el antiguo

portón de madera, encastrado en la ojiva de piedra, con herrajes y remaches de hierro. Un gran aldabón labrado destacaba en el centro. El enorme alero estaba sustentado por canecillos de piedra verdinegra por la humedad.

—Es pequeña para lo que planeo, pero bien conservada y con piedra sillar en las esquinas y rematando los vanos —opinó Mariela—. Imagino que no podré optar por una mayor. —Miró el resto de las casas, que ostentaban un escudo y habían sido construidas en piedra completamente—. Están fuera de mi alcance.

—Y no están en venta —recordó su prima.

—¿Echamos una ojeada al resto de la calle? A ver qué encontramos.

Se respiraba tranquilidad, pues era más residencial que comercial, y eso le gustó a Mariela; se ajustaba a su idea elitista: empedrada, bien iluminada por lámparas de gas, y las casas de piedra le daban un aire noble aunque rezumaran antigüedad las redondeadas piedras y la estrechez de la calle. Según se aproximaban a la Cuesta del Hospital, el ambiente cambiaba y la calle se ensanchaba: una ebanistería, una platería y un taller de planchado.

—Aguarda —le pidió su prima y se separó para saludar a una chica que se encontraba en la puerta del último taller. Conversaron un rato y Mariela se distrajo observando a su alrededor. Un poco más allá bajaba la Cuesta del Hospital, se abrían las tascas de los pescadores del barrio de San Pedro y el caserío se volvía más humilde. Después, el convento de las Ursulinas y el Hospital de San Rafael.

—Estamos de suerte —reclamó Ana su atención—. La viuda de Velarde es vecina y guarda las llaves. Me ha dicho que la buena señora podrá darnos razón sobre la casa, y también me ha comentado que corren rumores extraños sobre ella. Parece que se han extendido las habladurías.

—Pues no perdamos el tiempo y, en cuanto a los rumores, ya veremos de qué se trata —se animó Mariela recomponiéndose.

No les costó encontrar la mentada casa. Las invitaron a entrar y se presentaron ante una señora mayor. El salón resultaba agobiante con los cortinones de terciopelo y las alfombras gastadas. Por encima de los muebles había paños, blancos y cremas, rematados de puntillas, tan antiguos como la dueña.

Mientras compartían una jícara de chocolate, les informó sobre el precio de venta, que se llevaría a efecto en el despacho de los abogados Alvear en caso de acuerdo, sobre las condiciones en las que se hallaba el edificio, y les habló sobre los dueños y su vida en Cádiz. Impaciente, Mariela explicó que no se

comprometía hasta que no la viera. La señora accedió y le encomendó la labor a su doncella, pues ella ya no salía a la calle.

—La ciudad cambia más rápidamente que yo. La Rúa Menor se ha convertido en la Sodoma y me asusta abandonar el refugio de estas viejas piedras. Doña Virtudes las acompañará.

Se despidieron, aunque prometieron una nueva visita. Siguieron a la doncella, una mujer de mediana edad, hasta la puerta y, cuando se hallaron fuera de los oídos de la señora de la casa, Mariela la interrogó.

—¿Hay problemas en la calle? Nos pareció un lugar tranquilo.

—Aquí no, en la Rúa Menor. Anoche, sin ir más lejos, tuvieron que intervenir los Celadores de la Guardia Municipal. Una vergüenza. Pero no se preocupe, sólo ocurre por las noches y, como ya le he dicho, sucedió en la calle paralela a ésta. Al terminar la guerra, el paso de tropas ha descendido, sólo quedan las que se embarcan para Cuba. La señora es mayor y se asusta por cualquier nimiedad.

Llegaron a la casa y doña Virtudes procedió a abrir el portón de madera. Mariela entró detrás de la mujer, quien se adelantó y retiró una contraventana para que se iluminara el interior. Los muebles estaban cubiertos por lienzos de La Cavada que los resguardaban del polvo.

—Imagino que la señora les habrá informado de que los muebles entran en el precio.

—Sí, nos lo ha comentado, gracias —contestó Ana por Mariela.

Mariela no se molestó en retirar las sábanas para comprobar el estado de los muebles, sino que consideró la amplitud de la sala para instalar el taller de trabajo, la disposición de la escalera, la cocina en la que comerían las empleadas, la chimenea que presidía el salón y la librería del despacho que, una vez vaciada de libros, le serviría para clasificar telas e hilos. Junto a esta última se abría una pequeña puerta que protegía el excusado que coincidía sobre la línea de la muralla. Se asomó a la ventana que había abierto la doncella y se asombró de la altura. El mar lamía el pedregal que sustentaba la calle que unía la estación de ferrocarril con el muelle de las Naos. La muralla sobre la que se emplazaba la casa terminaba sobre esa calle ganada al mar. Le agradó la vista, acostumbrada a su alcoba sin vanos de la calle de la Blanca. Cerró los ojos y respiró el aire limpio y salino de la bahía.

—Dicen que se tiró por esta ventana. —La voz de doña Virtudes a su lado la sobresaltó—. En aquellos días, el mar llegaba hasta el pie de la muralla.

—¿Quién se suicidó? —preguntó Mariela conmovida.

—La anterior dueña de la casa. En realidad, desapareció la joven señora —añadió con voz más grave, una vez que había captado el interés de ambas—. El capitán le daba mala vida y ella perdió el hijo que estaba esperando. Un buen día desapareció. Esa misma noche sopló el viento sur con fuerza, la bahía se hallaba revuelta y rizada y las aguas rompían contra la muralla. Como no se la encontró, se dio por hecho que se había arrojado desde la ventana en medio de su ofuscación y desdicha. Desde entonces, hay quien la ha oído lamentarse entre estas paredes.

—¡La casa alberga un alma en pena! —exclamó Ana impresionada—. ¿Por eso lleva tanto tiempo en venta?

—Por eso mismo, señorita —aseguró doña Virtudes muy seria.

—¡Magnífico! —Las sorprendió Mariela—. Esa leyenda me permitirá regatear el precio.

—¿Vas a adquirirla con fantasma y todo? —preguntó su prima incrédula.

—Ninguna historia de aparecidos podría competir con la santería de Cuba. Créeme, Ana, estoy acostumbrada a los relatos de terror.

—¿Subimos? —sugirió su prima, que ya había levantado una esquina de todas las sábanas para fisgar los muebles.

El piso de arriba estaba dividido en seis estancias que se comunicaban entre sí. Mentalmente distribuyó tres como probadores particulares para la clientela, justamente los que miraban hacia la bahía y uno de ellos disponía de chimenea, que se correspondía al mismo sitio en el que se ubicaba la de abajo. Los otros tres, cuyas ventanas daban a la calle, serían guardarropas y almacén de telas: dejaría en uno de ellos las camas, por si había que quedarse a dormir; y en los otros dos, los armarios roperos, los maniqués y los rollos de telas.

—¿Y eso?

Mariela señaló una trampilla en el techo y doña Virtudes se encogió de hombros indiferente.

—El acceso a la parte interior del tejado. Se encuentra en perfecto estado pues no hay goteras ni humedades.

—Me agrada lo que he visto. En caso de que nos decidamos acudirémos a los abogados que nos ha indicado su señora.

—¿Vivirá aquí la familia? —curioseó doña Virtudes.

—Probablemente —eludió Mariela con una sonrisa. No les había dejado entrever ni la finalidad ni quién sería el comprador por si acaso surgía alguna

traba.

Se despidieron de la doncella y se encaminaron en silencio hacia la catedral. Mariela volvió la cabeza con disimulo y vislumbró por el rabillo del ojo cómo entraba la mujer en casa de la señora de Velarde.

—¡Ya está! No puede oírnos. ¿Qué te ha parecido?

—¡Un sueño! ¡Vaya casa! ¡Ojalá pudiera vivir en una así! —exclamó emocionada Ana—. No viste los muebles. ¡Había camas de verdad!

—Los muebles son lo de menos. Lo importante es la luz y la apariencia. Para vender hay que mostrar un sitio agradable y de acuerdo con la posición social de las personas a las que se va a recibir. Creo que es ideal, un poco pequeña, pero sabré sacarle partido. La compra y el acondicionamiento se llevará todos mis ahorros y nos hacen falta muchas más cosas.

—Si voy a trabajar contigo, igual mi padre invierte algo —sugirió Ana.

—¡Oh! ¡Tengo tantas cosas en la cabeza que no sé por dónde empezar! En cuanto llegemos a casa haremos las cuentas y buscaremos el dinero que falte. Luego escribiré cartas a las mujeres que me proveerán desde París. Ana, te encargarás de buscar las costureras.

—Realizaremos unas pruebas para evaluar la destreza y seleccionaremos las mejores. Haré correr la voz, cuantas más se presenten, mejor.

Así, excitadas y elaborando planes, descendieron las escaleras de la torre catedralicia y cruzaron por el puente la calle de La Ribera hacia la calle de la Blanca.

La cena se prolongó hasta entrada la noche. Todos participaron de los planes de Mariela y opinaron jubilosos. Era una aventura de gran envergadura, pero Mariela mostraba tal determinación que los arrastró.

—Haremos una lista de los cambios y reparaciones que habrá que efectuar en la casa y de los efectos que debemos adquirir para poner en marcha el taller, como maniqués, agujas, alfileres, hilos... —comenzó a organizar doña Pura.

—No quiero ser aguafiestas, pero todavía dependes de Ernesto. ¿Cómo vas a adquirir la casa?

El tío don José las devolvió a la realidad.

8

La sorpresa al día siguiente, como si hubiera sido convocado con sólo nombrarlo, fue Ernesto quien, igual que desapareció, volvió a presentarse, sin

avisar. Ana y su padre despejaron la sala y bajaron a la tienda, mientras Marimar y doña Pura recogían la mesa y la cocina, pues la criada sólo estaba por las mañanas para aliviar a doña Pura de las tareas más pesadas. Mariela subió a su alcoba seguida de su hermano.

—¿Será absurdo que te pregunte dónde has estado estos días?

—No me sermonees —cortó Ernesto—. Aquí estás con los parientes y no es necesaria mi presencia. ¿No querías visitar a la familia? —se mostró sarcástico.

—Y quiero —se ratificó Mariela—. Es más, desde ahora te comunico que nos separamos. He decidido quedarme aquí.

—¿No lo dirás en serio? —La incredulidad de Ernesto era sincera.

—¿En qué has notado que bromeo? —Se volvió Mariela cuando entró en la alcoba.

Ernesto se abrió paso y se dejó caer en el catre, Mariela se sentó en la única silla.

—¿Algún problema? —preguntó Ernesto con el ceño fruncido—. ¿No te habrás dejado cazar por algún pueblerino?

—En absoluto. Sencillamente estoy cansada de seguirte, de vivir una vida que no es la mía. Es mi deseo que transmitas tu tutoría sobre mi persona a un despacho de abogados.

—Hay otras ciudades más dignas. Si es por dinero, te dejo instalada en Madrid y luego te apañas tú solita. Pero, ¿este cuchitril?

—¿Tienes dinero?

Ernesto se movió y se sacó una bota.

—Mira dentro.

Mariela metió la mano y sacó un fajo de billetes.

—¡Vaya! Ha habido suerte.

—Más de la que piensas. Este verano conseguiré una cartera abultada. ¿Sabías que va a venir el rey y que Su Majestad doña Isabel pasará aquí el verano? He oído que en el Casino del Sardinero, además de bailes, se juega.

—Ya, caballeros desocupados contra un tahúr de los bajos fondos de La Habana —resumió Mariela hastiada—. ¿Dónde te quedas a dormir? ¿En una fonda?

—Da igual. A partir de hoy, en casa del Marqués de la Conquista Real, en la calle de la Compañía. Por eso estoy aquí, para recoger mi equipaje.

—¿Cómo lo has engañado?

—Delante de ti se encuentra el nuevo secretario: conozco el protocolo, hablo idiomas...

—Nunca has trabajado ni has estado sujeto a un horario. ¿Qué pasará cuando se dé cuenta de la superchería? —sonrió Mariela incrédula.

—Para entonces, ya me habré ido. De momento, me ofrece una buena habitación y comida decente. Además de la posibilidad de acercarme a la aristocracia y a Su Majestad.

—Debo reconocer que te las ingenias bien para salir adelante.

—¿De verdad vas a instalarte aquí? —insistió Ernesto.

—Sí. Estoy decidida.

Ernesto se quedó pensativo, mirando el techo.

—Tu presencia me daba respetabilidad, pero también me generaba muchos gastos. Y estas gentes no se atreverán a dejarte en la calle.

—No hace falta que busques justificaciones. Te viene bien dejarme y yo lo prefiero —concluyó Mariela.

—Siempre has sido una mujer práctica; romántica, pero práctica. Por eso me sorprende tu decisión.

Mariela estuvo tentada de decirle lo que se traía entre manos, pues si se quedaba todo el verano acabaría por enterarse, pero consideró que sería mejor el silencio y aprovechar la fortuna de Ernesto.

—Si te inquieta la conciencia, confieso que no me vendría mal una pequeña compensación económica. Me has ofrecido la posibilidad de asentarme en Madrid, hazlo aquí. He visto una casa en la Rúa Mayor que me vendría bien.

Ernesto torció el gesto contrariado.

—Sí que eres práctica. Será mucho dinero.

—¡Qué va! Es de un marino que no vive aquí y tiene prisa por venderla.

Mariela le dejó caer dos tercios de lo que costaba y, ante su asombro, su hermano se incorporó se quitó la otra bota y sacó otro fajo de dinero.

—Cuéntalo.

No lo pensó dos veces y lo contabilizó con destreza. Eran billetes muy usados y arrugados, provenientes del juego, por lo que Mariela no sintió remordimientos. Ese dinero le venía al pelo para pagar las obras que llevaría a cabo, para adquirir una máquina bordadora y bastantes cosas más.

—Con esto hemos concluido nuestra sociedad —declaró Ernesto, mirándola significativamente.

—Perfectamente —asintió Mariela.

—No te veo preocupada. ¿Has encontrado a un pardillo?

—En absoluto. No me da miedo el futuro.

—Ésa es mi chica. ¿Has pensado a qué bufete de abogados les vas a confiar tu persona? Si no tienes preferencia por ninguno, puedo investigar...

—Alvear e hijos, en la calle Santa Clara. —Pensó Mariela que así mataba dos pájaros de un tiro—. Y una cuenta en el Banco de Santander, para efectuar la compra de la casa y los gastos que se presenten. El tío me ha prometido una ayuda que me ingresará —mintió sin ningún sonrojo.

—Será mejor que vayamos juntos, así te conocerán y tú te familiarizarás con los despachos, aunque eso se te dio muy bien en La Habana. —En su voz no había sarcasmo, sólo constataba una realidad.

Ernesto dejó el catre, se agachó, le dio un par de besos de despedida y abandonó la alcoba. Mariela escuchó el crujido de los escalones, permaneció un rato con los billetes en la mano mientras le oía trasegar abajo, recogiendo las escasas pertenencias que había sacado, pues la mayor parte del equipaje permanecía en el altillo de la tienda. Hasta que no abandonó la casa, no reaccionó. Se levantó despacio y dejó escapar un suspiro de alivio. Era libre, dueña de sí misma. Esbozó una sonrisa y procedió a esconder los billetes. Luego, se recompuso el peinado, se lavó la cara y las manos y bajó a la tienda. La familia Escalante la rodeó sin falsas contemplaciones.

—¿Qué ha sucedido? —se interesó doña Pura.

—¿Se va solo? —preguntó su tío inquieto.

—No se va. Se queda a pasar el verano en casa de no sé qué marqués en la calle de la Compañía...

—De la Conquista Real —interrumpió Ana.

—... me ha dicho adiós y se ha quedado muy contento de que no desee seguir a su lado. No le he revelado mi intención de montar un negocio. Para justificar mis ahorros, le he dicho que usted me dejaría una cantidad. No me traicione.

—Descuida, hija. Cuenta conmigo —rezongó aliviado don José—. Cuando dijo que enviaría por el equipaje, me temí que te hubiera arrastrado con él.

—No ha tenido esa suerte: cargará con una mujer más.

Todos sonrieron ante la idea y, con gestos, restaron importancia a la afirmación de Mariela.

El resto de la semana pasó volando con el ritmo frenético que le imprimió Mariela. Entre correo, planes y visitas a los despachos para legalizar su situación

y la compra del inmueble, pasaron diez días.

9

Pablo se había reunido con Roque, Alberto y Ventura en la tasca de la Trini, la protegida del Chepa, al final de la Cuesta del Hospital, frente al barrio de pescadores que se extendía por el desmonte hasta la bahía.

La Trini era alta, ancha de cadera y discreto pecho, aunque bien plantada en conjunto. Entre el oscuro cabello destacaban mechones canosos que anunciaban la madurez de la mujer, además de las arrugas en las comisuras de los ojos y en los labios, que parecían fruncidos. Había heredado el local de su padre y lo dirigía con mano de hierro; allí no entraba nadie que ella no quisiera y al borracho que amenazara la tranquilidad lo despachaba con el garrote que guardaba detrás de la barra si no se hallaba en ese momento el Chepa o alguno de sus chicos, quienes pasaban las horas libres detrás de la barra. Era conocida por su genio y por su honestidad, así que la respetaban y nadie le buscaba las vueltas. El Chepa la había amparado a cambio de comida y no se sabía de qué más, quedaba a la imaginación del chismoso.

Los cuatro amigos habían decidido trasladar la partida de cartas del café Suizo a un lugar alejado de la sociedad elitista para no correr el riesgo de que reconocieran a Pablo. La tasca era un local limpio, de paredes encaladas, que daban mayor luminosidad, y suelo de piedra. Gruesas vigas de oscura madera atravesaban el techo, el mobiliario era de madera basta y las sillas de enea. La maciza barra de castaño estaba rematada por una pulida piedra grisácea. Con la excusa del juego, comentaban los avatares de la ciudad como las comadres lo hacían en las plazas. Los fines de semana se entregaban a la pesca o a las regatas, según dispusieran la naturaleza y el estado del mar. A Pablo lo presentaron a la Trini como Pedro Saro y así se dirigían a él incluso en privado, para que no hubiera confusiones.

—Así que ese aire mustio no se debe a ninguna inglesa —comentó Ventura arrastrando con un dos de copas.

—El aire mustio, como tú lo llamas, se debe a la imposibilidad de comunicarme con la familia —aclaró Pablo.

—A estas horas, Roque, estarías llegando a Bilbao —recordó Ventura

mientras recogía la baza—. Pues es una pena que no te haya encandilado una inglesa porque por aquí no hay mucho para escoger.

—No seas burro, hombre, no has encontrado una que te enamore —explicó Alberto, el que acumulaba más experiencia en ese campo y al que le habían dado calabazas en Madrid—. Y si te enamoras, te importa un pito si es guapa o fea.

—Eso me hace sospechar que la elegante Azucena no era muy favorecida por la diosa Afrodita. Al final, habrá que agradecerle que te haya rechazado —apuntó Ventura, con el sarcasmo que lo caracterizaba.

—Tengamos la fiesta en paz —medió Pablo—. No merece la pena discutir por mujeres. Veinte en bastos.

La amistad había surgido en el colegio y los cuatro pertenecían a familias vinculadas a los negocios del puerto y de la industria. Alberto Vial trabajaba en los negocios familiares de exportación después de haberse formado en la universidad; Roque Alvear y él se decantaron por el mar hasta que Pablo quedó anclado en tierra a la muerte de su hermano mayor; Ventura Cantolla, el remilgado de la pandilla, fue el último en incorporarse al grupo. Mientras Roque, Alberto y él se abrían paso a mamporros y pedradas con los raqueros y las bandas de la Atalaya, Ventura, un chico escuálido, se refugiaba en la biblioteca familiar para leer. Lo conocían de vista, pero no tenían trato, hasta que una tarde, que se encontraban en plena guerra de pedradas en uno de los huertos de Santa Lucía, un anónimo lanzador, escondido en la espesura de un roble, puso en fuga al enemigo con endiablada puntería. Se quedaron boquiabiertos cuando Ventura descendió del árbol sin descomponerse la ropa y con un gran tirachinas en la mano.

Cayó la noche y se despidieron del Bolo, quien ejercía la guardia en la taberna ese día, y abandonaron el local. Aunque era primavera, el frío todavía se dejaba sentir, sobre todo si soplaba el nordeste, como era el caso. Enfilaron la Rúa Mayor hacia la catedral, pero al llegar a la casona llamada *El Navío*, sobre la que flotaban leyendas que ponían los pelos de punta, oyeron un quejido de mujer.

—¡Cristo! Las viejas piedras hablan —exclamó Ventura divertido.

—Yo no diría que son las piedras —corrigió Pablo—. Me ha parecido que venía del callejón del Viento.

Se asomaron al citado callejón que unía la Rúa Mayor con la Menor. Silencioso de día y bullicioso de noche, era estrecho y húmedo. Distinguieron a un hombre que apretaba a una mujer contra la pared de la casona, algo habitual

por aquellos lares; sin embargo, Roque intervino ante el asombro de sus amigos.

—Oiga, creo que a la mujer no le satisfacen sus atenciones.

El hombre se separó de ella lo que le permitió la estrechez del callejo.

—Esta fiesta es privada pero, si la desea usted, por dos reales es suya.

Cuando lo oyó hablar, Pablo reconoció al proxeneta Botero, quien andaría ajustando cuentas con alguna de las infelices que trabajaban para él. Roque, para salir del paso sin mostrar amilanamiento, siguió el juego:

—Por dos reales la quiero toda la noche.

—Trato hecho —aceptó el rufián y empujó a la mujer hacia él—. Cobro en efectivo y al momento.

Roque echó mano del bolsillo mientras ellos permanecían callados, sin saber a qué atenerse con el giro imprevisto que había tomado la noche, pagó en el oscuro callejón y salió detrás de la mujer hacia la Rúa Mayor, mejor iluminada.

—¿Usted no es Águeda, la viuda del Caracola? —reconoció Ventura, aturdido por el descubrimiento.

Pablo frunció el ceño. El Caracola era el patrón de la barcaza de pesca del mismo nombre, de ahí el apodo. Era un hombre joven, bien parecido, que tuvo la fortuna de casar con una mujer fina, educada, dedicada al servicio de una familia con posibles en Palencia. La conoció cuando la familia veraneaba en Santander y nadie apostaba por él, pues el cambio de vida sería muy duro para una mujer así. Pero se equivocaron, ella aceptó. El Caracola era feliz y todo era poco para su esposa. Le dio dos hijos antes de que el mar se lo llevara durante una tempestad.

—¿Cómo es que está en manos de ese individuo? —inquirió Pablo extrañado.

La mujer, con los churretes de las lágrimas todavía húmedos, permanecía avergonzada y, con la cabeza baja, sin atreverse a levantarla, les desgranó su vida.

—La cofradía me pasa una paga, pero resultó insuficiente para sanar a mi niño y hube de pedir prestado.

—¿A ese individuo? —intervino Alberto incrédulo.

—No, a otro, pero para el caso fue lo mismo. Vendí mi deuda al Botero, aunque yo no me enteré hasta después del entierro de Felipito.

—¿Murió el chico? Ya lo siento, mujer —se condolió Ventura.

—No sirvieron de nada mis esfuerzos, señor —explicó la mujer con el llanto en los ojos de nuevo—. A los dos días se presentó ese horrible hombre en mi casa reclamando la deuda. Como no podía saldarla, me propuso trabajar para él.

Yo me negué pero me amenazó con mi hijo pequeño.

—¡El muy cerdo! —Pablo hervía de furia—. ¿Nadie se prestó a auxiliarla?

—No sabe cómo las gasta el Botero. Una vez que has caído en la trampa, no hay nada que hacer. No soy la primera.

—¿A quién pidió prestado? —insistió Ventura.

—Al primo de mi marido, el Remi.

—¿Y la vendió? Porque no tiene otro nombre —preguntó lo obvio Roque.

—Me dijo que no le quedó más remedio. Que condonaba no sé qué historia de antaño que había contraído con él. Me explicó que, tarde o temprano, habría caído en sus manos, pues me había echado el ojo.

—¡El muy sinvergüenza! —Ventura se pasó la mano por el cabello.

—¿Qué sucedía en el callejón? —Pablo estaba decidido a llegar hasta el final de la historia.

—Soy nueva en el oficio. —La mujer, siempre con la mirada fija en el suelo, se puso colorada—. Un cliente se ha quejado porque no soy... muy colaboradora.

—¡Jesús! ¿Ya está usted ejerciendo? —Pablo apretó los puños impotente.

—Quiero a mi hijo. Es lo único que me queda. ¿Qué van a hacer conmigo? Roque recordó de pronto que había pagado por ella.

—¡Nada! —se revolvió molesto—. Lo menos que puedo hacer es pagar la maldita deuda en memoria del Caracola. Le debo mucho y me parece una buena ocasión para devolverle el favor, aunque ya no se encuentre en este mundo.

—Gracias, señor. —La mujer se echó a sus pies llorando.

—¡Por Dios! ¡Levántese, señora! —exigió Roque azorado.

—¡Cuidado! Se acerca el sereno —advirtió Alberto.

Roque la ayudó a ponerse de pie.

—Vuelva a casa y siga con su vida. Tendrá noticias mías en cuanto arregle su situación con ese hombre.

La mujer, después de agradecerse de nuevo entre hipidos y lágrimas, se apretó el chal en el que se envolvía y se encaminó hacia el barrio de San Pedro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ventura impresionado.

—Busquemos al Chepa —propuso Pablo.

—No hace falta que me sigáis en esto. —Los detuvo Roque.

—¿Y quedarnos de brazos cruzados? —objetó Pablo.

—¿Ahora que hay un poco de acción? —alegó Ventura—. Vamos a quitarnos las telarañas.

Saludaron al sereno, cuando llegó a su altura, y regresaron sobre sus pasos para llegarse a casa del mentado quien, sorprendido y sin imaginar la que se le venía encima, los dejó entrar.

10

Era una casita de una planta construida en el borde de la ladera de San Pedro, con buenas vistas a la bahía, y la compartía con el Niño y el Bolo. Una tarima de tablones lo aislaba del frío suelo y, aparte de la puerta, contaba con una sola ventana orientada al mar. Pablo imaginó que el interior resultaría igual de lóbrego durante el día. Los invitó a sentarse en el único banco que había en la estancia, mientras él lo hacía en un tosco taburete de tres patas, como los que se utilizaban para el ordeño. Además de la mesa y de tres catres que se hallaban a la vista, había un fuego sobre el que calentaba un puchero que olía bien. En unos ganchos junto a las camas colgaban las ropas de los domingos; en la pared, frente a la puerta, había unos anaqueles con los utensilios de cocina; y en un rincón, los trebejos de pesca: redeños, la red, cañas y una lata de gusana como cebo.

No era la primera vez que pisaba la casa de un pescador, pero le costaba acostumbrarse a la pobreza que los envolvía. Llevaban una vida muy dura y muchos de ellos encontraban la muerte en el mar, como el Caracola. No importaba lo avezado que fuera uno, simplemente, los caprichos de la naturaleza eran imprevisibles.

—Ustedes dirán lo que se les ofrece.

—Necesitamos que vaya a saldar una deuda con el Botero. Nosotros no podemos hacerlo, pues llamaría más la atención que unos señoritos se preocupen por la suerte de una viuda —reveló Pablo sin ambages.

El Chepa meneó la cabeza.

—¿En qué malos pasos se encuentran para buscar a semejante individuo?

—Nosotros, en ninguno. ¿Recuerda al Caracola?

—¡Jesús! Son ciertos los rumores que corren sobre la Águeda.

A Pablo no se le escapó lo rápido que hiló el Chepa, luego el caso de la mujer andaba en las lenguas del barrio.

—Un tal Remi, que la ayudó económicamente cuando uno de sus hijos

estuvo enfermo, le pasó la deuda al Botero —explicó Roque.

—Lo conozco. Otro sinvergüenza, no echa el cebo sin sedal. Ese trato estaba sellado antes del préstamo. Trabaja para el Botero —aseveró el Chepa con el ceño fruncido—. Es difícil para nuestras mujeres sobrevivir sin el hombre. No es la primera que termina en esa situación.

—Quiero cancelar la deuda y que la dejen en paz —anunció Roque—. No es una ramera.

—Ninguna lo es, pero ya está señalada —convino el Chepa.

—Eso es otra cuestión —constató Roque.

—El Botero no liquidará la deuda. No es asunto de dinero, sino de mujeres en el mercado. Pero si quieren, lo intento. —Se puso de pie y cogió el chaquetón de paño pardo—. Debo reunir a la tropa. El Niño y el Bolo andan en la tasca. No es conveniente aventurarse en territorio ajeno a pecho descubierto.

—Haga lo que crea conveniente, lo esperamos.

A la media hora regresó a la casa con el Bolo, el Niño y el Broncas, un marinero descomunal y algo desproporcionado con el rostro marcado de peleas anteriores. Todo lo grande que era lo tenía de buen corazón y escaso de cerebro, por lo que era fácil alterarlo para comenzar una disputa.

—Ya estamos dispuestos a *correrla*. He dejado aviso en la Cofradía, por si acaso. Don Casimiro anda disgustado con los abusos del Botero. El resto de los compadres nos espera abajo. Ustedes aguarden en la tasca de la Trini.

Entraron en la tasca para remojar la garganta reseca con cerveza *La Montañesa*.

—¡Vaya trifulca que se va a armar en la Rúa Menor! —dijo la Trini a modo de bienvenida—. Están revueltos mi hombre y los chicos. ¿Qué se les ha perdido por aquí a hora tan avanzada?

—¿Qué opina usted de todo esto? —retrucó Ventura.

—Pinta feo. No se perdona el desliz a una mujer. Un hombre es otra cosa.

—¿No son ustedes muy duras con las de su propio sexo? —criticó Pablo, que andaba susceptible.

—Yo no había nacido cuando se hicieron las reglas.

—Pero las sigue sin rechistar —atacó Pablo de nuevo, rascándose la barba, pues de llevarla tanto tiempo la goma le irritaba la piel.

—¡Vaya! Cómo andan los ánimos. Lo que hago es no entrar para no tener que salir. ¡Ea! Así lo aprendí de pequeñita. Yo no juzgo a nadie.

—Tampoco se moja.

—¿Pero qué bicho le ha picado a su amigo hoy? —se quejó la Trini a Ventura.

—Ha decidido ser el Quijote de la viuda —aclaró éste.

—Enhorabuena, entonces. Lo que no entiendo es la mala sangre. Yo no tengo voz y ni voto en el Cabildo, soy mujer. Nosotras estamos acostumbradas al trato, pero me alegro de que mozucos como ustedes estén dispuestos a defendernos. —Le guiñó un ojo y se retiró a la cocina dejándolos solos.

Al cabo de un buen rato regresaron el Chepa y algunos de los expedicionarios, como don Casimiro, el del Cabildo.

—¡Invita la casa a un vino! ¡Trini! Sirve a los amigos —ordenó el Chepa desbordante de euforia.

Llegaban sonrientes, crecidos como la marea. El Chepa se dirigió a ellos y los presentó a don Casimiro, quien les narró la peripecia:

»Soy persona decente y nunca había visitado esos tugurios.

—Dígame de qué presume y le diré de qué carece —se oyó una voz.

Don Casimiro prosiguió sin inmutarse:

»Son la Sodoma y Gomorra del puerto santanderino, en donde se organizan partidas de cartas con apuestas muy subidas, se alquilan cuartos sin mirar la compañía, los borrachos mean y vociferan por la calle. Muy desagradable. La *Bodega* es un sótano en el que se juega fuerte, un lugar para señoritos con dinero. No nos permitieron la entrada porque no éramos finos. ¡Ja! Con la chusma que los frecuenta, nosotros no estamos a la altura —dijo socarrón—, así que entramos en tromba, el Chepa y yo al frente, seguidos de los bravos aquí presentes. Los jugadores, ante la incipiente trifulca que se avecinaba, se apresuraron a guardar el dinero que había sobre las mesas. Los cortinajes de abrieron y salió el Botero, con el ceño fruncido, demandando una explicación por semejante irrupción en su local. Como presidente de la Cofradía de Pescadores llevé la voz cantante. Expliqué que íbamos a resolver una cuestión en la que el Consistorio nos había dado largas. Saludé con la cabeza a uno de los jugadores que se hallaba allí, don Benito, concejal en funciones, y sugerí que levantara acta de la *amigable* reunión. —La sorna del presidente de la Cofradía no se le escapó a nadie.

»—No media ninguna querrela con la Cofradía —replicó el Botero picado—, y haga cuenta de que estas personas no están aquí.

»—Pues yo las veo —reté—. Y por supuesto que tenemos cuentas pendientes: no queremos que persiga a nuestras mujeres, viudas o huérfanas.

»—Ellas acuden a mí para ganar algún dinero con el que salvar la miseria a la que las condenáis.

»—No es eso lo que ha llegado a mis oídos. Compra deudas que contraen con otros para obligarlas a trabajar para usted.

»—Si no pueden pagar... Son negocios.

»Se adelantó el Chepa.

»—Aquí le dejo la deuda de la viuda del Caracola —dijo, y soltó los reales sobre el tapete de juego.

»—Es un asunto entre ella y yo.

»—Ha hablado de negocios. La deuda está pagada ante testigos —insistió el Chepa. Nuestros bravos se removieron y el Botero, temeroso, se avino a razón.

»—¿Y para eso tanto follón? Han molestado a mi clientela —se enfadó el Botero—. Si necesitaba una querida, haberlo dicho.

»—Deje de arrastrar por el fango el nombre de una mujer —intervino el Chepa.

»—Yo no arrastro nada, de eso ya se encarga ella solita —provocó el Botero.

»Lo que sucedió a continuación, nadie recuerda cómo se inició. El Broncas salió lanzado hacia delante y de un puñetazo derribó al Botero. Los demás, deseosos de resarcirnos del proxeneta, arremetimos contra los hombres que acudieron en auxilio del amo. Entre los gritos de los señoritos y la gresca a puñetazos, se organizó tal algarabía que atrajo a los Celadores de la Guardia Municipal, avisados por algún sereno diligente. Se abrieron paso desde la calle con las levitas azul turquí, gorra militar, cinturón negro de charol y tahalí del que colgaba el sable. Con tres pitidos de silbato, el cabo que iba al frente impuso silencio en el interior de la *Bodega*. Ordenó que se desalojara el local y que nos retirásemos a nuestras casas so pena de pasar la noche en el calabozo del cuartel de San Francisco si encontraban a alguno rezagado. En cuanto los beodos curiosos dejaron la puerta libre, fuimos de los primeros en abandonarlo.»

El relato fue muy aplaudido por los asistentes. Roque y sus amigos aguantaron un rato los comentarios y la repetición de la pelea, y luego se excusaron para ir a informar a Águeda.

—Pues sorda tiene que ser si no se ha enterado todavía —comentó la Trini, contenta por lo que había sucedido. Por fin los pescadores habían puesto en un

brete a ese malnacido.

Los cuatro entraron en el barrio de mareantes y el olor a salitre de la brisa que llegaba de la bahía los recibió junto con la visión de las redes colgadas a secar en los balcones. La casa del Caracola era una más y no destacaba especialmente. Subieron por una estrecha escalera de madera al segundo piso y llamaron a la puerta que les habían indicado. Parecía que los golpes los hubieran dado en cada puerta del viejo edificio. Águeda, pálida y nerviosa, les abrió. Se descubrieron la cabeza y, ante la muda invitación para que pasaran dentro, la rechazaron.

—Venimos para informarle de que la deuda con el Botero ha sido saldada —habló Roque.

—Muchas gracias —dijo en voz baja y con la tristeza reflejada en el rostro.

—Le haré llegar un estipendio a través del Chepa todos los meses hasta que consiga un trabajo digno —ofreció Pablo.

—Le estoy muy agradecida, pero preferiría que no lo hiciera. Nunca podré devolverle el dinero ni el favor. Nadie me dará trabajo aquí, he perdido la honorabilidad que se requiere. Siempre me perseguirá mi mala cabeza.

—No se mortifique —se compadeció Ventura—. Hizo lo que creyó necesario para salvar la vida de su hijo. Encontraremos una salida. De momento, le ruego que acepte la ayuda que le ofrece mi amigo.

La buena mujer se deshizo en buenas palabras, una vez más, por la intervención y los reales que Pablo la obligó a coger. Se despidieron y, al darse la media vuelta, percibieron movimiento en las puertas de las habitaciones circundantes.

—¿Cómo pueden tratar así a uno de los suyos? ¿Dónde está la caridad cristiana que tanto predicán? ¿Se creen mejores que ella? Me gustaría saber qué habrían hecho en su lugar, ¿dejar morir al hijo por preservar su virtud? —se condolió Pablo.

—No te hagas mala sangre, amigo —aconsejó Roque.

—No me quito de la cabeza a Águeda —reconoció por el camino a casa—. Entiendo que le ofenda recibir limosna. He pensado que mis hermanas sabrán cómo solucionar el problema: es asunto de mujeres. ¿Por qué no se lo cuentas a Carmina?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Roque alterado.

—Tienes más confianza con ellas para hablarles y que la gente no murmure. Pregunta por mí.

—¿Y por qué no Ventura? —se quejó Roque.

—Vamos, ¿qué te pasa? Has sido tú el que ha iniciado esto. Habrá que terminarlo y la mejor forma es consiguiendo un trabajo digno a esa mujer. Allí no lo va a encontrar —justificó Ventura.

—¡Rayos y centellas! Siempre me tocan tus encarguitos —refunfuñó Roque.

11

Roque se embutió en su traje de oficial de la marina mercante y se acercó al Ensanche con la esperanza de encontrarse con las hermanas de Pablo antes de embarcarse para Bilbao. Se sonrió en cuanto las vio por lo predecibles que resultaban sus costumbres y se congratuló de la ausencia de doña Emilia. Avanzaban las hermanas con las sombrillas abiertas para protegerse del sol de media mañana. Julia era la más hermosa físicamente; Carmina, la más interesante e inquietante para Roque.

La hermana pequeña de su amigo era un barril de pólvora que había de manejar con cuidado y, a ser posible, mantener lejos. Le atraía su desparpajo, sus ideas progresistas, como las de Pablo; sin embargo, era la postura de una joven que, tarde o temprano, adquiriría la cordura y se amoldaría a lo que la sociedad exige de una mujer. Cuando eso ocurriera, Roque la echaría de menos.

—¡Cómo! ¿No ha recibido noticias de él? ¿Y yo que suponía que estaba mejor informado que nosotras? —Carmina, como era costumbre, no ocultaba su pensamiento.

—Cierto, he faltado a la verdad —aseveró Roque molesto—. Es usted muy observadora. La razón para acercarme a ustedes es más altruista. Una mujer del

barrio de pescadores necesita trabajo urgentemente y me preguntaba si serían tan amables...

—¿La mujer sobre la que se inició una escandalera en un tugurio de allí? Algo se ha comentado —interrumpió Carmina—. ¿Qué tiene que ver usted en ello? ¿Se dedica frecuentar esa clase de compañías?

—¿De qué hablas? —se escandalizó Julia—. ¡Haz el favor, Carmina! Eso no te incumbe.

—Pues sí que corren las noticias —se asombró Roque, quien pasó por alto la observación de Carmina—. Me educaron para no consentir que sinvergüenzas abusen de las mujeres y menos si se trata de la viuda de un amigo.

—¡Qué galante! —se emocionó Carmina—. Disculpe mi equivocada percepción, pero he leído sobre la inclinación natural de los hombres por cierto tipo de mujeres.

—Su imaginación es más escandalosa que la de los hombres —se vengó divertido Roque.

—Por favor, pueden encauzar la conversación y apropiarla a las exigencias del buen gusto —regañó Julia acalorada—. Nos pueden oír.

—Necesitaba dinero para curar a uno de sus hijos y pidió prestado —prosiguió Roque—. La exigieron ejercer para liquidar la deuda ya que no podía devolver el dinero.

—¡Jesús! —atinó a pronunciar Julia.

—¿Ejercer? Trabajar, quiere decir —indagó Carmina.

—Prostituirse —aclaró Roque lacónico. Y en su boca afloró una sonrisa reprimida cuando detectó el sonrojo de Carmina. Se las daba de liberal y conocedora de la vida, pero enseguida la pillaba.

—¡Jesús! —repitió Julia santiguándose—. Ya estamos otra vez.

—Cubrí la deuda con el chulo. Ahora busca un trabajo, pero creo que va a ser difícil. Con la sonada de la otra noche, la ciudad entera está al cabo de lo sucedido.

—Me siento orgullosa de la parte que ha tomado usted en ello, siempre y cuando no haya malentendidos, ya sabe, que crean que es su amante o algo por el estilo —felicitó Carmina, repuesta del patinazo.

Roque se admiró de la compostura de la joven y de la elegancia con la que encajaba el desliz y lo convertía en alabanza. Era inteligente y, por ello, peligrosa. Y eso atraía a Roque con el agua al pez.

—Lo lamentaría por ella —se dolió Roque—. Yo tengo la conciencia tranquila y mis amigos me apoyaron. Ya que conocen la historia, me gustaría que le encargasen algo que justificara una ganancia. Si recibe trabajo, igual se animan otros. Es buena bordadora por lo que sé.

—Ya tenemos costurera y modista —se adelantó Julia.

—Hay trabajo para todas —intervino Carmina. Roque comprobó que Pablo conocía a su hermana—. Mañana me acercaré al comercio de los Escalante para

adquirir buena tela de hilo. Le pediré que me confeccione paños para el baño.

—Se molestarán nuestras costureras —argumentó Julia.

—No sé cómo, si no se enteran —rebatió con intención Carmina.

—Te acompañaré —se adhirió Julia, derrotada ante la inquebrantable decisión de Carmina. Roque constató cómo ese pequeño cuerpo manejaba a sus hermanos mayores con un dedo gracias a su determinación. Sí, Carmina iba camino de convertirse en una mujer de armas de tomar.

—¿No estarán pensando en presentarse ustedes mismas en casa de esa mujer? —se alarmó Roque—. Aunque igual, no es mala idea. El barrio anda pendiente de ella y, si ven que gente de calidad llama a su puerta, a lo mejor le hacen un favor.

—Si vamos con la de Escalante, seremos más. Nadie se atreverá a chismorrear —sugirió Carmina.

—Remedios, la hermana de Alberto, probablemente se apunte —añadió Julia animada.

—Seguro que sí —apoyó Roque—. Entonces confío en ustedes para tan delicada empresa. Encontrarán la forma de ayudarla.

Roque lo dijo con absoluto convencimiento, por lo que se ganó una sonrisa de agradecimiento de parte de Carmina por su confianza. Roque entrecerró los ojos y despidieron un brillo especial que desvelaba el sentimiento que despertaba la joven en él, aunque no olvidaba que era la hermana de su mejor amigo y que

pertenecía a una familia con mejor posición que él, huérfano y capitán de un patache. Julia iba a contraer un matrimonio ventajoso y, seguramente, los padres habrían hecho planes para la benjamina y, en éstos, no entraba un marino.

12

Primas y tía entraron como un batallón en la casa recién adquirida para limpiar y planificar qué harían con los muebles que no sirvieran. Decidieron contratar unos albañiles para tirar las paredes del despacho y despejar el lugar de trabajo. La librería de la planta baja estaba bien sujeta a la pared y decidieron dejarla, pues serviría para guardar los cestos de las costureras. Mariela pasaba la mayor parte del tiempo allí y regresaba a última hora de la tarde a la calle de la Blanca. Ese día se encontró en casa de sus tíos sin apenas recordar el recorrido, sumida en lo que quedaba por hacer. La esperaban para sentarse a comer.

—Lo siento —se disculpó—. El tiempo vuela organizando aquello.

—Es lo que sucede cuando hay trabajo —admitió don José con una sonrisa.

Se sentaron a la mesa e intercambiaron chismes de la calle mezclados con el cocido y labores matinales saboreadas con la fruta.

—He decidido dejar las dos camas en uno de los cuartos de arriba por si acaso hiciera falta que alguien se quedase a dormir.

—¿Y los asientos? ¿Habrá suficientes para las tres habitaciones que servirán de probadores? —se interesó doña Pura.

—Pondré el sofá en una y los dos sillones a juego en otra. La estancia del centro, que comunica ambas, quedará como sala de espera o para servir el refrigerio. Las completaré con las sillas isabelinas. Quedará bien. Han dejado las paredes despejadas para encalar mañana. Como están separados por puertas dobles, si fuera necesario, se pueden convertir las tres en un salón corrido en los días de acontecimientos más importantes.

—Ya he avisado al pintor, es bueno y limpio. Te lo dejará como un sol —

aseguró su tía.

—¡Qué nervios! Estoy deseando verlo terminado —dijo Ana—. Ya he corrido la voz por las calles de San Francisco y de la Blanca, en mercerías y, solapadamente, en talleres de costura. Se enfadarían las oficialas si se enterasen de que quiero robarles personal.

—He enviado una abultada correspondencia a París.

Explicó a su prima lo que había encargado, pues sería Ana quien llevara la contabilidad y quien tendría que controlar los precios de lo que se compraba en un futuro.

—El problema es que no sé francés —confesó Ana cuando se hallaban en la alcoba.

—Debemos corregir ese defecto en cuanto el negocio esté en marcha —propuso Mariela—. Las clases altas lo hablan con soltura.

—¿Cuántos idiomas dominas?

—El francés y el inglés.

—¡Qué suerte! — se admiró su prima—. Te pareceré una provinciana ignorante.

—Ana, nunca te menosprecies. En lugar de eso, pon remedio a lo que no te guste, aprende. Todo lo que sea aprender tiene solución. Contrataremos un profesor de francés en cuanto ganemos nuestro primer sueldo.

—Creo que he visto un anuncio en *La Tertulia*. Voy a buscarlo.

Salió decidida y Mariela quedó sorprendida de que su prima guardara un ejemplar de prensa, pues no había visto a su tío leerlo en ningún momento. Allí las noticias llegaban a través de los clientes.

—No recuerdo en qué número se ofrecía un profesor. —Regresó Ana con los papeles revueltos.

—¿Desde cuándo lees la prensa? —se interesó Mariela.

—¡Chisst! Que no te oigan mis padres. Las de Torres leen *La Tertulia* porque escriben amigos del amigo de su hermano. —Al ver la cara de incompreensión de su prima, aclaró—: El señor Cantolla es un amigo de su hermano mayor que se dedica a escribir en *La Tertulia* y se reúne con una serie de literatos, periodistas y gente muy preparada, para charlar sobre las realidades del país. Yo lo compro a escondidas y lo leo para estar a la altura.

Mariela comprendió en ese momento la tragedia de su prima. Era algo más que una aspiración de ser más, necesitaba material para que su mente se

ensanchara, sentía inquietudes más allá de la diferencia social. Efectivamente, no eran sus amigas, ellas habían sido el detonante; era la propia Ana quien luchaba contra la ignorancia, la que corría hacia el conocimiento.

—Déjame ver quiénes son los intelectuales de la ciudad.

—Mira, éste lo firma don Marcelino Menéndez Pelayo. Es un joven bien parecido, de unos veinte años. Me lo presentaron en una ocasión que nos detuvimos para saludar a don Ventura y darle nuevas de su amigo, que se encuentra en Inglaterra.

—Don José María de Pereda —leyó Mariela.

—Es mayor, más de cuarenta años, pero me encanta las cosas que escribe. Es muy crítico y se ríe de todo el mundo. Sin embargo, no debes mencionarlo delante de mi padre: ha coqueteado con el carlismo, formó parte de la «Real Junta a Guerra de Cantabria». Te pasaré algunos de sus artículos que reúne bajo el título humorístico de *Tipos trashumantes*; así podrás enterarte de la gente que visita la ciudad.

—Sí, por favor, no dejes de hacerlo —rogó Mariela, pues conocía de sobra la importancia de estar bien informada sobre lo que sucedía en una ciudad—. Entonces, los *folletines* y el *Epistolario Manual para señoritas* de una tal doña Pilar Pascual...

—¡Oh! Eso son cosas de mi madre para educarnos mejor —movió la mano en un gesto que le quitaba importancia—. Estoy de los libros que enseñan moralidad y buenas costumbres a las mujeres hasta el moño. A cierta edad no están mal, pero luego cansan. Reconozco que algunos folletines son muy entretenidos. He coleccionado los de Alejandro Dumas y el *Judío errante* y *Los misterios de París* de Eugenio Sué. Cuando quieras te los dejo.

—Me he educado en un colegio para señoritas que no permitían ese tipo de lecturas y en casa, sin la presencia de mi madre, nadie se molestó en inculcarme la virtud de leer. Este invierno tendrás que prestarme lectura y ponerme al día. ¿Sabías que en Francia y en Inglaterra hay mujeres que se reúnen en salones privados para charlar sobre sus libros preferidos y las novedades sobre música o pintura?

—En Madrid también. He oído hablar de ello.

—En invierno bajarán mucho las visitas en los salones de arriba. Se podría reservar un día a la semana para reuniones culturales con las amigas.

—¡Vaya idea tan magnífica! Aunque acabaremos hablando de todo menos de libros.

—¡Qué más da! Cualquier excusa es válida para reunirse.

Se acostaron tarde. Mariela estaba rendida a causa de tantos preparativos. Su prima no dejaba de sorprenderla gratamente y había sido una buena idea reclutarla para el negocio, aunque tendría que pulirla socialmente y convencerla de su valía para que abandonase esa postura servicial y apocada que le restaba confianza y fuerza. Se revolvió en el angosto catre y, por extraño que pareciera, descubrió que se había acostumbrado a las estrecheces hasta el punto de que la casa de Rúa Mayor le había parecido un palacio. Se sonrió por lo ridículo de la idea. Ella, que había vivido en mansiones en Francia y en Inglaterra, conocía, mejor que nadie, la diferencia con un palacio. Había caído muy bajo, pero saldría adelante ella sola; bueno, junto con Ana. Entre las dos lo conseguirían.

13

La mañana siguiente la pasó con el pintor y por la tarde bajó a la tienda de su tío a ayudar con el género que había llegado, ya que no se podía hacer nada en la Rúa mientras no secasen las paredes recién pintadas. En éstas estaban cuando entraron las de Torres. A Mariela le habían caído bien, a pesar de que la pequeña resultaba un poco preguntona.

—Venimos a realizar unas compras y también a hacerles una propuesta — abrió el diálogo Julia, después de los saludos de rigor—. Mientras nos cortan tres metros de lienzo de hilo blanco, les contamos.

Ana, con más pericia en la tienda que Mariela, se puso manos a la obra. Don José se retiró a la trastienda y doña Pura, junto con el empleado y Marimar, comenzó a organizar unas telas que habían quedado sin recoger.

—¿Se han enterado del escándalo que se ha producido en la Rúa Menor hace unas noches? —preguntó Julia en voz baja. Aunque conocía la respuesta, era una forma de dar un poco de misterio al asunto.

—Algo nos ha llegado sobre unos desórdenes por causa de una mujer — contestó Ana en el mismo tono de confidencialidad. Y las cabezas de las muchachas se inclinaron a la vez sobre el lienzo que cortaba Ana.

—Pues los amigos de nuestro hermano estaban en el ajo —soltó Carmina, consiguiendo que la miraran escandalizadas y anhelantes por los detalles.

—No fue la razón por la que creen los mal pensados —atajó Julia—. Nos lo contó Roque Alvear esta mañana y nos ha pedido ayuda.

—¡Ayuda! —exclamó Ana asustada—. ¿Qué podemos hacer nosotras en un altercado de esas características?

—Verán —atemperó el ánimo Julia—, resulta que la viuda de un pescador necesitó dinero para curar a un hijo enfermo y pidió prestado. El hijo, fatalmente, murió, pero la viuda no podía devolver el dinero así que la exigieron que —y bajó más la voz y se apretujaron más unas contra otras para no perder sílaba de tan succulento y horripilante relato— se prostituyese. —Las exclamaciones de asombro y horror se sucedieron—. Los amigos de nuestro hermano se enteraron y lo denunciaron ante el presidente del Cabildo, quien intervino y condonó la deuda. Roque Alvear es un caballero y no entró en detalles sobre lo que aconteció allí después.

—Un aguafiestas —se dolió Carmina.

—...pero intervinieron los Celadores Municipales porque se enzarzaron en una pelea. El resultado es que el nombre de la mujer ha quedado en entredicho hasta el punto de que nadie le da trabajo y le queda otro hijo.

—¿Y por qué nos piden ayuda a nosotras en un tema tan espinoso? —insistió Ana.

—Los chicos han pensado que si acudimos juntas a casa de la viuda no levantaremos falsos rumores y, de esta manera, seremos un apoyo para la mujer frente al resto de los vecinos, que la miran mal. Este lienzo es para que me confeccione unos paños de aseo bordados con el nombre. Hemos quedado en la catedral con Remedios Vial y con Rosa de la Gándara.

—Son muchachas de familias importantes en la ciudad —explicó Ana a Mariela.

—Cuantas más seamos, menos mella podrán hacernos las habladurías —expuso Julia.

—A mí me parece bien —opinó Mariela ante la indecisión de su prima—. Es injusto que carguen contra una mujer porque no se rindió ante la enfermedad de un hijo. Que la decisión fuera buena o mala, no nos corresponde juzgarlo.

—De acuerdo, vamos —decidió Ana—. Envuelvo esto y aviso a mi madre de que dejo la tienda.

Se encaminaron las tres, con las sombrillas abiertas, hacia la calle del Puente

al encuentro de las otras dos muchachas. Mariela se sonrió interiormente en cuanto notó que Carmina se situaba a su lado con distraída habilidad.

—Es muy juiciosa cuando se habla de otras mujeres.

—Debemos apoyarnos las unas en las otras. ¿Qué otra cosa podemos hacer? —contestó Mariela.

—¿No confía en los hombres?

—¿No son ellos los que han hecho las leyes? Creo que se olvidaron de incluirnos en ellas.

—¡Hum! No lo había visto así —reconoció Carmina—. Buena munición para soltarla en una discusión.

—¿Qué tiene usted contra el género masculino?

—En concreto, nada. Resulta frustrante que ellos sean libres para decidir y actuar y nosotras necesitemos el permiso paterno para estudiar o casarnos con quien queramos o podamos, porque no somos libres ni para exponer nuestros sentimientos. Durante los paseos he observado cómo las mujeres siguen disimuladamente con la mirada a los hombres y, a juzgar por los suspiros que emiten a su paso, si los uniéramos todos, dejarían mudas las campanas de la iglesia.

Mariela rió con ganas la originalidad de Carmina al hablar. Ya se había mostrado tan gráfica y aguda de ingenio en otras ocasiones. Se reunieron con Remedios y Rosa y, tras las presentaciones, se apresuraron hacia el barrio de San Pedro por la Rúa Mayor.

Mariela había visto la miseria de lejos y entre negros, pero era la primera vez que se aventuraba en un barrio bajo que, para variar, era de blancos. Aunque el sol lucía y el azul de las aguas brillaba al fondo, la pobreza de las casas engalanadas con las redes le encogió el corazón. Los chiquillos jugaban sobre la tierra, pues el empedrado no había llegado hasta allí, y corrían con ropas desgastadas, sucias y con algún que otro parche.

Saludaron a su paso a un grupo de mujeres que remendaban las redes sentadas en el suelo o sobre un taburete mientras charlaban. Recogían el pelo bajo un pañuelo que anudaban casi sobre la frente y cubrían la camisa con un pañolón triangular cuyas puntas arremetían en la falda. Alpargatas de esparto y tela asomaban bajo las faldas y los enormes delantales con las que las resguardaban, o bien, pies descalzos. Las pescadoras, después del saludo, callaron y las siguieron con la mirada.

Mariela admiró el valor y el empaque de las hermanas Torres, quienes

mantuvieron el paso como si fuera de lo más habitual. Julia se detuvo ante la entrada y echó una mirada en derredor para asegurarse de que aquella era la casa que le habían indicado. Subieron las estrechas e irregulares escaleras en fila india y a tientas. Nada más llamar a la puerta notó cómo el vecindario, antes perezoso, despertaba. Remedios y Rosa se cogieron del brazo, por lo que Mariela dedujo que la sensación no había sido aislada.

—Ahora sí creo eso de que las casas tienen ojos —constató Carmina, incapaz de mantener la boca cerrada.

Abrió la puerta una mujer delgada y ojerosa que no ocultó su asombro al encontrarse a un grupo de señoritas en el umbral.

—¿Es usted Águeda? —indagó Julia, quien llevaba la voz cantante en esa misa. La mujer asintió muda—. No me parece un buen sitio el rellano para hablar de negocios, ¿nos invita a entrar? —Fue la única muestra que dio la de Torres de que era consciente del interés de los vecinos.

El interior sobrecogió más a Mariela: suelo con unos tablones desgastados, un hogar apagado en ese momento, una mesa con un par de bancos corridos, un catre ancho en el rincón de la única estancia y, tras un biombo de tela, un palanganero con espejo. Mientras Julia le informaba del trabajo que requería de ella, las demás muchachas permanecieron de pie, calladas y apretujadas, como si temieran algún mal.

Mariela curioseó a la escasa luz que proporcionaba una pequeña ventana y reparó en un artilugio que no esperaba encontrar en semejante casa. Regresó su atención sobre la mujer de ojos grandes y ojerosos que atendía, agradecida, a las indicaciones de Julia. La delgadez, a causa de la mala alimentación y de las preocupaciones, disfrazaba una voluntad de hierro en la mirada. Sus rasgos eran finos como las manos. Manos blancas, esbeltas, firmes y, un dato importante, limpias, con las uñas cuidadas; en resumen, manos de bordadora.

—Perdone que la interrumpa —se dirigió Mariela con una sonrisa a Julia. Todos los rostros se volvieron a ella—. ¿Es suya esa labor? —señaló con el extremo de la sombrilla cerrada.

Las miradas cambiaron en la dirección señalada al mismo tiempo. Sobre el catre habían dejado un *mundillo* con una labor de encaje incrustada por muchos alfileres del cual pendían un montón de bolillos.

—Sí, se trata de un cuello. Con parte del dinero que me proporcionó el señor Alvear compré hilos. Ya he terminado un encaje para un abanico. Iba a intentar

venderlos en la calle San Francisco, en el establecimiento de *Capa García*, que acaba de abrir y vende mucho género para confeccionar.

—Lo conocemos. Es usted muy mañosa —alabó Carmina, quien ya había reunido valor para hacerse notar.

—¿Y qué más sabe hacer? —indagó Mariela.

Julia se la quedó mirando, sorprendida por el giro que había tomado la conversación.

—En bordados casi todo y sé confeccionar vestidos. Los señores, para los que trabajaba antes de casarme, me contrataron por mi habilidad con los vestidos de las niñas.

—¿Trabajaba para una familia antes de vivir aquí? —se le escapó a Carmina sin ocultar su asombro.

—Ya ve lo tontas que puede volvernros el amor —replicó la mujer.

—Yo lo encuentro romántico —aseguró Carmina con una sonrisa.

—¡Carmina, compórtate! —reprendió su hermana.

—Sabrá cómo tratar a las personas de calidad —afirmó Mariela pensativa—. Su forma de hablar es educada. ¿Y leer y escribir?

Las muchachas la miraron como si no creyesen lo que estaban oyendo, pero su pasmo aumentó cuando la mujer, repudiada por los vecinos, asintió.

—¿Y de qué le sirve eso? —preguntó Rosa.

—Para que yo la contrate como oficiala de mi taller —respondió Mariela.

El silencio cayó en tanto que las mentes de las mujeres digerían las palabras de Mariela.

—¿Qué taller? —acertó a preguntar Julia.

—El que voy a abrir en la Rúa Mayor. Ya he comprado la casa —explicó Mariela—. Estoy acondicionándola mientras organizo todo para abrir cuanto antes.

—No comenté nada porque ha sucedido muy rápido —se disculpó Ana.

—Hay muchas modistas y costureras en la ciudad —informó Remedios, a quien no le pareció buena idea.

—Cierto, pero no hay ninguno de alta costura. Me refiero a la confección de trajes de noche o para ceremonias, creaciones únicas. Estoy hablando de la moda de París, de lo último en los salones aristocráticos de Europa, de lencería moderna. En cuanto termine de acondicionar la casa, os invitaré para enseñaros mis vestidos, adquiridos en Nueva York, Londres, París.

Las muchachas la miraban extasiadas y la mujer, triste.

—Y yo la ayudaré —terminó Ana, en medio del silencio.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Julia, todavía atónita.

—¡Qué callado lo tenía! —dijo Carmina, propinándole un suave codazo a Ana.

—Es usted muy amable, pero creo que debo declinar su ofrecimiento — interrumpió Águeda—. Quedaría en entredicho el taller con mi presencia.

—Conozco su pasado. Ésa es la razón por la que estamos aquí —desveló Mariela—. Lo que no esperaba era encontrarme con una joya como usted. Me parece la persona idónea para el puesto y no pienso renunciar a mi idea. Pasado mañana se presentarán mujeres atraídas por el trabajo de costureras que ofrezco. Acompañará a mi prima Ana durante las entrevistas y les quedará bien claro que usted estará por encima de ellas.

—Se quedarán solas. Desconoce cómo es la gente de aquí —vaticinó Julia.

—Pues las contrataré de fuera, ellas se lo perderán. Lo que se va a confeccionar en ese taller será la moda de París. Ya he escrito a algunas modistas que conozco allí y me enviarán patrones, revistas y complementos del momento. De Inglaterra me traerán una máquina bordadora, creo que sólo hay una en la ciudad.

—¿Y nuestras madres? —inquirió Remedios.

—¿Es que saben lo que sucede en la Rúa Menor?

—Más de lo que nos dejan creer. Esto es un pueblo —respondió Julia.

—Pues tendrán que seguir haciéndose las tontas si no quieren quedarse atrás en moda o, sencillamente, deberán viajar a París para adquirir lo que pueden comprar aquí.

Ante la perspectiva que les presentó Mariela, rieron las muchachas al unísono y arrancaron a hablar. Las preguntas, las ideas y las contestaciones llenaron el recinto y fuera comenzó a oscurecer sin que se dieran cuenta hasta que se percataron de que no podían verse. Se despidieron rápidamente y Mariela emplazó a Águeda para el día siguiente en la casa de la Rúa Mayor.

Salieron a la calle y se encontraron varios hombres haraganeando por el lugar, las mujeres que remendaban las redes habían desaparecido. Mariela comprendió que, para salir del aprieto, lo más acertado era actuar con decisión. Tomó la delantera del brazo de Carmina y avanzó sin prisa y con determinación, como si fueran las doce del mediodía. Las demás la siguieron sin apartar la vista del frente y Julia cerró la procesión con Ana. Nadie las molestó, aunque las

miraron largamente. Llegando a la altura de la Cuesta del Hospital, se cruzaron con el sereno de Rúa Mayor y, al pasar frente a la casa, Ana la señaló sin detenerse.

En la calle del Puente se despidieron y Mariela y Ana enfilaron hacia la plaza Vieja. Entraron en casa justo a tiempo para cenar. En la mesa siguieron con los planes que durante los últimos días llenaban las conversaciones familiares.

—Ahora que te has emancipado —planteó don José— deberías dejar un testamento. Eres propietaria. Si te sucediera algo, Dios no lo permita, ¿qué pasaría con el taller?

—No lo he pensado. Está en todo, querido tío. Me falta experiencia. ¿A quién ha nombrado para la tía y las primas? —preguntó Mariela.

—Al despacho de abogados con el que trabajo, mientras no contraigan matrimonio. Confío en que Ana los vigilará, pues le he enseñado todo lo que sé sobre contabilidad.

—Pues, haré lo mismo. Se lo plantearé a los abogados en la próxima visita.

—Ellos no tienen nada que ver, son los notarios —matizó su tío—. También te recomiendo que abras cuenta en más de un banco. Si fueran mal dadas, algo salvarías. No dejes en manos del abogado las transacciones o inversiones que no comprendas, es muy fácil jugar con el dinero de los demás.

—Confiaré en su criterio —decidió Mariela.

—Pues mal hecho —regañó contundente don José—. Si pretendes dirigir un negocio, no debes fiarte de nadie, y menos de la familia. Los negocios son los negocios.

—Sí que es usted duro —sonrió Mariela.

—Y tú una imprudente con todo lo que has vivido por lo que nos has contado. —Don José suavizó la voz—. Agradezco tu confianza, pero acostúmbrate a controlar y administrar en persona. Los que delegan nunca llegan a ricos.

—Seguiré su consejo —prometió Mariela.

14

El buen tiempo facilitaba las travesías de cabotaje, por lo que el trabajo portuario despertaba del letargo invernal y la bahía se llenaba de vapores correo,

bergantines y demás naos de las provincias vecinas.

Abandonaba el piso de La Ribera siempre bajo el disfraz de Pedro Saro y se dedicaba a recorrer la Rúa Menor y aledaños, en donde se jugaba, corría el aguardiente y se gozaba de la compañía de mujeres de mala reputación. Invitó a los noctámbulos, aquí y allá, con la finalidad de que lo considerasen un habitual y no recelasen de él cuando necesitara obtener información; trabó conversación con la Sula, una de las prostitutas que pululaba por los antros de la calle con más de dos dedos de frente que el resto de compañeras de oficio; fue camarada de juerga de don Benito, edil de la villa; receptor de confidencias de Avelino, cochero de alquiler; amigo de tasqueros y rufianes.

Era una manera de controlar el barrio, ya que los Celadores del Cuerpo de Protección y Seguridad municipal sólo se descolgaban cuando los avisaban los serenos por algún disturbio ocasionado por malos bebedores o una tripulación desmandada.

Quien no faltaba una sola noche era el comisario, Robustiano Cobo, un hombre corpulento, con enormes mostachos y calvo. Los excesos en la mesa le proporcionaron una nariz entretrejida de venillas rojas; y las noches en vela, una mirada turbia. Un coche de punto, de los que se empleaban como alquiler para desplazarse por la ciudad, con un amplio cristal en el frente y otros dos más pequeños laterales, delataba su presencia por el barrio. En las cocheras de la calle Cervantes lo adaptaron para que pudiera guiarlo desde la cabina sin necesidad de servicio. Desde el resguardo que le proporcionaba el coche, observaba a los transeúntes y trasnochadores que se apartaban de su camino. Pablo comprobó que evitaban mencionarlo en las conversaciones y que generaba recelo allá donde estuviera. Lo consideraban más un enemigo que un amigo que los amparara bajo el abrigo de la ley.

Se acercaba la festividad de San Fernando y no había averiguado mucho más sobre el tema del contrabando. El Remi vendía productos coloniales como el tabaco, ron, azúcar y telas de algodón, pero no eran grandes cantidades, la mayor parte salía en carretas hacia las villas del interior. Conocía a los carreteros e intuía que el Tiña y Elmo estaban involucrados, aunque no dejaban de ser rumores, pero cuando el río suena, agua lleva.

Le constaba que el garito del Botero, la *Bodega*, jugaba un papel importante en el tráfico. A la sombra del juego y de las deudas se creaban lazos indisolubles de dudoso honor, se extendía la tela de araña para el chantaje y la extorsión en cualquier grado, como había apreciado en los muelles ingleses, y Santander no iba a ser una excepción. Entabló conocimiento con Mario, el encargado de la barra de la *Bodega*, y por tanto un testigo de lo que sucedía allí y, seguramente, un colaborador y encubridor de las actividades delictivas del Botero.

Los sábados eran los días de mayor afluencia en el garito de la Rúa Menor. Paraban los soldados, los quintos y las tripulaciones de los vapores que llegaban al puerto, así como los viciosos y ociosos de la ciudad. Tanto las pependencias como las trifulcas entre borrachos y bravucones de medio pelo eran el pan de cada día.

Uno de esos sábados, entró por la calle del Infierno, recorrió la calle del Rincón y ascendió por la cuesta de Gibaja a la Rúa Menor. Por el camino, esquivó a borrachos vocingleros, escudriñó personajes solitarios que intentaban pasar desapercibidos, declinó los ofrecimientos ardientes de las prostitutas ociosas, a las que saludó como habitual del lugar, tomó nota, mentalmente, de los locales más concurridos, evitó los rincones usados como aliviaderos de los bebedores de cerveza hasta que llegó a la *Bodega*.

Esa noche había más mesas de juego. Pablo se mantuvo apartado, al amparo de las sombras que propiciaban las lámparas de mecha. Reconoció al edil don Benito, un asiduo; tomó nota de la presencia de algunos conocidos comerciantes y encontró al cubano, que conocía de Portsmouth, elegantemente vestido y al frente de la mesa en la que más alto se apostaba.

Fue una sorpresa coincidir con los hermanos en las oficinas del Banco de

Santander. Mientras él guardaba cola en la ventanilla para cobrar la letra de cambio del gobernador para sus gastos, entraron los dos, muy bien vestidos, a uno de los despachos privados. Ella destacaba con su traje blanco, de chaqueta ajustada al busto y a la cintura y de falda recta, cruzada por un drapeado que se recogía encima del polisón con un gran lazo de raso negro. Las bocamangas también eran negras a juego con el sombrero y con las solapas en pico que terminaban con una línea de botones y enmarcaban una profusión de blancos encajes bien tiesos para realzar el cuello y el inicio del pecho. Elegante era un adjetivo que se quedaba corto para describirla; regia, le pareció más adecuado, o cosmopolita.

Había algo en esa mujer que lo atraía irremediablemente: el porte, la dulzura, la elegancia innata, el misterio que la rodeaba. Por más que el cerebro le ordenaba precaución, más incauto se mostraba el corazón. El que compareciera así vestida de buena mañana revelaba la importancia de mostrar una educación esmerada y una solvencia económica al banquero. ¿Qué se traían entre manos?

Pablo suspiró y regresó a la realidad en la *Bodega*. Sin salir a la luz, se quedó absorto en los dedos finos y alargados del criollo, la destreza con la que barajaba, la delicadeza con la que repartía, la firmeza de pulso y los movimientos rápidos y seguros con los que manejaba los naipes de su mano. Sabía crear un foco de atención en una de las manos mientras que la otra, con una limpieza increíble, realizaba el cambio. Después de varias partidas, se aprovechaba de la mala memoria de los jugadores que iban cargados de alcohol, con ojos llorosos por el humo y la falta de aire, de la mala iluminación y de las mentes cansadas cuando se adentraba la noche.

Había estado tan ensimismado con las evoluciones del cubano que no se percató de la cercanía del comisario Cobo. El espesor de las cejas contrastaba con la calvicie y los ojos semejaban dos pozos negros y no dejaban entrever los pensamientos de su dueño. Éstos se movían inquietos saltando entre los jugadores, como si buscaran algo. Eran los únicos que delataban la actividad del comisario, pues el cuerpo parecía dormido de tan quieto.

—Buenas noches, comisario —saludó el edil don Benito—. ¿Qué tal la ronda?

—Un nuevo quebradero de cabeza, un carterista muy hábil. Sabemos que no es nadie conocido. Imagino que en julio y agosto proliferarán como conejos ante la presencia de su majestad en la villa.

—No queda una habitación ni una casa libre hasta octubre —admitió don Benito.

—Va a ser un verano muy largo para la policía —suspiró el comisario.

Hablaron de naderías y, finalmente, se despidió el comisario. Pablo avanzó hacia una mesa y, tras saludar, preguntó por la silla libre y lo invitaron a ocuparla. Se había propuesto sentarse a una mesa diferente cada noche. Tarde o temprano se desataba alguna lengua o se observaba algo fuera de lo habitual. Los garitos de juego eran los mentideros de la delincuencia. Ganaba y perdía, procurando quedar a la par y no gastar más de lo debido. No deseaba llamar la atención por el momento.

Como cada jueves, Pablo acudió puntual a la cita con los amigos. La Trini se encontraba barriendo cuando entró. Tomó asiento en una mesa en la que había un tapete ya preparado y aguardó a los demás, con la seguridad de que la mujer no le prestaría atención hasta que se hubiesen reunido. Llegó Roque, que había desembarcado el día anterior, y se saludaron.

—Venturita no viene —anunció Roque—. Está aquí al lado, en la tertulia de los literatos, en casa de don Sinforsoso Quintanilla.

Alberto entró el último y la Trini dejó la limpieza para sacar la baraja que usaban los señoritos y servir la primera ronda de la tarde.

—Y dígame, don Pedro, ¿algo nuevo durante mi ausencia? —indagó Roque barajando.

—Todo tranquilo —replicó Pablo—. De momento, haciendo amistades y tomando el pulso a la calle.

Mantienen el paripé delante de la Trini.

—He sondeado aquí y allá entre los capitanes, pero nadie suelta prenda. Si están ganando un sobre sueldo, no lo van a pregonar. Saben lo que se juegan y en la discreción está la salvación.

—Déjalo. No quiero que acabes siendo pasto de los peces —aconsejó Pablo.

La conversación quedó interrumpida por la entrada del Chepa con un chico de corta edad que sangraba por la cabeza.

—Parece que se ha desatado una guerra a pedradas —comentó Roque a la vez que repartía.

—En una guerra hay paridad, aquí han sido todos contra uno —matizó el Chepa—. Trae el socorro, Trini. Vamos a curar a la Sardinilla.

—¿No es el chaval de la Águeda? —inquirió la Trini.

—El mismo. Los chicos manifiestan lo que oyen en sus casas y no se paran a

pensar en lo que hacen.

Pablo prestó atención a las palabras del Chepa y se fijó en el crío, al que calculó unos doce años. Estaba escuálido y mal vestido, como todos; pero le llamó la atención la mirada de furia e impotencia que mostraba. No era de extrañar: huérfano de padre, había visto morir al hermano mayor y a su madre en boca de los vecinos. Lo lamentó profundamente.

—¿Y su madre? —preguntó mientras se desprendía del tres de bastos con el que se llevaba la baza.

—En la Rúa Mayor, creo que ha encontrado trabajo —respondió la Trini, lavando la sangre con un paño limpio.

—¡Cuerno! Pronto ha sido —se alegró el Chepa.

—Tenemos vecina nueva en la Rúa. Un taller para gente fina y elegante. No sé en qué parará eso —cotilleó escéptica la mujer.

—Algo he oído a mi hermana comentar en casa —intervino Alberto, sin levantar la mirada de las cartas.

—La prima de la Escalante, aquella morena tan elegante que nos saludó en el muelle, va a regentar el negocio —completó Roque.

—Para ser hombres, están muy informados de los avatares femeninos —rió la Trini.

—Las mujeres invadís las casas —se quejó Roque—. ¡Menos mal que no se admiten en el barco!

—¡Qué vida tan triste sin la sal de la vida! —vaticinó la Trini.

—En cuanto se entere del pasado de la Águeda, la echará sin contemplaciones —vaticinó el Chepa apesadumbrado.

—Malos vientos corren para esa mujer —se lamentó la Trini—. ¿Y qué hacemos con este bravo?

El chiquillo se deslizó de la mesa, en la que se había sentado, al suelo con un enorme apósito en la cabeza. Pablo lamentó profundamente lo injusta que era la sociedad con los más débiles: los niños y las mujeres. En cuanto quedaban desamparados se convertían en el festín de los desaprensivos.

—El Sardinilla se viene conmigo a buscar morgueras ahora que la marea está baja, hasta que regrese la madre —anunció el Chepa.

—Trini, dele un trozo de cecina al chico para merendar y cóbremelo —dijo Pablo y guiñó un ojo al Sardinilla, apodo que le acababa de otorgar el Chepa y con el que seguramente se quedaría de por vida, así eran las tradiciones en el barrio.

—¿Qué hace el Sardinilla cuando estáis en el mar? —indagó Pablo.

El Chepa se encogió de hombros.

—Lo mismo que los demás muchachos: vivir la calle.

—Necesito un sirviente de confianza: que limpie, haga recados y esas cosas —explicó Pablo.

—¿Y no serviría mejor una mujer para esos menesteres? —se extrañó el Chepa.

—No quiero una mujer. Soy un hombre soltero y ya sabe cómo son las lenguas. El chico me vendría de perlas y así estaría ocupado.

—Aprendería el oficio de sirviente que siempre será mejor que el de pescador —pensó en voz alta el Chepa—. Se lo comentaré a su madre y, si da su consentimiento, empezará con usted.

El Chepa se marchó con el Sardinilla pegado a los talones y ellos, cuando se cansaron de jugar, decidieron ir en busca de Ventura a la casa de Sinforoso Quintanilla, unos metros más allá, en la misma Rúa Mayor. Se apoyaron en la pared frente al portal de la casa de Quintanilla y liaron unos cigarrillos para amenizar la espera.

—Allí ocurre algo —captó su atención Roque.

—¡Mujeres! —exclamó Alberto—. ¿Qué pasará?

—¿No mencionó la Trini el nuevo taller que abrían las Escalante? —recordó Alberto.

Pablo prestó atención. Andaba intrigado con la presencia de la criolla en todo aquello. No casaba con la imagen que se había forjado de ella, aunque sí explicaba su presencia en el banco. Dos costurerillas venían de la casa por la misma acera en la que ellos paraban. Una, alta, delgada y con cara de vinagre; la otra, baja, regordeta y con sanos coloretos en las mejillas. Discutían visiblemente, aunque no levantaban la voz. Según se aproximaban, las palabras tomaron cuerpo en los oídos de Pablo.

—¡Quedamos en que no aceptábamos! —se quejaba la avinagrada.

—Cierto, pero paga mejor que doña Elvira —se defendió la oronda.

—Ahora yo me he quedado en la calle como una tonta y tú dentro —acusó con amargura la primera—. Pero te vas a arrepentir. Con esa mujer al frente, no acudirá la clientela y cerrará. ¡Vaya, si te vas a arrepentir!

Pablo sonrió. Valor no le faltaba a la criolla; sin embargo, a él no le daba buena espina todo aquello, pues no cuadraba con el talante de los cubanos.

15

Mariela y su tío anduvieron sumidos en el montaje de la máquina para bordar; si no hubiera sido por Águeda ni siquiera se hubieran acordado de comer. Cuando llegó Ana a última hora de la tarde, se concentraron en el funcionamiento de la máquina. Águeda se dedicó a preparar un cesto para cada costurera con las cosas necesarias para trabajar y los fue colocando en las baldas de la librería que conservaron en el reacondicionamiento del lugar.

—Mañana mismo la estrenaremos para aprender a manejarla —propuso Ana emocionada.

—Si vosotros os encargáis de la bordadora, yo organizaré los detalles para poner a punto la parte de arriba. Águeda, usted se ocupará de las costureras que empezarán mañana.

—¿Qué más falta arriba? —se extrañó Ana.

—Tú no has visto un *atelier* de alta costura en París —sonrió enigmática Mariela—. Es como el salón de té de una casa privada. Hacen falta cortinas, alfombras, dos juegos de té y café en plata, además de las tazas de porcelana... Y, como estamos en España, no podemos olvidar una jícara para el chocolate.

—¡Cuánto lujo! —interrumpió Ana excitada.

—Águeda, habrá que diseñar un uniforme para las costureras y otro diferente para usted, además de unas batas. Mientras tanto, las chicas confeccionarán las cortinas, traeremos la tela de su tienda, tío. Hay mucho que hacer y no quiero que las muchachas holgazaneen nada más empezar.

—¿Cuándo será el gran día? —preguntó Águeda tímidamente.

—No lo he decidido. Todo debe estar perfecto; además, falta el encargo de París: sedas, moarés, chinés, muselinas, gasas, crespones, complementos, revistas de moda de *Le Bon Marché*, *Le Louvre*. Cuando inaugure, me gustaría mostrar algunos modelos ya confeccionados para que se hagan una idea de lo que ofreceremos y observen la calidad del acabado.

—Ya sólo con escucharte, me pongo nerviosa —confesó Ana.

Cerraron la casa y regresaron a la calle de la Blanca en medio de una nube de proyectos. Hasta que no se encontró echada en la cama no se acordó de Ernesto. Era cierto que no deseaba que nada ni nadie entorpecieran el camino que había emprendido, pero no podía evitar el temor a que alguien se lo impidiera. Luego, la tenacidad que mostró junto a su tío con las dificultades en la

construcción de la bordadora le había llenado de orgullo. Mariela, desde el día en que se hizo cargo de la hacienda, allá en Cuba, descubrió que era una mujer de retos. Éstos daban sentido a su existencia y le permitían evaluar el mundo desde otra perspectiva más interesante y más amena.

Ernesto fue quien le abrió los ojos sobre lo que se estaba jugando en un matrimonio. La dura mirada, que le dirigió el día que le explicó cómo debía embaucar a los hombres mayores y con una posición solvente, la empujó a reflexionar sobre la fragilidad y superficialidad de las pasiones humanas. Le costó recuperar su verdadera personalidad y plantearse iniciar una vida por sí misma que le permitiera reparar la autoestima, enderezar los errores para seguir adelante. Y, en esa tarea, no había sitio para él ni para ningún otro hombre.

El día amaneció plomizo y una fina lluvia caía sobre la ciudad. Mariela, criada entre negras y mulatas, creía en los presagios. Había oído mucho sobre vudú y males de ojo. Algo le atenazaba las entrañas y el presentimiento era muy fuerte. Aunque intentó no darle importancia, la acompañó durante el desayuno y en el camino a la casa de la Rúa Mayor. Ana, como si lo hubiera intuido, guardaba silencio a su lado, cuando era muy parlanchina por lo general.

Llegaron a la casa y entraron. Águeda ya las esperaba. Se quitaron las capas mojadas, se descalzaron los chanclos y dejaron los paraguas abiertos sobre el suelo para que secan. En silencio, comenzaron a preparar las telas de las cortinas que confeccionarían las costureras en cuanto llegasen. Comentaron cómo debería ser el uniforme y aportó cada una su opinión y, de cuando en cuando, lanzaban miradas disimuladas a la puerta. Las nuevas costureras se retrasaban. Al cabo de un rato, las esperanzas flaqueaban y dieron las tres un respingo cuando sonó una llamada en la puerta. Águeda, reprimiendo la prisa, se dirigió a abrir.

—Buenos días —saludó Trini y entró ante el gesto de invitación de Águeda—. Traigo malas noticias: las costureras no vendrán. Un mal nacido ha corrido la noticia de que usted —y se volvió hacia Águeda— trabaja aquí.

—Ese hombre es el Botero, ¿verdad? —preguntó Águeda, sin casi aliento.

—Sí. Trata de estrangular cualquier posibilidad de que trabaje para que

vuelva a recurrir a él o morir de hambre.

—Me iré enseguida —aseguró Águeda encogida.

—Usted no se marcha a ningún lado porque ningún hombre, y menos un mal nacido, me va a imponer a quién debo contratar —se encorajinó Mariela. El funesto presagio con el que había amanecido había estallado finalmente—. Lo siento por esas costureras que han perdido la posibilidad de ganar un sueldo de acuerdo con sus habilidades y unas condiciones de trabajo que no se las igualará nadie en esta ciudad.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó su prima con el desaliento reflejado en la cara.

—Contratarlas en Bilbao. Con lo mal que lo han pasado en el asedio durante la guerra, las familias agradecerán quitarse una boca de en medio —decidió Mariela—. Las instalaré en una fonda.

—¿En estas fechas? —se extrañó Ana.

—Pues en un convento —improvisó Mariela—. Seguro que hay alguno al que le venga bien alojar a unas muchachas por una temporada a cambio de unos reales.

—¡Bravo! —exclamó la Trini—. Inténtelo en las Ursulinas. Si me necesitan para algo, soy la dueña de la tasca que está junto a la Cuesta del Hospital.

—Pues sí —afirmó Mariela—. ¿Podría hacer un presupuesto de lo que supondría un mes de comidas para seis muchachas? A no ser que se acobarde ante las amenazas de ese hombre —añadió con ironía.

—Todos conocen a la Trini y no hay redaños para enfrentarse conmigo, ¡ea! Cuento con ello. Queden con Dios —se despidió altanera y satisfecha la tabernera.

Águeda cerró la puerta y se volvió hacia las primas.

—Los problemas acaban de empezar. Sería mejor que me marchase. La Trini no tiene nada que temer, la apoya el Chepa, un pescador de gran corazón, muy querido y respetado en la cofradía.

—No pienso dejar que un gañán la prostituya para demostrar quién manda. Mal ejemplo para las demás mujeres. Ahora hay que planificar el viaje a Bilbao.

—Comenzaré por medir las ventanas y cortar la tela. Avanzaré algo el trabajo —decidió Águeda, íntimamente agradecida.

Después de haber discutido con sus tíos sobre el empecinamiento de

mantener contratada a una mujer que les estaba causando tantos trastornos, Mariela salió en el barco a vapor de línea por la madrugada hacia Bilbao acompañada de su tía, a quien no le pareció correcto que viajara sola. No había tiempo que perder.

Les llevó varios días seleccionar a seis jovencitas y discutir los términos del contrato con los progenitores: el alojamiento, el vestido, la alimentación y el salario que les quedaría tras la manutención. Mariela aseguró un médico en caso necesario. Una vez cerrados los contratos, se despidieron hasta la mañana siguiente que se encontrarían en el puerto.

Llegaron al atardecer a Santander. Don José las aguardaba en el muelle de la línea de vapores con dos faetones alquilados para trasladarlas al alojamiento y con una grata sorpresa: había llegado a un acuerdo con la viuda de Redón, quien había abierto una fonda en la calle Atarazanas ese invierno y, como era poco conocida, todavía no había conseguido alquilar las habitaciones. Estaba muy limpia y reunía las condiciones necesarias para acoger a señoritas. Era una solución mucho mejor que el convento con las espartanas condiciones de las monjas.

16

A pesar del cansancio del viaje, Mariela madrugó. Le pareció inconcebible que se hubiera acostumbrado a la oscuridad y al aire enrarecido de la diminuta alcoba. Era cierto que sólo paraba allí para comer y dormir y, a partir de ese día, tampoco almorzaría ya que compartiría con las costureras el rancho de la Trini.

Vació la jarra de agua en el palanganero, mojó la toalla de aseo y se frotó el cuerpo con ella. Añoraba el baño diario, pero gastaba mucha agua y el aguador, el hombre que había contratado su tía para que la trajera de la fuente de La Ribera, ya la miraba mal, así que lo había reducido a un par de días a la semana. Como todas las mañanas, Marimar y ella se ayudaron con el pelo y a vestirse, procurando no hacer ruido para no despertar a Ana, quien se levantaría más tarde, ya que era la encargada de recoger a las costureras en la fonda y conducir las al taller. Los primeros días las acompañaría por una ciudad desconocida hasta que aprendieran el camino.

Bajó a la cocina y encontró a doña Pura, quien aleccionaba a la criada sobre las tareas de ese día. En la repisa de la ventana enfriaba el cazo de la leche.

—Ten cuidado, acaba de hervir por tercera vez —avisó su tía.

—Buena nata habrá recogido para el bizcocho.

—El de ayer está en la alacena. Sé generosa que no sabes qué te va a dar de comer esa desconocida.

A doña Pura no le había convencido la decisión de que tanto Ana como ella almorzaran con las costureras. Pero el tiempo apremiaba y hubo de aceptarlo. Una vez desayunada, salió a la calle dispuesta a enfrentarse con el día. Las voces de las vendedoras de periódicos le recordaron que una empresaria debía estar al día para activar o contribuir en la charla con las futuras clientes, así que adquirió *El Comercio de Santander* y *El Aviso*, y para su prima *La Tertulia*, que acababa de salir el número de ese mes de junio. Con ellos bajo el brazo, se encaminó a paso vivo hacia Rúa Mayor.

Con Águeda no se había equivocado. Era una mujer limpia y trabajadora. Ya se encontraba en la casa cuando ella llegó.

—Buenos días nos dé Dios —saludó alegremente Mariela.

—Buenos días, señorita. ¿Qué tal el viaje?

—Muy productivo —informó Mariela con una sonrisa—. Hoy vendrán un poco más tarde. Las pobres estaban cansadas y seguramente no habrán dormido muy bien al extrañar el lugar.

—Son jóvenes. En una semana se habrán adaptado y rendirán bien —afirmó Águeda convencida—. Es otro asunto el que me preocupa.

—¿Más problemas a causa de su presencia en el taller? —se adelantó Mariela, frunciendo el entrecejo.

—No. Esto es más... —la mujer se detuvo buscando la palabra— ... misterioso —concluyó, mirándola fijamente.

—¿Qué quiere decir con misterioso?

—Verá, yo no creo en fantasmas, pero algo raro está ocurriendo aquí —se sinceró de un tirón.

—¿En qué se basa para semejante afirmación? —Mariela soltó el aire a medida que hablaba con alivio, aunque le sorprendió que la mujer hubiera sido impresionable a los cuentos de doña Virtudes.

—Durante su ausencia, las dos mañanas que he venido a trabajar y a tenerlo todo listo, me he encontrado sillas cambiadas de sitio y tierra o polvo por el suelo, cuando lo mantengo impoluto para que las telas no se manchen. Y los cestos con los hilos y los acericos de las costureras estaban removidos en las baldas de la librería.

—¿Han forzado la entrada? —Lo de las sillas le pareció superfluo. No habría recordado cómo las había dejado.

—No. Y las ventanas estaban firmemente cerradas —reconoció, envalentonada al haber captado su atención.

Mariela, sin decir palabra, subió al otro piso, observó todo a su paso y en especial el suelo.

—Lo limpié bien. No se preocupe por eso.

Mariela inspeccionó las seis habitaciones: las tres, cuyas ventanas asomaban a la calle y que servirían de almacén, con las camas y los armarios roperos; y las tres para recibir a la clientela, con las sillas y sillones, iluminadas por los amplios ventanales que daban a la bahía. A su entender, todo estaba en orden, incluso las cajas en las que estaban guardados los juegos de plata y de porcelana.

—No han robado nada. Es muy extraño —confirmó Águeda—. Le aseguro que no soy una persona medrosa, pero no me gustó la sensación de que alguien hubiera entrado.

—Tampoco a mí. Estoy de acuerdo con usted: los fantasmas no dejan huellas. Lo que me pregunto es: ¿cuál era la finalidad? ¿Asustarnos? ¿Por qué? —Águeda se encogió de hombros—. Guarde silencio sobre esto. Sólo nos faltaba que se sembrara el pánico entre las costureras. Aunque creo que doña Virtudes es más curiosa de lo que parecía. Cambiaré la cerradura de la puerta.

Ana llegó con las chicas y a Mariela se le olvidó la inquietud de Águeda.

—Viene conmigo una de las que hicieron la prueba. Me abordó en la calle —anunció Ana y empujó a la chica hacia delante.

—¿Qué ha sucedido para que cambie de opinión tan pronto? —preguntó Mariela.

—Estoy sin trabajo. En el taller se enteraron de mi deserción y han prescindido de mis servicios.

—¿Sólo de usted? ¿Y las demás? —continuó con el interrogatorio implacable.

—Ellas tienen familia.

—¿Y eso qué significa? ¿Cómo se llama?

—Manuela. Soy una expósita y como no hay nadie que me respalde...

—Trabaja fino. Labor de convento —intercedió Ágata.

—Entonces, contratada —decidió Mariela.

—Si no tienes familia, ¿dónde duermes? —indagó antes de dejarla.

—Las monjas poseen una casa en la que alojan jóvenes que vienen de los

pueblos a trabajar.

—Las costureras están alojadas en una fonda en la calle Atarazanas. Si deseas cambiarte, se lo comunicas a la señorita Ana —concluyó Mariela.

Pasaron la mañana concentradas en la confección de los uniformes hasta la hora de la comida. Enviaron a dos de las costureras, Lina e Idoia, a la tasca de la Trini por las viandas y regresaron con dos cestos. Para no manchar las telas y dar cuenta del guiso, se retiraron a la zona de la cocina, escondida detrás de un amplio biombo, y se sentaron alrededor de una mesa de castaño.

Por la tarde llegaron los espejos, altos y anchos, para los probadores, como ya designaban a las tres habitaciones que se habían habilitado para este menester. Mariela acompañó a los hombres durante la hora que les llevó fijarlos a las paredes: tres en cada cuarto de los extremos. Cuando se retiraron, la sensación de amplitud había aumentado y, si se abrían las puertas que los comunicaban a la estancia central, quedaban enfrentados y reflejaban por completo la figura que quedase en medio.

Cuando bajó, encontró a las costureras afanadas en las faldas de los uniformes. Se paseó entre ellas observando la destreza en las puntadas y se retiró hacia la máquina de bordar, en la que Águeda elaboraba un anagrama con las letras de la casa: Atelier de Madame Mariela.

—¿Te has fijado en sus labores? —susurró.

—Sí, creo que Idoia e Itziar servirán para las telas finas.

Echó un vistazo al escritorio sobre el que su prima trabajaba con el papeleo burocrático. Había tomado nombres y señas de cada muchacha para calcular los sueldos y los gastos de la manutención.

Los días se habían alargado, así que el horario de trabajo se estiró igualmente para recuperar las horas perdidas de la mañana. Aunque la cena no estaba incluida, por ser el primer día, también comieron juntas en la cocina y luego se retiraron a la fonda. Mariela y Ana caminaban detrás, escuchando las tonterías y las bromas que se gastaban entre ellas.

Doña Pura las aguardaba enfurruñada porque la habían dejado con la cena plantada. Se disculparon y se sentaron con ellos a comentar los detalles del día.

—Hay rumores y nadie sabe qué hay de cierto. ¿Cuánto tiempo vas a mantenerlo en secreto? —indagó don José.

—No es un secreto. Simplemente todavía no está preparado para recibir a los curiosos —aclaró Mariela—. Necesito vestidos confeccionados para mostrar nuestra maestría; en caso contrario, serán palabras vacuas que se llevará el

viento. Quiero arrancar expresiones de asombro y satisfacción y que vuelen de boca en boca. Es la mejor propaganda.

El tiempo transcurría más lentamente de lo que le hubiera gustado a Mariela, aburrida ante la espera de noticias de Francia. Así que muchos ratos muertos subía al otro piso y se asomaba a la ventana para entretenerse con el devenir de los barcos en la bahía.

Le encantaba la vista desde allí. Se había acostumbrado a la marea alta, con el mar bañando el malecón de la calle ganada al mar, al pie de la loma sobre la que se asentaba la calle y la casa; a las barcas meciéndose al compás de la corriente o de las crestas que se formaban cuando soplaba la brisa, con el cabo de proa que las sujetaba, tenso; a la marea baja, que cambiaba el paisaje por completo, con las barcas varadas en la basa que había quedado al descubierto, ladeadas y con el cabo, que las fijaba al muerto, flojo. Era el momento que aprovechaban las pescadoras y los muchachos para bajar a los arenales con cubos y coger muergos y restos de filástica con los que reparar las redes. Le entretenía observar la labor de las pescadoras, los barcos.

Soñó con una casa, cuyas ventanas se abrieran a la bahía. Comprendía que los miradores se impusieran en la fisonomía de las casas del Ensanche. Regresaba una lancha de la pesca y se fijó en cómo se marcaban los músculos de los marineros con el esfuerzo de jalar del remo al ritmo que marcaba el patrón. Cuando la barca se alejó se quedó absorta. Recordó la situación de Águeda por dejarse arrastrar por los sentimientos. A ella no le sucedería lo mismo, pues nunca volvería a depender de un varón. No obstante, eso no significaba que tuviera que permanecer virgen. Meneó la cabeza disgustada ante la injusticia de las leyes: si contrajese matrimonio perdería todo lo que era suyo y pasaría al marido, más indicado para administrar sus bienes que ella misma que los había generado. Suspiró, aunque no supo reconocer el origen del suspiro, ¿de resignación o de ansiedad?

17

Al cabo de una semana, arribó el vapor procedente de Roscoff, un pueblecito en la costa de Bretaña. En él, no sólo llegaron el cargamento de telas, complementos y revistas que había encargado; sino también dos modistillas con sendas máquinas de coser Singer, que habían sido la revolución en la Exposición Universal de París en 1855. Su amiga, madame Sophie, dueña de un reputado *atelier*, había previsto las dificultades a las que se enfrentaría y le enviaba refuerzos para el estreno con sus mejores deseos.

Las muchachas, aunque no hablaban el español, se mostraron desenvueltas y pizpiretas. Ambas eran delgadas y sabían sacar partido de su figura, las diferenciaba el color de pelo: una rubia y otra pelirroja. Mariela, superada la sorpresa, resolvió que dormirían en la casa, en la habitación con las dos camas, pues sólo se quedarían un mes. Las dos máquinas eran una contribución de madame Sophie, ya que sería la proveedora de Mariela, y las modistas enseñarían a las chicas a manejarlas.

—La inauguración tiene que ser antes de que se vayan —comentó Mariela a Águeda y a Ana—. Darán el toque de distinción al local y a los vestidos.

Con la incorporación de las francesas y las nuevas telas, el trabajo se intensificó. Águeda y Mariela seleccionaron los modelos que llevarían a cabo para la inauguración y que se expondrían sobre maniqués para que pudieran admirarlos con detenimiento las señoras. Águeda dividió en dos grupos a las costureras: el más mañoso se encargaba del vestido y el otro, de las enaguas y de los detalles que no estuvieran a la vista. Los maniqués comenzaron a vestirse

—Creo que es hora de que vaya corriendo la voz —comentó con su prima una mañana—. Invitaremos, extraoficialmente, a las señoritas Torres a darse una vuelta por aquí, así lo contarán a las amigas y a su madre. De esta forma, cuando les lleguen los tarjetones estarán más que dispuestas a acercarse para verlo con sus propios ojos.

—Buena idea —alabó Ana.

Mariela abrió las dobles puertas que comunicaban las habitaciones para que hubiera más espacio. Colocaron tablones a modo de mesas y los cubrieron con telas damasquinadas vino burdeos. Sobre ellos distribuyó las cajas abiertas con guantes de piel de Suecia, cabritilla o ante, ya que estaban en verano; calzones de

botón y ojal a la cintura; enaguas con preciosos encajes; polisones con rellenos de plumas, más apreciados en España, en lugar de los medios círculos de acero; corsés con pasador al frente para que las mujeres pudieran vestirse solas; medias de seda, más frescas que las de lana o algodón invernales; pañuelos de mano de finísima batista para impregnarlos de las esencias favoritas de las mujeres: neroli, rosas o bálsamo de Tolú; sombrillas de encaje de Chantilly o de Bruselas o parasoles orientales; y otros variados complementos que habían llegado de París. Optó por conservarlos en las cajas envueltos en los papeles de seda para que no cupiera duda de su procedencia.

Una fila de bustos lucía vistosos sombreros veraniegos con la esperanza de que desplazaran las mantillas españolas. En unos veladores, estratégicamente dispuestos cerca de los sofás y de las sillas, preparó las tazas y los platos para la merienda. Envió a una de las muchachas a comprar un par de colinetas de dulces a la pastelería más próxima. Esa tarde esperaban la visita de las dos hermanas Torres.

Tal y como había previsto Mariela no sólo fueron puntuales, sino que además las acompañaron Rosa de la Gándara y Remedios Vial. Efectuados los saludos de rigor, las mujeres guardaron silencio mientras echaban un vistazo al amplio taller. Mariela paseó la mirada con orgullo: las muchachas trabajaban concentradas en sus labores sin levantar la cabeza, como si no hubiera visita; el ruido monótono de las máquinas de coser era lo único que rompía la calma; y en el centro, sobre la gran mesa, Águeda y una de las francesas se afanaban con los patrones y el corte de las telas.

—¡Cuánta maquinaria! —se atrevió a manifestar Carmina.

—Ésta es una bordadora que he comprado en Inglaterra y las *Singer* las he adquirido en Francia. Las trajeron las dos modistas francesas que nos están ayudando estos días a poner en marcha el trabajo. Espero adquirir alguna más este invierno si el negocio resulta próspero.

—¡Oh! ¡Dos modistas francesas! —exclamó emocionada Remedios.

—Sí, Michelle y Odette —indicó Ana. Las aludidas levantaron la cabeza de sus asuntos y esbozaron una sonrisa a la par de un leve movimiento de cabeza.

—Subamos al piso de arriba, en donde hemos ubicado los probadores —invitó Mariela, quien abrió la marcha.

Se alegró del tiempo tan espectacular que hacía fuera porque les permitió mantener las ventanas abiertas, de manera que entraba más luz y el interior

estaba mejor ventilado. Las mujeres se volcaron sobre la exposición y las exclamaciones duraron un buen rato, según iban descubriendo las adquisiciones parisienses. Se probaron los sombreros y comentaron mil cosas sobre la moda y lo que habían visto aquí y allá. Se sentaron a tomar un té inglés, acompañado de algunos dulces, y ojearon las revistas francesas sobre moda que les ofreció.

—¡Oh! Lo contaré en casa —dijo Rosa emocionada—. Quiero un vestido como éste. ¡Es divino!

—Por cierto, ¿y los vestidos? —preguntó Julia.

—Se está confeccionando una amplia muestra para la inauguración —contestó Ana.

—¿Cuándo va a ser? —indagó Carmina.

—Nos han informado que durante las fiestas de San Pedro hay mucho jaleo en esta calle, así que nos adelantaremos a ellas. ¿Qué les parece el día veintiséis de junio? —aventuró Mariela, como si se le hubiera ocurrido en ese instante. Era una manera de involucrarlas en un día tan importante.

—¡Fantástico! Entre San Juan y San Pedro —aplaudió Rosa emocionada.

—¿Cuánto tardarán en coser un vestido? —se preocupó Remedios—. Los necesitaremos para esta temporada.

—Dependerá de los pedidos, pero si tanto le preocupa, haremos una pequeña trampa: le tomaremos las medidas esta misma tarde. En París, en los *ateliers* más famosos, guardan en fichas las medidas de las clientes, de esta forma ahorran trabajo y el desagradable rato de permanecer inmóvil en futuros encargos.

—¿Podemos hacernos la ficha hoy mismo? —preguntó Carmina.

—Por supuesto —afirmó Mariela con una sonrisa—. Alguna ventaja deben disfrutar las amigas de la casa.

Llamó a Águeda, que subió con el metro colgado del cuello y con una costurera a la zaga que llevaba unas cartulinas numeradas. Las muchachas la saludaron como lo más natural y nadie aludió la situación en la que Águeda se había visto involucrada. Fueron levantándose y Águeda las movía como si fueran muñecos mientras cantaba las cifras del metro a la costurera que las copiaba diligentemente. La ficha se encabezaba con el nombre del cliente y la dirección.

—También el contorno de cabeza —señaló Mariela—, para los sombreros a juego con el vestido.

Día de San Juan. La doncella del gobernador le había entregado una carta de su familia y él le pasó la respuesta. Se veían en un pequeño café de La Ribera para que fuera más consistente la historia del noviazgo y así recibía el correo que le llegaba puntualmente de Inglaterra, remitido por el cónsul, y viceversa para mantener la mentira con su familia.

De regreso, compró el periódico a una de las mujeres que loregonaban y entró en el portal, donde lo aguardaba el Sardinilla sentado en un peldaño de las escaleras. El muchacho se puso de pie y se quitó la gorra en cuanto lo vio.

—Me alegro de que hayas aceptado el trabajo, aunque ya has tardado —reprochó.

Lo dijo como si lo hubiera contratado directamente y no hubiera mediado el deseo de la madre. Recordaba su niñez y las personas que más respeto le despertaron fueron aquellas que lo consideraron como un adulto y así decidió tratar al Sardinilla, pues necesitaba un criado muy fiel y mudo.

Subieron al piso y Pablo dejó entrar al chico. Cerró la puerta y lo empujó hacia la sala principal, la única que conservaba un aspecto normal y en la que había una doble puerta acristalada que aislaba la alcoba en la que dormía. La otra habitación de la casa era el centro de operaciones, con un armario repleto de ropa para sus dos personalidades y una mesa con espejo tríptico frente al que realizaba la transformación.

—Ahora escúchame bien, chico, —dijo Pablo, se situó enfrente y lo encaró con seriedad—: esto no es un juego. Lo que veas y oigas de mí en esta casa no puede saberlo nadie, ni siquiera el Chepa o tu madre. Esto es importantísimo que lo entiendas.

Pablo le explicó a lo que se dedicaba y enumeró las obligaciones futuras, que resultaban bastante livianas ya que la lavandería y la comida las solucionaba fuera. Contempló al chico que lo miraba fijamente, como si le fueran a salir cuernos y rabo, aunque no parecía asustado, más bien asombrado. Era un buen indicio.

—Te enseñaré el resto de la casa.

Después salieron un rato para mostrarle dónde quedaban la lavandería, los puestos del mercado de La Ribera en los que realizaría las compras y lo necesario para que empezara su vida como sirviente. Cenaron pronto, pues esa

tarde había atracado un carguero francés y estaba seguro de que la Rúa Menor cobraría vida esa noche.

Camino de la *Bodega* se tropezó con la Sula, quien mantenía una discusión de besugos con un marinero francés borracho que exigía sus servicios en francés y ella lo insultaba en español. El desacuerdo era total.

—¿Qué ocurre, Sula? —intervino.

—Que éste malnacido quiere disfrutar sin pagar por adelantado y, luego, si te he visto no me acuerdo.

Pablo deshizo en entuerto con el marinero en su idioma, pero el alcohol lo había vuelto errático y valiente por lo que no se avino a razones. Pablo decidió terminar con el asunto lo más rápido posible, antes de que llamase demasiado la atención, así que, tras recorrer la calle con la vista y asegurarse de que cada uno iba a lo suyo, le asestó un puñetazo en el vientre que lo dejó doblado, cogió a la Sula por el codo y la empujó hacia uno de los múltiples bares abiertos hasta el amanecer.

—Invito a un trago, aunque iba de camino a la *Bodega*.

—¡Puf! Yo no entro hoy allí ni loca —aseguró la Sula con un movimiento de mano como si apartara algo.

Pablo pidió y se centró en ella.

—¿Cómo es eso? Habrá trabajo.

Por el Chepa supo que había sido vendida por sus padres en un puerto de Galicia cuando contaba catorce años y algunos otros asuntillos muy convenientes. A pesar de la mala vida, era una mujer positiva e inteligente. El tiempo apremiaba y él seguía con las manos vacías, por lo que decidió arriesgar en contra de su forma de proceder. Sería un buen punto de información.

—No me interesa. ¿Tendré suerte esta noche?

—Depende de cómo se mire. —Pablo alargó un brazo y apoyó la mano junto a la cabeza de ella en la pared de forma íntima para que no los interrumpieran.

—¿Hay más de una forma? Eso es nuevo.

—Con la venta de información también se gana.

—Y se pierde la vida —objetó la Sula— y se aumenta la compañía de los peces.

—Eso son otras historias. Su mirada es ambiciosa y... —se acercó más y susurró al oído—: esconde un retoño en el convento de las monjas.

—Es mentira. Nació muerta —espetó con un brillo de desconfianza en la mirada.

—Porque la quiere preservar fuera del alcance de una bestia como el Botero. Yo puedo solucionarle una vida en otra ciudad en la que no necesite guardar secretos.

—¡Que no tengo una hija, recontra! Pero me interesa la segunda parte. ¿Me va a mantener como su querida? No echaré de menos esta vida.

—Niegue lo que quiera, pero si yo lo sé, tarde o temprano, alguien más lo sabrá —ante el gesto de ira de ella, se adelantó—: y no por mí. No es un chantaje. Necesito ayuda y la pago.

La Sula echó una mirada por encima de su hombro al local. No había nadie alrededor a excepción de dos soldados de reemplazo que bebían a la puerta de la tasca a causa del calor. El tasquero había desaparecido.

—Siempre y cuando no me ponga en peligro —murmuró casi sin mover los labios y acariciándole la nuca con una de las manos—. ¿Qué desea saber?

—¿Cómo puedo entrar en el juego del contrabando? —Pablo la estrechó contra la pared siguiéndola el juego.

—Los elige el Mario. Mal tipo, con su cara de no haber roto un plato. No es amigo de nadie, aunque lo simule. No se fie de él. Por eso no me gusta la *Bodega*. Procuero mantenerme lejos de la Regi, que maneja el trasunto de allí y es uña y carne del Botero.

—¿Quién paga?

—El Botero.

—No me parece lo suficientemente inteligente como para mover él solo el negocio. Habrá alguien más, ¿no?

—Si lo supiera, estaría dando de comer a los peces. ¿No opina lo mismo?

—Sería sospechoso que la encontrasen con mucho dinero encima. ¿Tiene alguna hucha?

—Cierto. Déselo a la madre Ángeles del convento de las Ursulinas.

—¿Una monja? —Pablo se retiró para observarla mejor. Al fin y al cabo, confirmaba la existencia de la hija.

—Eso no es asunto suyo.

—No, no lo es. Así lo haré, pero quiero resultados; en caso contrario, dejaré de pagar. Me interesa todo lo relacionado con el Botero, con el contrabando, con los robos...

—¿Carabinero?

—Eso no es asunto suyo —le devolvió la réplica.

Dejó a la Sula y se internó en la calle de Rúa Menor. Cerca de la *Bodega* aguardaba Avelino con el coche.

—¿Aburrido? —lo abordó.

—Buenas noches, señor. Es mi sino: ver y no participar. Estamos en San Juan y, enseguida, San Pedro. Los señoritos de la meseta ya se dejan caer por estos lares. Hay buenas partidas de cartas esta noche.

—Buen negocio.

—No siempre. He de asegurarme de que les queda algo en el bolsillo para pagarme antes de que suban al coche.

—Difícil oficio. Igual tiento la suerte. ¿Están los habituales?

—Sí, el cubano, don Benito, los de siempre; pero han llegado algunos de los veraneantes como don Federico. Ése sí que deja buenas propinas. Todo un caballero.

—¿Federico Carrión?

—El mismo. Es un asiduo del veraneo, incluso se deja caer alguna vez durante el invierno.

Don Federico era un hombre corpulento, de mediana edad, que se ganaba la vida como distribuidor de productos coloniales y anglosajones, por lo que viajaba mucho a Londres y dominaba el inglés. Su hija Esther, una muchacha esbelta, pálida y de mirada afilada, lo ponía nervioso cada vez que se la cruzaba como Pablo Torres, porque adivinaba las intenciones matrimoniales que conllevaba mantener una relación con ella. Aun así, la muchacha no desistía y cada vez se volvía más audaz. Y no era por dinero, que don Federico lo ganaba en abundancia, sino por el título. Era lo que les faltaba para ascender un peldaño más en la sociedad.

Ya había anochecido cuando entró en la *Bodega*. El aire viciado lo recibió. Se habían formado algunas mesas de juego y el cubano aguardaba a cubrir la suya. Siempre era la última a causa de los envites tan altos. Era la mesa fina de los señoritos y potentados.

—¡Un ron! —pidió. Mario se acercó con la botella en la mano—. Se diría que en lugar de atraerlos, los espanta.

Pablo señaló con un movimiento de cabeza a Escalante.

—Todo lo contrario —confió Mario en voz baja. Dejó la botella sobre la barra y se acodó en ella—. Los jugadores son personas imprevisibles y supersticiosas. El cubano se ha convertido en un reto, así de necios son. ¡Demonio! Esto sí que se pone interesante.

Pablo se volvió hacia las cortinas rojas para averiguar qué le había llamado la atención al camarero. El señor Carrión, junto con otros hombres bien trajeados, se aproximó a la mesa de Ernesto Escalante; cambió unas breves frases de presentación, tomó asiento e invitó a sus compañeros a imitarlo.

Pablo, sin perder la visión del salón desde su sitio en la barra, se percató del cambio de humor del criollo. La mandíbula tensa lo denunciaba, aunque, para aquellos que no lo conocieran bien, permanecía impassible. No se atrevió a acercarse para no que no se fijasen en su persona y se quedó observando el juego a distancia. Al principio, las ganancias y las pérdidas estaban equilibradas entre los jugadores; no obstante, a medida que avanzaba la noche, la distancia con los perdedores era más evidente. Alguno abandonó la mesa a tiempo. La rivalidad entre Ernesto y Carrión se fue acentuando y acaparó la atención de los bebedores ociosos. Para Pablo fue más que evidente que ambos hacían trampas. Le sorprendió que un comerciante, como el señor Carrión, fuera un consumado tahúr. El comercio y el juego no eran compatibles ni estaba bien visto dentro del gremio; es más, generaba desconfianza.

Algo más avanzada la noche se presentó el comisario que saludó a los caballeros y se mantuvo en su observatorio. Echó de menos a los dos acólitos

del Botero: Gorka e Iván. En una mesa apartada, una de las chicas de Regina bebía con un fornido marinero francés al que encandilaba metiéndole mano en el pantalón. Se fijó en la bandera francesa tatuada en el masculino antebrazo. Era una forma de que, si se ahogaban en el mar, supieran cuál era su nacionalidad; otros se tatuaban el nombre. Siempre le pareció una estupidez, pues rara vez se rescataba un cadáver en alta mar. Aguantó un rato y, ante el discurrir normal de la velada y la presencia del comisario, decidió retirarse.

19

Bajó a la calle de La Ribera, más silenciosa de lo habitual. La población se hallaba en las huertas disfrutando de las numerosas verbenas que se celebraban por el solsticio de verano. Distinguió el carruaje de su familia, detenido junto a la escalinata que ascendía al puente. Buscó la sombra de un árbol para ampararse. Si se mantenía quieto junto al tronco, pasaría desapercibido, ya que en la noche el ojo sólo percibe lo que se mueve o se sitúa bajo la luz de las farolas. Dos mujeres descendieron y le llegó el sonido de las voces despidiéndose. La cadencia de la cubana era inconfundible, en la más baja adivinó a su prima Ana. Dentro del coche irían sus hermanas, aunque no las viera ni las oyera. Arrancó el cochero y pasaron cerca de su escondite. Las dos Escalante alzaron las faldas para no tropezar en el ascenso. Iba a marcharse hacia el portal de su casa, cuando tres individuos salieron de la Plaza Vieja y las rodearon en medio de la rampa. Aguardó los acontecimientos. Los hombres hablaban alto y reían por nada, visiblemente afectados por el alcohol. Las mujeres intentaron echarse a un lado para evitarlos y ellos se envalentonaron.

Como siempre, el sereno no aparecía cuando se lo necesitaba y Pablo decidió salir de la sombra. No sería la primera vez que una mujer se encontraba en apuros por unos borrachos. Impedido el avance, la criolla se puso delante de su prima y se mantuvo erguida, muy seria, mientras los hombres reían y empleaban un vocabulario soez. Sin prisa, aunque a grandes trancos, Pablo se personó ante los hombres.

—Señores, tengamos a fiesta en paz y liberen a mis hermanas.

—¿Hermanas? ¡Qué casualidad! Soy tu padre, entonces —dijo uno de ellos y los otros dos rompieron a reír.

—Tómenlo como quieran y sigan su camino —repitió Pablo tranquilo y sin perder de vista a ninguno de los tres.

Por cómo vestían y el acento eran señoritos de alguna villa castellana de cierta importancia. Las conductas, impensables en el lugar donde los conocían, eran las más habituales en otras poblaciones en las que nadie les reprocharía los excesos.

—Quiere para él solo a las dos palomitas —acució uno de ellos al que había hablado.

—Váyanse mientras puedan —advirtió Pablo.

—Se perdió la clase de cálculo —rió con fuerza el que llevaba la voz cantante y los otros dos lo corearon.

Pablo no lo pensó dos veces. Aquel trío venía demasiado cargado de alcohol para atender a sutilidades, así que soltó el primer puñetazo al que hablaba, se giró al segundo y le atizó en el vientre mientras que con el pie le daba al tercero en los genitales. Fue muy rápido y los hombres demasiado lentos para precaverse. Prácticamente, no se habían movido de su sitio cuando ya se hallaban doblados o en el suelo gimiendo y blasfemando.

—¿Adónde se dirigen?

Algo brilló en la mano de la cubana a la luz de la farola cercana. Lejos de guardarlo, lo disimuló en la mano y en los pliegues del mantón de Cachemira. Pablo fingió que no había visto nada y la miró de frente. Se hundió en unos ojos oscuros que lo observaban recelosos. Con la mano libre, la mujer mantuvo unidas las dos partes del mantón a la altura del pecho. La mirada de Pablo resbaló hacia el gesto de la enguantada mano en encaje y sufrió un impacto cuando reconoció el anillo que lucía en uno de los dedos.

—A la calle de la Blanca —respondió Ana con un hilo de voz. Se la notaba asustada, al contrario que su prima que con voz firme exigió:

—¿A quién debemos el favor?

—Capitán de la marina mercante, Pedro Saro, para lo que dispongan ustedes. Permitan que las acompañe. Son las fiestas de San Juan, imagino que ésa es la razón por la que se encuentran en la calle a tan altas horas.

—Muchas gracias, capitán. Venimos del Salón-Jardín de Vargas —informó Ana.

—¿Sin compañía? —Pablo era un consumado actor y se suponía que ignoraba cómo habían llegado.

—Unas amigas nos han traído en coche —contestó en esta ocasión Mariela—. No se nos ocurrió que una población pequeña fuera tan peligrosa.

Pablo contuvo la pregunta que pujaba por salir de sus labios: entonces, ¿por qué iba armada? La respuesta era simple: porque había viajado mucho. Pero lo que más le quemaba era el anillo, aunque en la otra ocasión lo llevaba un dedo muy masculino.

—Su acento, ¿es de Cuba? —Mariela asintió—. Me gustó La Habana, una ciudad de contrastes.

—Allí está el sereno, de tertulia con un vecino —se quejó Ana. El hombre, apoyado en el chuzo y con un farol en la otra mano, charlaba apaciblemente en la acera de enfrente.

—Hemos llegado —cortó la escasa conversación Mariela—. Le agradecemos su intervención, señor Saro. Buenas noches.

La cubana lo despachaba con cortesía y con firmeza a la vez. Pablo inclinó la cabeza y se retiró por donde había venido. Después de todo, la noche no había sido desaprovechada. Aunque no se habían permitido hablar demás con un desconocido, a pesar de que éste las hubiera sacado de un aprieto, había abierto una puerta a futuros saludos y a algún intercambio de palabras, ya que estarían obligadas. Y no olvidaba el anillo. No era corriente una serpiente enroscada, por lo que quedaba fuera de lugar sospechar que hubiera más. Dos coches de alquiler cargados de pasajeros que regresaban a sus casas pasaron por su vera antes de abrir el portal. Se daba también la casualidad de que la criolla había estado en Southampton, continuó con sus deducciones, demasiadas coincidencias para pensar que fuera otro distinto. La cuestión era si ella se limitaba a conocer al dueño o había participado de alguna forma en el contrabando. ¿Ella o su hermano?

Las elucubraciones quedaron en suspenso cuando entró en el piso.

El Sardinilla lo esperaba en el salón. Sentado muy derecho ante la mesa y, bajo la luz de un quinqué de mecha, trazaba con esmero una pulcra caligrafía con un fino plumín en un cuaderno. Al lado, había quedado la bandeja con los restos de la cena. Recordó que Águeda era una mujer con cierta educación.

—¿Deberes? —preguntó Pablo admirado—. ¿Sabes leer?

—Sí, señor. Me enseñó mi madre. Ahora que gana dinero ha podido comprar lo necesario para escribir.

—No había pensado en tu educación. Buscaré libros de gramática y aritmética. Necesito que dejes eso y me acompañes en mi transformación. Debo quitarme todo esto de la cara. Tienes mucho que aprender. Pero antes, recoge la bandeja y friega: la pulcritud es el lema de esta casa.

A la mañana siguiente, el chico madrugó más que él y lo aguardaba con un mensaje en la mano. Se levantó y echó agua en la palangana.

—Léemelo —ordenó mientras se lavaba para despejarse.

—*Ne ce si ta un cor te de pe lo* —leyó el Sardinilla con dificultad.

—¿Has desayunado?

—No, señor.

—Evidentemente, yo no puedo cortarme el pelo, ya que se trata de una peluca, así que iremos a que te lo corten a ti y, después, te invito a un chocolate con churros.

La invitación pasó por delante del fastidioso corte de pelo e iluminó la cara del chiquillo. En media hora consiguió la transformación en Pedro Saro y salieron a la calle. Quedaba cerca la barbería y había cola a tan temprana hora. El hermano del teniente se dirigió a él en cuanto lo vio entrar.

—¡Ah! Don Pedro, pase a la trastienda. Ha llegado su encargo.

—Gracias. Se queda el chico que necesita un corte.

—Descuide.

Tras pasó la cortina y se encontró en un largo pasillo que conducía a un pequeño almacén. Observó que había puerta trasera a la calle de la Blanca. El teniente lo aguardaba sentado en un viejo sillón de barbero que habían retirado y arrumbado allí.

—¿Salió anoche?

—Sí, aunque me retiré pronto. En la *Bodega* había el movimiento habitual. Al ser San Juan había meseteños y los marineros del carguero francés, la mayor parte de los habituales estarían con la familia en la verbena. El comisario se quedó allí.

—¿Y el comisario? ¿Qué sabe usted de él?

—Nada. Frecuenta mucho la noche. Parece eficiente. ¿Por qué no trabajan conjuntamente?

—No me gusta. Cuando se ha requerido su colaboración en alguna ocasión, no ha servido de nada. En todo el tiempo que lleva ejerciendo, sólo ha detenido extranjeros borrachos y peleones de los barcos, pero ningún paisano. Curioso,

¿no? Confié en que usted me contaría algo sobre él ya que se mueve por los mismos sitios.

—Es un personaje muy hermético y cínico, a juzgar por su opinión sobre la justicia. Lo respetan o intimidan, no estoy seguro. He establecido contactos y algún soplón. La clave está en la *Bodega* y en el hombre de la barra, un tal Mario que trabaja para el Botero. Son muy inteligentes para hacerlo ante la vista de todos y que nadie note nada anormal.

—En algún momento, cometerán un error y debemos estar presentes cuando eso suceda.

20

A pesar de haber trasnochado, Mariela se levantó a la hora habitual. Lo primero que le vino a la cabeza cuando despertó fue el hombre que las socorrió en La Ribera. Nunca le habían atraído los pelirrojos, pero había algo inquietante en la mirada acerada del señor Saro. La rapidez y la limpieza con la que terminó el asunto delataban a un hombre de pocas palabras y de mucha acción. Le llamó la atención que alguien del género masculino no mostrara ningún interés en ella, ya que no les preguntó sus nombres cuando no hubiera sido incorrecto dadas las circunstancias. Era un hombre discreto: marino mercante, poco tiempo en tierra, de ahí su falta de curiosidad.

Era la víspera de la inauguración y el taller se convirtió en un antro de locos. Los nervios afloraban y, de vez en cuando, se escuchaban voces altas o tonos censurables. Los tropiezos y los olvidos se tornaban en faltas graves. Y lo más desalentador era el tiempo que se perdía en esas insignificancias, productos de la ansiedad.

En los salones de arriba, bajo los ventanales, dispusieron los tablones, vestidos con la tela de brocado adamasquinada en color burdeos, con la corsetería y los complementos en exposición. A cada prenda le habían asignado un número para que las señoras tomaran nota y realizaran el encargo. En la pared de enfrente situaron los maniqués en fila con los vestidos confeccionados. Mariela los ordenó en vestidos de paseo o calle y vestidos de baile, teatro u ópera, y, en un aparte, empleando su armario ropero de viaje, mayor que un mundo, aunque con los mismos compartimentos, exhibía un vestido sencillo color crema y en los cajones se ofrecían cintas y remates diferentes que lo transformaban en distintos modelos: era la estrella de la

exposición. Apartaron las sillas y sólo quedaron los sofás. Ese día no servirían ninguna golosina ni bebida ya que esperaban mucha concurrencia y lo que deseaban era que se pasearan, comentaran y se fueran.

En las invitaciones no figuraba el mismo horario, sino que habían dividido a la gente en grupos para evitar la saturación de la sala. Abajo, las costureras permanecerían en sus puestos y sobre la gran mesa de corte y diseño se dejaron muestras de telas de algodón y de lino: brocados, indianas floreadas, muselinas, gasas... Junto a la librería, sobre la que dejaban los costureros ordenados, habían improvisado un probador para tomar medidas si surgía la ocasión, protegido por un biombo para respetar la intimidad.

La sorpresa del día se la proporcionó su hermano Ernesto. Hacía semanas que no sabía de él. Por sus tíos llegaban las noticias de su paradero: que si trasnochaba mucho, que si frecuentaba el Círculo Mercantil y el Suizo, que si las mujeres se hacían lenguas de su educación y apostura. Nada que fuera nuevo para ella. Traspasó el umbral de la calle y el silencio que acompañó su entrada la sacó de los quehaceres para encontrarse frente a él.

Las costureras lo observaban embobadas y eso fue suficiente para que Mariela se enfadara por la intromisión. Era lo que faltaba. Conocía lo suficiente a su hermano como para exigirle que mantuviera las manos y los ojos apartados de sus muchachas.

—Sígueme —ordenó, y sin darle ocasión a abrir la boca, se encaminó a las escaleras.

Una vez en el piso superior y fuera de oídos indiscretos lo encaró.

—¿Cómo se te ocurre presentarte aquí?

—Buenas tardes, hermanita. Parece que no soy bien recibido cuando todo esto ha salido de mi bolsillo. Qué calladito lo tenías.

—Aquí no hay nada que te pertenezca —se encorajinó—. Me diste el dinero y mi independencia. El tío José me ayuda en esta aventura. Así que no reclames lo que no es tuyo.

—¡Vaya modales! Estás de malhumor hoy —censuró su hermano, quien había iniciado un paseo por las tres salas unidas para contemplar la exhibición—. ¿Desde cuándo venías tramando esto?

—Yo no he tramado nada. La idea de separarme de ti no era nueva. No ignorabas que no me gustaba nuestro estilo de vida. La idea del taller ha surgido aquí. Ya sabes a qué se dedican los tíos.

—Quién te ha visto y quién te ve. ¿En qué te has convertido? ¿En una vil

comerciante? Conmigo has frecuentado lo más granado de la sociedad, has tenido la ocasión de vivir como una lady ¿y lo has dejado por esto? —La incredulidad de Ernesto rezumaba en cada una de sus palabras, pero Mariela no bajaba la guardia.

—Aunque te parezca increíble, es lo que deseo. Ahora vas a hacer el favor de salir sin dedicar una sola mirada a las muchachas de abajo. Son parte del negocio y tú no las necesitas para nada.

Ernesto esbozó una sonrisa torcida.

—No me perdonarás nunca la venta del ingenio ni de la hacienda.

—¡Vaya! Pensé que estabas tan ocupado en ti mismo que no te habías percatado de mis sentimientos.

—Si una mujer quiere mostrar sus deseos, es imposible no enterarse; y si una mujer quiere ocultar sus inquietudes, no las conocerás nunca.

—Ahora te has vuelto filósofo —constató con tono irónico Mariela.

—No, hermanita, expongo mi conocimiento del género femenino. Y en cuanto a la venta del ingenio, debes admitir que, aunque fuera casualidad, resultó un acierto. Al menos obtuvimos un sustancioso beneficio que de otra forma se hubiera convertido en humo. —Ernesto concluyó el paseo por las salas y se situó frente a ella—. En realidad, había oído hablar tanto de este taller que no podía dejar de pasar para comprobar cómo te iba.

—Si quieres verme, ya sabes dónde vivo. Esto es mi lugar de trabajo.

—Tranquila, no voy a pedirte nada. Te he dicho la verdad. Si eres mi hermana, no puedo mostrar desconocimiento de tus actividades. ¡Qué pensaría el marqués sobre nuestra relación!

—¿Desde cuándo te importa el qué dirán? Que yo recuerde hemos salido de las ciudades precipitadamente por tu mala cabeza —reprochó Mariela más tranquila.

—Ya, bueno. Esta vez estoy en racha. Santander me trae suerte —sonrió relajado.

—Me alegro...

Ana les interrumpió cuando entró anunciando la cena. Con tanto trabajo por medio, habían decidido cenar en el taller para ahorrar tiempo y acostarse temprano.

—Como comprenderás, no estás invitado. No lo tomes como descortesía, me limito a proteger mis intereses —recalcó Mariela con una sonrisa afectada.

—Descuida. —Ernesto le devolvió la misma sonrisa cínica—. Tus protegidas

no coinciden con los míos.

—¡Huy! Eso es nuevo. Parece que no soy yo la única que ha cambiado. Vamos madurando, hermanito.

Bajaron y se encontraron con el revuelo de las costureras que disponían la mesa y las sillas para la cena. La aparición de Ernesto ralentizó la labor y dejó rostros con expresiones bobaliconas de admiración. Mariela sacudió la cabeza, molesta por lo fáciles que resultaban las mujeres para los hombres. Cuando llegaron a la puerta, su hermano se volvió, mostró una sonrisa satisfecha y una elocuente mirada divertida. Mariela no pudo evitar el mostrarle discretamente la lengua, como cuando eran niños.

—Tienes el mismo poder que yo, lo llevamos en los genes, sólo que tú te empecinas en desaprovecharlo —susurró Ernesto, se cubrió con el sombrero flexible cubano, dio media vuelta y marchó calle abajo.

Hasta que no desapareció, no se serenó. Sintió un pinchazo de culpabilidad, era el único familiar directo que le quedaba, pero rápidamente lo apartó con el recuerdo de la venta de sus esfuerzos y de su hogar en Matanzas. ¡Qué lejos quedaba Cuba! Seguía con avidez las noticias por los periódicos. La guerra había trastocado todo su mundo. ¿Qué sería de las gentes que había dejado atrás? Aquel que se oponía a los designios de la madre patria era fusilado *in situ*, sin juicio ni contemplaciones. Aunque le doliera, reconocía que Ernesto tenía razón, pero ella juzgaba otras consideraciones que originaron la venta, lo demás fue casualidad. Suspiró hondo y se dirigió a la mesa a la que ya se estaban sentando las muchachas para tomar parte del festín de la Trini.

Madrugó el día de la inauguración, a pesar de que sería largo y cansado. Ya había amanecido y el tiempo mostraba su mejor cara. No había dormido bien a causa de la ansiedad y la preocupación. Se jugaba el futuro en una sola baza. Bajó a desayunar tranquilamente hasta que se levantara Marimar y la ayudara a vestirse. Al poco, asomó su tía.

—¿Cómo tan temprano? ¿No has podido dormir? Yo tampoco.

Mariela sonrió.

—Usted no arriesga nada —amonestó en tono suave.

—Eres ya como una hija y deseo con toda mi alma que salga bien. Ana ha puesto mucho empeño y te admira. Sois jóvenes y con ilusión, os merecéis un premio a vuestro esfuerzo.

—La vida no es tan benévola —refutó Mariela.

—Por eso mismo no he pegado ojo —reconoció doña Pura mientras encendía las brasas de la cocina para calentar leche.

—Buenos días —saludó Ana entrando—. ¿Qué tal habéis dormido?

—De eso hablábamos —contestó su madre—. Creo que nadie en esta casa ha descansado como debiera.

Desayunaron en silencio, cada una sumida en sus reflexiones.

—Me pondré el vestido blanco con el escote ribeteado en negro a juego con las bocamangas. Marimar me ayudará con el pelo: recogido en alto y con tirabuzones. Ana, llevarás el amarillo.

—¿El nuevo de seda? ¿No es muy lujoso? —se asombró.

—Cariño, regentamos un *atelier* de alta costura. Debemos lucir como modelos —recordó Mariela—. Para eso te hemos confeccionado el vestido, no para que se quede colgado, recogiendo polvo.

Cuando Marimar se levantó, las ayudó a vestirse y a peinarse; después salieron, nerviosas, hacia la Rúa Mayor. Allí se encontraba Águeda, aguardándolas impaciente.

—Tampoco ha dormido usted —constató Ana con una sonrisa.

Mariela abrió el portón y, en silencio, se dirigieron a descorrer las cortinas y abrir los postigos de las ventanas para ventilar. Por la noche habían dejado todo en perfecto orden, así que no había mucho que hacer, excepto renovar el agua de los botijos y de las jarras cuando llegara la aguadora. Águeda cogió un plumero y fue pasándolo al tiempo que revisaba el género con ojos críticos. Ana se sentó en su escritorio para repasar las invitaciones y los horarios. Había tenido la precaución de registrar los nombres de todas las señoras invitadas en fichas, preparadas para añadir las medidas de las que se animaran a confiarles sus vestidos. Mariela subió a las salas de exhibición y encontró a Michelle y Odette con la cama hecha y la alcoba en orden.

—Para no manchar nada, id a la tasca de la Trini a desayunar —ordenó Mariela—. Recordadle que, por turnos, iremos a comer para que no huela a guiso el taller.

Mientras las francesas estaban fuera, llegaron las costureras pulcramente vestidas. Águeda pasó revista sobre el atuendo de las muchachas e inspeccionó las manos y las uñas según entraban. A lo largo del día, mientras las visitas fueran desfilando, las muchachas, a la vista del público, confeccionarían un vestido. Era una forma de advertir sobre la profesionalidad del *atelier*.

Las invitadas debían de estar tan ansiosas como ellas porque fueron puntuales a la cita. A primera hora de la mañana, se presentaron las de Torres con su madre y las amigas de ésta con sus hijas. Un total de once señoras y señoritas desfilaron escaleras arriba, después de haber escuchado las explicaciones de Ana sobre el trabajo que se realizaba y les enseñara la maquinaria con la que contaban.

Mariela las aguardaba escoltada por Odette, que era la que mejor se desenvolvía con el español, después de casi un mes en España. Durante unos minutos tuvieron lugar las presentaciones y, luego, pasó a explicarles que había unas cartulinas y unos lápices a su disposición si deseaban tomar nota de alguno de los complementos que se mostraban con un número para encargarlo.

—Debo felicitarla por el gusto tan exquisito que exhibe. Cuando mis hijas me lo contaron, pensé que la novedad les nublaban el juicio, pero compruebo que se han quedado cortas en sus alabanzas —constató la madre de las de Torres con una agradable sonrisa.

—Sus hijas son encantadoras y su apoyo ha sido importante para la inauguración de este modesto taller —regaló los oídos de tan importante señora—. Me siento halagada por su amistad.

—La admiración es mutua, por lo que parece —confirmó doña Emilia.

—¡Madre! Mire que divino —interrumpió Julia y señaló un corsé forrado con un finísimo encaje de Alençon que terminaba en una delicada lazada a la altura del busto—. Esto no lo vi el otro día.

—Seguimos recibiendo artículos de Francia —mintió Mariela, pues el día que estuvieron no mostró todas sus cartas—. Es una pequeña joya para una novia.

—¡Sí que lo es! —corroboró doña Eugenia Vial con ojos codiciosos—. ¿Puedo tocarlo?

—Querida Eugenia —se adelantó doña Emilia zalamera—, si todas tocamos el género, ¡cómo llegará al final de la tarde!

Mariela agradeció mentalmente el tacto de la señora Torres. Resultaba muy violento negar algo así a una posible compradora.

—Además, ese corsé ya está vendido —continuó doña Emilia—. Lo acabo de adquirir para el ajuar de Julia.

—¡Gracias, mamá! —exclamó Julia emocionada.

Cómo somos las mujeres, pensó Mariela mientras ponía la cartulina de vendido sobre el complemento. En un instante captó: la decepción de doña Eugenia porque su amiga había sido más rápida que ella; la sorpresa de Julia, que

se había encaprichado de la prenda sin llegar a saberlo todavía; y la doble complacencia de doña Emilia, que había satisfecho a su hija y le había arrebatado la idea a su amiga.

—Por su acento, deduzco que es usted cubana —intervino doña Luisa cambiando la conversación para airear el ambiente—. Se sentirá muy triste por lo que está sucediendo allí. Espero que no haya afectado a ningún familiar.

—Sí, la guerra siempre es lamentable y, afortunadamente, mi hermano y yo vendimos el ingenio azucarero y la hacienda en los primeros años del conflicto. Abandonamos Cuba y, desde entonces, hemos recorrido mundo. Así he conseguido mis contactos en la moda —resumió Mariela, sin profundizar en los aspectos personales.

—Ha estado en París —informó Remedios.

—¡Qué bonito París! —suspiró doña Luisa paseando la mirada por los modelos que se exhibían—. Monsieur Haussmann ha sido duramente criticado, pero creo que la ciudad ha ganado en modernidad. ¡Qué amplitud! ¡Qué monumentalidad la de sus edificios!

—Es normal que sorprenda. Creo que es la primera ciudad europea con esas avenidas tan pretenciosas. A mí, por el contrario, me pareció normal después de pasearme durante un año por Nueva York —añadió Mariela, contenta de que la conversación se desviara a temas más cosmopolitas.

A partir de entonces, las mujeres se relajaron y chismorrearon sobre costura y cultura en general. Michelle subió para avisar de que el siguiente grupo se estaba reuniendo abajo. Mariela le indicó que acompañara a las señoras para que les tomaran medidas para confeccionar los modelos que habían escogido.

—Y recuerden: aunque el modelo sea el mismo, si las telas son diferentes y se realizan algunos cambios, los transformaremos en modelos únicos. Evidentemente, si escogen un modelo de baile, será exclusivo —y como quien hace una confidencia—. Mi taller no puede permitirse un error de tan mal gusto.

Las mujeres se retiraron detrás de Michelle, parloteando y sonriendo con sus cartulinas y los números anotados. El segundo grupo de la mañana era el más importante del día: la marquesa de Pombo, la marquesa de Villatorre, la vizcondesa de Cabañas, la marquesa de Villapiente... Lo más granado de la ciudad acudía a la inauguración y Mariela se había desperezado con el primer grupo y estaba lista para lidiar con la sociedad más cerrada.

No comió. Los grupos iban sucediéndose sin que ella apenas lo notara tan absorbida como estaba en complacer a las visitantes y en explicarles la moda.

Habló en francés, en inglés... Terminó por plegarse a la curiosidad que suscitaba entre aquellas mujeres su vida y repitió, como un loro, los aspectos generales. Desviaba el tema hacia las grandes ciudades, método que resultó infalible. Tras el grupo aristocrático, llegó el grupo político y después el mercantil. Al final de la tarde, el taller parecía una pajarería de las voces de las mujeres, que charlaban sin parar mientras esperaban a que Ana tomara nota de los pedidos, a que Águeda apuntara las medidas para los vestidos; o bien, se entretenían en saludar a las de la siguiente visita.

Cuando cerraron la puerta, eran ya más de las nueve de la noche. Las costureras habían estado saliendo en turnos para comer y cenar, pero ellas tres se habían limitado a alimentarse de agua, sin un instante de respiro. El taller se encontraba como si hubiera pasado un huracán. Las muchachas se portaron admirablemente y ayudaron a reparar el desaguado mientras comentaban las anécdotas del día, así Mariela se enteró de cómo habían ido las cosas abajo.

—Hubo un momento en que los carruajes invadieron la calle y no se podía pasar —decía Manuela emocionada.

—Cuando salí de la tasca, parecía que había una manifestación a causa del revuelo de señoras entrando y saliendo y, como se quedaban para intercambiar impresiones, mayor era la expectación de los viandantes que se detenían a observar perplejos —añadió Itziar.

—A mí me abordó un periodista —apuntó Idoia—. Le comenté que se trataba de la inauguración del taller de Alta Costura de Madame Mariela y que yo trabajaba en él. Era muy guapo y me entrevistó, así que mañana igual salgo en la prensa.

Mariela escuchaba sin dejar de moverse e impartir órdenes, con la sangre todavía corriendo desbocada por el cuerpo porque sabía que, si paraba, caería muerta. Los comentarios la convencieron de que serían el tema principal de los periódicos y de las reuniones del día siguiente y eso la animó sobremanera. Había que añadir la satisfacción de los numerosos encargos que había recogido su prima. La empresa había comenzado con buen pie y esperaba mejorarla en las sucesivas semanas. Esas mujeres hablarían a sus amigas de la meseta en cuanto llegaran a pasar el verano y las entrevistas se prolongarían a lo largo de julio. Y en agosto, prepararían los avances de la moda de invierno.

De forma automática recogía, atendía y planeaba los siguientes pasos. A la media hora, las muchachas se despedían. Decidieron dejar los salones de arriba como estaban, aunque con los complementos envueltos en los papeles de seda y

en sus cajas. No descartaban que hubiera alguna señora que se presentara a lo largo del día siguiente. Las dos francesitas se retiraron a la alcoba a dormir y ellas cerraron el portón de la casa al salir. Por el camino, Mariela no calló en ningún momento.

—Mañana quiero una lista de todo lo que debemos pedir a París. Me acercaré a la oficina de Correos y Telégrafos y enviaré un telegrama a Madame Sophie.

—¿Cuánto tardará? —se angustió Ana.

—Una semana o diez días, más o menos, me ha comentado Odette.

A pesar del ayuno que mantuvieron durante el día, no cenaron mucho de lo cansadas que estaban. Mariela cayó en un sueño tan profundo que cuando se despertó al día siguiente, tuvo la impresión de no haber dormido.

21

La víspera de San Pedro, Pablo tuvo suerte. Entre el buen tiempo, la preparación de la fiesta y la llegada de barcos, tanto de cabotaje como transatlánticos, el ambiente nocturno estaba en su mayor apogeo. Realizó su recorrido saludando aquí y allá. A pesar de la hora, aún no había oscurecido del todo, pues eran las noches más cortas del año. La *Bodega* la reservaba para el final, cuando hubiera recabado la información por otros tugurios. Allí pisaba con precaución ya que era el lugar que despertaba su interés. Siempre que podía intercambiaba unas frases con Mario, aunque reconocía que era un hueso duro de roer, formado en el hampa más dura y, por tanto, más dado a obtener información que a facilitarla. Como con cuenta gotas, y más bien renuente, Pablo desgranó, noche a noche, una vida de delincuencia en el Canal de la Mancha. Y por fin, su constancia dio los frutos deseados.

—¡Hombre, Saro! —saludó Mario muy festivo—. ¿Un trago?

Pablo asintió y se apalancó en un extremo de la maciza y mugrienta barra mientras echaba un vistazo alrededor. Las mesas de juego andaban a pleno rendimiento, las chicas ocupadas con las tripulaciones de los paquebotes y la barra llena de los lugareños que se acercaban atraídos por la animación del local. Justamente, al otro extremo de ésta descubrió al Tiña y al Marrajo, quienes desviaron la mirada cuando los sorprendió observándolo.

—Bueno, bueno. Aquí tiene el trago, amigo.

A Pablo se le activaron las alarmas ante lo receptivo y amistoso que se

mostraba Mario. A pesar de lo concurrida que estaba la barra, el hombre se acodó frente a él. Era de mediana edad, ancho de espaldas, atractivo para las mujeres, aunque a sus ojos afloraba el alma negra: fríos y cortantes. La piel lechosa del rostro y de los brazos denunciaba la falta de trabajo al aire libre, así como sus manos, libres de callos y cortes propios de los pescadores o de los estibadores. Eran manos fuertes, lo más que habían hecho era acarrear barriles de vino o de aguardiente.

—¿Cómo terminó la batalla entre el cubano y el nuevo rico? ¿Encontró la horma de su zapato? —indagó sonriente.

—¡Quién lo iba a decir! Perdió pero, esto que quede entre usted y yo, —se inclinó sobre la barra—, creo que se dejó ganar. No sé, me dio la impresión de que ya se conocían y no corría buen aire entre ellos. Otra cosa, Saro, me preguntaba si estaría interesado en participar en un trabajito. Nada importante —se adelantó nervioso—, pero que le daría a conocer en los círculos lucrativos.

Por fin, llegaba una propuesta. Ahora, a ver si era la que le interesaba.

—Depende. Ahora mismo no estoy necesitado de trabajo, aunque no soporto la inactividad mucho tiempo. La vida me ha enseñado mucho, sobre todo a elegir los compañeros de viaje por caminos escabrosos.

—Buena filosofía —aplaudió Mario.

—Si quieres llegar a viejo... —concluyó Pablo.

—Respondo por esta compañía, son gente del lugar, conocedores del terreno y bregados en estas lides. Precisamente buscan a alguien que les eche una mano y que sea de confianza.

—¿Por qué un extraño como yo?

—Usted no es un extraño, conoce el oficio y es parco de lengua.

—No sé. Tendría que hablar con ellos, ya me entiende, un careo dice muchas cosas de un hombre. A ciegas no acepto compañeros.

—Muy prudente. A ellos les sucede lo mismo. Si quiere yo los presento y ustedes se entienden.

—Por mí, de acuerdo —aceptó Pablo.

Mario hizo una seña y el Tiña y el Marrajo se acercaron. Pablo pensó que estaba de enhorabuena si realmente trabajaban para el Botero. Sin embargo, durante un rato, de lo que allí se habló nada tuvo que ver con lo que a él le interesaba. Requerían un compañero para el contrabando por mar con las Vascongadas. No podía negarse, por algo debía empezar. Pretender que te ofrecieran el contrabando a gran escala de buenas a primeras era como

pretender ser capitán sin pasar por ser oficial, así que aceptó. Lo emplazaron en el muelle de Maliaño de madrugada.

Además del Tiña y del Marrajo, lo esperaba Elmo. Tal y como le había contado el Chepa, poseían una lancha bien pertrechada y solían llevar una tripulación de entre siete y ocho hombres, salvo en algunas ocasiones que la manejaban tres o cuatro, por lo que levantaba sospechas, aunque el teniente le había asegurado que las veces que la había inspeccionado no había encontrado nada. Ésta era una de esas ocasiones y, si había suerte, quedaría desvelado el secreto.

Izaron una vela grisácea por lo sucia, que en mejores tiempos se adivinaba blanca. Esa dejadez era característica cuando la intención consistía en pasar desapercibido, en tanto que a bordo todo relumbraba, bien por la limpieza; o bien, por ser nuevo. En esto último se evidenciaba que el patrón gastaba un dinero que no podía aportarle sólo la pesca. El Tiña, como patrón, en sus declaraciones, mencionaba servicios entre barcos y transporte de alguna sustancia química peligrosa que nadie se atrevía a cargar. Lo tenía bien estudiado y no dejaba ningún resquicio por el que investigar.

El mes de junio terminaba inusualmente con buen tiempo. Soplaban un norte bonancible que rolaba, de vez en cuando, al nordeste y que presagiaba una tranquila travesía. Rebasaron la isla de Mouro, sobre la que se erguía el flamante faro, y aproaron hacia el este, siguiendo la costa por los acantilados de Latas y Galizano. A mediodía alcanzaron los cabos de Ajo y Quejo.

Pablo disfrutó del paseo bajo el sol y contempló los altos y grisáceos acantilados de la costa. De vez en cuando, sobre ellos, asomaba una vaca o una oveja que pastaban a sus anchas por las altas praderías. Frente al faro del Pescador, en el monte Buciero, se cruzaron con un patache de Bilbao al que hicieron señas y éste arrió vela. Abarloaron y se hizo el trasbordo de la mercancía por medio de un cabrestante: tabaco y té ingleses, whisky escocés, café colombiano... todo más barato que en el resto de la península; y la ironía consistía en que el propio gobierno favorecía ese comercio ilegal con sus disposiciones arbitrarias.

Terminado el trasiego de mercancías, izaron velas y arrumbaron a doblar el cabo de Ajo. En todo el trayecto no se echó una red, a pesar de que el mar hervía con los bancos de sardinas y bocartes, que saltaban fuera del agua para evitar a los bonitos que los atacaban. Al atardecer, arribaron en una pequeña cala, situada al sur de la isla de Santa Marina, la más grande de aquella costa que,

junto con la península y la isla de Mouro, formaban los restos calizos que custodiaban la entrada a la bahía santanderina. Descargaron el alijo y ascendieron a la parte alta, se internaron entre la vegetación de brezal costero hasta llegar a una pequeña explanada rodeada por un muro de piedras.

—Os habéis tomado mucho trabajo para mantener limpio de plantas este espacio. ¿Por qué no lo habéis techado? Ya puestos... —indagó Pablo.

—No lo hemos levantado nosotros —respondió el Tiña—. Son los restos de un antiguo monasterio. Y un techado llamaría la atención de las autoridades o de cualquier pescador que se detuviera por aquí. De esta manera, el espacio queda protegido por el verde. Si no lo conoces, no lo encuentras; y las lonas embreadas lo protegen bien de la humedad.

Al mismo tiempo que descargaban el alijo, cargaban toneles de sal, brea y cerveza del lugar.

—Sospechan de nosotros —explicó el Marrajo—. Si aparecen los Carabineros a revisar la lancha, venimos de aquí al lado con encargos de los locales.

—Bien pensado —se admiró Pablo.

—Luego, poco a poco, en una barquilla de pesca, acercamos el contrabando según se va necesitando —siguió con la aclaración el Marrajo.

Ésa era la razón por la que el teniente no los pillaba. Una vez desvelado el misterio, quedaba la parte importante y la razón por la que se hallaba allí; no obstante, debía armarse de paciencia y cumplir con menudencias hasta que comprobaran que era de confianza y le confiaran empresas de mayor importancia.

Por San Pedro, el Cabildo de Arriba se vistió de fiesta. Cadenetas y guirnaldas adornaban los balcones junto a las redes tendidas a secar. Entre la Cuesta del Hospital y la iglesia de Consolación, ahorcaban unos peleles para delicia de la chavalería que probaba la puntería con ellos. Durante esos días, a media tarde, se sentaba una banda que regalaba valeses, mazurcas, polcas y habaneras a los asistentes, aunque no era lugar de baile. La Trini había sacado mesas y barriles sobre los que servía sangrías, cervezas, limonadas y azucarillos. El olor yodado de la bajamar era superado por el frito de los churros y de las rabas de pulpo. Eran días en los que los pescadores, hombres rudos y morenos por la brisa del mar, y sus mujeres, exageradas en sus risas y de voces fuertes, se mezclaban con los señoritos que subían a disfrutar de la festividad.

Pablo dio el día libre al Sardinilla y ascendió por la cuesta a observar al

público asistente, por si descubría algo succulento. La gente en los saraos se distendía y hablaba más de la cuenta. Roque, Ventura y Alberto se le habían adelantado a la cita con el barrio, saludaron a la Trini, engalanada con una pañoleta de vivos colores y dos enormes aros en las orejas, e invitaron a una sangría y un cucurucho de rabas de pulpo al Chepa, al Niño y al Bolo, que andaban muy acicalados con un ojo sobre las mozas que paseaban.

Pablo se apoyó en la pared de la tasca, cerca de ellos, de manera que podía escuchar la conversación aunque no participara en ella. Estaban advertidos de que mantuvieran las distancias, no le interesaba que los vieran juntos. Se suponía que era un hombre solitario y de mala vida.

—Faltan las señoritas finas del taller —se quejó el Bolo.

—Se ha enamorado de una costurera —explicó el Niño—, y anda suspirando por las esquinas.

—Hace dos días se organizó un revuelo en la Rúa Mayor con tanta señora de postín yendo y viniendo —terció el Chepa.

—¿La viuda del Caracola sigue trabajando allí? —se interesó Ventura.

—Sí, y muy contenta que se ve a la mujer —afirmó el Chepa—. Le ha vuelto la lozanía a la cara.

—Mucho te fijas, tiburón, en los colores de la Águeda —devolvió la broma el Niño—. Así que ésa es la causa de la afición que tomaste por el Sardinilla.

—¡Qué tontería! —rechazó el Chepa cohibido—. También os acogí a vosotros. El chico queda desamparado mientras su madre trabaja.

—¡Claro que sí! —apostilló Ventura divertido—. De todas formas, Chepa, ¿no te has planteado casarte algún día?

—Una mujer necesita un hombre —siguió Alberto con la idea—, para que no vuelva a suceder nada semejante.

El Chepa meneó la cabeza dubitativo antes de responder.

—La Trini es buena mujer y nos entendemos bien. La Águeda viste bien, tiene qué comer, se relaciona con gente fina. Le echo un cabo con el barrio para que no se metan con ella.

—A ver si aprendéis vosotros —increpó Roque al Bolo y al Niño—. He aquí un hombre íntegro de quien tomar ejemplo.

Como surgido de la nada, asomó el Sardinilla entre el gentío. Los vio y se le alegró el rostro. El Chepa le hizo una seña y el muchacho se acercó sonriendo.

—Coge una raba y pide una limonada a la Trini.

Además de la charla entre amigos, Pablo no perdía detalle de la fiesta ni de

los romeros que pululaban por allí. El Remi tomaba unas cervezas con el Tiña y Elmo, lo que le pareció muy significativo. Ya rezaba el dicho: Dios los cría y ellos se juntan. También había avistado al comisario, a varios ediles entre los que se encontraba don Benito, a los hombres del Botero, que habían dado una vuelta y habían desaparecido, así como a otros habituales de la noche. Era lógico, las festividades reclamaban tanto a los ciudadanos como a los raqueros del muelle, por lo que los celadores se dejaban ver entre el gentío para mantenerlos a raya.

De pronto, la calle se animó y el Bolo se irguió buscando la causa del revuelo. El Chepa hizo eco de lo que se murmuraba.

—Llegan las costureras del taller nuevo. Las muchachas vienen de las Vascongadas y se mueven en grupo.

—No todas —contradijo el Bolo—. Mi Manuela es de aquí.

—¿Ya has hablado con ella? —se alarmó el Chepa.

—¡Qué va! —intervino el Niño—. No se atreve, pero se la ha adjudicado como suya.

Ventura, Roque, Alberto y Pablo, por separado, curiosearon a las muchachas que se aproximaban despertando el interés de todos los señoritos. Las camisas blancas y bien almidonadas con complicados encajes destacaban dentro de las exiguas chaquetas que llegaban hasta la apretada cintura. En el cuello lucían pañuelos de seda de vivos colores e iban peinadas como reinas: trenzas caídas al costado, colas altas con grandes lazos a juego con el pañuelo. Completaban el atuendo una falda volandera, que enseñaba la inmaculada enagua, y unos impolutos zapatos acharolados.

Pablo se sonrió cuando el Bolo localizó a la chica que le había arrebatado el corazón. Se le quedó cara boba y mirada melancólica. No le extrañó que los amigos le tomaran el pelo. Él tampoco fue ajeno al embrujo de aquel ramillete de rosas lozanas, de piel blanca y pulcras manos, cuyas rojas bocas incitaban al pecado. Llenaron la calle de risas y piropos, de cortesías e invitaciones que desoían sonrojadas. Pablo, a medida que pasaban las muchachas por delante de ellos, se dio cuenta de que el pulso se le aceleraba ante la posible aparición de la mujer que las había contratado. Al cabo de un rato, constató que no acompañaba a sus pupilas. La desilusión lo sorprendió. ¿A qué venía esa ansiedad por verla?

Se movió entre los puestos que ofrecían buñuelos, roquillas y refrescos. Adquirió unos churros con los que distraer el estómago y ocupar las manos.

Acababa de pagar cuando la tropezó de frente.

—Buenas tardes, señor capitán —saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa. La acompañaba su prima, como era habitual.

—Buenas tardes, señoritas. Compruebo que no pierden la ocasión de pasarlo bien. ¿Ningún hombre que las escolte?

—Mis padres se unirán a nosotras un poco más tarde —respondió Ana— y hemos quedado con unas amigas. Fue muy mala fortuna lo que sucedió la otra noche. En los años que llevo viviendo en Santander, nunca me había visto en una situación tan comprometida.

—Este verano tendremos que soportar los inconvenientes de ser una ciudad de moda.

—¿No navega? —se interesó Mariela.

—Me quedo en tierra por una vieja dolencia y me han recomendado baños de ola. Espero recuperarme pronto y reintegrarme en alguna naviera en otoño.

—Cuenta con nuestros mejores deseos —añadió con cortesía Mariela.

Pablo notó que la cubana lo observaba con detenimiento, se sintió expuesto y poco seguro. No era lo mismo hablar al amparo de la noche que a plena luz del día, aunque ya declinaba el sol.

—Les deseo una feliz velada con sus amistades y familiares. Mientras los esperan, ¿aceptarán compartir conmigo esta ristra de churros?

Sin aguardar respuesta comenzó a repartirlos por lo que se vieron obligadas a quitarse los guantes al tiempo que aceptaban. Pablo sabía que no duraría mucho la situación, así que se empleó a fondo en crear un vínculo que le sirviera más adelante para volver a abordarlas con más facilidad.

—Lo que me preocupa es el asunto de los baños de ola —confesó bajo su fingida apariencia—. El mar siempre ha merecido mi mayor respeto.

—¿Tiene miedo a bañarse? —inquirió extrañada Ana—. Pero si usted es marino.

—Aunque no es mi caso, muchos marinos no saben nadar —contradijo Pablo—. ¿Ustedes saben?

—He de reconocer que no, pero en el Sardinero no hay peligro si se mantiene aferrado a la soga —contestó de nuevo Ana.

—Sonará raro —se animó Mariela—, pero yo sí sé nadar. Allá en Cuba, cerca de Matanzas, hay unas albercas naturales que permiten el baño sin peligro. Desde muy pequeña me llevaban las amas negras con sus hijos a bañarnos. No sólo aprendí a nadar sino también a bucear. Es una sensación de ingravidez y

libertad deliciosa.

—Estoy seguro de ello. La expresión de felicidad que refleja su rostro no deja lugar a duda.

Pablo comprendió que sus palabras, de alguna manera, habían afectado a la criolla, pues de la relajación del recuerdo pasó a la crispación de las buenas formas. ¿No se permitía recordar? ¿O no deseaba dejar retazos de su vida al desnudo? Conocía Cuba y sabía muy bien que los negros no se mezclaban con los blancos, lo que añadía un nuevo interrogante a la vida de la mujer.

—Tendrás que enseñarme —afirmó entusiasmada Ana.

Su prima no disimulaba la admiración que despertaba en ella. ¿Estarían bajo el mismo hechizo todos los Escalante? Eran muchas las preguntas que suscitaba la cubana y la curiosidad de Pablo corría pareja. Quiso la mala suerte que los tíos y padres respectivos aparecieran y dieran por terminada la breve conversación.

Continuó el recorrido entre la concurrencia hasta que el Tiña le hizo una seña para que se aproximara. Lo invitaron a una cerveza y se agregó a la cháchara que versaba sobre chismes de los vecinos de San Pedro. Con disimulo buscó a la criolla y la encontró junto a sus hermanas y Remedios Vial, la hermana de Alberto. Roque, Ventura y Alberto les hicieron una seña para que se acercasen, les cedieron los asientos y ellos permanecieron de pie. Mantuvieron una charla animada que sintió perdersela, pues no le interesaban los chascarrillos tontos y burdos de sus compañeros de contrabando.

El sereno se hallaba en plena faena con la iluminación pública cuando Pablo vislumbró al Remi que, al pasar junto al comisario Robustiano, le entregó algo sin detenerse. ¿Sería un chivato? Si así fuera, ya habrían desentramado la red de contrabandistas. ¿Qué se traían entre manos? ¿El comisario sucumbía a la tentación de adquirir artículos a más bajo precio? Ese contrabando crecía cada vez más y amenazaba los intereses de los comerciantes honrados de la villa y, aunque en menor proporción, los cargamentos de la naviera de su padre. Lo tranquilizaba el conocimiento de que tenía los días contados, era cuestión de tiempo que diera con lo que buscaba y caería el entramado entero.

Se despidió después de pagar una ronda, para que no resultase sospechoso, y se retiró por la Cuesta del Hospital. Había sido un ingenuo si creyó que iba a resolver algo esa noche. Los hombres andaban pendientes de las mujeres y las conversaciones no discurrieron por donde él ansiaba que lo hubieran hecho.

Comprobó, al pasar cerca de la tasca de la Trini, que sus amigos seguían reunidos con sus hermanas y amigas y notó un pinchazo de nostalgia. Ejercer de

espía en Inglaterra había sido fácil, no era su país ni su gente; sin embargo, en Santander, se le empezaba a hacer cuesta arriba. Deseaba entablar conversación con sus hermanas, participar en las fiestas de forma despreocupada, salir de pesca, cualquier cosa en lugar de hallarse anclado en la Rúa Menor con los marginados de la ciudad.

La bajada por la Cuesta del Hospital fue lenta a causa de los romeros que subían o bajaban de la fiesta. Las jóvenes formaban una cadena con los brazos entrelazados, riendo y hablando en voz alta. Detrás, en una segunda fila, caminaban los señoritos que las acompañaban, siguiéndoles las gracias y lanzándoles algún piropo.

Llegó a la calle de La Ribera con los ojos de la cubana clavados en el alma y mil interrogantes bailando en la mente. Subió a casa con el asunto de las amas negras como un nubarrón, ya que no casaba con el encorsetamiento de la sociedad santanderina. Y volvía a la pregunta que se hizo el primer día que la descubrió en el muelle: ¿Qué hacía en Santander? No había avanzado nada. Seguía estancado en el principio. Sólo el anillo. Era lo único que poseía para desentrañar el misterio, para desenmascarar al mayor contrabandista del siglo.

22

Mariela tardó en dormirse a pesar del cansancio. Llevaba casi diez días en vilo entre la preparación de la inauguración, que había sido un éxito, los nuevos encargos, las presentaciones y el caer bien a la gente. Era cansancio físico y emocional. La tensión casi se había hecho habitual en su personalidad cuando era más bien de talante tranquilo y relajado. Echaba de menos, en esos momentos, el discurrir, casi estático, del tiempo en Cuba. La abrumaban la responsabilidad, el perfeccionismo, el encontrarse bajo la lupa de la sociedad que pasaba por los salones del *atelier*. Por unos instantes, a causa de las palabras del capitán Saro, rememoró sus días en la isla, el no tener nada que hacer, la falta de

prisa, la relajación social y la libertad del agua.

Allí, echada sobre el catre, sintió la necesidad imperiosa de conocer el Sardinero, de tomar esos famosos baños de ola, de pasar un día fuera de la ciudad, de los compromisos y de los saludos. De ese fin de semana, no pasaba, se prometió.

El capitán Saro. Todo un enigma. En su primer encuentro ya notó algo raro, pero no le dio importancia pues se hallaba bajo la impresión del susto. Aunque imponía por su altura y anchura y acariciaba con su tono de voz bajo y enérgico, había algo que no encajaba. Esa vaga sensación volvió a surgir durante el encuentro en la fiesta del Cabildo de Arriba. En la forma amable cabía una gran reserva, su mirada no descansaba mucho tiempo sobre una persona o un objeto, sino que se mantenía en una constante vigilancia. Sin temor a equivocarse, apostaría que no sólo atendía la conversación; sino que, además, controlaba lo que sucedía a su alrededor.

Y algo más que una intuición era la certeza propia de una persona que había vivido así, lo sabía por experiencia. Y luego, el pelo. ¿Se imaginaba ella con pelo rubio? Lo mismo le sucedía al capitán pelirrojo. ¿Cómo un hombre tan apuesto lucía un cabello tan horrible? Se revolvió inquieta en el catre, que crujió bajo el peso. Se había acostumbrado a la alcoba, pero echaba de menos una buena cama con un mullido colchón. Suspiró. Ana había echado las cuentas de los encargos. Les quedaría un buen pico una vez pagadas las modistas y los gastos de manutención. De lo ganado, tres cuartas partes para adquirir más material y una parte para repartir entre ellas. Pero el verano acababa de empezar. Si al final hubieran conseguido tantos encargos como el día de la inauguración, les quedaría un buen remanente para empezar a ahorrar. Con un poco de paciencia y mucho trabajo, de aquí a tres años, podría costearse una casa. Tres años, gimió, no aguantaría tanto en esas condiciones.

Siempre había presumido de ser una mujer práctica. No debía adelantarse a los acontecimientos. Primero, el verano que se abría delante como un futuro cierto. Después, según se fueran presentando los problemas y las necesidades, resolvería. En tres años podían cambiar muchas decisiones. Ella, mejor que nadie, lo sabía. Entonces, ¿por qué esa ansiedad? ¿Esa incertidumbre? Desde

que era dueña de sí misma no había hallado reposo.

El mes de julio entró arrastrando el buen tiempo. El primer fin de semana llegaron los veraneantes más intrépidos. Unos se acomodaron en las casas familiares que abrieron y acondicionaron para pasar la temporada completa; otros se alojaron en hostales y hotelitos que les guardaban la habitación de un año para otro. Los baños flotantes de la bahía habían abierto sus puertas, pero Mariela se sumó al torrente de ciudadanos que se desplazaba al Sardinero para tomar los baños de ola, para comer y pasear o para bailar en el Casino al final de la tarde.

Las hermanas Torres las habían invitado a compartir su coche, de esta manera evitaron formar parte de la interminable cola para coger el tren de Gandarillas. Se acercaron a casa de los condes cada una con su bolsón en el que llevaban: el traje de baño, el gorro para recogerse el pelo, la toalla para secarse y el cepillo para arreglarse el cabello. A la puerta les aguardaba el landó y, en cuanto el cochero, Jacinto, las divisó, pasó recado a la casa, de manera que las hermanas bajaban cuando llegaron ellas.

—Vamos, vamos —salió Carmina alegre—. Hay que aprovechar el día. Hace buenísimo.

Era cierto. El cielo estaba despejado a pesar de que el viento no era del nordeste, por lo que el día era más caluroso de lo habitual.

—Son los huevos a Santa Clara —manifestó satisfecha Julia—. Infalibles. Los chicos se encargarán de reservar mesa en el Gran Hotel para comer. Hemos quedado a las dos y media. Es un poco tarde, pero así aprovechamos mejor el baño y la mañana.

—Perfecto —corroboró Mariela. Le habían caído simpáticos los amigos de las Torres y se alegró por su prima, ya que se le ofrecía la ocasión de hablar con el señor Cantolla.

El cochero las condujo por el camino viejo hacia el alto de Miranda. Mientras disfrutaba de las vistas de la bahía, se estrujaba la mente en cómo romper la dependencia que se estaba creando con las hermanas Torres. Había congeniado particularmente bien, pero no debía abusar de las invitaciones. La preocupación por el taller la había acaparado y no había previsto los detalles sociales. Hablaría con su tío para conseguir coche, eso lo primero; y luego, tomaría nota de qué más necesitaría para estar integrada en la sociedad santanderina.

A pesar de sus viajes, no estaba preparada para descubrir El Sardinero. El

coche descendió de Miranda por un paseo en el que se instalaban casas particulares, fondas y hoteles para los bañistas y veraneantes. Le indicaron que la fonda más seria era la de Zaldívar, mientras que los hoteles más demandados eran el Gran Hotel de París, el Barbotán, el Gran Hotel Canales o el Coterillo. Llegaron por el lateral del Gran Hotel, recientemente adquirido por la sociedad de Pombo e Hijos, y dejaron atrás, a la izquierda, el palacio del marqués de Pombo y, a la derecha, el Casino, un edificio de dos plantas rodeado de una verja de hierro. Destacaba el acabado clásico de los cuerpos laterales y, debajo de uno de ellos, se abría el café Español, donde anunciaban horchatas y helados. Allí se bajaron del landó, que se retiró hacia una zona sombreada para los caballos. Mariela observó, crítica y maravillada, la plaza del Pañuelo: la parte de la Galería y el Balneario de la playa, donde se ubicaba la estación del tranvía de Gandarillas, estaba separada por unos jardines de los hoteles y el Casino que miraban al mar. Carmina y Ana caminaban delante y comentaban los cambios que descubrían respecto a la temporada anterior.

—¿Había estado en un lugar parecido? —preguntó Julia.

—No. Lo más semejante, Bath; pero es un balneario termal en el interior donde la media de la edad de la población era, más bien, alta. No tuve ocasión de acercarme a Brighton, así que no puedo comparar.

Cruzaron las vías del tranvía y se adentraron en la terraza sobre la Galería. Una fila de sillas de madera, dispuestas de espaldas al mar, les impidió apoyarse en la balaustrada.

—La vista es espectacular —alabó Mariela impresionada—, y el mar está muy tranquilo, casi no hay olas.

—Es cierto —corroboró Carmina—. El día es espléndido hasta en eso. Normalmente está revuelto y con algas flotando. Dicen que son muy buenas, pero a mí me dan repelús. Prefiero el agua limpia y transparente. También me dan miedo los peces.

Rieron las palabras de Carmina y compartieron sus impresiones sobre el mar y los baños mientras bajaban al balneario. La familia Torres estaba abonada a una cabina lo suficientemente amplia para todas y con derecho a ducha caliente. Era el primer baño de la temporada y los nervios se manifestaban en las continuas sonrisas y el exceso de palabrería. Los trajes de baño eran de punto, holgados, con una falda hasta medio muslo y un volante en el escote para cubrir los pechos. El de Mariela causó sensación y sonrojo.

—¡Jesús! ¿Dónde se lleva eso tan atrevido? —exclamó Carmina fascinada.

—¿Te lo has puesto anteriormente? —inquirió Ana boquiabierta.

—Espero que no nos echen una multa por vestir indecorosamente —intervino Julia.

—Lo compré en Nueva York y lo he usado en Bath —respondió Mariela mirándose—. ¿Tan escandaloso lo encuentran? Me permite nadar libremente y no temo hundirme con el peso de tanta lana mojada.

—¿Sabe nadar sin agarrarse a la cuerda? —se maravilló Julia.

—Por supuesto —afirmó Mariela con vehemencia—, y remar, bucear y pescar.

—¿Ah, sí? —se interesó Carmina—. Creí que las mujeres de posición en Cuba eran más refinadas —confesó.

—Y lo son, pero mi madre falleció cuando yo sólo tenía cinco años y me criaron las mujeres que me servían. En verano el calor era insoportable y me llevaban al río Canimar o a las piscinas naturales, excavadas por el mar en la roca que hay más al norte de Matanzas. Me bañaba con sus hijos y me enseñaron todo eso. Me lo pasé muy bien. Creo que fueron buenos años. Mi padre y mi hermano no se ocuparon mucho de mí y crecí un poco salvaje. Hasta que una vecina compasiva llamó la atención sobre mi persona y obligaron a mi padre a tomar cartas en el asunto y a contratar a una tutora: una mujer que venía de muy buena familia y que había recibido una educación exquisita. Pese al martirio al que me sometió, me cayó bien. Su vida era un cúmulo de desdichas, pues lo había perdido todo y se había visto obligada a ofrecer sus servicios como educadora de jovencitas indolentes y caprichosas. A mí me apreciaba, pese a mi indisciplina, porque decía que era sincera y no obraba con la doblez de las hijas de los hacendados. Después, me enviaron a una escuela para señoritas.

—Dejad la charla y salgamos. El día es muy bueno y acudirá mucha gente. Vamos a preguntar por nuestra caseta, también hemos alquilado una para todo el verano —explicó Julia—. Hoy, con ese modelito... —Julia miró a Mariela—, es imprescindible. Como no hay olas, no necesitaremos bañero ¿o sí?

Todas convinieron en que no, con la maroma sería suficiente, así tendrían más libertad sin un testigo desconocido al lado.

Mariela se echó por encima el albornoz para salir a la Galería. Su modelo se diferenciaba en que prescindía del volante del pecho y de las mangas, quedando un tirante muy ancho, y en que la falda llegaba por encima de las rodillas. En el camino hacia las casetas que aguardaban alineadas se fijó en la gran cantidad de sillas cesta que había sobre el arenal, bien en línea frente al mar, bien en círculo,

llenas, de mujeres vestidas y coronadas de grandes sombreros que charlaban entre ellas mientras vigilaban a los vástagos que jugaban con la arena. A la derecha, hacia la ermita de San Roque, una bandera señalizaba el límite del baño de los hombres.

Julia habló con el encargado, quien tomó nota y avisó a los mozos. Siguieron la caseta que arrastraron hasta la orilla y la situaron entre otras, aguardaron a que desuncieran la mula y las dejaran solas. Subieron la escalerita y entraron en el estrecho recinto en el que dejaron los albornoces y se ajustaron los gorros de baño.

—Yo entraré la última al agua —anunció Ana y se sentó en el borde de la caseta con las piernas colgando.

—Cobarde —la acusó Carmina mientras desenrollaba la cuerda.

—Es el primer baño y me da frío —se justificó Ana.

—En ese caso, yo os contaré cómo está el agua —se animó Mariela—. Me recuerda a Cuba. Tiene la misma transparencia y color azul de allá. Parece un milagro.

Según introdujo los pies en el agua, se dio cuenta de que faltaba la calidez caribeña; aun así, la sensación de los pies desnudos que se hundían en la arena del fondo y la inmensidad del mar frente a ella le ofrecieron una promesa de libertad. Las mujeres de la caseta vecina la observaban sin disimulo y Mariela recordó su traje de baño, de punto, como todos, pero ajustado al cuerpo. Se armó de valor y se zambulló de golpe en el agua. La impresión del frío la obligó a emerger para regular la respiración y emitir un grito.

—¿Fresquita, no? —gritó Carmina, quien se introducía agarrada a la cuerda y se mojaba gradualmente.

—Sí, pero reconfortante la sensación —reconoció Mariela.

—¡Te has mojado el pelo! —se contrarió Ana.

Mariela comprobó que las mujeres se bañaban sin introducir la cabeza bajo el agua, con el cabello recogido bajo el gorro de tela.

—Es igual. Hoy estoy decidida a disfrutar como una loca.

No aguardó la respuesta y comenzó a nadar mar adentro. Con cada brazada se recreaba en el fondo arenoso y gozaba con la ingravidez que le proporcionaba el líquido elemento. Cuando se encontró sola, alejada de la orilla y de las miradas curiosas, hizo la plancha y se congració con la profundidad del cielo azul, inalcanzable y hermoso. Después, se giró y buceó con los ojos abiertos, para no perderse detalle, hasta que los oídos le pitaron y los pulmones reclamaron aire.

Volvió a nadar sintiendo la conjunción de su cuerpo con el suave deslizarse del agua. ¿Qué atracción ejercía sobre ella el mar? Desde pequeña, desde que la enseñaron a nadar, había establecido un vínculo con el océano. Divisó a su prima que, aferrada a la maroma, le hacía señas para que regresara, así que nadó de nuevo hacia la orilla.

—No voy a faltar ni un fin de semana —declaró Mariela feliz.

—He estado asustada por si te ocurría algo. No me gustó que desaparecieras bajo el agua —declaró Ana.

—¿Qué me podía suceder, tontona? —Mariela intentó paliar la angustia de su prima con la broma—. Me encanta bucear. Es todo distinto bajo el agua, aunque aquí hay poco que ver. —Se cogió del extremo de la cuerda para hablar, como estaban las demás—. En Matanzas hay peces de colores muy vistosos, es muy divertido.

—¿No te dan miedo? —preguntó Carmina.

—¡Qué va! Ellos nos temen más y nos evitan. Es difícil llegar a tocarlos.

—¿No hay tiburones? —intervino Julia.

—Sí —reconoció—, a esos sí que hay que evitarlos como a las rayas y a las morenas. Pero conocíamos las zonas limpias y seguras.

—Aquí lo más peligroso son las corrientes y la resaca de las olas cuando son fuertes —informó Julia—. Esos días los bañeros limitan los baños a los más necesitados.

Charlaron un rato más a remojo hasta que empezaron a sentir frío. Mientras subían a la caseta, Julia advirtió a los mozos que retiraban otra cercana para que fueran a recogerlas después. La playa estaba llena tanto de paseantes como de bañistas. En el interior de la caseta se pusieron los albornoces, caminaron hasta la galería del balneario y buscaron su cabina para ducharse y vestirse. Mariela observó que al final de la misma se apiñaba la gente.

—¿Qué sucede allí? ¿Habrá habido un accidente? —se inquietó.

—No, es la cola para las consultas. Hay dos médicos que reciben a los enfermos que les han diagnosticado baños terapéuticos.

—¡Vaya! Se lo toman en serio —se admiró.

—¡Más les vale! Es una fuente de ingresos muy importante para la ciudad —convino Ana seria—, aunque para algunas sea una fiesta.

—Todavía no me has perdonado —constató Mariela—. Es tan natural para mí, que no se me ocurrió que te fueras a asustar. Lo siento de veras.

—Todas nos alarmamos —corrigió Julia—, pero ya pasó y, para la próxima

vez, ya estamos sobre aviso.

Se aclararon el agua de mar volcando calderos encima y se vistieron. Mariela, con el pelo empapado hasta la cintura para disgusto de Ana, decidió hacerse una trenza.

—Deja de preocuparte y de ver inconvenientes —reprendió a su prima—; disfruta de la vida.

—Es muy fácil para ti. No has nacido aquí. Todos nos conocemos y hasta las piedras hablan, te lo aseguro —comentó Ana resignada.

—Es cierto. Pero si estamos pendientes del qué dirán, moriremos de inanición —contribuyó Carmina.

—Vamos, doña Rebelde —espabiló Julia—, deben de estar esperándonos para comer. Ya casi son las dos y media.

—¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó Ana nerviosa.

Se movía inquieta por la cabina recogiendo los bañadores y enrollándolos en las toallas para que no mojaran las bolsas de tela. Mariela reflexionó sobre cómo los enamorados resultaban tan predecibles, aunque ellos no parecían darse cuenta. ¿Sería ella tan transparente cuando se enamorase de un hombre? No lo creía. Sabría mantener la compostura, disimular, como había vivido siempre.

Subieron a la plaza del Pañuelo y sintieron el golpe de calor. Abrieron las sombrillas para protegerse y cruzaron hacia el Gran Hotel. Por el camino esquivaron a los paseantes que buscaban un lugar para comer en tascas y fondas. Una vez a salvo en el interior, se dirigieron al restaurante. Los chicos se volvieron en cuanto traspasaron el amplio umbral y se levantaron para recibirlos. Llevaban el cabello húmedo y olían a mar; como ellas, dedujo. Mariela, muy hábil en este tipo de situaciones, se las ingenió para que su prima se sentara al lado de Ventura. Ella tomó asiento junto a Carmina, quien se había pegado a Roque.

Encargaron una ensalada y un par de besugos al horno para todos. De aperitivo, para amenizar la espera, les sirvieron unas manzanillas de Sanlúcar con rabas de pulpo y aceitunas. El sitio no era muy grande y los comensales se apretaban en torno a las mesas. Mariela era consciente de cada movimiento de sus compañeros para alcanzar el pulpo o para paladear la manzanilla.

—¡Qué hambre tengo! —exclamó Carmina—. La playa me abre el apetito; así que usted estará desfallecida con lo que ha disfrutado nadando —se volvió a Mariela.

—¡Qué exagerada! A cualquier cosa llaman nadar —quitó importancia

Alberto.

—No, no —contradijo Julia—, no es exagerada. Mariela nada muy bien, raro, pero muy bien.

—¿Raro? Como los perros quiere decir —apuntó Ventura.

—¡Qué va! Diferente —negó de nuevo sin saber cómo explicarse, así que miró a Mariela.

—Sé nadar a braza, pero prefiero el estilo de los indios, se avanza más.

Los hombres clavaron la asombrada mirada en ella.

—¿Cómo los indios? ¿Quiere decir así? —Y Roque movió los brazos en el aire.

—Sí, sí —corroboró Carmina—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque los he visto en el Caribe.

—En Inglaterra lo llaman estilo Trudgen —intervino Ventura—. Arthur Trudgen está intentando que sea aceptado en las competiciones de natación. Es más efectivo que la braza y se está extendiendo rápidamente.

—No tenía ni idea de que aquí no se conociera, allí es como el respirar —comentó Mariela.

—La gente es reacia a aceptar nuevas modas —comentó Ventura—, y ésta en particular porque salpica mucho y no resulta elegante.

Mariela no supo cómo tomarse esa declaración, pero Roque la sacó de la duda.

—Cuando se vean en apuros, ya veremos si les parece poco elegante. El avance es el mismo método que el del remo. La mano sirve de pala e impulsa el cuerpo de forma más efectiva que la braza. —Mariela admiró la sencilla y lógica explicación del marino en defensa del nuevo estilo.

—¿Sabe nadar así también? —inquirió Carmina.

—Aprendí junto a su hermano cuando estuvimos en La Habana —respondió Roque.

La llegada de las alargadas besugueras de hierro esmaltado interrumpió la conversación. Las destaparon y el olor a limón y a vino blanco inundó la mesa. El camarero se dispuso a servir los platos y todos asistieron al rito en silencio. Otro camarero acercó las ensaladas que distribuyó estratégicamente. La conversación se desvió al campo culinario y, durante los postres y la copita de vino dulce, a las amistades que habían encontrado en los arenales, hasta que Carmina soltó la bomba.

—Ayer mantuve una conversación muy seria con mi padre.

—¡Dios mío! —interrumpió Julia—. ¿Qué has hecho esta vez?

—¿Yo? Nada, aunque creo que debería haber esperado el regreso de Pablo, pero el tiempo apremiaba.

—¿De qué estás hablando? —exigió Julia desorientada.

—Quiero matricularme en la Escuela de Comercio —desveló Carmina. Se armó un revuelo de enhorabuenas y expresiones de asombro. Cuando se calmaron, Carmina retomó la palabra:

—Al principio no me tomó en serio, pero soy muy tozuda e insistí. La discusión ha quedado en tablas. Le voy a dar una semana para que se haga a la idea.

—¿No te parece un poco prepotente por tu parte semejante afirmación? No te quedará más remedio que acatar la voluntad de tu padre —reconvino Julia—. Y sí, creo que Pablo deberá opinar al respecto. No sabemos si le hará gracia que te entrometas en el despacho.

—¿Negocio familiar? Yo no quiero trabajar en la naviera —refutó Carmina—. Tengo mis planes.

—¿Planes? ¿Qué planes? ¿Por qué soy la última en enterarme? —reprochó consternada Julia.

—Entonces, ¿para qué quiere estudiar? —se inquietó Roque.

—Porque quiero crear mi propia empresa. Nunca he dicho que vaya a trabajar para la familia.

—¡Ay, Señor! Cuando las mujeres empiezan a pensar... —Ventura no acabó la frase.

—¡Pensamos siempre! —exclamó ofendida Ana—. Me parece muy bien que quiera estudiar —animó a Carmina—. Particularmente, encuentro muy gratificante mi labor gestora en el taller. ¿O acaso lo encuentra poco femenino? —retó a Ventura.

—No, en absoluto —negó categóricamente el aludido, atrapado en la dialéctica—. Reconozco que hay mujeres con una gran capacidad y, en mi descargo, añadiré que no todos los hombres están dotados para los negocios.

—Aceptamos sus disculpas —medió Mariela con una sonrisa apaciguadora.

—Nos ha dejado en ascuas —retomó el tema Roque—. ¿Qué tipo de negocio le atrae?

—Sí, despeja mi mente, hermanita —acució Julia.

—Una industria conservera.

—¡Ps! Hay muchas —contestó Alberto decepcionado.

—De escabeche sí, pero en Italia han ideado una nueva forma de conserva: salazón en aceite. No sirve con pescados finos, pero da buenos resultados con bocarte y atún.

Todos se quedaron perplejos y miraban a Carmina como si le hubieran salido cuernos.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Julia asombrada.

—Lo que he leído. Admito que es una idea pero, mientras me preparo, estudiaré a fondo el tema y sus posibilidades.

—¡Vaya, vaya! Quien iba a decir que en un cuerpo tan pequeño cupieran ideas tan grandes —reconoció Roque satisfecho.

Mariela comprendió que la admiración de Roque era sincera, además de inesperada, pues no era un hombre muy hablador. El rostro de Carmina se arreboló como una adolescente y lo miró... como una mujer mira al objeto de su adoración. Había estado tan pendiente del coqueteo de su prima con Ventura que se le había escapado el enamoramiento de la pequeña de los Torres del adusto marino, amigo íntimo de su hermano. A Mariela le hizo gracia la diferencia de tamaño y de algunos años, aunque lo equilibraba con un carácter decidido y arrollador.

Tras la sobremesa, pasearon entre los pinares y se acercaron a la fuente de Cacho, que estaba muy solicitada. Sobre las cinco de la tarde, emprendieron el regreso a Santander.

23

Pablo continuó acudiendo a la *Bodega* cada noche. La hez de la sociedad lo saludaba como a uno de los suyos y el comisario lo observaba con recelo. Pablo estaba seguro de que desconocía su identidad y de que se valdría de todos los medios para enterarse de su talón de Aquiles. El Marrajo le había explicado cómo extorsionaba a todos los delincuentes con la promesa de dejarlos en paz. A esas alturas, Pablo había comprendido muy bien la retorcida filosofía del comisario: mientras no hubiera delitos de sangre, dejaba vivir por un precio. A

ellos no los había pillado, pero Remi, que vendía contrabando al amparo de la tienda, pagaba su cuota, como el Botero.

Los que caían en la trampa de creer que la presencia del comisario en las calles se debía al interés del cumplimiento de la ley ignoraban cuán lejos de la auténtica intención se hallaban. Era otro delincuente más que se beneficiaba de su posición para aumentar el patrimonio sin mover un dedo, aprovechándose del riesgo y de la habilidad de los demás. Una sanguijuela.

Avanzaba en sus pesquisas lentamente, aunque seguía sin una pista sobre el cerebro que movía contrabando a gran escala, lo que le generaba un malestar. La paciencia no era su punto fuerte.

Esa noche, después de tomar un vino con la Sula, se llegó a la *Bodega* y se acodó en la barra. Inconscientemente, los parroquianos le dejaban el sitio de siempre.

—El panorama está que hierve —lo saludó Mario, al tiempo que ponía frente a él un vaso con un par de dedos de ron. Se adelantaba a su gusto—: el cubano y Carrión enfrentados de nuevo. El pulso es terrible. Hasta ahora, lleva ventaja Escalante.

Pablo se volvió hacia la mesa del criollo, rodeada de mirones que asistían al espectáculo. No le cabía la menor duda de que deseaban ver morder la mesa al que les había arrebatado las ganancias cada noche. Se sorprendió al descubrir al Botero, quien, con los brazos cruzados sobre el pecho y gesto serio, seguía las jugadas de ambos.

—¿Y el Botero? —inquirió Pablo.

—Hay cruce de apuestas entre los mirones —explicó Mario.

Entonces no le cupo duda a Pablo. El cubano, contra todo pronóstico, debía perder. Eso llenaría los bolsillos del mandamás y dejaría el orgullo del tahúr por los suelos, ya que no se le ocultaba que la tensión y la animosidad entre los dos contrincantes iba *in crescendo*.

Con el vaso en la mano, se sumó a los espectadores. Las apuestas eran fuertes, la tirantez se palpaba aunque no se reflejaba en los semblantes de los jugadores ni en la firmeza de las manos y maneras. Federico Carrión arrastró lo

que le quedaba al centro de la mesa. Había lanzado un reto y en el local no se escuchaba ni el vuelo de una mosca. Las miradas se concentraban en la cara del cubano. Lentamente, dio una calada al habano que sostenía en la izquierda mientras se tomaba su tiempo para meditar.

Pablo tenía la certeza de que conocía perfectamente las cartas del contrario. Se dio cuenta de que prolongaba la expectación, incluso pudo escuchar cómo en su mente buscaba desesperadamente la forma de romper las cadenas del Botero. No hacía falta ser un lince para adivinar que éste había descubierto sus trampas y lo había incorporado a sus filas. Había perdido la libertad para que no lo denunciara. Algo muy viejo y que no desconocía un tahúr de su talla, así que volvía a preguntarse qué buscaban realmente los cubanos en la ciudad.

Ernesto aceptó el desafío y se levantaron las cartas. Había ganado el comerciante. Los mirones reventaron, unos en vítores y otros en lamentos, según la apuesta que hubieran cruzado. El Botero se apresuró a cobrar su tanto por ciento, mientras que Carrión era felicitado por algunos de los presentes. Pablo, sin embargo, no dejó de observar al cubano, quien mantenía los ojos bajos mientras recogía la baraja y emprendía la retirada. Sólo fue un segundo en el que los levantó y cruzó una mirada de odio con el Botero. Sí, el orgullo le hacía pasar malos ratos, dedujo Pablo.

Fuera de aquella noche, que fue muy comentada, no volvió a suceder nada de interés en la *Bodega*, ahora tomada por los castellanos que llegaban para disfrutar de los baños de ola, ahora que se podía viajar sin el incordio de la guerra.

Un continuo golpeteo en la puerta de la alcoba lo despertó.

—Adelante —concedió permiso Pablo medio dormido.

El Sardinilla abrió la puerta y el sol de la mañana inundó la alcoba. Pablo parpadeó cegado momentáneamente y suspiró.

—Han traído un mensaje.

—¿Un mensaje? —Se espabiló.

Un mensaje siempre eran malas noticias. Las buenas esperaban hasta que la persona apareciera y se relataban de viva voz. El chico le entregó el pliego. A medida que sus ojos recorrían las líneas, el entrecejo se fruncía más. Cuando terminó, lo dobló y lo rasgó varias veces. Apartó la sábana y se levantó.

—Me aseo, me visto y salgo. Hoy desayunas solo —informó al chico— y, si no he vuelto para la hora de la comida, ya sabes, ve adonde la Trini. —Había abierto cuenta para ambos en la tasca, ya que el Sardinilla no sabía cocinar.

Se encaminó a la casa del gobernador. A este paso, nadie se creería un idilio tan apasionado con la criada que no acabara, de una vez, en boda. El verano prometía ser movidito. Como en la otra ocasión, don Miguel lo recibió en el mirador del despacho familiar.

—¿Algún nuevo avance? —preguntó tras la salutación.

Ya le había comunicado al teniente sus pequeños descubrimientos sobre el contrabando local y sobre la falta de escrúpulos del comisario. Por el momento, tomaban nota y lo dejaban correr para no entorpecer lo que de verdad les interesaba. Se sentó enfrente en tanto que don Miguel plegaba el periódico.

—No en lo que nos atañe, pero hay una desagradable y alarmante novedad —comentó el gobernador en voz baja—, que no debe difundirse. En la discreción está la clave para atrapar a los ladrones. —Ante la mirada interrogativa de Pablo, prosiguió—: Esta noche han desvalijado la caja fuerte de la compañía *Pacific*. Se han llevado la nómina del mes y un remanente para aprovisionar los barcos.

Pablo silbó impresionado. Lo primero en lo que pensó fue en los problemas financieros que supondría para la compañía; lo segundo, en cómo lo habrían logrado; y lo tercero, en la caja fuerte del despacho de su padre.

—¿Cómo lo han conseguido?

—Eso es lo que más desconcierta al teniente López. He preferido no dar parte al comisario ante su alarmante corrupción. La caja estaba abierta sin signos de violencia.

—Creo recordar que era una *Fichet-Bauche*, como la de mi familia.

—Está en lo cierto. El teniente cree que el ladrón conocía el código.

—Entonces se reduce al personal de la empresa. No veo la alarma.

—El personal lleva años trabajando allí. Don Martín no confía en que sea tan fácil descubrir al delincuente. Además, nadie se ha ausentado y todavía no conocen la noticia. Hemos decidido ocultarla, al menos por un tiempo. Don

Martín posee suficientes fondos para subsanar el desaguizado a costa de patrimonio propio, pero lo que le alarma es que se repita el robo si queda sin castigo la acción. Los carabineros vigilan las salidas de la ciudad. Hemos pasado aviso a la Guardia Civil. Esperamos que, si el ladrón o ladrones no se sienten amenazados, se confíen y cometan un error. Estamos prácticamente seguros de que son de aquí; en caso contrario, no hubieran podido acceder a la clave de la caja fuerte. Todos los empleados han acudido al trabajo y ninguno se ha mostrado nervioso. Don Martín está esbozando la lista de personas que han entrado en el despacho durante este mes aunque, cuanto más lejana es la fecha, más complicado resulta pues, además de las citas programadas, de las que queda constancia, hay otras inesperadas que no figuran en los registros.

—Lo imagino. Conozco cómo funcionan los despachos de las navieras.

—Por eso mismo resulta inestimable su colaboración. Contamos con una pista para iniciar la investigación. Los sueldos de las nóminas estaban en monedas, pero había una pequeña reserva en papel moneda: billetes nuevos, numerados consecutivamente. Representa un golpe de suerte dentro del infortunio porque desde 1874, año en que se concedió la exclusiva de emisión de papel moneda al Banco de España, se ha vuelto más difícil seguir el rastro de los billetes.

—Ya entiendo —añadió Pablo—. Si el ladrón o ladrones continúan en la ciudad para no levantar sospechas, tarde o temprano, sentirán la necesidad de realizar pagos. El inconveniente es que los billetes no circulan en la calle, se limita su empleo para grandes transacciones. Para los gastos tontos, cuentan con las monedas de las nóminas.

—¿Cómo el pago de contrabando? El golpe no lo ha realizado un rufián de tres al cuarto, como tampoco el asunto del contrabando. Nuestra esperanza reside en que sean las mismas personas las implicadas.

—Mantendré los ojos abiertos —prometió Pablo al despedirse.

El Sardinilla lo esperaba cabizbajo en el salón.

—¿Vamos a comer?

No tuvo que repetirlo. El muchacho era un pozo sin fondo. Recordó que él era igual a su edad, insaciable. En cuanto levantó la cabeza, Pablo descubrió un ojo morado.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Otra vez todos contra uno? Creí que aquello ya estaba solucionado.

—Y lo está. Esto es por otra razón. He discutido con mi amigo el Magano.

—Creía que los hijos de los pescadores no te admitían en sus grupos.

—No. Por eso me hice amigo del Magano, un raquero del muelle de las Naos. Me trataba bien, a pesar de que hablo fino, como dicen ellos, pero ahora tengo que entrar en el gremio y, al no querer arriar en mi decisión, me dieron estopa.

—Si entras en el gremio, imagino que tendrías que dedicarte a raquear a los descuidados en los muelles y en las dársenas. Ya hablaremos de ello, he de pensarlo.

Los lunes, la tasca de la Trini era un piélagos tranquilo. La única obligación la había contraído con el taller de costura, al que servía la comida. De ahí, que no le costara sumar a dos parroquianos más al menú. Pablo tomó asiento en una mesa cercana a la puerta de la cocina, para que la mujer no tuviera que pasearse por el local para atenderlos. A partir de las cuatro de la tarde, llegaban los jugadores de la sobremesa y el ambientillo tasquero continuaba hasta las diez u once de la noche, según se terciara. Cerraba pronto para que no se le colaran los trasnochadores de la Rúa Menor.

—¿Qué tenemos para comer? —indagó Pablo cuando asomó la Trini a la barra.

—Marmita de bonito. Hoy se retrasan las del taller, ya tenían que estar aquí.

No había terminado de decirlo cuando entraron cuatro muchachas por la puerta.

—Buenos días, doña Trini —saludó una de ellas.

—Tarde andáis —reprendió sin mal gesto.

—¡Puf! Más fastidiadas vamos nosotras. Una niña remilgada, que se daba muchos aires a pesar del poco vuelo que se le adivinaba, ha traído a la patrona de cabeza —respondió otra.

—¡Santa Paciencia que ha desplegado hoy doña Mariela! —exclamó la tercera.

—¡Contad, contad! —exigió la Trini mientras no dejaba de moverse para colocar las ollas, el pan y la fruta en las cestas.

—Yo la conozco del otro taller —comentó Manuela, la única oriunda de la ciudad—. La señorita Esther Carrión. Su padre ha hecho mucho dinero y ella se cree ya una marquesa. En el taller se decía que andaba detrás del primogénito y heredero de los Torres.

—¡Pues vaya joya que se va a llevar el señorito! —rió una de las compañeras

—. Hasta que no ha salido por la puerta, la patrona no nos ha permitido parar. Es muy rígida con las apariencias. Mientras haya clientes, se trabaja sin descanso.

—¿Os explota? —se sorprendió la Trini—. No me pareció de esas.

—¡Quía! —restó importancia Manuela—. De cara al público. Luego nos compensa el tiempo. Es cierto que, como ahora hay mucha luz, trabajamos más horas, pero en invierno será al revés. No le agrada que trabajemos a la luz del quinqué.

—¡Ea, vamos! —apremió la más alta con el cesto entre las manos—. Que me muero de hambre.

—Ahora mismo les sirvo —se dirigió a Pablo antes de perderse otra vez en el interior de la cocina.

—¿De verdad le gusta la mujer que han descrito? —preguntó tímidamente el Sardinilla mientras esperaban.

—¡Chist! Nunca se sabe quién escucha —amonestó Pablo, luego sonrió ante la preocupación del chico—. No. Las mujeres son muy extrañas, ya aprenderás. Se hacen ilusiones sin apenas mediar palabra, por una mirada, por un gesto, naderías tontas. Pocas mantienen la cabeza en su sitio.

—La Trini y mi madre no son así —contradijo muy serio.

—No, porque son de esas pocas que no pierden la cabeza por cazar a un hombre. Se bastan solas para lidiar con el mundo.

—Y esas son las que le gustan a usted —concluyó satisfecho el Sardinilla.

—Estás resultando un curioso muy inteligente, bribón. He de tener más cuidado contigo.

—Ya estoy aquí —anunció la Trini con dos platos humeantes de marmita en las manos—. Queda para repetir.

—¿Espera a alguien más? —preguntó Pablo.

—Al Bolo.

—En lugar de comer sola, ¿por qué no nos acompaña? —propuso Pablo—. Así nos mantiene al corriente de lo que sucede en el barrio y en el taller. Al Sardinilla le interesa mucho cómo le va a su madre.

—¡Ah! Pues no veo nada malo en ello —se animó la Trini, quien, rápidamente, puso cubierto para ella y se fue a por el plato.

—Como mentiroso, no es muy bueno —criticó el Sardinilla—. A ver si se va a pensar que le tira los tejos con la invitación.

—¿No habíamos quedado en que no era de esas? —sonrió Pablo, divertido por el desparpajo del chico.

Pablo se limitó a escuchar la conversación que mantuvieron el Sardinilla y la Trini. El chico, para asombro de Pablo, realizó preguntas muy inconvenientes

relacionadas con la investigación que llevaba a cabo que, no obstante, en boca de un chiquillo, perdían su importancia y las alejaba de la indiscreción.

La Trini, algo poco habitual en ella, habló por los codos sobre los rufianes del barrio y los tejemanejes ilegales que se traía el Remi. Pablo comprendió que los mayores no discernían el peligro que podía suponer un chico de corta edad. El Sardinilla resultaba un arma letal si se lo orientaba bien.

Andaban en la sobremesa cuando regresaron las muchachas con las cestas de vacío, pero no llegaron solas: Mariela Escalante, en persona, entró con ellas.

—Buenas tardes nos dé Dios —saludó tanto a la Trini como a ellos, únicos parroquianos—. Trini, traigo la cuenta y el pago de la semana pasada.

—Creo que ha tenido una mañana un tanto atribulada —comentó la mujer al tiempo que cogía el papel y el dinero y lo hacía desaparecer en el bolsillón del delantal—. Niñas, dejad eso donde siempre.

—Mirad que no me gusta que se hable de lo que sucede en el taller —regañó a las chiquillas que se apresuraron a desaparecer por la puerta de la cocina—. Pues, ya sabe, dígame de qué presume y le diré de qué carece.

—Ésas son las peores —se avino la Trini.

—¿Y de qué presumía? —intervino el Sardinilla.

—¡Chist! —se escandalizó Pablo—. Los menores no deben intervenir en las conversaciones de los mayores; y menos, si son conversaciones que no están dirigidas a ellos.

Una vez más, el Sardinilla, con su cara de niño desvalido y su sonrisa angelical, se metió a las mujeres en el bolsillo.

—Deje al chico. Eres el hijo de Águeda, ¿verdad? —se interesó Mariela—. Pues verás —tuteó al chiquillo—, las personas que han nacido con dinero y privilegios no necesitan pregonar lo que tienen, mientras que los nuevos ricos creen que pueden imponerse y conseguir lo que desean con los billetes. Son arrogantes, displicentes, envidiosos y un sinfín de adjetivos más.

—Entre una persona con privilegios y una persona con dineros ¿a cuál escogería? —preguntó el Sardinilla.

—A ninguno —negó categóricamente Mariela—. Yo escojo a mis amigos porque han demostrado su amistad, no por su posición social.

—¿Quién lo diría? —intervino Pablo socarrón—. ¿Y todas esas personas que ha necesitado que le presenten para sacar adelante el taller?

—Eso son negocios, muy diferente a la amistad.

—¿Ya ha hecho amigos? —En esta ocasión habló la Trini.

—¿Quiere ser mi amiga? —contraatacó hábilmente la cubana.

—¿Y qué haría yo al lado de una mujer tan elegante e inteligente?

—¿Acaso no llevamos ya unas semanas juntas? ¿No pensamos igual?

Pablo se sonrió. La criolla era rápida en las respuestas y comprendía que, allí por donde pasaba, dejara buen sabor de boca. Diplomática y brillante. La miró con admiración y una sonrisa un tanto sardónica afloró en los labios. Las muchachas salieron y se despidieron de la Trini. Mariela se despidió igualmente.

—Vaya pico de oro gastan en Cuba —comentó Trini cuando se quedaron solos.

—Nos retiramos, Trini. Yo no generalizaría, más bien lo restringiría a esta mujer en concreto. Usted tampoco se queda atrás, veo que no han hecho mella sus palabras.

—¡Ps! —bufó la Trini y meneó la cabeza no muy convencida—. Deje caer, que algo moja.

Salieron a la luz y al calor de la tarde. Bajaron la cuesta empedrada al amparo de la sombra. El verano se hallaba en pleno apogeo.

—La hija de Carrión no le conviene; doña Mariela es la persona más afín a sus gustos —reflexionó el Sardinilla.

Pablo se detuvo en seco y miró hacia abajo. El chico lo observaba con cara inocente.

—Y, ¿de dónde sacas que yo esté interesado en una mujer?

—Usted, no. Pero si en su casa le están buscando una, yo procuraría conseguírmela antes. Lo he oído muchas veces en las conversaciones de las mujeres.

—Demasiado tiempo has pasado entre las faldas de tu madre.

Sin embargo, el Sardinilla no carecía de razón. Ese verano se encontraba a salvo en Inglaterra y en su casa ya estaban ocupados con la boda de Julia. ¿Y el año que venía? Sus padres se volcarían en él y en encontrarle alguien afín según su punto de vista que, evidentemente, no coincidiría con el suyo. Estaba de acuerdo en que la cubana era una mujer que no dejaba indiferente; pero peligrosa como el filo de una navaja.

Se retiró a la alcoba a dormir. Esa noche tocaba remar hasta la isla para abastecer de productos de contrabando el almacén del Remi. Con el asunto del veraneante, las ventas habían aumentado. Apretó las mandíbulas rabioso pues, por culpa del comisario, que se llevaba un succulento pellizco a cambio de dejarlos a su aire, campaban a sus anchas. A todos convenía económicamente

excepto a los honrados comerciantes de la villa, que se encontraban en desventaja.

24

Era cierto que la niña de Carrión la había vuelto loca con sus extravagantes exigencias y sus alusiones a un Londres que no había oído ni de lejos. Hablaba de condes y duques con los que se había codeado, historias más falsas que su padre, por lo que había oído. Todo lo que hablaba era una mentira burda por lo mal elaborada; de eso sabía mucho y también de la sociedad aristocrática. Lo más a lo que Mariela había podido aspirar durante su estancia en Southampton era a la *gentry* inglesa, ya que sin título era imposible ir más allá. De ahí, que la estupidez de la vallisoletana le calentara los ánimos y se desquitara con las muchachas que se habían ido de la lengua. El rapapolvo les cayó a todas por igual. Fuera del trabajo no se podía hablar de las clientes. Tarde o temprano, llegaba a oídos de las protagonistas del cotilleo con grave detrimento de la confiabilidad del taller.

A causa del calor, habían limitado el recibimiento de clientes a las mañanas. De esta forma, por la tarde, las costureras podían quedarse en ropa interior para no sudar y manchar las delicadas telas. Las modistas, las que confeccionaban el vestido visible, subían a la parte de los salones y trabajaban con los ventanales abiertos. Así se despejaba la planta baja y las costureras disponían de más espacio. Los numerosos pedidos y la necesidad de la rapidez en la confección al encontrarse la estación estival ya comenzada, no les dejaban un minuto de reposo. A pesar de ello, no se oía una queja.

Mariela se había encargado de incentivar la labor. No cobraban lo mismo las costureras que las modistas, y las encajeras iban por encima de las demás. Con esa división y reconocimiento de habilidades había constituido, dentro del mismo taller, una escuela de perfeccionamiento para llegar a superarse. Ese mismo invierno, Águeda comenzaría a formar como encajeras a dos chicas que se habían mostrado interesadas; y Odette se había prestado a regresar en octubre para dirigir el curso de corte y confección para las costureras que ambicionaran llegar a ser modistas.

Sus tíos habían aplaudido esta medida. Era una forma más de asegurar el futuro del negocio, incluso de ampliarlo a Madrid si alcanzaba suficiente relevancia. Los planes crecían antes de conseguir las primeras metas y esto la

estimulaba y la asustaba por igual. El cuento de la lechera estaba muy presente en su mente y la mantenía con los pies en el suelo. No se permitía echar a volar antes de tiempo.

Habían superado la inauguración con una buena expectativa y Michelle y Odette debían regresar junto a madame Sophie. Echarían de menos su inestimable ayuda. En un momento en que las dos francesas subieron al otro piso, Mariela les hizo una seña a su prima y a Águeda para que se reunieran junto al *bureau* de Ana.

—Pasado mañana se van Michelle y Odette. Me gustaría regalarles algo, se han portado magníficamente.

—Me parece bien, pero ¿qué? —indagó Ana.

—Los zapatos españoles les llaman la atención —aseguró Águeda.

—Perfecto. Ana, tú las acompañarás mañana por la tarde. Eres la que conoces los comercios. Yo, con todo este lío, no he tenido mucho tiempo para familiarizarme con las tiendas.

Mientras confabulaban, sonó la aldaba de la puerta y Águeda se fue a atender la llamada.

—No se preocupe en anunciarme. —La voz de Ernesto destacó en el nido de mujeres—. Te espero arriba, ya conozco el camino —dijo de pasada a su hermana.

Con total desfachatez y escándalo de las chicas que intentaron taparse con las telas que trabajaban, Ernesto cruzó la sala como una exhalación y subió los escalones de dos en dos. Arriba se produjo un nuevo revuelo entre las modistas y, tras un cerrar de puertas, silencio.

Tanto Mariela como su prima se habían quedado sin habla, con los ojos como platos y lentas en la reacción por la sorpresa.

—Lo lamento —se disculpó Águeda—. Me empujó y se abrió paso sin darme tiempo a retenerlo.

—Usted no tiene la culpa. Conozco a mi hermano.

Una vez recompuesta, el enfado comenzaba a subir grados. Ascendió lentamente, dándose unos segundos antes de reventar. Atravesó los salones en los que se encontraban las modistas con los ojos abiertos del pasmo y curiosas por lo que acontecía. Michelle señaló la puerta cerrada del salón del fondo.

Mariela entró sin llamar y cerró a su espalda.

—Algo muy grave debe suceder para que hayas irrumpido de esta manera en

el taller. Espero una explicación convincente.

Al mismo tiempo que hablaba, observaba a su hermano: muy pálido, más delgado de lo habitual y ojeroso.

—No hay nada por lo que preocuparse —aseveró con cierto cansancio en sus maneras.

—No es lo que me indica tu cuerpo —contradijo Mariela—. ¿Ya te persiguen? ¿Debes abandonar la ciudad y necesitas dinero? ¿De qué se trata esta vez?

—¡Vaya tono! ¿Desde cuando eres la voz de mi conciencia? No me persigue nadie ni voy a abandonar Santander antes de llenarme los bolsillos. La ciudad promete.

—Estoy muy ocupada, así que ya dirás —apremió Mariela.

—¡Vaya modales! Se te han pegado las prisas europeas. ¿Dónde está la tradicional cortesía por la que se ofrecía un refrigerio a la visita? Sólo he venido a interesarme por ti, a saber qué tal te va o si necesitas más dinero.

—¡Qué sorpresa! ¿Desde cuándo te has vuelto tan social? —Mariela no evitó la hiriente ironía—. ¿Y me ofreces dinero? Me dejaste muy claro que no obtendría más de ti y nada te he pedido. ¿Qué te hace suponer que me hace falta?

—La empresa que has emprendido es muy gorda, a juzgar por lo que se comenta en el café Suizo y en el Círculo Mercantil. Lo que te di en su momento, apenas te alcanzaba para comprar la casa.

—Ahora resulta que eres un experto administrador. Estará contento el Marqués para el que trabajas. Sabes que el tío también aporta —mintió— y no necesito más socios.

Ernesto se incorporó y la contempló fijamente.

—¿Qué ha sucedido? ¿A qué viene esa belicosidad? ¿Cuándo me he portado mal contigo?

Mariela se armó de paciencia, abrió la puerta y ordenó que les sirvieran el té. Volvió a cerrar y tomó asiento.

—Aparte de vender la Hacienda y arrastrarme por media Europa, no, no te has portado mal; pero he dejado de contar contigo. Tu forma de ver la vida y la mía son como el agua y el aceite. Y mi mayor temor es que te vaya mal en tus asuntos y quieras arrebatarme lo que con tanto esfuerzo me ha costado conseguir.

—Eso no volverá a suceder, mi solvencia es buena. No te aferres a lo que no

había, el ingenio producía mientras contaba con mano esclava; luego, cuando te dio por prescindir de ella y pagar aquellos ridículos salarios para limpiar tu conciencia, se mantenía, y punto. Vendí en el mejor momento, el proyecto estaba abocado al fracaso, por no hablar del abogado. Es agua pasada, Mariela, me alegro de que mires al frente. Por mi parte, he aprendido a nadar y guardar la ropa. Mi aportación de dinero no va aparejada a una devolución o participación en el negocio, te lo he ofrecido con el corazón.

Llamaron y abrieron la puerta. Odette entró con una gran bandeja de plata con los servicios de té.

—Gracias, puede retirarse.

Mariela procedió a servirlo y a pasarle una taza a Ernesto.

—Tú tampoco has ganado peso —afirmó Ernesto con una sonrisa—, en unos años serás una vieja prematura a causa de las preocupaciones que origina un negocio como éste. Eso no quiere decir que no te admire. Reconozco que no estoy hecho para trabajar, se me antoja una forma demasiado lenta y agónica de obtener dinero.

—A mí me complace, sobre todo, si me permite ser libre, no depender de nadie, escoger mi vida. Eres hombre y no espero que lo comprendas.

—No soy estúpido. He conocido a muchas mujeres insatisfechas, atrapadas por las convenciones sociales. Por eso te respeto —sonrió—, te revuelves como una serpiente. La mujer que me ha abierto la puerta ¿es la del escándalo? Estaba presente cuando se saldó la deuda.

—Sí. ¿A qué viene tu interés?

—Mariela, aburres con tu recelo. La gente habla y me preocupo por ti, aunque has impuesto tu voluntad. Lo que ofreces debe de ser muy exclusivo para que las señoras pasen por alto semejante desafío.

—Sí, aunque admito que he contado con ayuda. Las señoritas Torres han contribuido a la causa de la mujer.

—Las conozco de vista, del muelle, y en compañía de algunos caballeros de dudosa reputación.

—No creo que hablemos de las mismas personas. Los caballeros que frecuentamos son amigos de su hermano, que se halla en Inglaterra preparándose para llevar los negocios familiares.

—Unos, sí; pero hay un marino pelirrojo que no es trigo limpio.

—¿Pelirrojo?

—Sí. Lo acompaña, a veces, un chiquillo al que llaman el Sardinilla.

—Es el hijo de Águeda y conozco al capitán. ¿Por qué dices que no es de fiar?

—Lo vigilo. Frecuenta los tugurios por la noche y estoy casi seguro de que participa en los asuntos turbios del Botero.

—Reconozco que me ha engañado. ¡Pobre Águeda! Con lo contenta que estaba con el nuevo trabajo del chico.

—Una cosa no está reñida con otra. ¿No me crees capaz de una buena obra?

—Puedo creer lo que quiera, pero no lograrás convencerme de que te mueven buenas intenciones. Nos conocemos demasiado bien.

—Cuéntame qué tipo de personas requieren tus servicios.

—Como en los viejos tiempos ¿eh? Una descripción de lo que veo para llevarte a los maridos pudientes a la mesa de juego.

—Es imperativo conocer a los contrincantes. Más adelante quiero iniciar algunas partidas en el Casino del Sardinero.

—Imagino que a la aristocracia ya la conoces desde tu observatorio junto al marqués. En cuanto a las familias de buena posición, llamaron mi atención los señores de Arapiles. Él es banquero y, por lo que contaron aquí la mujer y las hijas, han alquilado una casa en el Sardinero que les ha costado doce mil reales el mes. Estas gentes llegan con media casa auestas. Tanto es el equipaje: *mundos*, maletas, cajas baúles; como la servidumbre que los acompaña: tres doncellas, dos criados, un mayordomo y un cocinero. ¿Sabías que se pagan grandes sumas por los alquileres? Un piso, un poco amplio en la ciudad, puede costar unos ocho mil reales. Es algo a tener en cuenta en un futuro, puedo invertir en una casa y luego resarcirme con los alquileres.

—No divagues, sigue —apremió Ernesto meneando la cabeza.

—Políticos hay bastantes, pero no creo que esos te interesen, no disponen de mucho dinero para perder en el juego. Excepto un diputado por Extremadura, cuya señora, Galindo me parece recordar, luce buenas joyas, se alojan en una de las fondas del Sardinero. Por lo general, los que disponen de medios, alquilan o se alojan en aquella zona. No creo que se acerquen a la ciudad por la noche.

—No, por eso me interesa el Casino. Me han dicho que, a mediados de mes, está en pleno apogeo.

—Este año estaré un poco descolocada, pero para el verano que viene espero encontrarme en el vértice de lo que suceda en la ciudad.

—¿Te quedará tiempo?

—Para entonces el taller funcionará a pleno rendimiento y sólo será necesaria mi presencia por la mañana para recibir a ciertas señoras, las más encopetadas; a las demás las pueden despachar Ana o Águeda, que estarán más desocupadas.

—Compruebo que lo has planificado todo y estás decidida a instalarte aquí.

—Sí, puede que el invierno sea un poco aburrido, pero, con el tiempo y si todo marcha bien, se podrán hacer otros planes de ampliación en la capital.

—Me alegro. Te dejo. Aunque cuenta con alguna otra visita mía.

Acompañó a Ernesto hasta la puerta de la calle y lo despidió con una sonrisa. Cerró la puerta y se apoyó en ella con el ceño fruncido. ¿Qué había sucedido? ¿Una visita de cortesía cuando desaparecía durante días y semanas? Recordaba que la obligaba a fijarse en la gente y la enseñó a discernir entre las apariencias y la realidad de las personas por razones del juego, pero ahora que se iban a separar le pareció absurdo que siguiera con el mismo método. ¿Qué haría cuando ya no contara con ella ni con la imagen de respetabilidad que ofrecía el velar por una hermana? Porque hasta eso había explotado sin ningún escrúpulo. Para Ernesto todo valía: no importan los medios con tal de conseguir el fin.

—¿Algo grave? —preguntó Ana ante el silencio que guardaba.

—Creo que no, pero con Ernesto nunca se sabe. Ha sido una visita social de un hermano cariñoso —terminó con sarcasmo.

Al día siguiente, después de comer, mientras retomaban el trabajo interrumpido, Mariela ocupó el puesto de Ana, quien se había ausentado con las dos francesas para recorrer las zapaterías. Desde el *bureau*, situado junto a la ventana, se veía la calle. No había vuelto a acordarse de lo que le contó Ernesto hasta que pasaron el marino pelirrojo y el chico de Águeda por la acera de enfrente hacia la catedral. Venían de comer en la tasca de la Trini. Águeda había comentado que habían apalabrado la comida allí.

Se observaba mejor a una persona cuando ésta lo ignoraba. El capitán era joven, erguido, se adivinaba buen cuerpo bajo la camisa azul, el perfil del rostro era correcto, fino, podría calificarse de guapo a no ser por el horrible pelo que lo ocultaba. No tenía nada contra los pelirrojos, pero a aquel hombre le sentaba bastante mal. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos y la gorra, a pesar del calor, calada hasta los ojos. A su lado, Antón era una réplica del marino, con su camisa azul, propia de los pescadores, y una gorra que le cubría las orejas, seguramente de su padre, con las manos metidas en los bolsillos intentaba alargar la zancada para igualar el paso. Mariela se sonrió. El muchacho lo

admiraba a falta de una figura paterna. Ernesto no solía equivocarse; sin embargo, a ella no le encajaba lo que le había desvelado. ¿Tanto podían engañar las apariencias? Podía comprender y disculpar las debilidades, ella misma no era un dechado de virtudes ni quién para arrojar la primera piedra, pero de eso a trabajar para el Botero mediaba un abismo.

Las francesas se despidieron a media tarde entre efusivos abrazos y lágrimas; Odette con la promesa de regresar para iniciar las clases de corte y confección y Michelle con una abultada lista del nuevo pedido para madame Sophie y una larga carta de Mariela. Ana fue la encargada de acompañarlas a coger el vapor que salía del Ferrol y se detenía en Gijón, Santander y Bilbao para llegar a Brest.

—Es como si nos quedásemos huérfanas —dijo Águeda al cerrar la puerta.

—Cierto, las echaremos de menos. El trabajo se nos duplica si lo miramos por el lado egoísta —aseveró Mariela.

—Han dejado muchas piezas cortadas. Han sido muy consideradas.

—Y usted estuvo acertada con los zapatos. Reventaban de agradecimiento.

Sonrieron ambas con el recuerdo de las dos muchachas en la mente y con el sonido del taconeo de los zapatos por las salas durante la mañana.

25

Ya había realizado otra salida nocturna a la isla y, fuera del contrabando habitual, no había detectado el de armas. Comenzaba a desesperar y pensaba que aquellos paniaguados no estaban dentro del círculo de confianza del Botero; al menos como para fiarles algo tan importante. Como cada noche, ese martes inició la ruta con la Sula, quien torció el gesto en cuanto apareció el comisario guiando el pequeño y ligero coche tirado por un solo caballo.

—¡Qué asco! Primeros de mes —se lamentó.

Antes de que Pablo abriera la boca, la Sula se aproximó al coche que se había detenido y se apoyó en la ventanilla bajada. Distinguió una llave que cambiaba de manos sin apenas mediar una palabra. La Sula se retiró y el coche siguió su ruta.

—¿Qué sucede?

—¿Cuándo usía va a cumplir la promesa de sacarme de aquí?

—Todavía no he conseguido lo que quiero y depende de la colaboración.

—Vamos, que nunca. ¿Desde cuándo fio de la palabra de un hombre?

—De pronto, se ha torcido la noche —confirmó Pablo.

—¡Mal aire lo lleve un día! —maldijo la prostituta—. Saca mordida de cualquier esquina. Nos matamos para salir adelante, pero esa sabandija nos chantajea sin moverse de su coche. A los pobres, todo son pulgas. No acepta mi dinero, sólo admite pago en servicio. Es un cerdo en la cama. Cualquier día lo mato.

—¿Chantajea al barrio una vez al mes?

—Hoy es día de pago. Se deja ver y, luego, aparca en la calle del Rincón. Allí aguarda a que le lleven su parte.

—Hoy ha cumplido. Ese tipo de asuntos son los que me importan, quiero estar mejor informado que el propio comisario.

—Pues quede con él. Sabe más que yo.

Pablo se despidió de la agria prostituta y se acercó a la *Bodega* para comprobar si había alguna novedad, pero sin intención de quedarse. Le interesaba mucho más la identidad de quiénes desfilaban por la calle del Rincón para pagar su parte de la extorsión. Mario le sirvió el ron y siguió atendiendo la atestada barra. En verano, el movimiento del puerto aumentaba visiblemente y se notaba en el barrio. Iván y Gorka vigilaban el comportamiento de los borrachos y controlaban el acceso, pues las mesas de juego y la prostitución dejaban mayor beneficio que los chupitos en la barra. No podían arriesgarse a que los Celadores Municipales acudieran y espantaran a la clientela de señores infieles y señoritos calaveras con el escándalo que supondría.

Que el Remi saliera de detrás del cortinaje donde el Botero ubicaba su oficina sí que fue una novedad. El hombrecillo recorrió el local con un cesto del brazo y salió a la calle. El instinto lo empujó a ir tras los pasos del contrabandista de coloniales, lo divisó en el momento en que se introducía en la calleja que unía la Rúa Menor con la calle del Rincón. Alargó el paso para no perderlo. Justo al desembocar en la calle del Rincón se hallaba estacionado el coche del comisario, bajo una farola apagada, y el Remi, por la ventanilla que daba a la calzada, hacía entrega de la parte correspondiente del Botero, que debía de ser muy sustanciosa a juzgar por el peso y el grosor de la bolsa de cuero que sacó del cesto. Aguardó escondido en el callejón a que terminaran de platicar, reconoció la voz grave del comisario que despedía al Remi, quien partió hacia la cuesta de Gibaja. Pablo esperó un poco más antes de tomar el camino contrario hacia la calle Infierno.

El ruido sordo de un pistoletazo lo obligó a prestar atención. El caballo del

coche se movió inquieto y una sombra se bajó por el lado de las casas, cerró la puerta y corrió hacia la cuesta que desembocaba en Atarazanas. Pablo reaccionó y se acercó al coche al amparo de la oscuridad que proporcionaban los edificios. El silencio evidenciaba que los vecinos dormían el sueño de los justos y no habían oído nada. A través del cristal vio al comisario que yacía recostado hacia atrás y de la sien perforada le bajaba un hilo de sangre.

Abrió la puerta, se apoyó en el asiento vacío para aproximarse al hombre y notó que aún conservaba el calor del asesino. Le puso los dedos en el cuello y buscó el pulso inexistente al tiempo que observaba el mal iluminado interior de la cabina. El cerebro trabajaba con rapidez. El sombrero oscuro, que reconoció como propiedad del finado, descansaba de forma extraña sobre las piernas. Lo levantó y descubrió un agujero en el fieltro oscuro, además del arma reglamentaria del comisario, que guardaba el calor del disparo. El comisario conocía al asesino o estaba muy seguro de sí mismo y de su posición. A los pies, a la sombra de la linterna del coche, distinguió un cofre abierto con varias bolsas de monedas. Retiró la mano del cuello para hurgar en los bolsillos del muerto. Sacó un sobre abultado y lo guardó en el suyo. Antes de retirarse, echó mano al saco más voluminoso del cofre, el que pensó que pertenecía al Botero. Volvió a tropezar con el sombrero y lo dejó como lo había encontrado.

Era absurdo perseguir al asesino, que ya se encontraría a salvo, así que corrió hacia la calle del Infierno. Por la callejuela que bajaba de Rúa Menor asomaba otra persona. No se detuvo a indagar lo que ya deducía: otro pagador. Llegaba a la calle del Puente cuando oyó los gritos pidiendo auxilio y el silbato del sereno. Atravesó el puente y bajó a la calle de La Ribera.

Entró en casa sigilosamente para no despertar al chico. Encendió el quinqué de la cocina y dejó el botín sobre la mesa. Las monedas del Botero eran de cuño reciente, brillantes, y el sobre contenía billetes nuevos de veinticinco pesetas. Era parte del botín robado en el escritorio de la *Pacific*. Los ladrones no habían tardado mucho en darle curso por lo que debían de estar muy desesperados. La cuestión era: ¿qué chantaje era tan suculento como para pagar en billetes? Le esperaba una mañana dura, así que decidió acostarse y dejar para otro momento

las deducciones.

La llamada insistente del Sardinilla en la puerta de la alcoba lo despertó y dio el permiso.

—Una nota urgente, señor. ¡Oh!

—¿Qué ocurre? —se preocupó Pablo al ver el rostro asombrado del chico que, con la mano extendida, le ofrecía la nota.

—Olvidó quitarse la barba y el bigote —comentó el pilluelo aguantando la risa.

Pablo se tocó la cara y comprobó que se le había corrido la barba hacia la oreja y que había perdido el bigote. Lo encontró pegado a la almohada.

—Llegué tarde y estaba cansado —se justificó mientras abría el mensaje.

La ciudad estaba en pie de guerra. La noticia del asesinato del comisario había conmocionado a los vecinos y el gobernador civil lo convocaba a una reunión extraordinaria en el despacho de la gobernación. Citaba a Pedro Saro, no a Pablo Torres.

—Me lavo y me ayudas a recomponer el disfraz. He de salir.

Al cabo de una hora entraba en el despacho de la Gobernación, situado en el edificio de La Aduana, y el secretario de don Miguel, en una antesala atestada de estantes llenos de legajos, lo detuvo con tono seco.

—Soy el capitán Pedro Saro. Me espera el señor gobernador.

—¡Ah, sí! Disculpe. —El muchacho salió de detrás de la enorme mesa de trabajo y se acomodó la chaqueta sobre el chaleco para anunciarlo. Pablo escuchó la voz de don Miguel que lo urgía.

—Pase, por favor. —El secretario cerró la puerta en cuanto entró.

—Ya conoce al teniente de carabineros, don Vicente López —se adelantó don Miguel. Se saludaron con un breve movimiento de cabeza—. Imagino que se habrá enterado de la desagradable nueva —entró en harina el gobernador.

Pablo tomó asiento en el sillón frailer que había quedado libre, el otro lo ocupaba el teniente. La oscura mesa de madera de nogal los separaba del gobernador. Desperdigados por la superficie en completo desorden había papeles, sellos, plumines y tinteros. El rodillo papel secante se hallaba en su parte, tirado de cualquier manera, junto al quinqué.

—No sólo conocía la noticia, sino que estaba en el escenario del crimen cuando sucedió.

—¡Cómo es eso! ¿Por qué no lo encontramos allí? —inquirió excitado el teniente.

—¿Quién dio la voz de alarma? —inquirió a su vez Pablo.

—Soy yo quién debe hacer las preguntas —defendió su territorio el carabinero.

—¡Caballeros, por favor! —medió el gobernador—. Señor Saro, relátenos sus andanzas nocturnas y después el teniente López expondrá sus conclusiones.

—La corrupción del comisario es un hecho comprobado, como ya se lo expuse al teniente en otra ocasión, lo que complicará la labor. Ayer era día de recaudación, por lo que los deudores pasaban por la calle del Rincón para abonar su parte y el comisario no les echaba encima a los celadores. Seguí a uno de los secuaces del Botero y presencié el pago desde el abrigo de un portal.

—¡Perfecto! ¡Ya lo tenemos! —exclamó el teniente alborozado.

—No tan rápido. No fue él. Había alguien más allí de cuya presencia no me percaté a causa de la oscuridad, aunque el Remi sí lo vio. El escenario estaba muy bien preparado, imagino que el comisario había comprado al sereno para que no encendiera la farola que lo descubría y evitara la calle del Rincón un día determinado al mes. Cuando se retiró el Remi, el otro, que permanecía sentado junto al comisario, lo asesinó de un tiro.

—Y usted lo vio —afirmó esperanzado el teniente.

—Demasiado oscuro —objetó Pablo—. El comisario, inconscientemente, le ofreció el lugar ideal para llevar a cabo el crimen. Llegué junto al coche y el asesino ya había desaparecido cuesta abajo.

—Es usted muy lento. El delincuente tuvo tiempo de robarle.

—En absoluto. Eso fue lo curioso, no se llevó nada. Fui yo quien realizó el robo —declaró a la vez que sacaba el sobre con los billetes y los dejaba en la mesa del gobernador—. Era demasiado revelador para dejarlo abandonado hasta que aparecieran los celadores.

El gobernador y el teniente se abalanzaron a tomar un billete y comprobaron la numeración.

—Son de la *Pacific* —confirmó el teniente y el gobernador asintió mientras examinaba el papel moneda al trasluz.

—Conservo un saco de monedas de nuevo cuño en casa. No las he traído porque era demasiado ostentoso.

—Habrá que devolvérselo a la naviera. Andan muy apurados —apuntó el gobernador—, aunque es una pequeña parte.

—No creo que veamos más. Esto ha sido una casualidad —opinó Pablo.

—¿Qué piensan sobre el comisario? —planteó el gobernador—. ¿Hubiera informado de su hallazgo?

—¿Y perder parte de sus ganancias? ¿Y cómo justificaría hallarse en su posesión? —planteó Pablo—. Si yo fuera él, no sólo me habría callado, sino que seguiría la pista del dinero para chantajear al ladrón o ladrones.

—Ladrones —dictaminó el teniente—. El bolsón era del Botero.

—¿Y cómo habría accedido el Botero al despacho de la *Pacific*? —reflexionó el gobernador.

—Al despacho, no sé; pero tiene una horda de prostitutas trabajando para él. Cualquiera de ellas podría haber obtenido la clave de la caja —apuntó el teniente.

—La clave de una caja fuerte es algo muy serio para que ande en boca de cualquier empleado y que, por añadidura, éste se vaya de la lengua. Demasiadas coincidencias —rechazó Pablo.

—A veces lo más inverosímil, es lo cierto —sentenció el teniente.

—No descartaremos nada, pero tampoco nos precipitemos —recomendó el gobernador—. Por de pronto, sabemos que los ladrones permanecen en la ciudad, que el robo ha sido perpetrado por razones de solvencia, a juzgar por la rapidez con la que ha salido a la calle. En cuanto al asesinato del comisario, carecemos de pistas, excepto la sospecha de que se trata de uno de los chantajeados. Igual no podía pagar y el secreto corría peligro de hacerse público.

—La otra cara de la moneda del chantaje: muerto el perro, se acabó la rabia —concluyó Pablo.

—He solicitado ayuda urgente al gobierno central. Me enviarán a una persona cualificada para sustituir al comisario. Tal y como están las cosas, he preferido un foráneo. Tiene el inconveniente de que no conoce a la gente, pero de eso se encargarán ustedes. Será el nuevo comisario quien detenga al tal Remi y se entere de qué sabe.

Quedaron en que el gobernador sería el centro de la información por ambas partes y terminaron la reunión. El teniente, sudoroso dentro de su chaqueta reglamentaria, detuvo a Pablo en el pasillo.

—Aunque actúe encubierto, haga el favor de extremar el cuidado. No quisiera encontrarme con su cadáver en la bahía.

—Gracias por la advertencia. El comisario era demasiado vago para planear algo de envergadura. De hecho, chantajear es la parte fácil y cómoda. El gran

interrogante sigue abierto —comentó Pablo.

—No creo que demos con él, es escurridizo como un pez. Antes de que lleguemos a su pista, nos obligará a actuar y a descubrirnos.

—¿Qué quiere decir?

—Las calles se están revolviendo demasiado y el rey llegará a fin de mes: un robo en una naviera y el asesinato del comisario de la ciudad no son muy convenientes cuando va a alojarse toda la plana de la aristocracia y del gobierno para recibir a la reina madre. Para entonces, esto debe estar controlado y el Botero y sus secuaces entre rejas. La mente diabólica se nos escapará, a no ser que usted tenga un golpe de suerte.

Habían llegado a la calle y Pablo se volvió al teniente.

—Todavía no me doy por vencido. Suerte y hasta pronto.

26

Los padrinos del gobernador en las altas instancias debían de ser muy importantes porque a los dos días llegó a Santander el nuevo comisario. Pablo fue convocado, una vez más, al despacho del gobernador junto al teniente de carabineros para ponerlo al corriente de los sucesos e investigaciones que estaban en curso.

—Señores, les presento al nuevo comisario don Celestino Rojas, oriundo de Ávila.

Pablo se quedó pasmado ante el personajillo que tenía delante: bajito, enjuto, de piel oscura y un pelo rizado que le daba una apariencia de desarreglo. Los ojos quedaban velados por la sombra de una única y poblada ceja. El traje, mal cortado y arrugado, era de color tierra; del chaleco colgaba una leontina de oro, una concesión elegante a tanto despropósito. Hasta el nombre le pareció a Pablo un chiste malo.

El teniente López recuperó el habla y relató, de forma pormenorizada, lo que había acontecido hasta la noche de autos. Pablo permaneció de pie junto a la librería. Los oscuros y sobrios muebles de madera conferían al despacho seriedad y el permanente aspecto desordenado de la mesa sugería la diligencia del gobernador en el trabajo. El extraño comisario, que escuchaba, asentía o preguntaba y tomaba notas absorto en la historia, desentonaba en aquel marco. Cuando concluyó don Vicente, don Celestino se volvió a Pablo.

—Cuando el asesino huyó, ¿cuál fue su percepción sobre el sujeto?

—Estaba oscuro —reiteró Pablo.

—Me ha quedado claro. Aun así, el subconsciente se forma una idea.

—Alto, esbelto, pero si iba vestido de negro acentuaría esa percepción.

—La esbeltez puede, pero la altura, no. Es importante tener en cuenta la primera sensación. Detendré al señor Remigio, que regenta el local de coloniales ilegales. Diré que lo han delatado como si fuera el asesino. Antes de cargar con la culpa de otro, hablará. El caso es fácil y no habrá riesgo de que su tapadera quede descubierta. Detendré también al Botero y a sus secuaces.

—Si hace eso, echará a perder la investigación —objetó el teniente.

—La investigación, quieran o no, ya está perjudicada. Si no hacemos nada ante el asesinato de un comisario, los malhechores recelarán sobre las causas. La ciudad espera que el crimen sea resuelto con rapidez y contundencia. El detener a los sospechosos habituales entra dentro de lo factible. A la luz de la información que recabe, tomaré las medidas pertinentes. Los mantendré informados. ¿Y dice que anda todas las noches por los tugurios nocturnos? No le extrañe que lo detengan los celadores. Creo que sería conveniente que lo hicieran, de esta manera ganaría puntos en el mundo delincuente. Luego, lo dejaríamos libre con la excusa de que es nuevo en la ciudad y el ajuste de cuentas, pues es como lo concibo, viene de lejos.

—Sí, quedará bien en mi *curriculum* de malhechor —manifestó Pablo más animado.

El comisario abulense, pese a su apariencia, no era ningún necio y se mostraba activo, aunque no se lo imaginaba enfrentándose a los borrachos y pependancieros callejeros. Ahora, lo verdaderamente necesario, era una mente inteligente.

La llegada del nuevo comisario fue conocida en la Rúa Menor por la contundencia de la actuación de los celadores. Esa misma tarde, más de diez personas fueron detenidas y conducidas a los calabozos del antiguo convento de San Francisco para ser interrogados, entre ellas: el Remi, el Botero, un tasquero, Pedro Saro, la Sula, la Regi y sus chicas y unos cuantos más. Unos permanecieron de pie y otros se sentaron en el suelo, pues sólo había un catre y un cubo para las necesidades.

Aguardaron en silencio a que les tocara el turno. No había nervios, estaban habituados y Pablo descubrió que lo esperaban. El comisario conocía el terreno

que pisaba y seguía el procedimiento de manera que no sospecharan lo que conocían de antemano. Nadie regresaba al calabozo por lo que daban como seguro que quedaban en libertad una vez que habían declarado su ignorancia. A Pablo se le hizo larga la noche pues lo dejaron para el final. Cuando lo llamaron, entró en una sala que habían habilitado para tal efecto. Don Celestino se aseguró de que se quedaban solos y cerró la puerta.

—¿Se ha comentado algo durante la estancia en el calabozo? —indagó el hombrecillo.

—Nada que venga al caso. Remi y Botero guardaron un silencio sepulcral y los demás hicieron eco sucintamente de lo que habían oído en la calle. ¿Hablaron? ¿Los ha dejado libres?

—No han dicho nada y los he retenido por separado, para que no puedan contrastar testimonios. Lo fundamental, cuando se lleva a cabo un interrogatorio, es que la persona quede aislada y desconozca lo que sucede fuera o la información que vamos recabando. Eso los pone nerviosos y más próximos a cometer un error en sus declaraciones. También facilita tenderles una trampa, pues no están sobre aviso.

—Muy inteligente por su parte. ¿Y ahora?

—Tenderé la trampa. Me acercaré a comunicarles personalmente que pasarán la noche encerrados a la vista de los indicios ofrecidos en algunas declaraciones. Eso los angustiará, pues no les aclararé de qué se trata. Mañana por la mañana daré la puntilla y a ver qué cae. Usted saldrá por la puerta como los demás.

—Me acercaré a la *Bodega* a escuchar qué se dice. Estoy seguro de que aguardan a los detenidos para que cuenten su experiencia.

Se despidieron y se encaminó a la calle de Rúa Menor. Nada más comenzar a subir la cuesta de Gibaja lo interceptaron el Tiña y el Marrajo.

—¿Qué tal fue? —indagó el Tiña.

—Bien. Lo habitual. Están buscando indicios.

—¿Y el Remi y el Botero?

—No sé, nos interrogaron por separado. Yo he sido el último. Estarán en la *Bodega*, lubricando la garganta después del sequillo de cantar —rió su propio chiste, pero no lo secundaron.

—De eso nada. No han salido. Estamos pendientes de los que salen. Iván y Gorka controlan el negocio para que no se desmande en ausencia del jefe.

—Pues no los he visto y os aseguro que he sido el último en desalojar el

calabozo.

—¡Maldita sea! Los han retenido. Habrá que comunicárselo a los dos cenutrios de arriba.

Echaron a andar hacia la Rúa, silenciosos y cabizbajos, cada uno en sus pensamientos. Pablo se preguntaba cuál era el problema. El que se quedaran encerrados una noche no era para tanto entre aquella gente. Llegaron a la *Bodega* y el local se encontraba medio vacío. Las partidas habían terminado y quedaban los que buscaban compañía y el último trago de la noche. Se perdieron detrás de las cortinas y se sentaron diseminados por lo que consideraban la oficina. La suciedad era algo que Pablo llevaba mal en este trabajo. El polvo, los restos de comidas o bebidas, el desorden de papeles y el aire viciado lo agobiaban y dificultaban su concentración. Por el nerviosismo de los acólitos del Botero comprendió que sucedía algo fuera de lo habitual.

—¡Maldita suerte! Precisamente esta noche —exclamó Gorka desesperado.

—¡Retiña! No lo podemos dejar allí si están rastreando todo lo que se mueve. El Remi es un flojo y conoce el almacén —aseguró el Tiña—. El viejo escondrijo es más seguro que nunca.

—¿Y si nos pillan en el traslado? —planteó Iván.

—Ignoro qué quieren trasladar, pero esta noche es la ideal. El comisario, tras la redada, no sospechará que alguien se mueva tan pronto por temor. Además, con el Botero fuera de las calles, creará que la delincuencia está sin cabeza —terció Pablo.

—Eso es. Muy inteligente, Pedro —aplaudió el Marrajo.

—Una buena idea —corroboró el Tiña—. Hay que decidirse. Queda poco tiempo antes de que amanezca, no duran nada las noches.

—¡Vamos! ¿Nos echa una mano, Pedro? —preguntó Gorka.

—Para eso están los amigos —respondió cínico.

Subieron a las Calzadas Altas y se llegaron a una bodega de aceite más allá del hospital San Rafael y del convento de monjas. Abrieron el portón y entraron en la cuadra donde había una carreta preparada con trapos en las ruedas. Uncieron la mula y protegieron los cascos también con paños para que no resonaran en el adoquinado de la calle. Después cargaron tres cajas alargadas bastante pesadas y otras menores. Pablo dedujo que estas últimas serían la munición y pistolas.

Se movieron con sigilo y rapidez. La coordinación revelaba que lo habían hecho otras veces. Salieron a la calle y azuzaron en silencio a la mula, a la que

llevaron casi al trote mientras ellos corrían a los lados. Pablo estaba tan nervioso que le sudaban las manos y tenía que hacer un gran esfuerzo para no gritar de alegría. ¡Por fin obtenía resultados! Aquel era el error que habían estado aguardando durante semanas. La calle Alta tomaba el nombre de Rúa Mayor a partir de la Cuesta del Hospital o del barrio de pescadores. Se adentraron en la antigua calle señorial y se detuvieron ante una casa de piedra. Gorka se adelantó, sacó una llave y abrió el portón principal. La sorpresa casi le paralizó el corazón: era el taller de alta costura de la cubana; por lo tanto, no andaba desencaminado y el anillo era el mismo que vio en Portsmouth. Interrumpieron las cavilaciones y lo instaron a descargar en el menor tiempo posible. Dejaron las cajas y le ordenaron retirarse con el Marrajo para devolver la carreta al lugar de procedencia; los otros tres se quedaron en el interior y cerraron la puerta.

Tanto en el trayecto de ida como en el de vuelta no tropezaron con nadie. Cuando dejaron la carreta sin los trapos y la mula en su pesebre, se despidieron.

Llegó al piso con dolor de cabeza por la falta de sueño y por el calentón al que la había sometido para comprender la intervención de la criolla en todo aquello. Evidentemente, era el hermano. No, no cuadraba. Se metió en la cama sin hacer ruido para no despertar al chico. Carecían de contactos en la península para organizar el contrabando, pero podían ser sicarios, simpatizantes con los independentistas de la isla. La coartada era perfecta: habían vendido el ingenio de azúcar y se dedicaban a recorrer Europa. Ahora entendía su papel en Santander: venían por las armas. ¡Cómo lo habían engañado! Y todo por dejarse enredar por unos ojos oscuros y una voz aterciopelada.

27

No le cabía duda: alguien había entrado en el taller. De lo único que se alegró fue de haber llegado antes que Águeda. Esa pequeña ventaja le permitió subsanar el desaguado: colocó las sillas en su sitio y barrió el suelo. Las pellas de tierra la condujeron al piso de arriba y se detuvieron de pronto en medio del pasillo. Echó un vistazo a los salones al tiempo que abría las ventanas que daban a la bahía. El sol y la brisa marina le dieron los buenos días con olores a sal y yodo de las algas. Los graznidos de las gaviotas llenaban el aire. Había marea baja y las mariscadoras sembraban los arenales bajo el cielo azul y con el verdor de los prados como fondo. Volvió su atención al interior y contempló el lugar en el que se interrumpían las pisadas, elevó la vista y se encontró con la trampilla

de acceso al tejado. Un ruido abajo le advirtió de la llegada de Águeda, así que se apresuró a limpiar lo que quedaba y a borrar cualquier rastro de la actividad nocturna.

—Buenos días, Águeda, estoy ventilando arriba —gritó para que la oyera y no se asustara.

—Buenos días. Mucho ha madrugado.

Llegó la voz de la mujer apagada por la distancia. Mariela bajó para verificar que Águeda no encontraba nada inusual.

—Cité a las señoritas de Celada a primera hora —justificó.

Las voces de las muchachas, que venían con Ana, llenaron la estancia en cuanto abrieron la puerta. Llegaban frescas, sonrientes y revoltosas a pasar la revisión de Águeda, quien nunca descuidaba un detalle del uniforme ni del aseo personal. Según terminaban la revista se ponían los delantales, cogían el cesto de labor de la estantería y ocupaban su lugar de trabajo. Al poco, llamó la aguadora y se renovó el agua de los botijos y de las jarras. Tras las primeras órdenes y las dudas solucionadas se hacía el silencio que duraba la primera hora, hasta que el aburrimiento las vencía y alguna arrancaba a cantar. Los cotilleos eran más propios de la tarde, cuando la jornada se hacía pesada y las visitas ya habían terminado, entonces comenzaban las confidencias, como si fueran hermanas, y opinaban o criticaban.

Llegaron las señoritas de Celada, dos mujeres entradas en la cincuentena, que venían de Aguilar de Campoo a pasar el verano y, de paso, a ver de cerca al nuevo y joven rey. Fue a través de ellas como Mariela se enteró de los robos en la fonda y en la casa de los Arapiles. Al principio fingió horrorizarse, ya que era lo que buscaban las buenas señoras, el escándalo: esa palabra, esa impresión que movía la lengua y la vida de las mujeres ociosas.

—¡Ay, sí! Más robos, no sólo nosotras hemos sido las despojadas —comentó la mayor visiblemente afectada—, esta vez en el hotel París del Sardinero, y eso que no hemos llegado a mediados de mes, cuando llegará el grueso de la gente importante y adinerada que se mueve en torno a la realeza. Las víctimas han sido la mujer de un político y un banquero, Arapiles.

—Aunque éste último creo que ha alquilado una casa —puntualizó la pequeña.

—Joyas. Se han llevado todas las joyas —prosiguió la mayor—. Estamos consternadas. Los carabineros no quieren que se corra la voz y cunda el pánico, pero con el crimen del comisario, creo que es un poco tarde para eso. El

gobernador, don Miguel, ha envejecido en pocos días. No quisiera estar en su pellejo ante un desastre así.

—¡Qué horror! Y nosotros que celebrábamos tan alegres el veraneo de su majestad en Santander y resulta que nos ha traído toda la delincuencia de la península, que acude como mosca a la miel —constató compungida la pequeña de las hermanas.

Cuando se despidieron y Mariela tuvo tiempo de analizar la noticia, una vaga inquietud la inundó e introdujo en su mente una idea muy desagradable. Una cosa llevó a otra y recordó que en Southampton también había habido robos inexplicables porque sucedían en casas normalmente habitadas y con criados, cuando lo habitual eran los robos en casas deshabitadas o hurtos en la calle.

Afortunadamente, llegó el mediodía y la hora de comer, lo que le permitiría un descanso en sus deducciones, que estaban tomando un derrotero que prefería ignorar. Necesitaba luz, aire, cambiar de escenario para que se borrara de su mente el poso amargo de su sospecha. Decidió acompañar a las muchachas a la tasca para recoger los cestos con las viandas que habría preparado la Trini. Sin embargo, el día estaba de nones. En la penumbra, en una mesa junto a la puerta de la cocina, se hallaban sentados el capitán y el chico de Águeda, aguardando a que llegara otro comensal para el que ya había dispuesto un cubierto.

La Trini, tan rumbosa como siempre, indicó a las chicas que la siguieran a la cocina para recoger las cestas. Mariela se quedó sola ante la barra.

—Buenos días. Más calurosos de lo habitual —inició la conversación el capitán, pero Mariela no podía olvidar el comentario de Ernesto.

—Buenos días. Estoy acostumbrada al calor húmedo, aunque los lugareños acusan un mes más seco de lo habitual. Se le ha caído la cuchara —informó Mariela cuando descubrió el cubierto en el suelo, luego reparó en la servilleta.

—No se nos ha caído. —Pablo sonrió, mientras el Sardinilla se agachaba presto a recogerlo todo—. Estábamos comprobando una ley física sobre la velocidad y el rozamiento. No hay nada mejor que el experimento para explicar la ciencia.

Mariela sonrió a su vez sin proponérselo. ¿Por qué un hombre tan peculiar y poco recomendable, si había de creer a Ernesto, le arrancaba muestras de simpatía? Antón lo miraba con arrobó, como quien contempla a su ídolo. Alguien así cobijaba sentimientos y corazón. También los tenía Ernesto, él mismo se lo recordó. Aunque, si confirmaba su desagradable sospecha, empezaría a dudarle.

—Siempre he considerado la ciencia como algo empírico, cercano a lo cotidiano y que nos permite comprender lo que nos rodea; mientras que la literatura, la música y el arte en general son para descanso de la mente que se complace en la belleza —alegó Mariela.

—¿Y usted por cuál de esas bellezas que ha citado se inclina?

—Por todas —replicó escuetamente.

—Pues este verano podrá resarcirse ampliamente: en la calle Cuesta hay un teatrillo en el que sólo ofrecen zarzuela. En la calle del Arcillero se encuentra el Teatro Principal, aunque a estas alturas no sé si quedarán entradas.

—Gracias por su interés —se apresuró Mariela a terminar con la conversación en cuanto desfilaron las tres muchachas con los pesados cestos—. Fui advertida del poder de convocatoria del Teatro Principal y conseguí entradas para algunas noches.

Se despidió con una inclinación de cabeza e iba a salir cuando sorprendió a la Trini, quien regresaba con un puchero que puso en el centro de la mesa, tomar asiento en el cubierto libre. Debió de reflejar el asombro, porque el capitán la miró divertido y desafiante. Recuperó la compostura y salió de la tasca en pos de las chicas que avanzaban apresuradas por la acera sombreada.

Que una mujer como la Trini compartiera la mesa con el marino y el chiquillo le pareció inusitado, aunque, por otra parte, la obligaba a replantearse las palabras de Ernesto. Trini era una mujer cabal y no compartiría la mesa con un delincuente o, al menos, de moral dudosa. Pero ¿cuántas veces había presenciado cómo mujeres, hechas y derechas, habían perdido pudor y honor en manos de un indeseable a pesar de tener conocimiento de que lo era? Por desgracia, el amor emparejaba a personas muy diferentes sin atender al rango social ni la honorabilidad. Otra idea la asaltó: ¿Cómo sabía tanto sobre teatros si siempre estaba en el mar?

La tarde, a causa de la ansiedad de Mariela por acceder al tejado, discurrió lentísima. La intriga por lo que encontraría, la sospecha sobre Ernesto y las dudas que le suscitaba el capitán Saro anegaron y colapsaron su mente hasta el extremo de cometer equivocaciones en los pedidos.

—Andas muy distraída —constató Ana—. Es normal, la tensión y la sonrisa permanente en la cara no son fáciles de mantener.

—Cierto. Creo que me iré a dar un paseo por las calles comerciales. Me despejaré y más tarde concluiré los pedidos para madame Sophie.

Sin proponérselo, había dado con la excusa perfecta para quedarse sola hasta

más tarde en el taller. Cruzó el puente, llegó a la Plaza Vieja y, en lugar de torcer a la derecha, para introducirse en la calle de la Blanca, giró a la izquierda y se internó en la calle peatonal de San Francisco.

Era la peor hora para realizar compras ya que se hallaba atestada de mujeres yendo y viniendo a la vez que se asomaban a los escaparates o saludaban a conocidos. Pero Mariela disfrutó contemplando a las futuras clientes y descubriendo los locales de la competencia: fábrica de paraguas, joyerías, zapaterías, alfombras, guarnicionería, cordelería, imprenta, sastres, alguna casa de huéspedes en los pisos superiores... Se detuvo ante una tienda que, a juzgar por lo nuevo que lucía el frente, con amplios escaparates separados por pilastras griegas y un enorme letrero colgado del balcón, acababa de estrenarse: *Capa García y Cía*. La tienda se hallaba atestada de señoras que habían acudido a fisgar el género y lo que ofrecía como novedad el establecimiento. Mariela se perdió en la marea de mujeres y se entretuvo examinando los hatillos para recién nacidos, los equipos para novias, tapicerías, telas, terciopelos, fieltros, hules; o bien, los bordados, pasamanerías, pecheras, cuellos, sombrillas, corsés... Eran unos almacenes en toda regla. No había sido tan mala idea abrir el taller de alta costura. Pensó en sus tíos, que se habían quedado obsoletos, aunque su público sería fiel, pues carecía de medios para acceder a este otro tipo de comercios, mejor abastecidos y más caros.

El tiempo voló, entretenida en su exploración, y se apresuró a regresar antes de que cerrasen el taller. Recogían las labores y comenzaban a barrer los hilos, remates y demás que hubieran caído al suelo. El barrido era esencial porque se recuperaban botones, agujas, alfileres, corchetes... todo aquello que se perdía durante la confección y, como por arte de magia, aparecía bajo la escoba o en el recogedor. Una vez por semana y por turnos se fregaba el suelo.

—Nos vamos —anunció Ana—. ¿No dejas eso para mañana?

—Prefiero terminarlo, así saldrá en el primer correo. Ahora estoy bastante despejada. Ha sido una tarde muy ilustrativa, repetiré la experiencia.

—Desde que emprendimos esta aventura, no has vivido. Casi no conoces la ciudad a pesar de que llevas unos meses en ella —reprochó Ana.

—Procuraré enmendarme —prometió Mariela con una sonrisa.

Una vez sola, la sonrisa desapareció, borrada por un gesto de preocupación.

Terminó el pedido para madame Sophie y subió arriba. Acceder a la trampilla le planteó un problema ya que carecía de escalera. La que disponían en el taller contaba con tres peldaños, lo usual para llegar a sitios altos, e insuficiente para tocar el techo y menos para acceder a él. Se entretuvo buscando la forma y decidió que los tablones que empleaban para exponer los sombreros y complementos podrían servir. Retiró las telas que los vestían y escogió los más cortos, que le ofrecían mayor confianza para sostener su peso. Trasladó los caballetes, ajustó los tablones y, encima, puso la escalerita de tres peldaños. Lo movió para asegurarse de la firmeza del conjunto y se arriesgó a subir.

Empujó con fuerza la trampilla y ésta cedió fácilmente, lo que le confirmó que alguien subía con frecuencia. Se sintió en aquel instante como una niña en plena exploración de una casa encantada. Desplazó la trampilla y asomó la cabeza. Estaba oscuro. Iba a bajar para hacerse con una lámpara cuando reparó en que había allí una, al alcance de la mano. Tanteó hasta que dio con las cerillas. Se trataba de una lámpara de mecha, la encendió e iluminó la enorme estancia que abarcaba la planta completa de la casa sin tabiques, de forma que las esquinas o lugares más alejados permanecían en sombra. Tampoco hacía falta más, unas veinte cajas grandes y otras tantas más pequeñas se apilaban en el centro, cerca de la trampilla.

Sin bajarse, se desató la falda, dejó caer la enagua y se quitó el polisón. Los calzones le permitieron la movilidad para auparse y elevar la pierna para subir a la tarima de madera. Allí, el polvo revelaba el trasiego de los desconocidos que habían dejado grabado su esfuerzo. Con tantas pisadas, no se notarían las suyas. Se aproximó a las cajas y probó a abrirlas. Sólo una cedió, seguramente la que ellos mismos habrían abierto para comprobar la mercancía: fusiles.

A Mariela le recorrió un escalofrío el cuerpo. Cogió uno y comprobó que no era nuevo, estaban engrasados y envueltos en telas para conservarlos, los arañazos en las partes de madera y el desgaste de la correa de cuero advertía de un uso continuado. Contó las cajas que había de esa largura y miró las más pequeñas. Algunas tenían grabada la palabra dinamita en letras rojas y el nombre de la mina de donde había sido sustraída. Volvió a dejarlo todo como estaba y se retiró hasta la trampilla. Se dejó caer de espaldas hasta que los pies tocaron la escalerita. Una vez firme, apagó la lámpara y la dejó en el mismo lugar. Bajó un peldaño para deslizar la trampilla sobre la cabeza y la encajó. Llegó al suelo y comenzó a recoger la ropa que había dejado caer. Desmontó el tinglado y lo

ordenó todo, como si allí no hubiese sucedido nada.

Sin embargo, era un engaño visual, porque el descubrimiento había trastocado todo: sus aspiraciones, sus sueños. Comprobó que se había manchado la ropa interior con el polvo y la tierra del suelo y buscó un cepillo para sacudirlo, luego se vistió lentamente, mientras en su cabeza soportaba un aluvión de ideas disparatadas, de esperanzas rotas. Abrió una de las ventanas que daban a la bahía y comprobó que ya había anochecido. La luna rompía la noche, ayudada por los fanales de los barcos que indicaban su posición. Respiró profundamente el aire del mar y expiró en un intento de serenarse. Nada conseguiría si dejaba que el pánico se adueñara de su persona. Aquello no lo habían almacenado en un día; no corría peligro por el momento.

Dos eran los problemas que se le planteaban: el primero, sobre la autoría del contrabandista. Si fuera anterior a la adquisición de la casa, Ernesto quedaba exonerado; en caso contrario... no quería ni pensarlo. El segundo, el más grave, le concernía a ella directamente: si denunciaba el hallazgo, el taller se llenaría de carabineros y saldría en la prensa. ¡Menudo escándalo! Y ni tan mal si ella lograba salir indemne de cualquier tonta sospecha o acusación. El taller había supuesto una dura competencia para el sector textil santanderino. En los talleres más modestos le sacarían los ojos con semejante noticia.

Otra posibilidad era seguir en la nube de la ignorancia. ¿Hasta cuándo? Águeda andaba mosca y, sin ir más lejos, esta mañana había estado muy cerca de enterarse de todo. Había sido la casualidad la que lo había evitado. No era un contrabando cualquiera, eran armas, de lo que deducía que se trataba de gente peligrosa. ¿Y si corrían peligro todas ellas? En algún momento querrían recuperar lo que habían almacenado. ¡Las francesas! Habían pasado un mes durmiendo en la casa ¿y si se los hubieran encontrado? Tembló ante la idea. Por suerte, nada de eso había ocurrido, pero podría suceder en cualquier momento. Aunque cambiara la cerradura, nada los detendría y quedaría constancia de que habían sido descubiertos.

Agobiada ante tales pensamientos, cerró la ventana, apagó las lámparas y bajó. Echó un vistazo en derredor para comprobar que todo estaba en orden, aunque de qué serviría si volvían a entrar esa noche. Era muy desagradable esa sensación de intrusismo, de falta de seguridad en la propia casa. Cogió la abultada carta para Francia y apagó la última luz antes de salir a la calle. El silencio la recibió en aquel tramo, roto por el rítmico taconeo de sus zapatos; sin embargo, al trasponer el arco de la catedral hacia el puente, le llegaron las risas y

las voces altas y disonantes de los borrachos de Rúa Menor y de la calle Infierno. Apretó el paso y lamentó que el sombrero no llevase tul para cubrir el rostro.

—Buenas noches. —Mariela dio un respingo al escuchar el saludo. Una sombra alta se le acercó y, hasta que no pasó por debajo de una farola, no lo reconoció—. Disculpe si la he asustado. ¿No es muy tarde para que se retire sola?

—Tiene razón. Deben de estar preocupados en casa por mi tardanza, pero el tiempo se me pasa volando. No me percaté de que ya había anochecido.

—Si me permite, la acompaño. Ya viene siendo costumbre.

Mariela no supo cómo tomárselo: si como una crítica o, simplemente, con humor.

—Lo dejo a su elección. Si le supone algún inconveniente, siga su camino. No quisiera que llegara tarde a la mesa de juego —arriesgó.

El marino esbozó una sonrisa que Mariela adivinó por el brillo de los dientes en la escasa luz. Se puso a su vera y siguieron juntos hacia el puente.

—Compruebo que tiene buen conocimiento de lo que ocurre en los tugurios de la ciudad.

—¿No imaginará que los frecuento? Que me haya sorprendido dos veces en la calle a altas horas de la noche no me convierte en una mujer disoluta.

—Usted misma me ha dejado claro que ha sido por trabajo.

—Esta vez; no la anterior.

¿A qué jugaba este hombre? se preguntaba Mariela.

—He pensado en su hermano como fuente de la información —reveló—, es lo habitual cuando se comparten viajes y aventuras.

—Seguramente —eludió—. Ernesto me comentó que usted frecuentaba la noche, pero nada más. No compartimos amistades ni aficiones.

Mariela se desligó de la vida de su hermano. Tal y como estaba la situación, le convenía marcar la mayor distancia posible. Por otra parte, el capitán no había rebatido la acusación, algo que la asombró, pues los hombres negaban hasta la mayor evidencia, al menos, los de su familia siempre habían actuado así. Claro que, a ella, qué le iba o venía en cómo disfrutara el tiempo libre el señor Saro.

—Aparentemente, no; sin embargo, viajan juntos por lo que ha comentado en alguna ocasión.

—Hasta ahora, sí; pero yo me quedaré en Santander y él seguirá su camino. ¿Por qué le interesa tanto mi vida? —Mariela se volvió a él en medio del puente.

—Ya que es tan directa, no dejaré de serlo yo. ¿Hay algún hombre que se le

resista?

—Me parece que ya puedo prescindir de su compañía. El tramo más conflictivo lo hemos dejado atrás.

—No se inquiete, no soy hombre que no respete a las mujeres, tampoco la aturdiré con palabras melosas. Usted preguntó y yo contesté. —Avanzó y Mariela lo siguió más tranquila.

—No se anda con rodeos —reconoció Mariela.

—No es mujer que los admita.

—¿Es así como el mar y la soledad esculpe a los hombres? Directos y sinceros.

—¿Prefiere ser conquistada con un madrigal?

—No lo sé. Nunca he amado, así que carezco de experiencia y, por tanto, ignoro qué me atrae de un hombre.

—No se haga la dama cándida e inocente conmigo. Eso resulta insultante.

—Si me importase su opinión, fingiría; pero no es así, por lo que tampoco me molesta su observación. Ya hemos llegado. Le quedo agradecida.

Dejó al marino con la palabra en la boca y subió las escaleras. Abrió la puerta su tía Pura con cara preocupada.

—¡Hija! ¿Qué pasó? Tu tío iba a salir a buscarte.

—Lo lamento de veras, tía. No sé dónde tengo la cabeza. El día me parece demasiado corto.

Cenó con la familia y se retiró a la alcoba. El encuentro con el marino desplazó la preocupación y la importancia del descubrimiento. ¿Por qué había sido tan sincera? Lo que le dolió fue que no la creyera. El que hubiera viajado y hubiera alternado en fiestas en otras ciudades ¿ya la convertía en una experta amante? ¡Vaya estupidez! Los españoles eran estrechos de miras; o bien, el ser hermana de un tahúr la desprestigiaba. ¿Era sólo un tahúr? La inquietud por las actividades ilegales de su hermano regresó con fuerza. ¿De dónde sacaba todo el dinero? ¿Había sido una ingenua al pensar que provenía del juego? No había presenciado una partida, pues se jugaba en salones inaccesibles para las mujeres de buena reputación, pero tenía entendido, por lo que había oído, que se perdían verdaderas fortunas en las mesas. Ernesto hacía trampas, había presenciado desde pequeña cómo preparaba las jugadas y le había hecho algunos juegos de manos. Le constaba que era muy habilidoso, la cuestión era si siempre se jugaba tanto dinero y si siempre ganaba él. Habría de perder alguna vez si no quería que sospechasen. Habían mantenido un ritmo de vida muy alto y ella había gastado

en modistas y tiendas sin límite para poder codearse con lo más selecto. Volvió a considerar que era mucho dinero y que cabía, dentro de lo probable, que hubiera otra fuente de ingresos. Lo que no se atrevía a dilucidar era cuál sería la actividad complementaria: robo o contrabando. ¿Y si todo era una calentura de su mente? Cruzó los dedos y deseó que fuera invención suya.

29

Pablo se quedó perplejo por cómo le había confesado la cubana que le importaba una higa lo que pensara de ella y se había despedido de la misma forma brusca que la otra vez. Era una mujer con carácter y con las prioridades muy claras para moverse con ese desenfado. Le había dolido el desapego y la forma tan contundente de ponerlo en su sitio. Al verla, pensó que la suerte le era propicia para averiguar si sabía algo de las actividades de su hermano. Lo único que había aclarado era que hablaban, pero de ahí a que le hiciera partícipe de sus fechorías había un trecho y esa supuesta distancia era lo que lo mantenía en vilo. No obstante, las armas se escondían en el taller y el que tenía acceso ilimitado por la familiaridad era Ernesto.

Estaba cansado y no le apetecía dejarse caer por la *Bodega*, así que bajó la rampa del puente a la calle de La Ribera. El Sardinilla lo aguardaba con una nota que lo citaba en la barbería. Cenaron queso y fruta y se acostaron.

El sueño lo inquietó, imágenes de una mujer hermosa y sensual, con la cara y el cuerpo de Mariela, se mezclaban con los del hermano jugador y contrabandista. Luego, ambos se reían de él. La belleza de ella era un velo que ocultaba las actividades criminales. La muerte del comisario se imponía al final anegando cualquier otro sueño.

Se despertó empapado en sudor en medio de la noche. Hacía calor en la alcoba. Se levantó y abrió las puertas, en el salón dormía el chiquillo en un catre de tijera. Se sirvió agua de una jarra de barro y abrió la puerta del balcón. La brisa viciada y maloliente de la calle lo inundó. Suspiró por la casa del muelle. Volvió a acostarse y durmió plácidamente hasta que el escándalo de fuera y la luz lo despertaron.

Las voces de las aguadoras y los gritos de las pescadoras que anunciaban la mercancía que paseaban sobre la cabeza llenaron el salón. La calle se animaba con el ruido de los carros sobre el empedrado y las voces de los carreteros. Sin embargo, el Sardinilla seguía en el séptimo cielo, bien arrebuñado en el catre y

ajeno al amanecer, con la tranquilidad de los justos.

—Despierta, remolón. Nos esperan en la barbería y quiero desayunar antes.

—El chiquillo asomó la cara somnolienta y bostezó a la vez que se estiraba todo lo que podía—. ¿Te apetecen un chocolate y una ristra de churros?

Palabras mágicas que terminaron por espabilar al Sardinilla. Pablo comenzó a asociar comida con chico, y eso que era un alambre, ¿dónde metía lo que engullía? Águeda ya podía estar agradecida por encargarse de la alimentación, que a ella le habría supuesto el sueldo del mes. ¡Águeda! Una idea le cruzó la mente. No se sentía muy orgulloso de ella pero no le quedaba otro remedio.

—Oye, Sardinilla, después de desayunar por qué no te acercas al taller a saludar a tu madre. Debemos tener cuidado y no olvidarnos de la familia. Seguro que querrá saber de ti. De esta manera aprovechas y buscas, con discreción, unas cajas de ese tamaño —y señaló un arcón—, aunque un poco más bajas. Nos vemos en la tasca a la hora de comer.

—¿Tengo la mañana libre?

—¿Toda? ¿Y qué vas a hacer después de la visita?

—Buscar al Chepa en el muelle. Hay mucho trabajo entre los barcos. Así me entero de las mareas y de cuándo va a salir de pesca.

—Bueno, si vas con el Chepa tienes mi permiso. Pero te espero a comer. Ignoro qué sorpresa me habrán preparado en la barbería. Cada vez que hay aviso, ha sucedido algo desagradable.

El teniente acudió acompañado por el nuevo comisario, a quien no había visto todavía patrullando las calles como su antecesor.

—Buenos días —saludó Pablo al entrar en el estrecho almacén—. Como sigamos aumentando el número, tendremos que buscar un sitio más amplio.

—O despejar de bártulos éste —propuso López—. Una barbería la frecuente cualquiera y a cualquier hora. No levanta sospechas.

—No dispongo de toda la mañana —apremió Rojas que había ocupado la silla desvencijada de barbero—. La cuestión es: ¿qué hago con los detenidos?

—Nuestro agente infiltrado acaba de entrar en contacto con la banda. Ya sabemos dónde guardan las armas de contrabando —informó satisfecho el teniente.

—Mi enhorabuena —felicitó Rojas—. ¿Y ya conocen la mente urdidora?

—No —replicó Pablo—, pero confío en que, si siguen sin el Botero, terminará por aparecer. La banda ya ha cometido la primera equivocación al encontrarse sin patrón: me han incluido. ¿Cómo han ido los interrogatorios?

—Remigio ha soltado el lastre que ya conocíamos por usted —reveló el comisario Rojas—: el contrabando de coloniales. Pero mi impresión es que tiene lugar al margen del de las armas. El señor... bueno, el Botero, como ustedes lo llaman, no ha abierto la boca y tampoco ha caído en la celada de que su compañero haya cantado *La Traviata*. Igual, si desvelamos que sabemos dónde se encuentran las armas, como si alguien se hubiera ido de la lengua, y le cargamos con el asesinato del comisario, suelta prenda.

—No. Eso significa dar palos de ciego y podemos ser nosotros los que caigamos en la trampa —rechazó Pablo, que había tomado asiento en una banqueta y se apoyaba en un palanganero roto—. En primer lugar, el Botero está metido en el contrabando de coloniales, aunque los cabezas visibles y los que cargan con el trabajo sean los pescadores, Elmo, el Tiña, el Marrajo y el Remi. El Botero, Iván y Gorka se mantienen al margen y cobran su parte. Sin embargo, la noche que necesitaron mi ayuda fue porque les faltaba mano de carga: el Remi y el propio Botero. En esa operación sí que estaban presentes los dos brazos del Botero porque se trataba de las armas, pero lo de ellos no es pensar.

—Si los sigue reteniendo, ¿quién contactará con el cerebro de la operación? —planteó el teniente López, a quien veían el cogote, gracias al espejo que había a su espalda.

—También queda el cabo suelto del asesino de mi antecesor —recordó Rojas—. Creo que lo más factible será que los retenga con la acusación del contrabando de coloniales y por asesinato.

—¿Cómo probará el asesinato? El Botero no se movió de la *Bodega* —preguntó Pablo asombrado.

—De ninguna manera. Usted asegura que no fue el Remi porque el comisario estaba vivo cuando lo dejó, pero también comentó que el asesino debía encontrarse ya en el coche puesto que el asiento conservaba el calor. Para que un asiento tome calor, la persona debe permanecer un rato ocupándolo. El Remi lo ha visto, lo ha confesado, pero no ha sido capaz de describirlo. El individuo iba totalmente de oscuro con un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos y no pronunció una sola palabra. No creo que mienta, aunque nada me induce a confiar en su palabra. Ha preferido lanzarnos el contrabando a cambio de que lo liberemos de la acusación de asesinato. Probaré la misma treta con el Botero, no como mano ejecutora, sino como inductor, aunque dudo que

prosperare. Al menos, servirá como excusa para mantenerlo fuera de la calle.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecho el teniente—. A ver si en dos días asoma la cabeza el hombre que mueve los hilos.

—No se frote las manos con tanta premura, mi querido amigo —reconvino el comisario—. La única razón para que alguien tan precavido se dé a conocer es que necesite disponer del cargamento. ¿Dónde está? ¿Cuánto tiempo lleva almacenado? ¿Cuál es la fecha de salida y hacia dónde? No quiero bajarles la moral pero, a mi juicio, les falta mucha investigación de campo por delante. Buenos días les dé Dios.

El comisario abandonó el pequeño almacén y se quedaron cabizbajos el teniente y Pablo.

—Me gusta el comisario —rompió el silencio Pablo—. Al principio tuve mis dudas, pero es analista, con los pies en el suelo. Y, aunque no lo parezca, colaborador.

—¿Aunque no lo parezca? ¿Lo dice por el jarro de agua fría que nos ha echado encima? —se quejó el teniente—. Es un zorro con aspecto de cordero.

—Con la diferencia de que es leal y competente. Imagínese que hubiéramos seguido trabajando con el corrupto de Cobo.

—No habríamos llegado hasta aquí y tampoco hubiéramos contado con él. Es justo admitir que su asesinato nos ha venido como anillo al dedo —reconoció el teniente López—. ¿Y ahora qué?

—Soy yo quien debe provocar situaciones insostenibles o dudas entre la banda. Sin el Botero por medio, será sencillo.

—Vuelvo a recomendarle precaución. Ya hay un muerto, aunque no sepamos si guarda relación. En cuanto a la mujer y el taller, ¿qué hacemos?

—Nada. Esperar. He intentado acercarme a ella y no he estado fino; no se me da bien eso de encandilar a las mujeres.

La risa del teniente llenó el almacén.

—Creía que se desmayaban a su paso.

—Siempre hay una primera vez —admitió Pablo—. Igual ha sido por esa razón. Nunca he necesitado esforzarme y ahora no sé cómo hacerlo. Aun así, no es una mujer común. Me desorientan su voz suave y sus maneras frías, sus movimientos armoniosos y sus desplantes, su mirada cálida contradice sus palabras directas y llanas.

—Puede que usted se sienta desorientado, pero si admite mi humilde opinión, yo creo que está muy orientado, aunque no en la dirección que

esperaba.

—¿Qué quiere decir?

—Eso, amigo mío, deberá descubrirlo usted. Buenos días y que haya suerte en sus pesquisas.

30

La mañana había transcurrido sin que se dieran cuenta en aquel cuartucho de la barbería. Se dio una vuelta por el viejo muelle de las Naos, al pie de la fortaleza de San Felipe. Olía más fuerte a mar a causa de las redes colgadas para secar o para remendar. Se apoyó en la base de la pared del antiguo fuerte, que ahora se utilizaba como almacén del Ayuntamiento, para recibir los rayos del sol y que le templasen los huesos fríos a causa de la humedad de la barbería. Llevaba un rato escuchando el graznido de las gaviotas cuando descubrió al Sardinilla. Avanzaba solo, se metió entre las redes y lo perdió de vista. No se movió y aguzó la vista para penetrar en el entramado colgado. Al cabo de un rato llegó por allí un raquero. Se saludaron y hablaron un rato. Notó que el Sardinilla vigilaba el muelle inquieto, igual que su compañero. Luego se separaron sin mirar atrás, cada uno por su lado.

Se acercaba la hora de comer y, por Somorrostro, subió a la Rúa Mayor, pasó por delante del taller y observó, a través de las ventanas abiertas, que las costureras dejaban la labor. En breve, saldrían las designadas a buscar el almuerzo. Apretó el paso para llegar antes que ellas. El Sardinilla lo esperaba en la cocina, charlando con la Trini mientras ésta remataba las cestas. En cuanto lo oyó, salió con una sonrisa.

—¿Qué tal la mañana? —se interesó Pablo tomando asiento.

—Bien. Ha llegado un barco y el Chepa no ha podido atenderme. El Bolo me dijo que en dos días habrá luna llena. Con el buen tiempo que hace, la bahía va a estar saturada de pescadores.

—El Chepa conoce los sitios favoritos de los peces —aseguró Pablo—. Conseguirás una buena lubina.

—¿Me dejará ir con ellos? —preguntó el chiquillo esperanzado.

—Por supuesto. ¿Por qué te ibas a perder una diversión como ésa?

—¡¡Bien!! —exclamó Antón de tal manera que sobresaltó a las costureras que entraban por la puerta. Reconocieron al chiquillo y sonrieron al pasar junto a él para perderse en la cocina. Al poco, salieron con los cestos al brazo muy

animadas.

—¿Qué tal tu madre? —indagó Pablo—. ¿Está contenta en el trabajo?

—Muy contenta. La señorita Mariela la tiene en gran consideración. Mi madre es como una jefa, manda sobre estas señoritas —confió muy serio el chiquillo.

—Entonces, como hijo de la jefa, habrás inspeccionado todos los rincones del taller.

—Por supuesto, incluso he estado arriba —respondió orgulloso—. No he visto ninguna caja del tamaño que me indicó. Todas las cajas son de colores vivos para guardar vestidos, sombreros y esas cosas.

La Trini salió con la fuente y la dejó en el centro de la mesa y sentó. Durante unos minutos reinó el silencio, interrumpido para las indicaciones del servicio. Luego, Pablo reanudó el interrogatorio.

—¿Qué ocurre arriba para que sea tan importante haber subido?

—Hay unos salones muy lujosos a un lado y, al otro, son las habitaciones en las que se almacenan telas muy delicadas.

—He oído hablar de esos salones a las chicas —participó la Trini en la conversación—. Es donde recibe a las clientes y les ofrece té. Todo de lo más fino. Así que braman los talleres de la ciudad, aunque no comprendo de qué se quejan porque no pueden competir con lo que la cubana ofrece. Cada uno tiene su sitio, es como si yo ahora me quejara de que el Suizo me hace la competencia.

Rieron la ocurrencia y Pablo, caballerosamente, le aseguró que aquel rincón era mucho más cómodo que el Suizo.

—Lo que no comprendo es cómo algo tan fino está en un caserón tan viejo. Seguro que no reúne condiciones y hay muchos trastos viejos acumulados.

—¡Huy! ¡Qué va! Esa mujer ha realizado una reforma y ha sacado todos los que no le hacían falta. Ha dejado la planta de abajo sólo con un biombo que oculta la cocina y el retrete y arriba... está irreconocible. —A la Trini se le iluminaban los ojos hablando del taller.

—Así que usted también ha estado allí —corroboró Pablo.

—Como media ciudad. Me lo iba a perder mediando tanta confianza.

—Algunas casas antiguas tienen leyendas —siguió Pablo incansable.

—Ésta tiene un fantasma —confesó en voz baja el Sardinilla—, pero la señorita Mariela no permite que se hable de ello.

—¿Un fantasma? Esto se pone interesante.

—No se haga ilusiones —atajó la Trini—. Un trágico suceso dio que hablar,

ya sabe cómo son las lenguas ociosas. Por esa razón estuvo bastante tiempo deshabitada.

—Buen tema para los postres. ¿Qué sucedió?

—Vivía un matrimonio mal avenido, él la maltrataba. Todo el barrio lo sabía. El hijo, en cuanto tuvo edad, se hizo a la mar y no regresó. Lo que nadie entendió es que se quitara la vida cuando el marido falleció. De esto hace años.

—No se sabe —corrigió el Sardinilla—. Ella desapareció y desde entonces la oyen llorar desesperadamente y gritar imprecaciones al marido.

—No se encontró el cuerpo. Los días de sur la bahía se pone imposible. Y lo de los lamentos fue una historia de la vieja viuda de Velarde. Se la contó a todo aquel que quiso escucharla. El hijo recibió la casa en herencia y no se dignó aparecer. La puso en venta y hasta ahora, que la adquirió la señorita Mariela.

—¿Por qué no creyeron a la señora de Velarde?

—Vive encerrada, sale poco y es un tanto extraña. Lee mucho, ya sabe, no es sano para la cabeza. El sol y el aire le vendrían mejor en lugar de estar encerrada con la pobre Virtudes, la doncella que la cuida.

Se despidieron de la Trini y la dejaron recogiendo la mesa. Por el camino hacia la catedral se cruzaron de nuevo con las costureras que llevaban los cestos de regreso. El sol estaba en lo más alto y las casas negaban el alivio de la sombra.

—Cada vez que voy, pongo atención por si escucho al fantasma —confesó el Sardinilla mientras bajaban al rampa.

—Es una leyenda, por lo tanto ni es cierto ni es mentira. —Ante la mirada perpleja del muchacho aclaró—: no existe el fantasma, aunque sí un motivo que dio pie al cuento. Una desaparición inexplicable junto al ruido que produce el viento sur, que azota preferentemente esas casas, produjo la sensación que llevó a la señora de Velarde a realizar tales afirmaciones. Y como son muy del gusto de las gentes, se propagó como un incendio. ¿Te atreverías a buscar la razón que originó el cuento?

—¿En la casa? ¿Algo así como una investigación por mi cuenta?

—Sí. Una forma de demostrar que los fantasmas no existen porque lo que escuchó esa mujer fue... lo que sea.

—¡Hum! Sí, creo que podré hacerlo.

Perfecto, pensó Pablo. No confiaba en que pudiera aclarar nada, pero sí que resultaba curioso que la casa tuviera un fantasma que justificase lo inexplicable como, por ejemplo, que entrase gente de noche en el taller. Nada más inocente que un niño atraído por una historia de fantasmas que revolviese y preguntase

por él.

—¿Y ahora me dirás con quién te encontraste en el muelle?

—¿Cómo lo sabe? —Ante la mirada acerada de Pablo, el chiquillo rectificó —. Con el Muergo. Nos vemos a escondidas porque los demás no me aceptan si no voy con ellos y robo como uno más.

—Recuerda que si, en un futuro, quieres llegar a ser celador o carabinero, no puedes tener antecedentes policiales por delinquir. Es interesante que mantengas ese vínculo mientras te sea posible, nunca sabe uno cuándo o a quién puede necesitar en un momento dado.

Entraron en casa y Pablo se tumbó a echar la siesta para estar fresco por la noche. Lo que le había quedado claro es que el cargamento de armas no se encontraba a la vista, pues media ciudad, como había reconocido Trini, había desfilado por allí. No obstante, eran cajas pesadas y que abultaban. ¿Una habitación cegada al amparo de la reforma? En ese caso, estaba inculcando a Mariela. Mariela. Un nombre almibarado para un carácter cortante.

Volvió a soñar. En esta ocasión con la casa y el fantasma errante y de nuevo los dos hermanos se reían de él, se escapaban entre las redes que le impedían perseguirlos. Y de nuevo el calor fue el culpable del sueño irregular. Permaneció en la penumbra reflexionando con tranquilidad. Cuanto más se empeñaba en eliminar a los hermanos de la ecuación, más sospechosos parecían.

Al atardecer, se lavó para quitarse el sudor y espabilarse. Cenaron embutido, quesos y fruta. Dejó al Sardinilla entretenido con las imágenes de unos libros y salió hacia la *Bodega*. Las farolas de gas se encendían rápido, mientras que las de los barrios más pobres, todavía de petróleo, tardaban más. El mundo cambiaba con los nuevos descubrimientos, la vida resultaba más cómoda y requería un esfuerzo para adaptarse, sobre todo a las personas mayores.

La *Bodega* funcionaba como si el propio Botero siguiera tras las cortinas. ¿Sería esa era la razón? Gorka e Iván continuaban con su papel de vigilantes y mantenían el orden, aunque no todo resultaba tan idílico como se enteró por Mario: la ropa sucia se lavaba en casa. Ernesto había desafiado a Gorka y, luego, se había plegado a seguir con el mismo tanto por ciento como si estuviera el Botero. Entonces, sucedió algo inusual. Entró el señor Carrión, acompañado de otro castellano, y Ernesto se apresuró a abandonar la mesa y el local antes de que los caballeros tomaran asiento. Iván intentó cortarle la retirada para que cumpliera su compromiso como cada noche, pero el criollo fue más ágil.

El señor Carrión se chanceó abiertamente de la fuga del cubano y los demás jugadores corearon la gracia. Eran tal para cual, pero a Pablo le revolvió el estómago que el vallisoletano abusara de su posición. Estaba seguro de que Ernesto Escalante era mucho mejor tramposo que Carrión. En ningún momento olvidó su propósito y la situación lo favoreció.

—Imagino que, en ausencia del Botero, usted dará las órdenes. El Botero conocía sus dotes de observador.

—Eso explíquesele a estos dos tarugos —respondió Mario con mala cara—. Con dos mandobles se han hecho los amos, pero les falta cerebro. Así que observo detrás de la barra cómo se resuelve la situación y en qué acaba la detención. El Botero tiene coartada, así que no entendemos por qué lo retienen.

—Igual alguien ha largado más de lo que debía durante los interrogatorios.

—No quisiera estar en su piel —replicó Mario—. Si el asunto se tuerce, cambio de aires. La *Bodega* dejará de ser lo que es en manos inadecuadas. He ahorrado lo suficiente para abrir mi propio establecimiento en otra parte.

—¿No va a luchar por lo que puede ser suyo? —pinchó Pablo.

—La verdad es que la vida será más cómoda sin el aliento del comisario en la nuca. Las prisas no son buenas y la paciencia guarda su recompensa. Si condenan al Botero, seguro que arrastra a esos dos en su caída.

Desde la muerte del comisario, los vecinos hablaban abiertamente de las extorsiones que llevaba a cabo.

—¿No teme por usted? Navega por las mismas aguas.

—Yo, no. Sé nadar y guardar la ropa. No participo en los negocios del Botero. Me deja las ganancias de la barra y me paga un tanto fijo por mantener los ojos y los oídos abiertos.

Aquella noche, Pablo había errado el tiro. Mario quedaba descartado por la falta de conocimiento. Gorka e Iván eran inaccesibles. Quedaban los pescadores. Cuando saliera a la luz que el Remi los había delatado, sólo les quedaría el contrabando de las armas. ¿Cómo ponerlos nerviosos? Y lo más importante, ¿quién de ellos conocía al cerebro de la operación?

Dejó la *Bodega* y recorrió los tugurios en busca de alguno de ellos. Sólo dio con el Tiña. Lo invitó a un trago y se apartaron para comentar la detención del Remi y el Botero.

—Lo más inteligente es desaparecer una temporada —comentó el Tiña—. Seguro que los han detenido por el contrabando de coloniales. Es cuestión de

tiempo que vengan por nosotros, pero Iván y Gorka se niegan en redondo. ¡Retiña! Nos han amenazado en firme.

—¿Qué les va a ellos en vuestras decisiones? ¿Y por qué ellos no sienten esa necesidad de desaparecer?

—La avaricia rompe el saco. El contrabando de coloniales es lo de menos. Lo importante es el trabajito en el que colaboró el otro día.

Pablo se encogió de hombros fingiendo ignorancia.

—¿No era lo mismo? Pensé que las mujeres del taller lo habían adquirido al por mayor.

—¡Quía! Llevamos un año reuniendo ese cargamento y ahora estamos a un paso de hacernos ricos. Ésas no tienen ni idea de lo que hay allí, y más les vale no enterarse. Menuda angustia que nos hizo pasar la cubana cuando compró la casa. El Botero tiene nervios de acero. Sucedió tal y como predijo el malnacido —se rio el Tiña al recordarlo.

—Ahora sí que me has dejado intrigado —siguió el juego Pablo.

—Mejor que no sepa nada. No está el horno para bollos y cuanto menos gente haya en el ajo, mejor para todos. Rezo para que asome pronto el comprador, liberarme del asunto y volar a otros pagos. Éstos andan muy revueltos para mi salud.

—Si todavía estáis buscando comprador, tal y como están las cosas, nadie querrá arriesgarse.

—¡Retiña! Un negocio así no se empieza si no hay comprador. Quedó emplazado para el mes de julio, antes de que se llene la bahía de militares para recibir a la madre del rey. Pero con el Botero encarcelado, vamos a la deriva.

—Comprendo. Es quien lo conoce y sabe cómo localizarlo.

—No tanto, pero algo así. Iván y Gorka están convencidos de que, faltando el Botero, contará con ellos. Eso, si no nos han detenido antes a todos, que es lo que me temo.

—Llevan día y medio y no ha sucedido nada; luego no han hablado —coligió Pablo.

La conversación se desvió por otros derroteros relacionados con la ley. Pablo había comprendido que el cerebro del entramado se mantenía a la sombra y sólo el Botero lo conocía. Estaba convencido de que, si el Botero abandonaba la celda, la operación iba al traste. Los pescadores y los acólitos del Botero desconocían los detalles de la entrega, sólo a grandes rasgos entreveían lo que iba a suceder. La cuestión que se le planteaba era cómo el comprador iba sacar

de España ese armamento: en barco, siempre y cuando no estuvieran errados en su suposición de que el destino era Cuba. Y él seguía persuadido de que Ernesto Escalante no era ajeno a la operación, aunque su hermana lo ignorase. Tampoco descartaba que ella fuera una actriz consumada, por más que el corazón se negara a creerlo. ¡Qué casualidad que adquiriera esa casa precisamente!

Al cabo de un rato, se separaron. Iniciaba la retirada cuando se encontró con la Sula.

—Dichosos los ojos —lo detuvo zalamera—. Desde que frecuenta la *Bodega*, se olvida de los amigos.

—Será porque tiene la mirada turbia y no le permite ver. ¿Qué celebra?

—La muerte de ese malnacido. Vaya peso que me he quitado de encima —se sinceró la Sula.

—No lo diga muy alto o pensarán que ha tenido parte —reconvino Pablo suavemente.

—Y así ha sido. ¡Cuánto he rezado! Medio barrio está de fiesta. Deberían hacerle un monumento. Por cierto, algunos andan muy nerviosos a causa de la detención del Botero: guarda muchos secretos.

—Sin embargo tiene coartada. Lo liberarán.

—¡Vaya usted a saber! Está tan metido en harina que igual lo han pillado por otro asunto.

—¿Conoce al cubano que...

—¿Por dentro o por fuera? —interrumpió la Sula con una sonrisa—. Ése es un tema agradable: Ernesto. Hasta el nombre es sonoro.

—¡Puf! Ha caído bajo los dulces encantos caribeños.

—¿Y quién no? Los clientes de por aquí son unos asnos —afirmó la Sula con un gesto de desagrado.

—Además de trampas en el juego, ¿a qué se dedica?

—Trabaja para un marqués y no sé más. Ernesto no habla de sí mismo, ni menciona a su hermana, y eso que está en boca de todo el mundo.

—¿Su hermana? ¿Por qué? —se interesó Pablo.

—¡Ps! Por el taller, porque es guapa y por el tema de la tal Águeda. Ha sido muy valiente. El Botero la tiene ojeriza, como a Ernesto. Me han comentado que, desde que aparecieron los hermanos, no ha dejado de echar pestes contra ellos.

De eso estaba al corriente. Ernesto no era un hombre que se dejara someter

a la fuerza y Mariela había ocupado la casa en la que almacenaban las armas. Sin embargo, no sería la primera vez que se fingía antagonismo para desviar las sospechas.

—Ahora me interesa cualquier cosa relacionada con Ernesto. Imagino que le será fácil por la confianza con la que pronuncia su nombre.

—Difícil. Se le puede preguntar cualquier cosa, nunca se enfada; pero no contesta. Se limita a sonreír y a desahogarse. Además, a ése no me apetece traicionarlo. Vive su vida y deja vivir a los demás. Sin el comisario encima, ya no lo necesito, era el comisario y no el Botero, quien me amargaba la vida: adiós, guapo.

La noche había sido provechosa, a pesar de seguir a dos velas en cuanto quién era la mente inteligente y haber perdido a la Sula, que lo había despachado sin ambages ahora que se había liberado de la extorsión sexual, así que decidió retirarse.

31

Había dejado pasar un par de días y seguía igual de irresoluta que el primero. Era consciente del peligro, aquellos hombres irrumpirían en un momento dado para recuperar lo que habían escondido. No se le ocultaba que para bajar las cajas harían falta muchas manos y arrasaría el taller. Y luego, ¿por dónde sacarían la carga? Por la puerta. Los verían los vecinos, el sereno, cualquiera que pasara, y su reputación quedaría manchada, en entredicho al menos, aunque consiguiera convencerlos de su inocencia. ¿Y Ernesto? Maldito Ernesto, si estaba detrás de ello y perdía de nuevo la oportunidad de salir a flote por su culpa, sería capaz de matarlo. No lo perdonaría en la vida.

Oyó a la tía Pura en el piso de abajo, ya era la hora de levantarse. Llevaba los dos días sin pegar ojo, ansiosa, distraída y sin hambre. No podía seguir así, con

la cabeza bajo tierra, como los avestruces. El asunto, bajo ningún punto de vista era agradable, pero si ella no daba el primer paso, sería mucho más comprometido limpiar su reputación. ¿Y sus tíos? No resolvía nada preocupándolos de antemano. Intentaría razonar con el nuevo comisario y, según como fuera la entrevista, decidiría.

Se levantó con los sentimientos encontrados, animada porque iba a dar el paso necesario, y con la sensación de quien va a asistir a un funeral, en este caso el suyo. Los celadores pondrían el taller patas arriba cuando estaba a punto de realizar las primeras entregas. Y los rumores, que correrían con la rapidez de un incendio, la dolían de antemano, cargados de bilis y de envidia. Conocía por experiencia el alma humana, y no era blanca precisamente.

En cuanto Ana dejó el retrete libre, entró Mariela. Marimar se fue a ayudar a su hermana a vestirse y peinarse y luego seguiría con ella. La tía y Marimar se arreglaban la una a la otra con tranquilidad, cuando ya se habían marchado al trabajo. Necesitaba una excusa para entrar más tarde en el taller y acudir al cuartel.

—Buenos días —saludó Mariela, fingiendo una energía y una alegría que no sentía.

—Buenos días, hija —respondió la tía Pura a la vez que retiraba la leche del fuego. La criada limpiaba las habitaciones en cuanto ellas las dejaban libres—. ¡Virgen Purísima! Este fin de semana a los baños de ola de cabeza; y después, a

dormir mucho. No es bueno trabajar tanto. Si vieras lo desmejorada que estás, querida. De nada te valdrá que salga el negocio adelante si tú te quedas atrás.

—Le estaba comentando a madre que ya no es necesario recibir todos los días. Podríamos dejarlo en días alternos. Si por alguna circunstancia a alguien le apremiara, se puede hacer una excepción —propuso Ana—. La gran afluencia ya ha pasado, la temporada está iniciada. Lo cierto es que esas mujeres son agotadoras en sus exigencias.

—Lo tendré en cuenta —aceptó Mariela sirviéndose—. La semana que viene empezaremos las entregas, justo en el plazo convenido. Estoy satisfecha. De estos pequeños detalles depende mucho el futuro: seriedad en la puntualidad, buen trabajo y que la cliente quede contenta cuando se lo pruebe en la intimidad de su alcoba. ¿Llegaron las cajas?

—Sí, son preciosas. Madre, son cajas de diseño con fondo granate y el emblema del taller en oro —explicó Ana orgullosa—: redondas para los sombreros, alargadas para guantes, medias y pañuelos y enormes para los vestidos.

—¿Cómo haréis los repartos? —se interesó Pura con la ilusión en los ojos.

—Es lo más divertido —sonrió Ana—. Hemos alquilado un coche y hemos acordado con el cochero, un tal Avelino, echar por encima de la capota una tela granate con el emblema del taller. Cuando se termine el reparto, retiramos la tela hasta la próxima vez.

—Será muy caro.

—No. Como será una colaboración constante, hemos estipulado una cifra fija al mes. A él le conviene contar con un dinero asegurado —intervino Mariela.

—Estoy sobre ascuas. El coche lo verán transitar por las calles durante los repartos —dedujo Pura.

—Ésa es la idea, madre, propaganda. El taller funciona y la gente se fijará dónde se detiene el coche para hacer la entrega.

El tono de Ana era triunfante para mayor zozobra de Mariela. Ella había embarcado a toda la familia en aquel alocado plan que en breve se hundiría irremediablemente. La suerte, como una mala sombra, la esquivaba. Si estuviera en Cuba, pensaría que le habían echado mal de ojo.

—Hoy me retrasaré. Pasaré por Correos. —Se encontraba la oficina en el mismo edificio que el cuartel.

—No te preocupes. ¿Quedamos el domingo? Le mandaré una nota a Carmina. Nos vendrá bien distraernos.

Ana se fue a la fonda a recoger a las muchachas y Mariela se encaminó, hecha un manojo de nervios, al matadero de sus ilusiones. El desayuno le estaba sentando mal y, a cada paso que daba, se le descomponía el gesto. Se tomó unos minutos frente a un escaparate de la calle San Francisco, cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió, se percató de que era una librería y los libros que exhibía eran del gusto de Mariela: poemas de Campoamor, de Zorrilla, Bécquer,

convivían con la serie de novelas sobre la guerra de la independencia de Benito Pérez Galdós. ¡Oh! Ésas eran las novelas sobre las que había hablado ampliamente Ventura Cantolla. El autor veraneaba en Santander. A Mariela se le recompuso el cuerpo ante el deseo de adquirirlas. Meneó la cabeza pensativa y se batió en retirada. Primero el deber, por desagradable que fuera.

Había tomado una determinación y debía seguir adelante. No había solución, tarde o temprano, se sabría. Más fortalecida y con mejor estómago, llegó al cuartel. No había mentido mucho ya que tanto el cuartel como Correos se encontraban ambos en el antiguo convento de San Francisco. Preguntó por el comisario y la condujeron ante el señor Celestino Rojas.

Tras las presentaciones y el obsequio del comisario, tomaron asiento cada uno a un lado de la mesa de despacho. Mariela estaba acostumbrada a la admiración que despertaba su belleza y le extrañó enfrentarse a una mirada que la observaba con una gran curiosidad. Por otra parte, le costaba creer que el hombre que se sentaba enfrente estuviera capacitado para desempeñar el cargo, semejaba un labriego analfabeto con pretensiones.

—Verá, he comprado una casa en la calle de Rúa Mayor para...

—Sé quién es usted —interrumpió el comisario, sin resultar brusco—. No hace falta que me sitúe. Usted y su hermano son nuevos en la ciudad y, desde que llegaron, han sido el centro de atención de los ciudadanos.

—Dicho así, me atemoriza usted —se sinceró Mariela molesta.

—No se inquiete, es lo habitual en una ciudad pequeña —explicó Rojas—. Lo que me intriga es su presencia aquí. ¿Ha sido víctima de un robo?

—No, no —se apresuró a corregir Mariela—. Es algo mucho más grave y que me infunde un gran miedo, por mi seguridad personal y por el taller.

El comisario se apoyó y se inclinó sobre la mesa, fijando la atención en la cubana. Mariela sintió que la traspasaba con la mirada que se escondía bajo la poblada ceja. Había resultado un hombre competente ya que se había informado sobre los vecinos de la ciudad.

—Cuando adquirí la casa, realicé unas pequeñas obras para adecuar el interior a las necesidades de un taller de costura. Me aseguraron que el tejado se conservaba bien y no le presté atención al constatar que no había humedades que lo hicieran necesario y como había prisa por acondicionarlo y abrir, no lo hice.

—¿El tejado?

—Sí, el espacio entre el techo y el tejado.

Mariela percibió el instante en el que el comisario comprendió lo que decía. Se le iluminaron y agrandaron los pequeños ojos de forma inusual. Envalentonada por la atención que había captado, prosiguió.

—Hace dos días, descubrí suciedad en el suelo cuando lo limpiamos primorosamente todas las tardes al finalizar el trabajo. La limpieza es primordial para que no se manchen las delicadas telas con las que trabajamos. Ya había

sucedido en otra ocasión, pero lo atribuimos a la criada de la vecina.

—¿La criada de la vecina?

—Sí. La señora de Velarde tenía las llaves de la casa y era la encargada de enseñarla. Como ella no sale nunca, doña Virtudes, la doncella, era quien la mostraba. Aparentemente, me entregaron todas las llaves con la compra, pero sospecho que la doncella ha sacado una copia o se ha quedado con una. Creí que era ella quien había entrado llevada por la curiosidad. Aparte, está la historia del fantasma.

—Un fantasma. No se priva usted de nada —comentó Rojas socarrón.

—Puede que le parezca gracioso, pero yo me estoy dejando la vida en este momento.

La seriedad de Mariela y los ojos acuosos que luchaban para no romper a llorar se impusieron al comisario, quien se disculpó y le rogó que continuase.

—Pues eso, entre la leyenda y la doncella de al lado no fuimos conscientes del peligro que nos acechaba.

—Ahora habla en plural.

—Mi prima Ana, la encargada del taller, Águeda, y yo. Digamos que somos las responsables de que el negocio marche. Sin embargo, esto que le voy a desvelar ahora, no lo saben, tal es la gravedad. —El comisario asintió y Mariela prosiguió—: Los restos de tierra eran muy evidentes, entraban por la puerta principal, subían al primer piso y terminaban bajo la trampilla de acceso al

armazón del tejado. Lo limpié todo para que no lo viera nadie y por la noche subí.

Mariela se detuvo, se dio cuenta de la tensión que la atenazaba y respiró hondo. El comisario desplegaba una paciencia proverbial, sólo el brillo de los ojos delataba la ansiedad.

—¿Qué encontró? —apremió al fin.

—Cajas. Cajas grandes, con fusiles, y más pequeñas, con pistolas. Munición y dinamita de las minas.

Los nervios la pudieron y de forma atropellada y suplicante reventó:

—¡Que la Virgen me ampare! Por Dios le ruego que no ponga patas arriba el taller. Es todo lo que tengo y las chicas dependen de ese trabajo. Hemos puesto nuestra esperanza y nuestra ilusión. Yo comprendo que no entienda esto que le digo; pero, ¿no habría una forma delicada, discreta, para que no trascendiera algo tan horrible? Será imposible recuperar la respetabilidad tras un golpe como éste.

—Ha tardado dos días en denunciarlo, según su declaración.

—Sí, bueno, depende de cómo se mire. Lo descubrí el jueves por la noche y hoy es sábado. La razón ha sido ésta por la que le suplico.

Rojas se levantó y se acercó a la ventana. Durante un rato mantuvo la vista perdida en la casa de enfrente, como si repasara la declaración. Mariela contenía el aire, pues no se atrevía ni a respirar. Su futuro pendía de la decisión del

comisario. Transcurrieron unos minutos que se le antojaron horas. Por fin, el hombre regresó de allí, adonde hubiera volado su mente, y se sentó.

—Será así como procedamos. Usted quiere reserva y yo se la proporcionaré. Enviaré un agente cuando cierren el taller para que eche un vistazo y tome nota de lo que encuentre. Para eso necesitaremos una llave de la casa.

—Estaré esperándole.

—No. Compruebo que no es consciente del peligro que corren usted y las mujeres que trabajan allí. Mientras sigan en la ignorancia, estarán a salvo. Es evidente que la casa se halla bajo vigilancia y estas personas operan en su ausencia. Sería un riesgo innecesario si se quedara en la casa fuera del horario de trabajo. No debe romper, bajo ningún pretexto, la rutina. Podría levantar la liebre y escaparse la caza; o bien, podría perder la vida. El contrabando de armas es muy serio y no permitirán que una mujer se interponga en su camino. Déjenos una llave y le prometo que intentaré, en lo que sea posible, que no trascienda.

Mariela abrió el bolsillo, sacó la llave, con una cinta roja de raso anudada, y se la entregó. Su angustia fue muy evidente a juzgar por las palabras del comisario:

—Si envío a un agente es para no llamar la atención. Intentaré, en la medida de lo posible, atender su ruego. Comprendo la importancia de un negocio y de recibir un sueldo, aunque sean mujeres. Me he enterado de su valiente intervención a favor de una mujer que se hallaba en una situación difícil y que ha

defendido tan admirablemente al aceptarla en el taller. Por razones personales, cuenta usted con mi admiración.

—El boca a boca funciona perfectamente, no sé para qué se molestan en imprimir periódicos —replicó Mariela entre asombrada y molesta.

—Tengo entendido que llega usted de ciudades grandes. Allí se olvida uno de lo que supone vivir en una comunidad pequeña. En cuanto lleve un par de años entre nosotros, se habrá acostumbrado.

—Muy larga me parece la estancia. Si este asunto da al traste con el negocio, tendré que irme.

Mariela se despidió del comisario, quien la acompañó a la puerta y reiteró que pondrían el mayor cuidado en que no les afectase el caso.

Por el camino hacia el taller, repasó la conversación y cayó en la cuenta de que el comisario no pareció impresionado por su descubrimiento. Lo normal, y lo que ella había esperado, es que hubiera saltado de su asiento, hubiera reunido a la brigada y se hubiera personado en el lugar para verificar su testimonio. Por el contrario, se había mostrado sereno, afable y comprensivo con la declaración. Un tipo extraño, de apariencia extravagante y descuidada. Mariela se planteaba si su postura respondía a una actuación meditada.

Llegó al taller y hubo de llamar para que la abrieran.

—Hola. ¿No encuentras la llave? —saludó Ana.

—Me la he dejado en otro bolsillo. Demasiadas cosas en la cabeza.

Mariela saludó y Águeda le puso al corriente sobre los pedidos a punto de concluir para que les diese el visto bueno. Pasarían a plancharlos y almidonar las partes que fueran necesarias para luego envolverlos en papel de seda antes de introducirlos en las cajas.

Igual que el día del descubrimiento, el tiempo se detuvo y la ansiedad la superaba. A media tarde, llegó a la conclusión de que no obedecería al señor Rojas. Imposible dormir con el pensamiento en el taller. Recordó el fusil que guardaba su tío en la tienda y tomó una determinación.

—Salgo a un recado y enseguida vuelvo —se excusó, sin reparar en los rostros de asombro de Ana y de Águeda.

En ciertas circunstancias, renegaba de las estrechas faldas que estaban de moda y ésta era una ellas ya que no le permitía alargar el paso. Entró en la tienda como un huracán, aunque no tuvo que excusarse ya que el empleado se encontraba solo. Subió al altillo y rebuscó hasta que dio con él. Lo envolvió en un viejo hule y salió tal como vino. Entró sin resuello en el taller y subió a los salones. Dejó su preciosa y mortífera carga en la habitación de las camas e inventó una historia para quedarse a dormir allí. No hizo falta que bajase a hablar con Ana, ésta subió intrigada por el comportamiento de Mariela.

—¿Qué te sucede? Estás muy rara.

—Nada. Que tiene razón la tía, estoy agotada y he pensado en dormir aquí hoy, como experimento. No duermo bien y no sé si es por el exceso de

cansancio, por el calor de la alcoba o qué. Hoy dormiré aquí y dejaré abierta una de las ventanas que dan a la bahía. No me dará el aire directamente; estoy en otra habitación. Mañana os contaré qué tal me ha ido.

—¡Ah! Me tenías preocupada. No es mala idea. La verdad es que esta casa es mucho mejor que el piso de mis padres.

—Mi idea, en cuanto reúna dinero, es buscar uno para mí. No puedo abusar indefinidamente de vuestra hospitalidad.

—El problema es que lo que construyen nuevo está alejado del centro. Ahora en verano es agradable caminar un rato, pero en invierno es harina de otro costal —explicó Ana.

—De aquí a que se cumpla mi sueño, ya veremos.

—Estoy escribiendo los recibos de los trabajos que se entregarán el lunes y creo que estamos en el buen camino. Dice Águeda que el viernes, seguramente, se pueda hacer otra entrega. ¡Qué nervios! Empezamos a recibir dinero.

—Ya me lo contarás a final de mes, cuando descuentes los salarios y los gastos.

—Aun así, a ojo, te puedo avanzar que nos será muy provechoso. La alta costura deja mucho más margen que los vestidos sencillos.

—Eso me hace recordar que, en cuanto baje la presión, tendrás que hacerte un equipo nuevo y más apropiado para una mujer que regenta un negocio de este tipo.

Ana se miró el vestido y lo comparó con el que llevaba su prima. Distaba mucho de ser tan elegante. Estaba tan contenta con la nueva vida que no se había percatado de su vestuario.

—No pongas esa cara —riñó Mariela con una sonrisa—. Estás muy bien, pero somos el anuncio de lo que ofrecemos. Y no se me olvidan las clases de francés en cuanto empiece el invierno.

—Desde que te conozco vivo sin resuello. No hay tiempo para nada.

Llegó el momento de cerrar el taller. La actividad que se desplegó en recoger y barrer, entre risas, dimes y diretes propios de la alegría cuando ha terminado la jornada laboral, llenó la casa. Mariela recordó que Ana cumpliría años pronto y se planteó regalarle el primer vestido de seda para los bailes veraniegos; tendría que hablarlo con Águeda pues la confección se realizaría de forma discreta para que su prima no se enterase de la sorpresa.

Sintió una soledad enorme cuando se fueron. Lo primero que hizo fue escenificar si alguien entraba por la puerta. La escopeta serviría en caso desesperado si fueran los contrabandistas. En principio, esperaba al agente, pero nunca se sabía.

32

Pablo levantó la vista de la mesa en la que se apilaban los libros y vio a Mariela al otro lado del escaparate. La mujer había cerrado los ojos y no ofrecía buen aspecto, aunque, poco a poco, se fue recuperando. Pablo se sabía a salvo al

amparo de la oscuridad de la librería y porque el reflejo del cristal le impedía a ella atisbar el interior. Contempló a placer cómo su pecho subía y bajaba de forma más pronunciada que la habitual. Registró el momento en el que ella reparó en los libros que se exhibían, incluso en los que se fijó concretamente porque él los sostenía en la mano.

Ventura le había recomendado la serie de Episodios Nacionales que había escrito Benito Pérez Galdós sobre la guerra de la Independencia y había pensado que le vendría bien algo de lectura que lo alejase de la investigación que llevaba entre manos. Cuanto más se calentara la mollera, más difícil le sería desenredar la madeja. Necesitaba perspectiva. Sin embargo, en cuanto vio que la cubana abandonaba el escaparate, los dejó para más adelante y salió tras ella.

No era el camino habitual al taller, seguramente haría algún recado, pero el instinto lo impelió a seguirla. Se quedó sin aire, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago cuando subió la calle Isabel II y entró en el cuartel. Buscó un portal poco concurrido para resguardarse de las miradas ajenas y que le sirviera de puesto de observación. La gente pasaba, las aguadoras de la fuente de la calle del Cubo iban y venían con las herradas sobre la cabeza, se ofrecía la prensa a gritos y los minutos transcurrían sin que Mariela asomara de nuevo. Por fin, con su aire aristocrático, la cubana salió. Aguardó a que se perdiera de vista y entró en el cuartel. Pidió una entrevista con el señor Rojas.

—¿Está loco? ¿Y si lo hubiera visto alguien? —lo amonestó.

—¿A qué ha venido ella aquí? —Pablo no se anduvo con rodeos.

—¿No se lo imagina?

—No juegue conmigo —advirtió Pablo.

—A revelar que hay un montón de cajas en el bajo techo de su casa. Hace dos días que se dio cuenta. —Rojas lo puso al corriente de la conversación y de los temores de ella sobre el futuro del taller si aquello se divulgaba—. Así que, mi querido amigo, su teoría de que los hermanos eran la cabeza del entramado se ha venido abajo de un soplo.

—En lo que a ella respecta; al hermano no lo exima tan rápidamente.

—Es usted difícil. No está demás recelar hasta que se pueda descartar al sospechoso, pero me parece raro que ella esté en la inopia cuando han viajado

juntos. La he observado de cerca y, aparte de ser muy bella, es inteligente y fuerte.

—¿Y ha dicho que está decidida a quedarse a vivir aquí?

—Sí, de ahí el temor a que el taller se vea envuelto en este feo asunto. Eso la obligaría a cerrar y a marcharse. Estaba muy nerviosa. Por lo que he oído, deduzco que ha invertido mucho dinero en el proyecto. Es un duro golpe, comprendo que dudase en denunciarlo.

—¡Hum! No sé, tengo que digerirlo. Por el momento, cuenta con una llave.

—Sí, y usted será mi agente. Irá cuando cierren el taller y tomará nota de lo que haya —ordenó a la vez que alargaba la llave, un poco ostentosa por el tamaño y la cinta roja—. Procure no manchar, eso fue lo que los delató el otro día. Son unas fanáticas de la limpieza. Según lo que vea allí, decidiremos. Nos encontraremos a las nueve en la barbería. Avisaré al teniente y me entrevistaré con el gobernador para ponerlo al tanto de nuestros avances. Sobre la muerte de mi antecesor no he averiguado nada y ahora me distrae un hábil ladrón, pero estoy satisfecho con la investigación. Mientras se encuentre activa, hay esperanzas. Resulta refrescante tanto delito, me aburría en mi anterior destino.

—Me alegro por usted y su extraño humor, pero dudo que los vecinos de la ciudad compartan su gozo. Hasta mañana.

Pablo abandonó el cuartel. Compró los Episodios Nacionales, vagabundó por las calles, comió con el Sardinilla y la Trini y se retiró a casa dispuesto a perderse en la lectura con la esperanza de que la tarde transcurriera más rápidamente.

Cenaron frugalmente, como acostumbraban a hacerlo cada noche, y charlaron un rato sobre las actividades del chico.

—Me ha sido imposible investigar en el taller —contaba—. Andaban nerviosas con las primeras entregas y no me querían merodeando por allí y, de subir a la parte de arriba, se acabó. Mi madre se mostró inflexible. Así que me fui en busca del Muergo. Andaba muy contento porque había realizado su primer trabajo y había cobrado.

—Muy loable que quiera ser útil a la sociedad —convino Pablo.

—No creo que haya sido un trabajo honrado por el misterio que se traía. No quiso hablarme de él, aunque sí me comentó que era muy sencillo.

—Tienes razón en este caso. No conozco ningún trabajo que sea sencillo y bien remunerado —confirmó Pablo.

Había dejado pasar un tiempo prudencial desde que cerrara el taller. Pasó dos

veces por delante de la casa: una, para cerciorarse de que no hubieran prolongado la jornada por cualquier circunstancia; y otra, para evitar al sereno que pasaba por allí en el preciso momento. A la tercera, se acercó al portón con la llave en la mano, la metió, giró, abrió lo imprescindible para pasar el cuerpo y cerró de nuevo.

La oscuridad era completa. Recordó que, en la otra ocasión, Iván llevaba una lámpara. Lamentó su falta de previsión. Sin moverse por temor a tropezar y romper algo que delatara su presencia posteriormente, tanteó la pared cercana al marco de la puerta hasta que dio con una lámpara colgada. Tardó un minuto en encenderla pero, antes de girarse, sintió el contacto de algo frío en la nuca.

—Ni se le ocurra moverse, capitán. —La cadencia caribeña de la voz descubrió a su dueña—. Nunca hubiera imaginado que fuera usted el contrabandista. Así que rondaba tanto por aquí. El que comiera en la tasca de la Trini tampoco ha sido casualidad. Tenía que haber creído a Ernesto cuando me advirtió de que usted no era de fiar.

—Se equivoca. ¿Me permite devolverle la llave? —preguntó Pablo sin iniciar el ademán de cogerla.

—Por supuesto que me dará la llave. Primero deje la lámpara en el gancho, después se da la media vuelta y, muy despacio, saca la llave y la deja en el suelo.

Pablo alargó la mano para colgar la lámpara y sintió que el arma se alejaba. Si hubiera querido, al tenerla tan cerca, de un manotazo la habría desarmado, pero habría creado confusión y desconfianza, cuando lo que pretendía era todo lo contrario. Se dio la vuelta y se enfrentó a Mariela que lo sorprendió con un vestido de algodón verde sobre el que destacaban rosas de un rojo granate. Un atuendo muy rural que lucía con la elegancia de una reina. En ningún momento dejó de encañonarlo, así que mantuvo las formas mientras no se deshiciera el malentendido. Metió la mano en el bolsillo y sacó despacio la llave. En lugar de arrojarla al suelo, la mostró.

—¿La reconoce? Creo que el comisario le pidió que no se quedara en el taller. ¿Qué hace aquí?

En un instante, cambió el ambiente. Mariela bajó el arma y Pablo comprobó cómo le ponía el seguro con movimiento diestro, por lo que no le eran ajenas las armas, y la dejaba apoyada en la silla más cercana.

—¿Es usted el agente?

—Una pregunta innecesaria —obvió Pablo—. Conteste la mía.

—Se lo dije al comisario, pero no me comprendió. ¡Qué van a entender los

hombres! Esto es mi vida y lucharé por ello con uñas y dientes.

—¿En qué va a cambiar las cosas su presencia? Lo único que conseguirá es agravarlas. —No la dejó contestar y prosiguió—: Es igual. Ya que está aquí, condúzcame hasta el lugar en el que se encuentra la mercancía.

Pablo observó que la mujer lo precedió sin un mal gesto, sin una réplica a su tono cortante. No era de ésas que gastaban el aliento en discusiones banales. En la media penumbra se percató del estricto orden que reinaba en el taller. Al principio de la escalera se dio la vuelta para contemplar el panorama que ofrecía; sin embargo, parte se perdía en las sombras. Llegó arriba y la presencia de Mariela en medio del pasillo lo detuvo. Ella miró hacia arriba y él siguió su ejemplo.

—¿Y la escalera? —preguntó ante la pasividad de la cubana.

—No hay —respondió lacónicamente.

Pablo fijó sus ojos en ella. No, no era mujer de discusiones, pero no abandonaba el campo de batalla. Acababa de comunicarle que la había ofendido.

—¿Va a tardar mucho en desvelarme cómo subió la otra noche?

Él no quería guerra, pero su lengua, sí, ya que no lo obedecía y actuaba por cuenta propia.

—¿Cómo habría subido usted si yo no hubiera estado? —retó Mariela.

—Si no hay escalera, ésa no es la pregunta adecuada, sino ¿cómo han subido ellos el cargamento? A no ser que tenga la solución por alguna pista que le hayan dejado.

—Yo juego limpio. Es usted el grosero. No han dejado huellas, excepto la otra noche. Son muy cuidadosos, por lo general.

—Eso es una suposición —corrigió Pablo, empeñado en mantenerse por encima de ella—. Si desconocía lo que se almacenaba en el altillo, debo entender que ignora las veces que han entrado.

—Es usted muy quisquilloso. Por la cantidad de cajas, colijo que no ha sido labor de una sola noche; y, como no nos hemos dado cuenta, deduzco que han sido cuidadosos.

—Trabajo sobre hechos seguros y probados, no suposiciones —justificó su actitud—. Y ahora, ¿me facilitará el acceso, por favor?

Mariela no le ocultó una sonrisa de satisfacción ante la primera palabra amable que le había arrancado. Y Pablo la encontró muy atractiva.

—¿Tendrá la deferencia de ayudarme? —El tono socarrón de ella le divirtió.

—Ante la falta de lacayos, no me importa servirla —siguió la broma—. ¿Qué

debo hacer?

—Yo abriré los caballetes y usted coja esos tablones. Sobre ellos pondremos la escalera doméstica.

Pablo obedeció y entre los dos montaron el tinglado. Una vez colocada la escalera de tres peldaños, se quedó contemplándolo.

—¿No se atreve? —se burló Mariela—. Le aseguro que es estable.

Pablo pasó por alto la sorna y fue directo a lo que le preocupaba.

—Es imposible que suban con este método unas cajas tan pesadas. Nos ha llevado un rato y ha tenido que desmontar el mostrador.

—Es mi método, no el de ellos; aunque reconozco que me intriga también.

—No ha hallado nada que ofrezca solidez y de lo que puedan servirse para tal fin —concluyó Pablo.

—No. He llegado a la conclusión de que lo traen ellos.

—No me parece factible. —Pablo recordó que no llevaron nada parecido cuando los acompañó—. Cargar con las cajas y con una escalera de estas proporciones... —planteó—. ¿Podría inspeccionar después el taller? —Y antes de que ella replicase airada, añadió—: No es que dude de su juicio, pero igual ha pasado por alto algo tan evidente que no ha caído en la cuenta.

—Haga lo que considere conveniente, siempre y cuando no manche. ¿Se decide a subir?

El orgullo era su talón de Aquiles. Sí, confirmó Pablo, la había ofendido otra vez. No andaba muy sutil esa noche. Sin embargo, había algo en ella que lo impulsaba a buscar guerra, a sacarla de quicio, a retarla. Se quitó la chaqueta y la gorra para tener libertad de movimiento y trepó por el tinglado. Descorrió la trampilla y asomó la cabeza.

—Junto a la trampilla hay una lámpara de mecha y unas cerillas —oyó a Mariela.

Tanteó y dio con ella. La encendió y se iluminó el entorno y poco más. Se dio impulso y, a fuerza de brazo, subió. Cogió la lámpara y la acercó a las cajas. Tomó nota mental del número que había de cada tipo. Abrió la que invitaba a ello porque ya había sido abierta más de una vez y curioseó los fusiles. Sin duda, provenían de los carlistas: viejas carabinas *minié* de avancarga, Berdans. Y otras más modernas, arrebatadas a soldados liberales muertos: Regminton, Springfield de 1866. Luego, dio dos pasos con la intención de recorrer el perímetro cuando, nuevamente, la voz de Mariela lo detuvo en seco.

—Ni se le ocurra salirse del camino entre la trampilla y las cajas. Dejaría huellas sobre el polvo.

Bajó la lámpara a ras de suelo y confirmó el sabio consejo de la cubana. El polvo se conservaba virgen fuera de ese recorrido. Movi6 la lámpara con la esperanza de que la luz iluminase más lejos pero fue en vano, así que regresó al hueco de acceso, apagó la lámpara y se dejó caer hasta la escalerita. Una vez abajo, se sacudió el polvo.

—Lo siento. Ha sido instintivo —se disculpó al darse cuenta de que ensuciaba.

—¿Ha descubierto algo nuevo? —inquirió Mariela sin hacer aprecio de su disculpa.

—No. ¿Me presta papel y pluma? Necesito apuntar las cantidades.

Mariela bajó dejándolo solo. Aprovechó para desmontar el tinglado y devolver las cosas a su sitio. Para entonces, ya estaba de regreso con un escritorio portátil. Se sentó, lo abrió y lo acomodó sobre las piernas. Escogió un plumín y, de un cajón lateral, sacó una hoja. Escogió el tintero que estaba empezado y puso a mano el papel secante. Mientras escribía las cantidades, sintió cómo ella repasaba con un trapo húmedo el suelo y algún mueble que se había visto afectado. Le intrigó aquella manía compulsiva.

—¿Por qué tanta limpieza? —se le escapó.

—¿Ha visto cómo queda una enagua blanca cuando se la arrastra por toda la casa? No, claro, no usa. Yo se lo diré...

—Negra —se adelantó Pablo con una sonrisa de triunfo—. Tengo madre.

—Trabajamos con mucha ropa blanca y telas muy delicadas que, si se manchan, es difícil limpiarlas y que queden con el apresto de origen.

Pablo aguardó a que ella terminara. Eso le permitió observarla sin disimulo. El vestido verde con las rosas granates le sentaba de maravilla: abotonado hasta el cuello por el que asomaba el encaje de la camisa, la cual también a floraba en las mangas de tres cuartos, una licencia veraniega; la falda se recogía sobre el polisón y dejaba a la vista una falda crema lisa que quedaba dos dedos sobre el suelo y permitía lucir las zapatillas confeccionadas con la misma tela del vestido. Campestre, clasificó Pablo.

—Muy callado está usted.

Se había quedado ensimismado y no había advertido que lo aguardaba de pie, frente a él, una vez terminada la limpieza.

—Me preguntaba si habría alguna prenda que la desluciera a usted.

—Me alegro de que haya cambiado de táctica. Con halagos se consigue más de una mujer.

—Gracias por la advertencia cuando estaba arriba. Confieso que habría cometido una gran torpeza que nos hubiera costado cara —confesó rascándose la barba.

—Ha sido valiente al reconocerlo delante de una mujer, me descubro. Comprenderá ahora el interés que me mueve, y no es el de estorbar precisamente.

—Ahora que hemos firmado un armisticio, ¿qué le parece si recorremos la casa?

Comenzaron por el piso de arriba. Mariela le explicó para qué se empleaban las habitaciones y recorrieron la planta. Pablo no sólo la escuchaba, sino que comprobó la pasión que destilaban sus palabras. Los ojos se le iluminaban, sonreía ante sus propias ideas y se envanecía del éxito de sus modelos. El orgullo de sus logros rezumaba y resultaba contagioso. La planta inferior era la que mayor interés le suscitaba.

—Es una casa antigua. Golpee metódicamente las paredes y cuando suene diferente, me avisa. Yo revisaré las dos chimeneas.

En dos ocasiones lo llamó, pero fueron falsas alarmas. Terminó la inspección sin ningún resultado.

—Estoy segura de que entran por la puerta, incluso pensé en cambiar la cerradura, aunque no lo hice por prudencia ya que supondría una declaración de mi conocimiento —admitió—. ¿Quiere un té? Yo necesito una taza.

—Ha hecho bien. Es muy inteligente y valiente al no perder los nervios —alabó Pablo, siguiéndola a la cocina que escondía un biombo. Tomó asiento junto a la mesa en la que comían—. Buscaba una habitación tapiada o un escondrijo en el que guardar la escalera. ¿Sabe disparar? —Recordó el fusil de la entrada.

Mariela levantó con las pinzas uno de los anillos de fundición y avivó la brasa con las mismas pinzas de la cocina, llenó la tetera de metal de agua y la puso al fuego. Se acordó de abrir un poco el cortatiro de la chimenea.

—Sí, me enseñó mi hermano cuando me hice cargo de la plantación y del ingenio. Aquellos campos, enormes y solitarios, los negros revueltos, la guerra...

—Tiempos difíciles. Sin embargo, ¿no le parecen lógicas las reivindicaciones de los hacendados sublevados?

—Bastante tenía con mis preocupaciones para salir adelante como para

buscarme más. La política interesa a aquellos que poseen algo que perder. Yo todavía estoy en ello y, si esto estalla, me hundiré irremediamente. Pero si alguna vez lo consigo y llego a ser rica, igual me intereso por ella.

—Su pragmatismo me admira, como su vena luchadora.

—Al final, acabaremos siendo amigos —vaticinó Mariela con una sonrisa.

A Pablo le dio un brinco el corazón. Había sido espontánea, sincera, sin artificio. Mariela se levantó para atender la tetera y preparar las tazas y él la siguió con una nueva mirada. Habían sido muchos los prejuicios bajo los que la había sepultado; no obstante, su personalidad se abría paso de forma arrolladora. Los modales suaves y delicados, la voz melosa y lenta, escondían una mujer fuerte, incansable y obcecada por hacerse un sitio en un mundo de hombres.

—¿Y qué me dice sobre su hermano? Por razones que no vienen al caso, me tropiezo frecuentemente con él —comentó, acariciándose la barba una vez más.

Mariela alargó una taza, acercó el azucarero y tomó asiento frente a él con otra taza. Con esa forma pausada que enervaba a los más dinámicos, revolvió el té. Los caribeños disfrutaban con el tiempo, no había prisa en las islas.

—Se contradice usted: esas razones sí vienen al caso, ya que me interroga. ¿De qué quiere enterarse que no sepa ya? —Hizo un movimiento negativo con la mano—. Déjelo. Ya que hemos firmado el armisticio, no lo obligaré a ser descortés. Si piensa que Ernesto está enredado con los independentistas cubanos, es que no lo conoce bien. Es demasiado perezoso para algo así. Además, ¿qué dinero le reportaría involucrarse en una guerra?

—¿Le parece poco el precio de las armas?

—No tienda trampas donde no hay caza. Usted sabe tan bien como yo que no somos contrabandistas. Esta casa ya era un almacén de armas antes de que nosotros llegásemos aquí. Ernesto no es un santo varón, pero esto se aleja de sus habilidades.

—En ningún momento la he incluido a usted.

—Me extrañaría que no lo hubiera hecho. Mi colaboración me ha descartado, queda Ernesto.

—Posee una mente muy analítica.

—Y usted miente muy mal.

La conversación quedó suspendida mientras sorbían el té, registraban en sus cerebros la conversación y medían al contrincante. Pablo continuaba en ese estadio propio del que realiza un descubrimiento y tarda en asimilarlo. Se mostraba ante él una Mariela muy diferente a como la había perfilado su mente.

Frente a la mujer manipuladora, engañosa e interesada que había forjado, se erigía una mujer sincera, directa y honrada.

—¿Qué va a suceder ahora? ¿Cómo procederán para que no afecte a la reputación del taller? —La mujer práctica lo acuciaba.

—No lo sé. Mañana a primera hora hay reunión y decidiremos —contestó Pablo.

—¿Quiénes? —Pablo enarcó una ceja—. Disculpe, no pensé que fuera secreto de Estado —se retractó Mariela.

—Lo es. Por eso mismo debo rogarle que guarde silencio, especialmente con su hermano Ernesto. No estoy autorizado a desvelarle los rasgos de la investigación. Tan sólo recordarle que, hasta que no esté terminada, es de vital importancia que no trascienda. Al final, la ciudad se comporta como un pueblo y todo se sabe. Mantenga a las mujeres en la ignorancia por su propia seguridad. Si, hasta ahora, ustedes no han supuesto una molestia para ellos, mejor.

—No se preocupe. Mi relación con Ernesto se reduce a alguna visita de cortesía y, en ningún momento, se me ha cruzado por la cabeza hacer partícipes de mi descubrimiento a mi prima o a mis tíos.

—No olvide dejar en su sitio el fusil, podrían echarlo de menos.

—En absoluto. Mi tío lo guardaba en el altillo de la tienda.

—¿No lo sacó de la caja abierta? —se extrañó Pablo y se rascó la barba otra vez.

—No —Mariela lo miró pensativa—. Es un fusil reglamentario, de la reciente guerra... —Pablo fue testigo de cuando se le hizo la luz—. ¡Están recuperando los fusiles que no se han entregado! Por eso están usados. ¡Oh! Han creído que nosotros somos los compradores, no los contrabandistas. ¡Dios mío! Menos mal que decidí denunciarlo. Lo dudé durante un par de días porque comprometía al taller.

—Eso me lleva a volver atrás en nuestra conversación. ¿Por qué asumió tan encantadoramente la culpabilidad de ustedes en el contrabando si no había caído en la cuenta de su destino?

—Estoy acostumbrada a verme envuelta en los líos de mi hermano, ya le dije que no es un santo varón, pero le aseguro que Ernesto no mantiene ninguna relación con esto. No somos los únicos cubanos en la ciudad.

—Se hace tarde. Quiero dormir un poco antes de que amanezca.

Pablo se levantó para evitar tocar un tema del que todavía no estaba seguro. Mariela quedaba descartada, pero, como ella misma había afirmado un rato

antes, desconocía los trapicheos de Ernesto o, al menos, hasta dónde alcanzaban éstos.

Mariela se levantó también con la intención de acompañarlo a la puerta, como si de una visita se tratase. De hecho, sobre la mesa, quedaba constancia más de una tertulia social que de una investigación en curso. Esa visión lo llevó a plantearse la tranquila y entretenida conversación que habían mantenido. Pasó a su lado para adelantarse hacia la puerta y dejó una apagada estela de una fragancia a rosas que, seguramente, a primera hora de la mañana, inundaría las fosas nasales de cualquiera que se le acercase. Una vez en la puerta, la detuvo.

—No quiero encontrarla de nuevo aquí —ordenó con voz grave y mirándola fijamente a los ojos. La penumbra que los envolvía impidió que se perdiera en ellos y lo salvó de cometer una imprudencia.

—Ya sabe cómo localizarme si vuelve a notar una intrusión: en la tasca de la Trini o a través de Antón.

—El hijo de Águeda. Viene con frecuencia y enreda mucho. No sé cómo decirle que el chiquillo no puede estar aquí —se quejó Mariela

—No volverá a verlo.

—Ya comprendo. Me vigilaba. —El ceño de Mariela se frunció en un gesto reprobatorio.

Pablo se encogió de hombros como respuesta. Asomó la cabeza para comprobar que el sereno no anduviera por allí y salió a la noche. Los propios pasos por el empedrado lo acompañaron a la torre de la catedral, en donde inició el descenso por la escalinata hacia el puente. Los engranajes de su mente se centraron en asimilar la escasa información obtenida para evitar perderse en un absurdo análisis sobre los confusos sentimientos que había provocado la señorita Escalante. Debía mantener su juicio ecuánime.

33

A la mañana siguiente, el Sardinilla lo sorprendió gratamente con un mensaje que cambiaba el sitio de reunión. En lugar del oscuro y húmedo almacén de la barbería, que cerraba los domingos, lo esperaban en el reservado de una pastelería de la calle del Peso. Le indicaban una discreta entrada por el callejón trasero.

Se aseo y se pegó la barba y el bigote. En invierno no le importaba

disfrazarse, pero el verano estaba siendo muy caluroso y el pegamento le irritaba la piel y le provocaba desazón. Desde que había llegado a Santander, el deseo de abandonar el trabajo para el gobierno iba en aumento. No le atraía el despacho, pero le cansaba sentirse atado a una disciplina de trabajo tan férrea. Reconocía que era un inconstante, tal y como su padre lo había caracterizado en más de una ocasión.

Antes de salir, comprobó que el Sardinilla cumplía con sus deberes: había aireado los colchones y vaciado los orinales, la cocina lucía limpia y se hallaba llenando las lámparas con queroseno.

—Salgo. No te olvides de renovar el agua, como el otro día. Nos encontraremos en la tasca de la Trini.

Apresuró el paso aprovechando que de buena mañana el aire era fresco. Dio con la puerta trasera de la pastelería gracias al dulce aroma y subió al piso superior por una estrecha escalera que amenazaba ruina a juzgar por los crujiidos. Se trataba de una amplia sala pintada de azul, con mesas de mármol blanco veteadas, pies de hierro forjado y sillas de fundición plegables. Lo abrían por la tarde para servir meriendas, mientras que, por la mañana, se limitaban a la venta en el piso inferior que daba a la calle. El teniente ya aguardaba, entretenido con la lectura del *Aviso* que plegó en cuanto lo oyó llegar.

—Buenos días. ¿Cómo le fue anoche?

Pablo no llegó a contestar pues la escalera crujió con el peso de nuevos visitantes: el comisario y el gobernador llegaban juntos. Tras los saludos pertinentes, tomaron asiento alrededor de una de las mesas.

—Hablaré yo primero —se adelantó Rojas a Pablo—. Ayer por la tarde se presentó un abogado y solicitó la liberación del Botero si no había causa contra él. Le expliqué su implicación en el contrabando de coloniales y la declaración de su compinche, Remigio. Hoy por la mañana, el dichoso abogado iba a solicitar una fianza al juez para que quedase en libertad hasta el día del juicio. Por lo tanto, me veré obligado a librarlo en cuanto se deposite el dinero.

—Si puede pagarla —alegó el teniente.

—Podrá. El abogado vestía caro —aclaró el comisario—, de ahí mi

preocupación. El hombre que buscamos está detrás, sin duda.

—No me extraña. Me he enterado de que el comprador de las armas, si no se encuentra ya en Santander, está a punto de llegar. Andan muy nerviosos porque tienen que trasladar el cargamento antes de que la bahía se llene de barcos del ejército y no puedan moverse. Lo que nadie sabe es adónde, ni conocen al comprador, ni quién es el que manda. El único que está al tanto de todo es el Botero. Es la pieza imprescindible.

—¿Y si desaparece? —planteó López.

—Sería tan sospechoso que el cerebro se nos escurriría de entre las manos —objetó el gobernador—. Señores, estamos muy cerca. No cometamos una imprudencia como han hecho ellos.

—Estoy de acuerdo, pero ni con el cargamento ni con los ejecutores conseguiremos que asome. ¿Cómo podemos forzarlo? Asistiremos al traslado del botín y ya está. El pago no creo que se realice *in situ* —planteó Pablo.

—Nunca se sabe —dijo el gobernador, no muy seguro de su afirmación.

—Si ha sido tan cuidadoso, lo será hasta el final —aseguró Pablo—. Hay que idear la forma de sacarlo de su madriguera.

—¿Qué encontró anoche? —preguntó cambiando de tema el comisario.

Pablo sacó un papel del bolsillo y leyó la relación de lo que había almacenado.

—También me encontré con la dueña que no atendió a su recomendación. Está muy preocupada por cómo puede afectar al negocio.

—¡Mujeres! —exclamó contrariado el comisario.

—En este caso, estoy del lado de ella —manifestó el gobernador—. Mi mujer es una de sus clientes. Espera con impaciencia la entrega de dos vestidos que lucirá durante los actos con sus majestades. Yo nunca he prestado atención a los comentarios de mi señora, y menos si son de tipo femenino, bastante tengo con mis preocupaciones; pero, en cuanto mencionó el taller de la cubana, se me abrieron los oídos. La alta sociedad le ha confiado el vestuario de los actos y bailes oficiales. Si esas entregas no se realizan, el escándalo no sólo será una preocupación de la dueña del taller; sino mía también, pues se pregonaría a los cuatro vientos lo que está sucediendo. Créanme, señores, la prensa se queda pequeña al lado de los chismorreos femeninos y del desconsuelo por no lucir los modelos deseados.

—Concretemos —intervino el teniente—. Necesitamos un plan que obligue

al cerebro a identificarse de alguna manera y que, al mismo tiempo, no afecte al taller de costura.

—Cómo se nota que ustedes no están casados. —Hizo una mueca el gobernador—. Taller de *Alta* costura —matizó—. Así que no se extrañen si sus altezas reales, las hermanas del rey, se dejan caer por allí.

—Sería un contratiempo —afirmó el comisario—. La señorita Escalante, además de bella, viste muy elegantemente. No pasa desapercibida, lo que es un imán para las señoras, que querrán imitarla o emularla, si eso fuera posible.

—Es difícil no caer bajo su hechizo —aseveró el gobernador—. Mi esposa no deja de hablar de ella.

—¿Y a usted qué le pareció? No ha abierto la boca y, sin embargo, es el que más tiempo ha estado con ella —indagó Rojas, fijando la mirada en Pablo.

—Nerviosa y preocupada, de ahí la imprudencia de desatender su consejo —eludió una descripción de otro tipo que era lo que realmente esperaban de él—. ¿Alguna propuesta o idea en cuanto a la trampa?

Los recondujo al problema que los agobiaba.

—Soy de Burgos y salí de caza en muchas ocasiones —dijo el comisario—. Para tender una trampa, hay que conocer las costumbres del animal que se quiere atrapar y estudiar el terreno por el que se mueve. Nosotros desconocemos la pieza que queremos cobrar, aunque el terreno nos es familiar así como los medios que empleará.

—El cebo, las armas —apuntó Pablo.

—Si su destino es Cuba, el comprador tendrá que disponer de un medio para sacarlas: un barco —coligió en voz alta el teniente López.

—Habrá muchos barcos, incluso de la Armada —siguió Pablo el hilo del pensamiento del carabinero.

—¿Cuáles con destino a Cuba? Ésa será mi misión —terminó López.

—El comprador simpatizará con los independentistas —dedujo el comisario.

—Encargaré a mi secretario que realice un censo de todos los cubanos o personas que mantengan relación con la isla —manifestó el gobernador.

—Si vuelven a requerir su ayuda, usted correrá peligro ¿es consciente de ello? —Rojas enfrentó a Pablo y los demás centraron la mirada en él—. ¿Cómo nos va a avisar de sus movimientos o de si se encuentra en un apuro? Cuando actúen, si espera a contárnoslo al día siguiente, será tarde.

—Un chico de doce años es mi sirviente, el Sardinilla. Pertenece al barrio de

pescadores y tiene un amigo entre los raqueros del muelle. Sabe a qué me dedico. Puedo ponerlo tras la sombra del Botero. Nadie les presta atención, pues como él, son muchos los que vagan durante el día mientras los padres están de pesca y las madres ganan el jornal.

—¿No salen a pescar con los padres? —se extrañó Rojas.

—Si es por la bahía; pero, en mar abierto, hacen falta hombres fuertes al remo y un chiquillo enclenque no es lo adecuado. Se quedan con las madres y durante la marea baja marisquean, pescan desde el muelle con marea alta o haraganean. —explicó Pablo al castellano de tierra adentro.

—El deber me reclama —apremió el gobernador—. Si sucede algo nuevo o si idean un plan, me avisan.

—Estoy de acuerdo —se adhirió el teniente—. Hay que meditarlo. Mientras tanto, seguimos con la investigación.

Se despidieron sin entretenerse, ya habían escatimado mucho tiempo a sus obligaciones.

34

Mariela cerró la puerta en cuanto el falso capitán se alejó hacia la catedral. Le había dado un gran susto, a pesar de que lo aguardaba. Durante la espera, le habían asaltado toda clase de dudas: ¿y si volvían los contrabandistas? A uno podía hacerlo frente, pero a varios... Cuando había sentido la llave en la puerta, cogió el fusil que tenía preparado, apagó la lámpara que había dejado encendida para no dormirse y se amparó en la oscuridad. Por fortuna, sólo un cuerpo se deslizó dentro. Se obligó a serenarse y controló el pulso. De la sangre fría dependía el éxito, nunca de los nervios. La llama que surgió de la combustión del queroseno resaltó el color rojizo del extraño cabello de Pedro Saro.

Lo que había comenzado con mal pie y como una guerra de voluntades, había terminado en una amistosa charla informativa. Recogió las tazas y las fregó para no dejar huella de la visita, por darle algún nombre. Repasó la conversación y rememoró algún momento, como cuando se quitó la chaqueta y se quedó en camisa. Los marinos desarrollaban la espalda y los brazos y a ella le atraía ese

tipo de cuerpo en lugar del esbelto y anodino de los comerciantes o aristócratas, más hechos al asiento que a la vida al aire libre. Allá, en Cuba, siempre había admirado el cuerpo de los negros: musculoso, elástico, fuerte; muy diferente del de los hacendados, que tendían a la obesidad a causa de la vida sedentaria y de los excesos. Mientras se desvestía, se recreó en el recuerdo de la penetrante mirada del capitán: unas veces, acerada e insidiosa; otras, cálida y burlona. Decía mucho con la mirada, eran unos ojos grises de lo más elocuentes. No los había visto a la luz del día, siempre por la noche o en la penumbra de la tasca de la Trini. Un escalofrío le recorrió el cuerpo: la tasca de la Trini. Siempre que quisiera, sabría dónde encontrarlo y eso le produjo un extraño gozo.

Durmió sólo dos horas y madrugó para que le diera tiempo a asearse y hacer la cama. Decidió esconder el fusil, bien envuelto, en el almacén de telas, encima del armario ropero que había aprovechado de la casa. Águeda la encontró desayunando un té con unas pastas que habían quedado de la merienda anterior.

—¿Nerviosa? —indagó la mujer—. Es domingo, así que un par de horas se nos pasará volando. ¿Cuántas emplearemos para preparar el pedido del lunes?

—Las menos posibles. Yo colaboraré. El viernes hay que realizar la segunda entrega. La puntualidad nos evitará que las señoras se nos echen encima y aguarden pacientemente si ven que hay rigor en las fechas. Es una recomendación de madame Sophie, que está muy acostumbrada a lidiar con crisis de este tipo. En París siempre hay prisa porque las fiestas, la ópera y los

bailes se suceden en un círculo interminable. Las señoras necesitan los vestidos para el día siguiente.

—¡Qué sin vivir! No podría con esa presión. Esto lo soporto porque se trata de un mes.

—De momento. Si me llegan los nuevos modelos con las telas de invierno en el pedido que esperamos, me gustaría presentar en agosto una pequeña colección.

—Con estos calores, ¿telas invernales? —dudó Águeda.

—La vanidad de la mujer no tiene límites. Si pueden regresar a su pueblo castellano con lo último de París, darán por bien sudados los días de pruebas —aseguró Mariela—. Por cierto, quiero regalar a mi prima un vestido de baile, pero ella no debe saber nada, se trata de una sorpresa por su cumpleaños. Te pasaré la revista con el modelo que he visto.

La llegada de Ana interrumpió la charla y se aprestaron a la labor. Las entregas del lunes quedaron primorosamente envueltas en papel de seda dentro de sus cajas. En una cartulina, Ana escribía los nombres y las direcciones que prendía con un alfiler del lazo que mantenía cerrada la caja. Sobre los tablones de la sala de arriba iban acumulando las cajas agrupadas por direcciones.

—En un cuaderno llevarán apuntado el número de cajas que hay que dejar en cada dirección, para que no se quede ningún paquete olvidado en el coche —recomendó Mariela a Ana—. La eficiencia es muy importante.

Las tres mujeres se mostraban alegres y animosas ante la perspectiva de salir de paseo, tomar el sol y disfrutar del descanso dominical. Mariela había decidido cerrar los domingos. Comprendía que si ella necesitaba un descanso, las muchachas también. Era muy cruel para los empleados la disposición que permitía abrir todos los días de la semana. Y las chicas preferían apurar las horas de luz de las tardes, aunque salieran a las nueve o nueve y media, y librar un día completo que les permitía relajarse y hacer excursiones. Este domingo era una excepción para las tres organizadoras a causa de la importancia de que sería la primera entrega que realizaría el taller. Había que mostrar la profesionalidad de la empresa.

—Voy a acabar loca —se quejó Ana desbordada—. ¡Cuánta responsabilidad!

—¿Ya no te parece divertido? —pinchó Mariela.

—¡No he dicho eso! —protestó. Se percató del gesto burlón de Mariela y rectificó—. Anda riéte. Estoy deseando relajarme.

—Yo también, así que vámonos. El lunes, a primera hora, revisaremos más frescas el pedido según lo subamos al coche.

—¿Has pensado en quiénes realizarán el reparto?

—Sí. Águeda las ha escogido, con buena presencia y espabiladas: Lucía y Manuela, que sabe leer —respondió Mariela—. La expósita ha sido todo un hallazgo. El haber crecido en un convento le ha procurado una educación y un oficio en el que es muy diestra.

Hasta que las campanas de las iglesias no comenzaron a repicar, no lo dejaron. Renovadas, con el talante optimista y la sonrisa en los labios, cerraron el taller y se despidieron de Águeda. Mariela había elegido un vestido de algodón, más apropiado para pasar el día en el Sardinero. Habían vuelto a quedar con las hermanas Torres y con Remedios Vial para bañarse y luego se trasladarían al faro de cabo Mayor, donde se reunirían con Alberto Vial y Ventura Cantolla para comer en uno de los prados, al borde de los acantilados.

Salieron cargadas con las bolsas de la playa y la cesta de mimbre con la comida: bocadillos y leche frita que les había preparado la tía Pura. Como era habitual, se reunieron en el portal de las Torres, quienes disponían de carruaje. Rosa y Remedios charlaban con Julia mientras las esperaban a ellas y a Carmina. Se apretaron dentro del landó entre risas y bromas ya que no llevaban las abultadas faldas de paseo o de baile. La jornada playera se desarrolló como la vez anterior, sólo que ahora Mariela ya se había integrado en las costumbres. Las colas para las consultas médicas en el balneario habían crecido, así como la gente en los arenales. Los mirones, que nunca habían contemplado el mar, se congregaban en los paseos de arriba para recrearse con la vista y refrescarse con la brisa marina.

—Ha sido buena idea la de irnos de comida al faro —comentó Carmina dentro del agua—. Esto está imposible.

—No imagino cómo será cuando llegue su majestad el rey —redundó

Remedios con un gesto de hastío.

—Quiero aprender a nadar como Mariela. ¿Me enseñará? —manifestó Carmina.

—¡Carmina! —exclamó Julia escandalizada—. Vaya verano que llevas. La rebeldía te sale por las orejas. Papá no sabe qué hacer contigo.

—¿De qué se extraña, Julia? Siempre le ha encantado horrorizarnos con sus ideas modernas —contemporizó Rosa, quien se había unido al grupo en el último momento, invitada por Remedios—. Ya estamos acostumbradas.

Mariela sorprendió a Carmina, quien gesticulaba a Ana a espaldas de Rosa a la que no dejaba muy bien parada. No fue la única, Julia aguantó estoicamente la salida de tono de su hermana y procuró acaparar la atención de las amigas para que no se dieran cuenta.

Mariela se mordió el labio para no reírse y acudió en socorro de Julia, la hermana correcta y arregla-situaciones de la cabeza loca de Carmina. Le hacía gracia lo diferentes que eran y lo bien que se llevaban pese a ello. ¿Qué haría Carmina en cuanto Julia se casara ese otoño? Si conseguía matricularse, todo iría bien; en caso contrario, iniciaría una guerra sorda contra la familia y contra el mundo, pues no era persona que se quedara de brazos cruzados a esperar que cayera un matrimonio adecuado.

A la hora del Ángelus, anunciado por la campana de la ermita de San Roque, el Sardinero estaba en pleno apogeo de visitantes, así que decidieron arreglarse y

huir del vocerío, que aturdiría los oídos, hacia los prados del faro.

Desde el coche observaron que la playa siguiente, más grande, estaba igual de solicitada. Allí desaguaba un arroyo que provenía de una zona pantanosa y de prados que llamaban Las Llamas, donde las higueras predominaban y ofrecían sombra a los veraneantes. El paseo resultó muy atractivo entre los árboles que, de vez en cuando, dejaban entrever retazos del mar, de un azul más intenso que el cielo.

Llegaron hasta el mismo pie de la imponente estructura pétreo: el faro, erguido y desafiante, dominaba los acantilados y guiaba los barcos. A Mariela le impactó la vista y el contraste entre el mar y los verdes campos que se precipitaban sobre los cantiles. Aunque no había sombra, la brisa que soplaba alejaba el calor estival y les regalaba con una temperatura muy agradable. Buscaron una zona llana y extendieron los manteles sobre los que fueron dejando las tarteras con el almuerzo. Mientras esperaban a los dos chicos, se sirvieron vino con agua y soltaron la lengua sobre los actos programados para recibir a sus majestades. Ventura y Alberto no se hicieron esperar, llegaron muy animados en un coche ligero de dos asientos. Remedios llevaba la comida de Alberto y Ventura se traía un bocadillo, aunque probó de las tarteras que le ofrecieron. Ana puso a disposición de todos la leche frita que había preparado su madre, generosamente rociada de canela.

La conversación derivó por derroteros más literarios con la presencia de

Ventura, quien les relató la batalla de Trafalgar.

—De verdad —concluyó el chico entusiasmado—, tenéis que leerlo, es fantástico. Ya no quedan héroes así. ¡Qué tiempos!

—No le imagino en un barco, sudoroso, tizado de negro y ensangrentado —se burló Carmina.

—Ya somos dos. No creo que reúna coraje para matricularse en comercio —le devolvió la pulla.

—¡Ah, no! —exclamó Julia—. No le permito que incite a mi hermana de esa forma. Ya hace suficiente ella solita.

—¿Conocen a Concepción Arenal? —preguntó Ventura.

Ante la silenciosa negativa, prosiguió:

—El otro día se habló de ella en la tertulia de la que formo parte en casa de Sinforoso Quintanilla y me acordé de usted —dijo mirando a Carmina—. Aunque es gallega, ha pasado largas temporadas en Potes y mantiene una estrecha amistad con nuestro virtuoso violinista lebaniego, Jesús de Monasterio, quien la ayuda en muchas ocasiones en su labor social. Pues esta gran mujer se empeñó en estudiar en la Facultad de Derecho en la Universidad Central de Madrid y para ello se disfrazó de hombre. Enseguida la descubrieron e intervino el rector, quien le realizó un examen que aprobó con largueza y la admitió. En la tertulia contaron que, para mantener las formas y el decoro, asistía a las clases acompañada y, entre clases, aguardaba en una sala apartada hasta que el profesor

la recogía y la acompañaba a la siguiente aula.

—Un poco exagerado ¿no? —interrumpió molesta Carmina—. Eso fue hace unos años. No creo que sea tan difícil en la actualidad.

—¿Y qué hace ahora esa señora? —se interesó Mariela.

—Una gran labor social entre las mujeres. En el sesenta y tres recibió el título de Visitadora de Cárceles de Mujeres, poco después ha sido inspectora de Casas de Corrección de Mujeres y, desde hace cuatro años, dirige la Constructora Benéfica que edifica casas baratas para obreros. Ha escrito mucho sobre reforma social y penitenciaria y defiende los derechos de la mujer y, sobre todo, su derecho a educarse. Ahí tiene su modelo a seguir, señorita Torres.

—Lo que me parece lamentable es que no hayamos escuchado nada acerca de esa gran señora —se sorprendió Ana.

—Los hombres no hablan de ella por eso mismo —dedujo Remedios—, y nuestras madres están en Babia. No son temas que les interese; es más, las escandaliza, así que la ignoran, como si no existiese.

—Le agradecemos su ilustración y me felicito por tenerlo como amigo —añadió Mariela cortés—. Historias como ésta no sólo son dignas de admiración, sino que también elevan la autoestima.

—Estaba convencido de que las conquistaría. Son mujeres luchadoras y cuentan con mi apoyo.

—Contra esa labia, no soy rival —se quejó Alberto—. Has acaparado la

atención del elemento femenino. Y yo que venía tan alegre porque sólo éramos dos y las rendiría con mis encantos.

Rieron, negaron y adularon a Alberto entre bromas. Cuando el sol comenzó a caer, recogieron y subieron a los coches. El regreso fue lento porque coincidieron con más carruajes que volvían a la ciudad. Mariela mantenía la alegría con la que se había levantado y el cansancio físico la había relajado. La semana se presentaba terrible con el asunto de las entregas. El tema del ático lo dejó arrinconado en su mente, ya no estaba en sus manos sino en las de las autoridades. Libre de sospecha, el único nubarrón que se cernía sobre ella era el del escándalo y rogaba en silencio para que no estallase la tormenta hasta pasado el mes de julio. Deseaba que las mujeres lucieran sus vestidos en el Casino y en los bailes palatinos que había programados, que se comentara la perfecta hechura y el buen género, el exquisito gusto de Madame Mariela. Sólo de esta forma, el futuro del taller estaría asegurado pese a la ignominia de haber servido de almacén para el contrabando, pues no podrían hacer mella los rumores malintencionados de otros talleres o gentes envidiosas.

35

Esa noche le costaba frenar el paso. Le había llegado un mensaje del comisario advirtiéndole de la libertad bajo fianza del Botero. Se sentía impotente ante la falta de ideas para tender una trampa al cerebro de la trama. Presentía que se les iba a escapar entre los dedos, ahora que estaban tan cerca y con tanta

información, aunque sin la esencial. Atendía la historia que contaba la Sula en la tasca del Lumio sin escucharla, su mente estaba lejos de allí, en la *Bodega*. Aunque el corazón latía ansioso, era vital no alterar su costumbre para no levantar sospechas. En el barrio nadie hablaba sobre la liberación del Botero y le extrañó, de ahí la prudencia.

Cuando, finalmente, llegó a la *Bodega*, se encontró con Iván a la entrada.

—Puede pasar.

—¿Desde cuándo se reserva el derecho de entrada? —se extrañó Pablo.

—Es verano —explicó Iván—. No cabe más gente.

Pablo comprobó que el local estaba lleno. El calor se dejó sentir de golpe junto con el olor rancio de la sudoración y del tabaco, las mesas de juego se hallaban completas, las chicas de la Regi servían aquí y allá, soportando el manoseo descarado de los bebedores y Mario atendía la barra con un pañuelo anudado a la frente para contener el sudor. Pablo consiguió hacerse un hueco en la atestada barra y, cuando le llegó el turno de pedir, se arriesgó.

—¡Vaya noche! ¿Es así todo el verano?

—¡No, qué va! —gritó Mario para hacerse oír—. La visita real atrae a los moscardones.

—Lo que se está perdiendo el Botero. ¿Se sabe algo de él?

—Lo han soltado. Está detrás de la cortina, en su puesto, aunque no puede subirse a un barco ni a una diligencia.

—Me alegro por ambos. Ya veré al Remi.

—No se lo aconsejo, no es una amistad recomendable. De todos modos, él no ha salido para su bien. En cuanto pise la calle... —Hizo un gesto con la mano de un extremo de la garganta al otro.

Pablo asintió. Al buen entendedor, pocas palabras bastan. Mario lo dejó, requerido por otro cliente, y él se dedicó a observar el local. Muchas caras nuevas y desconocidas. Por los acentos los catalogaba como gallegos, vascongados, asturianos, navarros, castellanos y, en especial, madrileños. Todos querían asistir al encuentro del rey con su madre y sus hermanas, las infantas. Abandonó la barra y se abrió paso hasta la zona de mesas. Pocos habituales, que seguramente habrían huido ante la invasión; o bien, se encontraban atrapados en

los planes veraniegos familiares. No obstante, reconoció a Carrión y tomó nota de la ausencia de Ernesto Escalante. Una imagen atrae otra como si de un imán se tratase, y Mariela llenó su mente. Suspiró en medio del gentío y se obligó a centrarse en la inspección. Gorka se paseaba vigilando que nadie alterara el orden.

Cuando menos lo esperaba, el Tiña le tocó en el hombro y le hizo un gesto para que lo siguiera. Apuró el chupito de ron y dejó el vaso donde pudo. El pulso se le aceleró cuando vio al Tiña perderse detrás de la cortina roja. Reunidos con el Botero, que ocupaba su puesto tras la mesa de despacho, se encontraban Elmo y el Marrajo.

—Así que usted es el nuevo. Espero que sea más leal que el bicho que se ampara en los calabozos gubernamentales.

Pablo se mantuvo altivo y mudo mientras el Botero lo repasaba de arriba abajo, como si pudiera adivinarle la mente o calibrar su valía a ojo. El silencio se hizo espeso.

—Me ha dicho un pajarito que ya ha trabajado con contrabando en la costa francesa, luego ya sabe de qué va esto.

A Pablo no le hizo falta estrujarse el cerebro para conocer la identidad del pajarito: Mario. No se había equivocado en su estrategia, el problema era el tiempo, que apremiaba, y al parecer no era al único.

—¿Está aceptado, pues? —inquirió el Tiña nervioso.

—¡Qué remedio! —respondió el Botero resignado—. Ya lo habéis metido vosotros. Uno falta unos días y enseguida os desmandáis.

—¿Cuándo va ser? Los actos oficiales se acercan —apuntó Elmo.

—En vista de la facilidad con la que se mueve la lengua en cuanto las cosas se tuercen, seré más cauteloso. Ya lo sabréis.

—¡Retiña! Eso no es justo —intervino el Tiña—. Ya conocíamos al gusano de Remi: ahogaría a su madre con tal de mantenerse a flote. ¿No hizo lo mismo con la mujer de su hermano?

—No me recordéis ese trance. La venganza se sirve en plato frío. Todavía no he cerrado cuentas. —La velada alusión a Águeda llenó de aprensión a Pablo, quien escuchaba en persistente silencio—. Por de pronto, se ha terminado el contrabando de coloniales. En cuanto pase el verano y yo quede libre de cargos, organizaremos de nuevo el negocio con otras rutas y nuevos almacenes. Todos los días os quiero aquí sobre las diez de la noche, sin ninguna excusa. Siempre preparados por si hay que actuar, ya me comprendéis.

Asintieron en silencio y el Botero, con un gesto de la mano dio por concluida la reunión y Pablo siguió a los demás al otro lado de la cortina.

—¿A qué se refería con lo de preparados?

—Desconfía de todos a causa de la cobardía del Remi —explicó el Marrajo—. No quiere desvelar cuándo tendremos que trasladar la mercancía ni adónde; así que, vendremos todos los días armados, con ropa oscura y chaquetón por si salimos al mar.

—Bien. No ha hablado del reparto del botín.

—No hay reparto —intervino el Tiña—. Hay un generoso pago por el trabajo.

—¡Cómo! ¿Se lo lleva todo el Botero? —fingió Pablo molestarse.

—¡Chist! Más bajo —recomendó el Tiña mirando a su alrededor—. El Botero es otro mandado. Nos han hecho el encargo. Ignoramos cómo llegan los envíos. Nosotros los almacenamos y haremos la entrega, por eso estábamos nerviosos: el Botero es el único enlace.

Pablo fingió calma y comprensión. Decidieron cambiar de aires, ya que aquellos estaban saturados de humo. Se despidieron de Gorka y de Iván con un gesto y salieron al fresco de la calle. Tomaron otro chupito mientras comentaban quién se quedaría con la tienda de coloniales del Remi. Pablo no se atrevió a insistir en el tema para que no recelasen y se mantuvo al margen de la conversación, lo propio de quien no tiene la suficiente confianza. Se despidieron hasta la noche siguiente.

De retirada, pasó por delante de la casa taller, cerrada y aparentemente vacía, o eso esperaba por el bien de Mariela. Su pensamiento voló a la noche del encuentro, rememoró la apacible charla delante de la taza de té. Era una mujer espectacular en todos los sentidos de la palabra y él no era insensible a sus encantos, por desgracia. ¿Quién era ella? En realidad, sólo conocía lo que había querido contar y había reconocido que había vivido del engaño, de la apariencia, y que su hermano no era trigo limpio. Si lo pensaba fríamente, estaba adentrándose en aguas profundas y, cuando se pierde pie, se queda uno a merced de la corriente. Y esa sensación lo mantenía intranquilo.

Se levantó descansado y activo. Nada mejor que un sueño reparador para ordenar la mente. Tenía un plan y eso lo llenaba de satisfacción. Con una energía inusual irrumpió en el salón en el que dormía el Sardinilla a pierna suelta. Hoy se había anticipado él.

—Levanta, remolón. —Izó la veneciana y abrió la ventana del deteriorado

mirador—. Preparo el desayuno y tú te lavas.

Silbó mientras trasteaba por la cocina y ponía la mesa. El Sardinilla se aseó recogió su catre e hizo la cama de Pablo. A la media hora se sentaban a la mesa para dar cuenta del bizcocho y del tazón de leche. Como dos autómatas, repetían los gestos de desmenuzar el bizcocho en la leche y hacer sopas. En silencio, dieron cuenta de ellas y, una vez satisfechos, Pablo entró en materia.

—¿Cuánto le pagan al Muergo por hacer eso tan misterioso?

—Un real. Están muy contentos porque es casi a diario.

—¿Son muchos los metidos en el ajo?

—Tres, que yo sepa. No me admiten porque no les sigo en sus travesuras. Sólo hablo con el Muergo porque su padre conocía al mío.

—Hay trabajo a la vista. —Pablo se puso serio para explicar su plan—. Necesito una vigilancia permanente de la *Bodega*, exactamente del Botero. Por la mañana, tú; y, por la noche, el Muergo. No me cites, le dices que le pagarás el doble, dos reales. Si te cuesta convencerlo porque no se fía, le ofreces un real antes, así asegura el que le hubieran pagado con el otro trabajo; y el otro, después de realizar la vigilia. Quiero saber adónde va, con quién habla, todo. Ahora viene lo complicado. ¿Dónde os esconderéis? Es importante que no se den cuenta de la vigilancia. Si os ven a menudo levantaréis sospechas, están los ánimos muy recelosos.

—Eso es fácil —dijo sonriendo el Sardinilla—. El Muergo vive enfrente de la *Bodega*.

—¿Tiene casa?

—¡Qué va! La Sula le deja dormir allí, sobre todo en invierno o cuando llueve. Él, a cambio, le lleva pescado o limpia los bolsillos de algunos clientes cuando dejan el piso, para que no la relacionen a ella con los robos.

—¡Vaya con la Sula! Con esa cara de mosquita muerta.

—Es una tía legal —aseguró el Sardinilla—. A los amigos y clientes locales no les hace esa faena. Sólo a los que están de paso y son tan pardillos que lucen un bolsillo suculento.

—¡Ah! Entonces es diferente —exclamó con sarcasmo, como si lo hubiera convencido—. No hay nada como el respeto a los amigos—. Volvamos a lo nuestro: comienzas ahora. Durante estos días, ya nos apañaremos con las labores de la casa. En principio será una semana. Espero obtener resultados antes. Busca al Muergo y asegúrate de que esta noche estará en su puesto y de

que cumplirá. Si se duerme y te engaña diciendo que no ha pasado nada en toda la noche, dile que os puede costar la cárcel a los dos o cualquier otra cosa, pero métele el miedo en el cuerpo para que todo salga bien. Es de vital importancia.

—No se preocupe. Conozco un secreto que lo mantendrá muy despierto.

—¡Chantaje! ¿Cuándo te he enseñado a ser tan retorcido? Que te quede bien claro que lo permito porque es por un bien, pero nunca se debe optar por algo así cuando es en provecho propio o en perjuicio real de la persona por odio u otra cuestión. Es una acción de lo más baja y rastrera. Deshonra al que lo practica.

—De acuerdo. Lo intentaré de otra forma primero —se plegó el Sardinilla.

En cuanto salió el chico, Pablo se sentó para escribir un mensaje al comisario con los últimos acontecimientos: que el Botero recelaba, que el traslado de la mercancía tendría lugar cualquier noche de la semana entrante y que había puesto vigilancia al Botero ya que era el único enlace con el cabecilla de la operación.

Salió a la calle y se acercó a la calle del Cubo, en donde contrató el servicio de una vendedora de periódicos para que entregara la carta en la comisaría. Prefería que nadie lo viera en un sitio tan comprometido con la desconfianza que flotaba en el ambiente. El asunto era peligroso, andaban los nervios flojos y, antes de preguntar, podían quitarle a uno de en medio a la menor sospecha. Se paseó por el muelle viejo de las Naos, rodeó el fuerte de San Felipe y recorrió la nueva calle de Méndez Núñez que conducía a la estación, a los pies de la muralla de la Rúa Mayor. No se atrevía a aventurarse por el muelle nuevo por temor a que, pese al disfraz, lo reconocieran. Echaba de menos hacerse al mar, ya fuera para pescar, para regatear o para bañarse en los arenales de la bahía. Ya quedaba poco. Con suerte estaría resuelto para la llegada del rey. Él habría cumplido y quedaría libre del servicio. Y, si salía bien, con honores y reconocimiento; en caso contrario, con un apretón de manos y una palmada en el hombro.

Hasta que no entró en la tasca de la Trini y no halló al Sardinilla aguardándolo, no cayó en la cuenta de que no le había dicho nada sobre la comida. Se sonrió al pensar en la mortificación del chico con todo lo que tragaba, pero ya no había solución. Estaría en su puesto de vigilancia con el estómago recordándole que era hora de llenarlo.

—Hoy no he visto al chiquillo —informó la Trini. Dejó una de las cestas preparadas sobre la barra y desapareció en la cocina.

Las costureras asomaron por la puerta y el corazón le dio un brinco. Respiró

hondo, venían solas. A partir de entonces, el tiempo se ralentizó de tal forma que se sentía enjaulado. No sucedió nada en varios días ni volvió a encontrarse con Mariela, a pesar de que no perdía la esperanza de que apareciera por la puerta de la tasca.

El Sardinilla le daba el parte de la vigilia por la noche, después de una suculenta cena. Ahora marchaba con un bocadillo de rabas de pulpo pero, en vista de lo que era capaz de cenar, no lo saciaba lo suficiente. Parecía que el Botero no asomaba la nariz fuera de su guarida. Durante el día, los únicos que entraban y salían eran Mario, Gorka e Iván. Por la noche, según el Muergo, tampoco. De lo que sí se habían percatado era de una presencia más frecuente de los celadores del orden. El Botero no daba un paso en falso. Entonces, ¿cómo se pondría en contacto con quien estuviera al frente? El local era muy visitado. Entre tanta gente era imposible llevar un control.

Desde que había hablado con Mariela, una idea le rondaba la cabeza. La clave la tenía Ernesto Escalante. ¿Quién poseía su anillo? ¿Lo había perdido en el juego? ¿Se lo habían robado? ¿Había pagado con él algún servicio en un momento de necesidad? No obstante, lo frenaba la duplicidad del individuo. Una pregunta así valía dinero; como también lo valía la venta de la información en sentido contrario, lo que alertaría al interesado. A Mariela no se lo podía pedir, era su hermano. Aunque no estuviera muy unida a él, no la creía capaz de una traición semejante. Se hallaba en un callejón sin salida. Aun así, no cejaba. Por la noche, habló con el Sardinilla sobre la posibilidad de llevar un reconocimiento de las personas que acudían.

—Si estáis pendientes todo el día, habrá caras conocidas, porque acuden asiduamente, y desconocidas, porque son eventuales.

—Será más fácil controlar las conocidas —dijo el chiquillo—. El Muergo no sabe leer ni escribir. Pero puedo quedarme una noche con él y que me vaya contando algo sobre los que acuden.

—Perfecto. Te echaré de menos —dijo Pablo y le revolvió el pelo.

—No pensé que iba a ser tan aburrido —confesó el Sardinilla.

—Las labores de vigilancia son tediosas —concedió Pablo—, pero necesarias. Seguramente, vosotros deis con la clave del asunto que nos preocupa —animó.

36

El lunes llegó el coche de alquiler puntualmente, de lo que se alegró Mariela. Acuciadas por Águeda, dos chiquillas salieron rápidamente para extender, desde el techo hasta la parte trasera, una tela granate con el emblema del taller. De las puertas colgaron sendos pendones del mismo color con el anagrama. Avelino, el cochero, se mantuvo al margen y asistió con estupor al cambio de imagen de su precioso carruaje. Luego, Mariela cantó los pedidos que fueron cargando en los asientos interiores bajo la supervisión de Ana y, cuando partieron, las dos primas cruzaron los dedos.

—Allá vamos —suspiró Mariela.

—Ahora, el del viernes. Se nos va a pasar la semana en un suspiro —animó Ana.

Esa misma tarde, algunas clientes pasaron a pagar, satisfechas con la confección y la puntualidad. Mariela las invitó a un té y aprovechó para confiarles, como si de una nueva noticia se tratase, de que en agosto exhibiría una pequeña colección de lo que se vería en París ese invierno. Entusiasmadas, le pidieron que contase con ellas, por lo que Ana tomó nota para las futuras invitaciones.

El buen tiempo seguía instalado en el norte, más acostumbrado a la llovizna y a las noches frescas. Sin embargo, Mariela se levantó esa mañana con un peso en el pecho. Había dormido bien, como venía haciéndolo desde que denunció el contrabando, por esta razón lo achacó a un presentimiento. Y esa sensación no le gustaba, era superstición que le habían imbuido las sirvientas de la hacienda y no quería creer en ello, a pesar de que siempre sucedía algo que lo corroboraba. Ella lo achacaba a la coincidencia.

Los trabajos se fueron concluyendo satisfactoriamente y aparecieron más clientes para pagar los encargos recibidos. Mariela las recibió en los salones de arriba y les largó el mismo discurso del día anterior. A la hora de comer decidió acompañar a las chicas que les tocaba el paseo hasta la tasca.

—Necesito moverme. Me vendrá bien el pequeño paseo —se excusó.

—Pues llévale el pago de la semana pasada. —Y su prima le tendió un sobre.

No lo quería reconocer, pero parte de la inquietud se debía a la necesidad de encontrarse con el capitán. Con el sobre que le había proporcionado la disculpa para presentarse en la tasca, como si fuera un escudo, marchó con las chicas por la sombreada y estrecha rúa hasta la tasca de la Trini.

En cuanto vislumbró al agente sentado a la mesa con una cerveza delante mientras aguardaba a que lo sirvieran, cambió el día para Mariela y se olvidó de su presentimiento. No acababa de comprender qué era lo que le atraía de ese hombre; físicamente no le gustaba su cabello y, ya puestos, tampoco la barba ni

el bigote; por muy de moda que estuvieran, no le quedaban bien. Y, luego, esa desagradable costumbre de rascarse, que ella asociaba inmediatamente a los piojos, le repelía.

La Trini cogió de manos de Mariela el sobre, que desapareció en el bolsillo de su delantal, e hizo pasar a las chicas para que recogieran las cestas, momento que aprovechó Mariela para saludar.

—Buenos días. ¿Algún avance? —se atrevió a preguntar ya que se habían quedado solos.

—¿Ha notado algún cambio? —le devolvió la pregunta, como si de un gallego se tratase.

—Sinceramente, desde que lo dejé en manos de ustedes, no me he vuelto a preocupar; pero no, a pesar del trabajo, no hemos notado nada fuera de lugar.

—He visto a Avelino muy estirado paseando el coche por las calles. Me inclino ante usted. Tanta ostentación, llama la atención.

Al mismo tiempo que las muchachas salían de la cocina con las cestas, entró el Bolo sudoroso y gritó:

—¡Fuego!

Se quedaron paralizados, intentando digerir la noticia y pensando qué debían hacer hasta que la Trini reaccionó.

—¿Dónde? ¿Abandono la tasca?

—No. Es la calle de la Blanca —dijo entre jadeos.

—¡Dios mío! —se le escapó a Mariela.

—Esas casas prenderán como la yesca, tan antiguas y tan juntas —vaticinó Pablo a la vez que se ponía de pie.

—Idoia, avisa en el taller que he ido a casa. Comed y que siga el trabajo sin mí.

—¿No irá allí? —se alarmaron las chicas.

—Vivo en la Blanca. —Y salió precipitadamente sin más explicación.

—¡Espere! —gritó Pablo—. La acompaño. Igual puedo ayudar. Lo siento Trini.

—¡Vaya! ¡Vaya! No se preocupe.

Mariela, con el corazón en la boca, emprendió el camino cuesta abajo, hacia La Ribera. Su premonición se había cumplido. Casi se sentía culpable de esas sensaciones, como si hubiera podido hacer algo, cuando nunca sabía por dónde iba a llegar la desgracia. La estrechez de la falda la obligaba a caminar con pasos cortos y rápidos, lo que resultaba agotador, y más con el calor del mediodía. Notó que el capitán la cogía del brazo, temeroso de que diera un traspie con las prisas. Ella no lo rechazó y avanzaron en silencio. En la calle de La Ribera ya se notaba el tumulto y se veía la espiral de humo negro que, a causa del nordeste, se iba hacia la calle San Francisco.

Mariela apretó los dientes para no derrochar esfuerzo en vano. Siguieron adelante, subieron la escalinata hacia el puente y se dirigieron hacia la plaza

Vieja, antes de llegar torcieron a la derecha. La gente se agolpaba a la entrada para ver el espectáculo, el coche de los bomberos, que portaba una enorme cisterna, ocupaba la calle y los lamentos de los vecinos quedaban ahogados por los gritos de los bomberos y el rugir de las llamas. Había hombres por los tejados con cubos de agua para mojar las hierbas y musgos, que crecían entre las tejas, e impedir que ardieran.

—Es dos portales más allá del suyo —comentó Pablo que, como era más alto, alcanzaba a ver lo que ocurría.

Mariela buscaba inquieta a sus tíos. En cuanto distinguió a Marimar, la llamó y agitó la mano. La chica se abrió paso entre la gente hasta que se reunió con ella.

—¿Y tus padres?

—Mamá en casa. Llena los cubos con el agua de los baños y se los pasa al empleado, que los sube al tejado, donde está padre.

—Voy a ayudar —dijo Mariela decidida, pero Pablo la retuvo por un brazo.

—No. Usted no puede hacer nada, iré yo.

Antes de que Mariela replicara, ya hablaba con uno de los celadores municipales que formaban parte del cinturón de seguridad y lo rebasaba camino del portal de sus tíos. Observó que la tienda había cerrado la puerta. Lo único que podía hacer era seguir los trabajos de contención del incendio, pues era imposible apagarlo. De vez en cuando, alguna ráfaga de viento torcía la columna

de humo y anegaba la calle, irritándoles los ojos y haciéndoles toser. Mariela abrazó por la espalda a Marimar, que contemplaba el fuego con cara compungida.

—¿Sabes cómo se ha iniciado? —intentó distraerla.

—El horno del obrador, he oído decir.

Mariela vislumbró al capitán Saro con un cubo sobre el tejado junto a su tío. Desde un par de tejados más allá, otros hombres, que habían formado una cadena humana, les pasaban los cubos de agua que traían los aguadores de las fuentes de La Ribera, de la plaza del Peso y del Cubo. Al cabo de un rato, vieron salir a la tía Pura con una maleta. Mariela agitó la mano hasta que las vio y se dirigió hacia ellas.

—¿Qué lleva ahí, madre? —preguntó asustada Marimar.

—¡Chist! Lo imprescindible, por si tenemos que buscar un lugar para dormir.

Mariela intuyó que mentía. Llevaría los ahorros y los documentos de la familia, necesarios para salir adelante en caso de que no consiguieran detener el fuego.

—Por eso no debe preocuparse, tía, hay sitio en el taller —ofreció Mariela.

—¿Y Ana? —preguntó doña Pura.

—No lo sé. Yo me enteré en la tasca, cuando fui con las chicas a por la comida. Las envié al taller y yo me vine corriendo.

—Con toda esta gente es imposible encontrarse —constató doña Pura.

Ellas se apretujaban en primera línea, junto al cordón de seguridad, y hacia atrás sólo se veía una marea de cabezas sin fin. No obstante, al cabo de un rato sintió Mariela que le daban en el hombro.

—¡Por fin! Lo que me ha costado llegar hasta aquí —explicó agobiada Ana—. ¿Están bien?

—Por el momento, sí. Sólo queda rezar para que no nos alcance el fuego —suspiró doña Pura resignada.

Poco a poco, la llama viva fue perdiendo fuerza y, como el viento no sopló fuerte, las casas de alrededor se salvaron. Los bomberos achicaron toda el agua del depósito que llevaban y tuvieron que apartarse para que los caballos acercasen el coche a una fuente para llenarlo.

—¡Uf! Tardarán un siglo —meneó la cabeza su tía desalentada.

—Dejan un retén. Mire, están trabajando con las hachas para evitar que se propague.

—¿Ha habido heridos? —se interesó Ana.

—No lo sé. Oí una explosión y enseguida el crepitar de las llamas y los gritos de fuego. Se me puso el corazón en la boca. ¡Dios mío! Podemos perderlo todo. Los seguros nunca cubren el valor real.

—No sea pesimista, tía. Parece controlado.

—Tardará un par de días en estar totalmente apagado. Sé lo que me digo; no es el primero que presencio.

Permanecieron allí hasta que el sol comenzó a declinar. La calle olía a hoguera y las gargantas y los ojos acusaban las consecuencias del humo. Muchos curiosos se retiraron en cuanto comprobaron que el fuego había sido domeñado. El empleado, el tío y el capitán salieron a la calle y las buscaron.

—El tejado está tan empapado que habrá goteras —se chanceó el tío José aliviado. Los tres hombres estaban sucios de ceniza, de sudor y olían a fogata—. No considero conveniente que durmáis aquí esta noche. Confío en que el fuego no se reavive, pero, por si acaso, deberíamos buscar un sitio para vosotras.

—En el taller hay camas, tío. Nos apañaremos.

—¿Y tú? —inquirió angustiada la tía Pura.

—Yo me quedo vigilando, aunque dejarán un retén. Yo velaré esta noche y necesito que tú estés fresca mañana. Habrá mucho trabajo. Además, me quedo más tranquilo sabiendo que estáis seguras.

La tía Pura asintió. Movi6 la maleta para que su marido se fijara en ella y 6l asintió.

—Si les parece, las acompaño —se ofreció el capitán.

—¡Oh! Disculpen mi mala educación. Les presento al capitán Pedro Saro, quien ha tenido a bien echarnos una mano. Estaba en la tasca cuando llegó la noticia.

—Encantado, joven. En estos casos siempre es bienvenida la ayuda. —Se estrecharon las manos.

Mariela completó las presentaciones y se encaminaron de vuelta al taller.

—Ahora que sé que mi casa está a salvo, pienso en Tarsicia, la que trabaja en el obrador. No la he visto, espero que no esté herida. Y en la familia Celis, ¿qué será de ellos? ¿Tendrán dónde pasar la noche?

—No se preocupe, aunque la ciudad está a tope de visitantes, algún convento les abrirá las puertas hasta que hallen acomodo. El concejal de turno se habrá hecho cargo del asunto —consoló Pablo—. Lo importante es que no haya habido muertes irreparables.

Pablo se despidió de la familia a la puerta de la casa-taller y prosiguió su camino. Mariela dejó que las demás entraran primero y contempló cómo se alejaba el marino. ¿Por qué trabajaba para el gobierno? Había tantas preguntas en el aire.

Las costureras ya se habían marchado, sólo quedaba Águeda que se había rezagado al hacerse cargo del trabajo organizativo ante la ausencia de ellas.

—Me alegro mucho de que no les haya sucedido nada. Es tan terrible el fuego —se angustió—. ¿Quieren que las ayude a instalarse?

—No, Águeda, gracias —rechazó amablemente Mariela—. Mañana nos espera un día duro y será mejor que nos retiremos a dormir.

En cuanto Águeda les dejó libertad de movimiento, Mariela las organizó.

—Ana, cenaremos lo que ofrecemos a las invitadas. Mira lo que queda en la cocina. Nosotras, arriba —ordenó con un gesto a la tía Pura y a Marimar.

Unieron las dos camas para dormir las cuatro juntas. La tía Pura cruzó las sábanas en horizontal, una arriba y otra abajo, para salvar la separación de los colchones y que resultara más cómodo. Luego se lavaron con el agua que había quedado en las jarras y cenaron de las sobras que apanó Ana.

—Mañana por la mañana que Marimar os haga la compra —propuso la tía Pura—. Tendremos que pasar alguna noche más. A ver si hay suerte y se sofoca por completo, pero es tan difícil terminar con los rescoldos. Cuando crees que ya están apagados, de pronto se reavivan.

—No ha quedado nada con lo que alimentar la llama, madre —dijo Ana mojado una pasta en la leche caliente.

—Con el fuego, nunca te confíes. No necesita mucho para arder.

—Pues tiene gracia, con lo complicado que es encenderlo —comentó Marimar con la boca llena.

—Es el mismo diablo —intervino Mariela—. Allá, en Cuba, todos los ritos paganos son a la luz de la hoguera. ¿Qué tiene el fuego?

—Representa el infierno —decidió la tía Pura.

—Y, sin embargo, no sabemos vivir sin él. Lo necesitamos para comer, para no pasar frío... es una contradicción —opinó Ana.

—Dejemos la filosofía para otro momento y vayamos a lo práctico. —Rompió el ambiente Mariela consciente de ello—. Mi querida tía, ¿puede decirme qué lleva en la maleta? Intuyo que dinero.

—Y certificados y escrituras de la casa y del local de la tienda. Nuestra vida —corroboró la tía Pura—. Una vida que vale muy poco mientras sigamos viviendo en un barrio tan peligroso por su vetustez, tal y como hemos comprobado hoy. En los locales vecinos hay hornos y en las bodegas, líquidos inflamables y más cosas que ahora no recuerdo. Que la tienda deba estar en un barrio tan comercial es lo correcto, pero no la vivienda. Hace tiempo que venimos hablando de mudarnos, pero nunca encontramos el momento. Los precios de las casas están ahora por las nubes —se quejó la tía.

—Lo primero de todo es dar con la casa adecuada, después hablar con el banco, se entrega una cantidad importante y el resto se cubre mes a mes, como si de un alquiler se tratase. Al mismo tiempo, la casa actual la alquilamos y es posible que cubra el importe de las cuotas, o casi, depende de lo que cueste la nueva —caviló Ana.

—Eso habladlo con vuestro padre —decidió la tía—. Son palabras mayores y que involucra muchos intereses. Me gusta la idea, pero vuestro padre es quien dirá la última palabra, como ya sabéis.

—No le quepa duda de que lo haré —confirmó Ana.

Recogieron y se retiraron a dormir. Dejaron la puerta de la habitación abierta para que corriera el aire. La eventualidad de que aparecieran los contrabandistas no le preocupaba a Mariela, estaba segura de que el capitán se había dado cuenta de la situación y habría puesto vigilancia a la casa.

Madrugaron instigadas por la tía Pura. Ana y Marimar bajaron las primeras para asearse y preparar el desayuno.

—Estoy segura de que no ha dormido bien, tía —comentó Mariela mientras ventilaban la cama y recogían la habitación.

—No te voy a mentir —admitió—, no he dejado de pensar en tu tío ni en lo que comentamos ayer. Es hora de replantearse ciertas cosas, como la casa.

—Lo han hecho muy bien, no se mortifique. Que el local de la tienda y la casa sean de su propiedad, cuando llegaron del pueblo con lo puesto, dice mucho sobre sus desvelos. A veces, nos acostumbramos a un ritmo y cuesta cambiar. Estoy convencida de que arriesgaron cuando adquirieron el local y la casa.

—¡Ay, sí! Pero entonces éramos jóvenes y muy inconscientes. Estaba embarazada de Marimar y con Ana pegada a mis faldas. Sin embargo, podía con todo el trabajo y más. Nos movía la ilusión y cada paso adelante era una recompensa a nuestro esfuerzo.

—Siguen en la flor de la vida, no sea pesimista. Ahora toca otro paso más para disfrutar de una vejez tranquila. Ana es estupenda.

—No te lo he dicho, pero estoy muy contenta de haberte conocido. Ana ha crecido de repente. Nunca la había visto tan trabajadora ni tan ilusionada. Se hubiera ahogado si no te hubiéramos acogido, estoy segura.

—Discrepo, habría logrado sus deseos de otra forma. Las personas con

coraje son imparables.

Desayunaron y echaron a la buena señora a la calle, quien, sonriente, no se hizo de rogar y marchó a reunirse con su marido. A Marimar le anotaron la compra que colmaría la pequeña despensa para agasajar a las clientes y alguna cosa más para ellas. Águeda llegó descansada al frente de la tropa de costureras. El taller cobró vida y se reinició el trabajo.

A media mañana, recibieron noticias de la calle de la Blanca a través de Marimar. El fuego había sido controlado y, en cuanto se enfriaran las brasas, hombres contratados por el ayuntamiento comenzarían la limpieza del solar. No querían dejar rastro del suceso de cara a los visitantes que llegaban a oleadas en el ferrocarril.

Esa noche durmieron también en el taller, pues la casa de la Blanca conservaba el penetrante olor a hoguera. La tía se había pasado el día limpiando y ventilando, pero el aire de la calle llegaba impregnado del aroma de la madera quemada.

—Hasta que no dejen de remover aquello, es imposible respirar aire limpio —explicaba la tía Pura—. Vuestro padre ha abierto la tienda para aprovechar la curiosidad de la gente que se acerca a contemplar el desastre. ¡Qué morbosos somos! También he comentado la posibilidad de buscar una nueva vivienda. Me dijo que ya había pensado en ello, incluso había preguntado por casas en venta a los vecinos que se acercaron a interesarse por lo sucedido.

—¡Bien! —exclamó Ana—. Entonces estrenaremos casa sin dudar.

El jueves el taller fue un caos. Además de ser el último día para dejar cerrada la entrega del viernes, llegó el vapor con la mercancía que aguardaban de Francia. Mariela, el tío José y Ana se desplazaron a la aduana para hacerse cargo del pago de los derechos arancelarios y de contratar el transporte. La casa se les quedaba pequeña, como pudieron comprobar, pues a las telas veraniegas almacenadas se les agregaban las invernales. Mariela descubrió un arcón de más que venía repleto de pieles.

—¡Oh! ¡Qué preciosidad! ¿Somos peleteras? —preguntó Ana. Se pasó por la mejilla una marta para comprobar la suavidad.

—No. En la carta que lo acompaña me aclara que están de moda. Me ha enviado algunos patrones de los modelos que salen en las revistas. ¡Qué amable es madame Sophie!

—Ya puede. Nos lo cobra todo, te lo aseguro, aunque es cierto que nos deja un buen margen —concedió Ana—. ¿Y dónde guardamos esto?

Mariela pensó en el altillo, tan desaprovechado. Suspiró con resignación y dijo:

—A la izquierda, las telas de verano; y a la derecha, las de invierno; el arcón de las pieles nos puede servir de mesa en los salones y las cajas con los complementos... habrá que dejarlas abajo: catalogadas y contra la pared, donde se encuentra la máquina bordadora.

Habían dejado un salón operativo, por si se presentaba algún cliente y en los otros dos planchaban, almidonaban y empaquetaban las entregas del día siguiente. Ana supervisaba y escribía nombres y direcciones. Cuando llegaron Pura y Marimar, seguían trabajando en solitario.

—¡Cuánto desorden! —se preocupó la tía Pura.

—Es un desorden ordenado —explicó Ana—. Mañana es día de entrega. Ya sólo nos queda el lunes que viene y habremos terminado.

—Por el momento —puntualizó Mariela—. Comenzaremos inmediatamente la temporada de invierno. Nos ha llegado el pedido, con sorpresa incluida.

Le enseñaron las pieles y hablaron de la calidad de las recientes telas. Después de cenar, ojearon las nuevas revistas y tomaron nota de los modelos más adecuados para las tierras castellanas y de los más propicios para la Corte. Mariela ya planificaba la estrategia para que la nobleza y la alta burguesía le confiaran nuevamente su ropero. Tendría que acercarse a la oficina de correos para informarse sobre el precio de envíos regulares de cajas de gran tamaño. A lo mejor conseguía un acuerdo beneficioso.

37

Pablo estaba tenso como la cuerda de un violín. Dormía mal ante la perspectiva de acción. El día del fuego entró en la *Bodega* y, ante la posibilidad de que lo hubieran visto con las mujeres a la entrada del taller, decidió adelantarse.

—Cuando acudí a ver el fuego, me encontré al lado de la cubana que regenta

el taller de costura. Me percaté de que la familia vivía al lado del edificio siniestrado y me gané su confianza colaborando con el tío en remojar el tejado. Esto me permitió acompañarlas a la casa.

—¿A qué casa? Y eso, ¿qué nos importa a nosotros? —dijo de mal talante del Botero.

—Pensé que le interesaría saber que en el taller están viviendo hasta que se apague definitivamente el fuego.

—¡Cómo! ¿En el taller de la cubana? ¿Duerme gente? ¿Y por qué nadie me ha informado? —Al Botero parecía que le iba a reventar una vena del cuello.

En ese instante entraban Elmo, el Tiña y el Marrajo con la noticia, pero ya era tarde. El Botero, fuera de sus casillas, no razonaba.

—¿Se puede saber para qué carajo os ordeno vigilar la casa? Desde la muerte de ese desgraciado de comisario, el diablo acoja su alma, viene todo torcido. No hay una noticia buena.

Los cuatro soportaron en silencio los juramentos del Botero. Al final, agotado por la misma furia, los despachó a casa.

—Ya que estos ineptos no sirven para nada, encárguese usted de enterarse cuándo queda libre la casa y quiera el diablo que sea pronto.

No añadió nada más, así que abandonaron el local. Desde entonces, habían pasado tres días y la familia no regresó a la calle de la Blanca hasta el mismo sábado. Lejos de alegrarse el Botero, se quejó de que era tarde ya que los sábados la población trasnochaba y, por si fuera poco, el Batallón de Cazadores de Alba de Tormes llegaba ese mismo día. La aventura se había vuelto demasiado arriesgada a causa del retraso.

No obstante, el Botero, a pesar de su apariencia de rudo y analfabeto, era un hombre astuto; en caso contrario, no dominaría el barrio ni se movería en el mundo del contrabando como pez en el agua. Si algo había aprendido Pablo era a no menospreciar la capacidad del enemigo. En cuanto se calmara del arrebató, su mente forjaría un plan audaz, fruto de la urgencia, y la posibilidad de triunfo del gobernador radicaba en la desesperación, que no solía ser buena consejera.

Durante esos días, tanto el Sardinilla como el Muergo vigilaban la *Bodega* sin resultado. Habían conseguido realizar una lista de los clientes habituales, a pesar de las dificultades, pero no le había aportado ninguna información que no poseyera de antemano, a excepción de los nuevos entre los veraneantes. Aun así, no cejaba. Tarde o temprano, el Botero debía recibir instrucciones para

proceder. Por lo que había colegido, era imperativo sacar el alijo de la casa-taller y llevarlo a la isla para disponer de él en cuanto se lo requirieran, que sería muy pronto a juzgar por el disgusto.

La noche del sábado los citó para el domingo por la mañana en la *Bodega*. Pablo acudió con la certeza de que les desvelaría el plan de acción. Y, a pesar de que lo esperaba, lo pilló desprevenido la determinación del Botero: Elmo y el Marrajo se hallaban ausentes llevando a cabo otra orden; mientras que el Tiña, Gorka, Iván y él se pasarían la mañana en la casa-taller preparando el traslado de los cajones con armas.

—¿Ahora? ¿A plena luz del día? —se extrañó Pablo.

Nadie le respondió. Salieron a la calle y, con el semblante serio, avanzaron hasta la casa-taller. El Botero llevaba un cubo con trapos que intrigó a Pablo, sacó la llave y abrió. La Rúa se hallaba desierta. El domingo la mayor parte de los vecinos no madrugaba y en los barrios pesqueros había terminado la celebración: la Virgen del Carmen. Se deslizaron rápidamente en el interior y cerró de nuevo la puerta con llave. Era meticuloso, no olvidaba nada.

Gorka e Iván subieron arriba mientras que ellos fueron detrás del Botero. Rodearon la mesa sobre la que cortaban las telas y esquivaron la máquina de bordar. El Botero se detuvo frente a la librería que contenía los cestos de las costureras perfectamente ordenados. A Pablo se le paró el corazón ante la expectación: por fin iba a conocer el secreto. El Botero no buscó ningún resorte. Fue mucho más sencillo que eso. Dos molduras de madera servían de engarces para fijar el cuerpo central de la librería. Una vez liberada, giraba sin ruido sobre un eje. Se fijó en que no dejaba marca en el suelo ni en el techo pues no los tocaban; sin embargo, el día que revisaron las paredes no había sentido ninguna corriente de aire que le ofreciera una pista. El error fue que no se le ocurrió tantear la librería, se limitó a inspeccionar las paredes y las chimeneas. El espacio permitía pasar a un hombre de frente, por lo que cabrían los cajones con las armas. Encendieron una lámpara de queroseno que colgaba de la pared interior y Pablo descubrió unos peldaños descendentes labrados en la piedra que se perdían en la oscuridad. Allí se encontraba la escalera de madera de la que se servían para subir a la gatera bajo el tejado.

—Cogedla entre dos y cuidado con estropear nada. Ya sabéis: no hay que dejar rastro de nuestro paso —advirtió el Botero.

El Tiña y Pablo se prestaron a trasladarla. Un golpe y un grito ahogado en el

piso de arriba distrajeron al Botero.

—¿Qué están haciendo esos dos? No se os puede dejar solos —murmuró de mal humor—. Cuidado con eso. Voy a ver qué sucede.

Pablo, que iba el último, daba las instrucciones de giro al Tiña para que la escalera no tropezase con nada y subieron despacio. Les ayudaron en el tramo final y apoyaron la escalera en el reborde de la trampilla. Habían abierto una ventana y la luz solar inundaba la estancia, al igual que saturaban de ruido los graznidos de las gaviotas que se mezclaban con el repicar de las campanas. Subió el Tiña, el más delgado, y la descorrió, encendió la lámpara de arriba y bajó. Resituaron la escalera con más firmeza ahora que la trampilla se hallaba abierta.

—Tiña y Pedro, arriba. Acercáis las cajas al hueco. Iván y Gorka en la escalera.

En el altillo hacía mucho calor y la falta de ventilación lo acentuaba. Pablo se quitó la camisa azul y se quedó desnudo de medio cuerpo. Trabajaron con diligencia y en silencio. En un momento dado, les echaron el alto y les mandaron bajar. Repitieron la cadena al piso de abajo y al túnel. Al cabo de una hora, parecía que se habían bañado en el mar. Descansaban lo justo para beber de lo botijos que habían dejado las costureras.

Pablo dedujo que el túnel habría sido escavado en la época medieval para huir de los enemigos o burlar los asedios e, incluso, debió de servir de calabozo por el esqueleto que custodiaba a pie firme, de forma macabra, la puerta de abajo. Allí, el túnel se abría y dejaba el espacio propio de una recámara, en el cual fueron apilando las cajas.

Hacia el mediodía, terminaron el trabajo y se dejaron caer, deslomados, en el suelo de la planta baja del taller. Quedaron en silencio un rato, descansando las espaldas y los brazos.

—¿Cómo sabremos cuánto falta? —habló finalmente Gorka.

—En cuanto tengan todo dispuesto y no haya moros en la costa, nos avisarán —contestó el Botero—. No hay prisa. Descansad lo que podáis.

—En realidad, no hay mal que por bien no venga: no nos hubiera dado tiempo en una noche —opinó el Tiña.

—Eso es porque una cabeza de chorlito como la tuya no piensa —replicó el Botero—. Este trabajo lo hubiéramos realizado en dos noches, más descansados y sin problemas engorrosos.

Pablo escuchó en silencio. Imaginó que los obstáculos a los que se referían eran los que estaban solucionando el Marrajo y Elmo, a los que esperaban, y le intrigaba adónde daba la puerta que permanecía cerrada abajo y cómo resolverían el asunto a plena luz del día. Pensó en el Sardinilla y en que no había podido avisarlo.

No fue el único que se quedó dormido, como pudo comprobar cuando oyó que alguien subía por la escalera de piedra. Se incorporó dolorido por la dureza de la losa de piedra del suelo en el momento en que asomaba el Marrajo. Iván seguía roncando como un bendito hasta que Gorka lo zarandeó.

—Ya está todo —anunció—. Ha quedado bastante creíble y a esta hora los celadores estarán a buen resguardo del sol. Hemos descargado el material de las lanchas, así que no causará extrañeza su presencia ni tampoco si embarcamos cajas como si fuera sobrante de la obra.

—¡Perfecto! —exclamó el Botero—. ¡Vamos allá, chicos! El último empujón.

Se desentumecieron y Pablo se puso la camisa antes de bajar por el túnel para proteger la piel del sol. La puerta del final estaba abierta y la luz inundaba la cámara con las cajas. A Pablo lo venció la curiosidad y se asomó. A sus pies se extendía un breve terraplén que terminaba en el relleno de la nueva calle de Méndez Núñez, que unía la estación de ferrocarril con el muelle de las Naos, al pie de la ladera de la puebla de pescadores que se asentaba en lo alto. Justamente ahí, Elmo y el Marrajo habían descargado de dos lanchas material con el que montar un arco enorme para recibir a su majestad. Dos enormes mamparas de madera ocultaban la vista de la puerta, que a su vez estaba escondida tras unos arbustos crecidos y fuertes que habían respetado durante el relleno de la marisma de Maliaño para crear la calle. Seguramente pensaron que fijarían el terreno y no los tocaron.

—Brillante idea ¿eh? —se vanaglorió el Botero a su espalda.

—¿Qué es?

—El entramado para levantar un arco de ramaje en homenaje a su majestad.

Por el charlatán de don Benito me enteré de que el regimiento de Artillería lo había guardado en unos almacenes del ayuntamiento. Lo van a montar en el muelle, pero la gente no lo sabe, así que no ha extrañado que se construya aquí, ya que llegará el rey en tren.

—Se darán cuenta del robo —objetó Pablo.

—Para entonces ya habremos terminado —dijo, y se encogió de hombros para enfatizar que no le preocupaba.

Los bultos, palos y hierros estaban diseminados de forma estratégica para que quedara un pasillo entre ellos por el cual trasladaron los cajones. Si alguien los veía, pensaría que estaban trabajando. Pablo no dejaba de asombrarse de que estuvieran haciendo aquello en pleno día y nadie sospechara. ¿Dónde se hallaba la guardia municipal? Comiendo o echando la siesta en algún bar a la espera de que pasara la hora de mayor calor. Los vecinos se encontrarían en la misma tesitura o de paseo por el Sardinero. La dársena de Maliaño estaba desierta, Pablo vislumbró las barcas adornadas de flores en medio de la bahía, restos del festejo a la Virgen. El fuerte de San Felipe obstruía la visión desde el muelle a la zona de Maliaño, así que sólo quedaba la opción de que los vieran desde la Rúa Mayor o desde el mar los numerosos pescadores que aprovechaban la encalmada. ¿Y qué verían? Personal preparando el recibimiento de su majestad. Increíble. Audaz. Inteligente. Lo detestaba y lo admiraba.

Acomodaron las cajas en el fondo de las lanchas, desde la crujía hacia los laterales y hacia proa y popa, de forma que no desequilibraran ni entorpecieran la navegabilidad. En lugar de abarloadas, las atracaron en línea para facilitar la carga. En media hora habían realizado el trabajo duro. Pablo regresó con Gorka e Iván para ver si quedaba algo más por trasladar, mientras los tres pescadores lidiaban todavía con la estiba de la otra lancha. El Botero los aguardaba a la sombra, en la recámara, con un bulto alargado envuelto en una tela granate adamasquinada del taller.

—Ya está todo. Salid vosotros primero. Yo me quedo con el Tiña y sus hombres para ordenar esto y dejarlo limpito, como le gusta a la señora. Gorka, carga con ella.

A Pablo se le heló la sangre cuando comprendió que el bulto era Mariela. Había estado retenida todo el día sin que él tuviera conocimiento de ello y ya era tarde para que pudiera liberarla. ¡Maldita mujer! Del miedo pasó al enojo en un segundo. ¿No le habían dejado bien claro que no apareciese por el taller fuera de horas de trabajo? Salió delante de los dos acólitos del Botero. Al menos, la

llevaban en su lancha, todavía podía ocurrírsele algo. Gorka cargó con el bulto al hombro y oyó gemir a Mariela. Evidentemente, la habían amordazado y atado. Estaba tan nervioso y sorprendido que era incapaz de hilar un plan para liberarla. No se le escapaba la razón de llevársela: no podía quedar ningún testigo. A pesar de la sudada y del calor, un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Y él? ¿Dejarían a Pedro Saro vivo? Lo que le pareció una ventaja era, en realidad, una trampa. ¡Qué casualidad! El bulto y él. Dos estorbos que había que eliminar.

Gorka subió con el bulto que dejó caer sobre las cajas, hacia proa. Se oyó nuevamente un quejido. Pablo soltó la amarra de proa del noray e hizo caso omiso del bulto y del gemido, como si aquello no le interesara. Con esa actitud declaraba que no era asunto suyo. Lo último que deseaba era despertar el recelo de los dos rufianes, así que siguieron con las labores de desatraque como si no sucediera nada. Desató la vela para izarla en cuanto hiciera falta y sacó los remos. Eran muy pocos para manejar una lancha tan larga y Pablo se mantuvo en el puesto de proa, con el bulto de Mariela delante de él. Gorka se puso a la caña e Iván se situó en el centro. Al principio fue difícil el remo a causa del peso, pero en cuanto la lancha tomó velocidad, se suavizó la boga. El sol lucía con rabia y la superficie del agua devolvía el reflejo como un espejo, lo que indicaba que no había viento y que la vela no serviría de ayuda. Aun así, Gorka ordenó que la izaran, algo atraparía. La lona ni siquiera gualdrapeó, cayó rala sobre el mástil.

—Esto es una locura —se quejó Pablo—. Estamos demasiado cansados para remar hasta la isla sólo dos.

—Ya me pongo yo también —se avino Gorka. Sacó los remos y los fijó con el estrobo a las escalameras de la regala de la lancha.

Notaron el impulso y a Pablo, esta nueva disposición, le proporcionó una ventaja sobre los dos hombres, ya que le daban la espalda. El bulto no dejaba de moverse. De vez en cuando, Gorka echaba una mirada hacia atrás y corregía con la caña. Alguna ráfaga caía presa de la vela que drapeaba para pender flácida otra vez. La boga fue dura. Pablo fue consciente de en qué momento el bulto dejó de retorcerse y se alarmó. O bien se había dado por vencida o había perdido el conocimiento por el calor y la falta de aire.

Cuando alcanzaron la isla de la Horadada, una zona frecuentada por la abundante pesca, Gorka ordenó descansar y se echó sobre los remos para evitar el sol sobre la cabeza. Mientras Iván se quitaba el sudor de la frente, Pablo aprovechó para sacar la navaja y rasgar la tela del bulto que yacía a sus pies. En

un segundo entrevió la cara de Mariela, roja por el sofoco y la mordaza. Los ojos, acostumbrados a la penumbra parpadearon y tardaron en enfocarlo al tiempo que respiraba el aire limpio con fruición. El cabello, húmedo por el sudor, se le pegaba al rostro. Era un milagro que no se hubiera asfixiado. Tan poca consideración le ofreció una pista de lo que les importaba la vida de la mujer. Escondió la navaja rápidamente en la pernera del pantalón. La ranura que había practicado quedaba de cara a él. Iván se irguió y volvió la vista atrás. Pablo simuló que observaba las barcas de los pescadores que había entre la isla y la península, a la vez que aireaba, con una mano, la camisa azul para despegarla del cuerpo sudoroso.

—¡Vaya día! Hoy voy a dormir como un lirón —comentó.

Una siniestra sonrisa se trazó en la cara de Iván. El chiste era bueno para venir de alguien que iba a dormir el sueño eterno. Pablo sonrió a su vez, fingiendo inocencia. Todavía se preguntaba cómo iba a deshacerse de los dos: de uno, no cabía duda, pero el segundo era harina de otro costal, pues estaría sobre aviso. Se había cerciorado de que no llevaban armas de fuego, nunca se las había visto, eran más de tirar de navaja, más silenciosa y no levantaba sospechas sobre el que la portaba. Entre los pescadores era usual y necesaria llevarla para el oficio. De la segunda lancha, no había rastro todavía. Los ojos le dolían por la reverberación del agua, que duplicaba los efectos del sol. La vela se hinchó violentamente y volvió a caer. Pablo observó que la superficie del mar se había rizado.

—¡Bien! Sale el viento y termina la encalmada —festejó Gorka—. ¡A los remos!

A la orden de Gorka retomaron la boga. Pablo depositó sus esperanzas en la isla: si uno de ellos se quedase en la lancha o en la playa y el otro subiera con él, se le ofrecería una oportunidad. Desechó la idea. Serían estúpidos si lo hicieran así. Mientras ellos dos se deshacían del cuerpo de la mujer, a él lo enviarían a lo alto de la isla. A no ser... que tuvieran otros planes previos para ella. Mariela era una mujer deliciosa para esos cerdos. En ese caso, lo despacharían a él primero, pero después de la descarga.

Gorka andaba pendiente de la dirección hacia la isla de Santa Marina, paralela al arenal que separaba la bahía del mar abierto. En cuanto abandonaron el amparo de la península de la Magdalena, Pablo vislumbró el horizonte marino envuelto en una calima oscura. El mar se rizaba por momentos y la vela los ayudaba considerablemente. Iván se preocupó de marear la vela, tirando de las

escotas con la finalidad de atrapar el viento; sin embargo, cuando creía que lo había logrado, una racha en otra dirección lo obligaba a cambiar la orientación. Sucedió varias veces.

Los dos hombres del Botero no eran españoles y desconocían lo que era una galerna; no así Pablo, que comenzaba a sospechar lo que estaba sucediendo con evidente alarma. Avistó lanchas que regresaban del Sardinero y las barcas de la bahía se ponían en movimiento en busca del amparo de los muelles. Calculó la distancia que les quedaba hasta la cala de la isla, y observó los cambios: las olas llegaban de través desde la isla de Mouro y la oscuridad del horizonte se agrandaba con rapidez.

Pablo miró a sus compañeros, que seguían ocupados: uno, en la caña; y el otro, en orientar la vela, ajenos a lo que realmente se les venía encima. En ningún momento se le ocurrió advertirles del peligro, ya que podía ser la ocasión que esperaba con tanto anhelo. Las distancias en el mar resultaban muy engañosas: lo que parecía cercano en un día despejado, en cuanto se enturbiaba el aire, se alejaba. En ese instante, la isla de Santa Marina daba la falsa sensación de lejanía. El mar se encabritaba por momentos.

—¡El viento está rolando! —gritó Gorka alarmado. Volvió la mirada con aprensión hacia la isla—. No creo que nos dé tiempo a llegar.

Como si el viento lo hubiera escuchado, hinchó la vela y los impulsó hacia las quebrantas de Latas. Pablo levantó los remos, pues ya de nada servían, y buscó un cabo suelto para amarrar a Mariela por si acababan en el mar. Las rachas de aire aumentaron la velocidad en escasos segundos y los obligó a arriar la vela si no querían naufragar en los arenales. Gorka luchaba con la caña para mantener un rumbo que las olas, ya crecidas, no le permitían. Mientras tanto, el oscuro horizonte los había alcanzado, precedido por una cortina de agua. La lancha, a excepción de la caña, navegaba con el impulso que marcaban los elementos. Iván se agachó para fijar uno de los remos que amenazaba la estabilidad y fue el momento que aprovechó Pablo para levantar el suyo y golpear violentamente la cabeza del hombre, que cayó sin un quejido. Gorka lo vio todo, pero tuvo miedo de soltar la caña. Las olas balanceaban peligrosamente la lancha y

amenazaban con volcarla. Se quedaron el uno a popa y el otro a proa, observándose, pero sin hacer nada, separados por la longitud de la nave y la preocupación por la estabilidad.

Pablo sacó la navaja y terminó de rasgar la tela que envolvía a Mariela.

38

Mariela se levantó temprano. Había preparado una sorpresa a Ana con ayuda de Águeda. Desde que había adquirido entradas para algunos espectáculos en el Teatro Principal, Ana estaba preocupada porque carecía de un vestido a la altura de las circunstancias. Mariela había escuchado sus comentarios sobre los vestidos de las revistas francesas y había tomado nota de sus gustos. Como habían acordado, Águeda se encargó de tomarle las medidas con discreción, así que su prima no sospechaba nada. La base del vestido era un raso de seda color malva sobre el que iba una tela de organdí bordada con flores de muchos colores, obra de Águeda con el espolín. La forma era ceñida al cuerpo y a las caderas y, luego, la falda se abría hacia atrás con un poco de cola. El organdí floreado se recogía por delante a modo de delantal drapeado y se anudaba sobre el polisón en un lazo. El escote era amplio, cuadrado y las mangas de farol. Una vez terminado, lo escondieron en uno de los armarios de las salas de arriba. Aunque el cumpleaños era el lunes, decidieron celebrarlo el domingo, día en el que estaban libres.

Se arregló sola y se puso el vestido verde floreado de diario con un discreto polisón. Se trataba de acercarse al taller, envolverlo y regresar. Bajó sin hacer ruido para no despertar a la familia y en la cocina se tropezó con la tía Pura.

—¿No te irás sin desayunar? —reprochó la buena señora.

—Tía, no me diga usted que se ha levantado por esa nimiedad. Soy mayorcita para prepararme el desayuno; además, es ir y venir, tampoco es para tanto. ¿Se imagina la sorpresa de Ana?

Tras emitir una sonora carcajada, doña Pura comentó:

—Creo yo que la que más disfruta con el regalo eres tú. Ana estará encantada.

Mariela se sentó a desayunar para demostrar que no estaba tan impaciente. Compartió confidencias del taller y la tía comentó que ya andaban haciendo números para la compra de una casa en otoño.

—Confieso que me da miedo entrar en una nueva aventura económica.

Vamos cumpliendo años y lo único que buscamos es tranquilidad.

—Es una inversión ya que alquilarán esta casa. Ana es magnífica con la contabilidad y la planificación financiera —se apresuró a matizar.

—Cierto, por eso hemos decidido adentrarnos en la nueva empresa. Es la sensación de que nunca terminas de estar acomodado.

—¿Cuándo la vida ha sido sinónimo de acomodo? Yo no la he conocido.

—Tú eres muy joven. Los años lo van exigiendo; pero tienes razón, siempre sucede algo que pone a una en marcha de nuevo.

Mariela salió a la calle rebosando energía, satisfecha de lo que había sido capaz de levantar con imaginación y esfuerzo, de haber encontrado unas personas tan acogedoras y cariñosas. Había vivido tanto tiempo sola que desconocía lo que era un hombro sobre el que llorar o reírse, familiares con quienes desgranar confidencias, preocupaciones o alegrías. Aunque Ernesto se había portado bien con ella, no era un hermano en el que pudiera confiar, como ya se lo había demostrado en varias ocasiones, y eso dolía. Habían viajado y compartido como dos extraños. Él no era sincero con ella y ella tampoco con él, recordó con tristeza. La prueba definitiva, si hubiera albergado alguna duda, fue la resolución de separarse. No le había costado comunicárselo y Ernesto tampoco había llorado de pena. Ella había sido una carga, una responsabilidad impuesta, y Ernesto para Mariela representaba lo inevitable por sangre y por obligación social, ya que no se permitía que una mujer se valiera por ella misma. Para ambos, su determinación había supuesto la liberalización.

Al cruzar la calle de La Ribera por el puente, se percató del calor que hacía a pesar de ser primera hora de la mañana. Aunque el camino era en su mayor parte sombreado por la cercanía de los edificios, echó en falta el abanico. Las campanas tañían festivas. El olor de las calles tampoco resultaba agradable. La red de saneamiento era nueva y había muchas casas que carecían todavía de retrete y seguían arrojando a la calle las inmundicias. Los tíos le habían contado que el año pasado habían sufrido un brote de cólera, aunque no fue tan fuerte como en otras ocasiones que llegaron a diezmar la población. Ése era un argumento más por el que prefería adquirir una casa fuera del casco viejo de la ciudad.

Llegó al taller y cerró la puerta por precaución, aunque no iba a tardar mucho. A oscuras, con sólo la luz que se filtraba por los resquicios de las ventanas, subió a los salones. Allí no resistió la tentación de abrir una ventana. La marea comenzaba a subir y a cubrir los arenales que abandonaban los

mariscadores con los cubos llenos de almejas, cangrejos y muergos. Las barcas, engalanadas el día anterior en honor a su patrona, se hacían a la mar. Era tal la transparencia del aire que podía tocar con la mano la orilla de enfrente, de un verde rabioso sobre el fondo añil del cielo. Peña Cabarga rompía el encanto imponiendo su rocosa presencia. Los graznidos de las gaviotas, revoltosas y juguetonas, competían con el repicar de las campanas. Un dolor agudo en la cabeza la privó de la luz y del conocimiento.

Le dolía la cabeza, pero no consiguió llevarse las manos a la herida porque las tenía sujetas. La boca se la habían llenado con una tela y la habían amordazado. Con trabajo elevó la vista y se descubrió sentada en una silla a la que la habían amarrado. Agradeció la penumbra en un día de tanto calor y la escasa luz le permitió reconocer la sala del fondo con las cajas ya preparadas para el reparto del lunes. Habían dejado entornadas las dos hojas de la puerta que la separaban de las otras dos estancias y le llegaba el ruido de las cajas que arrastraban por el techo y que bajaban con grandes esfuerzos. Escuchó un rato y llegó a la conclusión de que eran unos cuantos los que estaban realizando el trabajo a juzgar por el revuelo y las distintas voces.

Intentó analizar la situación en la que se encontraba a pesar del dolor. Lo mejor que podría sucederle es que, terminado lo que estuvieran haciendo, se largasen dejándola allí amarrada. La tía Pura sabía adónde había ido, así que, tarde o temprano, acudirían a buscarla al notar su retraso. Lo peor, que la asesinasen antes de retirarse para no dejar testigos o que se la llevasen con ellos, aunque esto último no le parecía factible. ¿Para qué iban a cargar con una mujer?

Las horas pasaban y se adormeció con el calor. Los calambres en los brazos la espabilaron. Transpiraba por todos los poros del cuerpo y la sed anegó su mente de tal forma que la incapacitaba para pensar en otra cosa que no fuera beber, incluso llegó a sentir mareo. ¿Se habían ido? El silencio era absoluto. Aguzó el oído, pero los graznidos de las gaviotas no le permitieron escuchar nada más. El mareo la sobrevino de nuevo. Debió de desvanecerse porque abrió los ojos y se encontró con un rostro mal rasurado y unos ojos pequeños y oscuros que la observaban con cara de pocos amigos.

—Voy a quitarle la mordaza. Si chilla, de un guantazo la mando para el otro barrio. ¿Ha entendido?

Mariela asintió con dificultad. No sólo desató la mordaza sino que le liberó los brazos, aunque le dejó los pies trabados. Casi se cae de la silla, pero el hombre lo impidió a tiempo.

—¿Puede sostener un vaso de agua? ¡Qué tonterías digo! Por supuesto que no puede —murmuró para sí.

El hombre le acercó el vaso a los labios y bebió con avidez, pero enseguida lo retiró.

—Despacio —ordenó y volvió a aproximarle el vaso.

Cuando terminó, el hombre llenó el vaso de nuevo, aunque no se lo alargó.

—Hablemos claro, señorita. ¿De dónde ha sacado el dinero para montar este negocio?

—¿Y eso qué le importa?

—Lo que quiero es el dinero de la *Pacific*. Su hermano me la ha jugado. Me ha costado dilucidar quién había sido capaz de actuar en mi territorio sin mi consentimiento, hasta que pensé en él: la única persona con la inteligencia suficiente para dar un golpe tan magnífico. Si no hubiera sido por el asesinato del comisario, no me habría enterado durante mi encierro, ya que se ha mantenido en silencio por parte de las autoridades. No les interesa que se levante ningún escándalo estos días. Quiero mi parte.

—No sé de qué me habla. —Mariela se frotaba los brazos para que corriera la sangre de nuevo. Torció el gesto cuando sintió que la traspasaban mil alfileres —. El dinero de este negocio es parte de la herencia de mi madre y parte de mi tío. Ignoro los asuntos de Ernesto ni deseo conocerlos.

—Un error por su parte. —Le entregó el vaso de agua cuando calibró que sería capaz de sostenerlo—. Es igual si me está mintiendo. Usted es el pagaré por el que le voy a exigir el botín, por listillo. Le tengo unas ganas...

Se oyó ruido abajo y, en un instante, le arrebató el vaso vacío y le metió en la boca la bola de tela. Mariela, con las manos libres trató de evitarlo, pero el hombre la esquivó con habilidad mientras le ataba la tela a la nuca para que no escupiera la bola.

—¿Prefiere dejarse atar o la dejo sin sentido para hacerlo más fácil? —amenazó junto a su oreja.

Asustada, se mantuvo quieta. Juntó las manos delante, sobre el regazo, pensando que tendría más posibilidades de maniobrar de esa forma, no le habían arrebatado el bolsillo que colgaba de la cintura donde escondía la navaja. El hombre fue a decir algo pero las voces de abajo lo apremiaron, así que la ató sin añadir nada. Se dio media vuelta y cogió una de las telas granates que empleaban para vestir los tablones y exhibir el género y la envolvió con ella. Mariela, que no

se lo esperaba, mostró el espanto a través de los ojos y el hombre sonrió cruel.

No tardó en notar que la elevaban y la cargaban sobre el hombro con la cabeza hacia abajo. Cerró los ojos agobiada y clavándose los brazos, sujetos por la tela; al poco los oídos le zumbaron. El miedo hizo mella en ella cuando comprendió que se la llevaban. La posibilidad de que la encontrasen se esfumaba prácticamente. Maldijo a Ernesto y se lamentó mil veces de la mala idea de acudir al taller cuando estaba cerrado. Ciertamente que no creyó que fueran a entrar de día, pero en eso era la única responsable de su desgracia.

Dio con sus huesos contra algo duro y gimió de dolor. El muy patán la había tirado sin ninguna consideración sobre un suelo de madera. Al menos, estaba en horizontal y la sangre dejó de embotarle el cerebro; sin embargo, el estar envuelta en una tela gruesa con semejante calor no ayudaba y comenzó a sudar copiosamente a la vez que el aire se enrarecía a causa de la ausencia de ventilación. Trató de regular la respiración y evitar la sensación de ahogo con escasa fortuna. El balanceo al que se vio sometida le indicó que se hallaba en una barca o similar y se asustó más. ¿Adónde la llevaban? Las probabilidades para ella disminuían cada minuto que pasaba. ¿Cómo podría escapar si se encontraba en alta mar? Oyó el golpe de los remos y las voces de los hombres. No localizó la ronca del que había hablado con ella.

Los minutos se convertían en horas y el mareo se hizo realidad. ¿Y si sentía ganas de vomitar? ¡Se ahogaría con su propio vómito! El pánico contribuyó a que se le pasara momentáneamente. Debía concentrarse y pensar. La navaja de defensa personal, recordó. Ernesto le había regalado un cuchillo manejable para su mano cuando se hizo cargo de la hacienda. Le había enseñado cómo manejarla, aunque no tuviera fuerza contra un hombre. La siguió llevando por las ciudades que recorrieron, ya que había barrios poco recomendables y situaciones embarazosas en las que podía venir bien el consuelo de una pequeña arma.

Desde que había llegado a Santander, en más de una ocasión había pensado dejarlo, pero el hábito era muy fuerte y se sentía desnuda si no lo llevaba. Los borrachos de la noche de San Juan le confirmaron su buen juicio de no abandonar la costumbre. Sin embargo, no le parecía que le fuera a servir de mucho contra tanto hombre. ¿Cuántos eran? Por las voces, distinguió tres.

Ignoraba a qué parte de la bahía la trasladaban, a lo mejor se le ofrecía una posibilidad si se arrojaba al agua, antes de que se dieran cuenta. Estaba obligada a intentarlo todo. Se retorció para sacar la navaja. Había estado inspirada al

haber puesto las entumecidas manos por delante para que se las amarrasen. Se arqueó lo que le permitió la envoltura, que no era mucho, y forzó hasta donde le fue posible. Repitió varias veces la operación hasta que la sacó. Se olvidó del mareo, de las dificultades de respirar, de la sed y del sudor con la nueva ocupación. Con la navaja entre las manos comenzó la segunda parte: cortar las cuerdas. Con método y paciencia se aplicó en ello. Tan entretenida se hallaba en la operación que no se dio cuenta de que se habían detenido y de que la lancha zozobraba más de lo habitual. Se le heló la sangre cuando sintió el filo de un cuchillo que rasgaba la tela granate y percibió cómo le pasaba la punta del mismo a un milímetro de la cara en su camino hacia abajo.

La intensidad de la luz solar la cegó. Lo primero que vislumbró fueron unas alpargatas de esparto y tela y, luego, unos pantalones de marinero. El individuo que había cortado la tela para permitirle respirar se hallaba ventilando la camisa azul marino, la movía de abajo arriba para aliviar el calor y secar el sudor por lo que le impedía ver su rostro, aunque no los pectorales esculpidos, propios de un remero, hasta que se detuvo y dejó caer la camisa. La mordaza contuvo su grito de alivio al reconocer la cabellera y la barba pelirrojas: era el agente del gobierno.

Cerró los ojos de nuevo, intentando recomponerse y reordenar sus posibilidades. El capitán operaba con los contrabandistas, por lo tanto había logrado infiltrarse. ¿Podría liberarla? ¿Cómo? ¿Cuántos eran? Lo que en un principio fue alivio se tornó en preocupación. Oyó la orden de reemprender la boga y el hombre tomó los remos. Mariela aprovechó para agrandar la ranura con su propio cuchillo y poder llevarse las manos a la nuca para desatarse la mordaza que le secaba la boca y la agobiaba. Terminó a tiempo ya que la lancha comenzó a balancearse más de lo debido. La visión del capitán que subía y bajaba como si se hallase en un columpio la mareó de nuevo. La lancha arfaba de forma muy pronunciada. El gesto serio y preocupado del marino la alarmó. Algo no iba bien. Las salpicaduras del agua calaban la tela. Nerviosa, recordó que continuaba con los pies atados. Se revolvió de nuevo para llegar a ellos pero la tela actuaba como una camisa de fuerza.

Le llegaba el ruido de cómo se removían los hombres que quedaban fuera de su vista y uno de ellos manifestó su esperanza de llegar a una cala. Pedro Saro asintió sin perder la compostura. Había achicado los ojos y permanecía pensativo mientras que el zarandeo de la lancha aumentaba y amenazaba con arrojar a Mariela de un lado a otro de la misma. A duras penas conseguía mantenerse para no golpearse. Entonces lo vio. La mirada del agente pelirrojo se

volvió torva, clavada en alguien a quien Mariela presentía cerca de ella, levantó con rapidez el remo y lo descargó con todas las fuerzas.

A pesar del viento y del rugido de las olas que iban *in crescendo*, escuchó el chasquido de algo que se quebraba y el golpe sordo de un cuerpo que caía sobre la madera del suelo. El agente, con la mirada fija al frente, se agachó cuchillo en mano y terminó por liberarla de la tela que la envolvía.

—No se levante ni se ponga en medio de mi vista —ordenó ronco y sin dejar de vigilar lo que tuviera delante, como si no sucediera nada más importante alrededor.

Mariela se desembarazó de la tela y se inclinó para cortar el lazo de raso de seda verde con el que la habían atado. Asomó la cabeza entre la bancada y se hizo cargo de la terrible situación: quedaba un hombre con vida que intentaba gobernar la lancha con la caña y, por si fuera poco, los amenazaba una tormenta, una especie de huracán caribeño por la fuerza que adquiriría el viento. Echó un vistazo alrededor en busca de tierra, pero la oscuridad, el oleaje y la lluvia, que los acababa de alcanzar y que sentía como alfileres, impedían la visibilidad más allá de unos metros. Una ola los rebasó y desestabilizó la lancha.

—¡Amárrese! —gritó el capitán a la vez que le echaba un cabo.

Lejos de cumplir la orden, Mariela se apresuró a cortarse el vestido, rasgó con el cuchillo el corsé y las cintas que sujetaban el polisón; se quedó con la camisa y los calzones de batista y las medias de seda, libre para nadar si fuera necesario. Buscó un remo y se aferró a él. Entonces sucedió lo inesperado.

El hombre de la caña, mortalmente pálido, se levantó con un grito y se lanzó hacia ellos. El capitán, precavido, saltó por encima de ella blandiendo el remo y lo golpeó sin piedad. No hubo lugar a respuesta por parte del agredido ya que, en ese instante, una enorme ola arremetió de través contra la lancha sin gobierno y la volcó.

39

Mariela aguantó todo el aire que pudo atrapar en los pulmones y sintió el frío remojón. Sin soltar el remo, evitó que la barca le cayera encima, sumergiéndose

en la negra profundidad. Sin ningún referente, sólo con el de la flotabilidad del pesado remo se dejó arrastrar a la superficie. Asomó la cabeza y buscó a su alrededor; el vaivén de las olas no la dejó ver ni a dos palmos delante de ella. El viento trajo su nombre.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó desesperada.

Vislumbró al capitán desde la cresta de una ola. Estaba más cerca de lo que parecía; del otro, ni rastro. En dos brazadas llegó a su lado y se agarró al remo.

—¡La playa está allí! —gritó el marino.

—¿Muy lejos?

Negó con la cabeza el hombre.

—¡Yo la guiaré!

—¡No! ¡Deje el remo! ¡Sé nadar! ¡Vamos!

—¡Espere!

El capitán le amarró el extremo de un cabo a la cintura; el otro extremo se hallaba atado a la suya. Así, las olas y la corriente no los separarían. Comenzaron a nadar con el peculiar estilo caribeño: lanzando un brazo hacia adelante y otro hacia atrás como si fueran las aspas de un molino. De vez en cuando, la cuerda se tensaba por el mayor avance del marino a causa de la potencia de sus brazos; ella lo compensaba con la velocidad que le permitía el mar agitado. No resultaba tan fácil con el mar encrespado, por no decir que imposible, pero ésa era una palabra que, en esos momentos, no hallaba cabida en su cerebro.

Llevaban un rato luchando con las corrientes cuando vislumbró un roquedo imponente. El miedo a morir despedazada contra las rocas la paralizó. Él había dicho playa, recordó. La cuerda tiró de ella y la obligó a seguir adelante. Vacío la mente y nadó, el cuerpo funcionaba por inercia, por voluntad de los músculos, hasta que sintió que las manos, al sumergirse para volver a izarse, tocaban fondo arenoso. Aprovecharon el impulso de una ola que los arrojó a la orilla. Agotada, fue incapaz de ponerse de pie. Sintió al marino a su lado que la cogía por la cintura y la obligaba a incorporarse. Otra ola los empujó por la espalda y los desestabilizó. El pelirrojo la arrastró fuera de la rompiente, porque las piernas no le respondían.

—No puedo más —atinó a pronunciar bajo la lluvia torrencial y el viento huracanado.

Él se echó a su lado para recuperar el aliento. Mientras tanto, la naturaleza bramaba alrededor. Mariela recordó al otro hombre y lo buscó.

—¿Y el otro?

—No se preocupe por él, nada puede hacernos. —Como se lo quedó mirando, concluyó—: No sabía nadar, por eso se arriesgó a pesar de haber perdido la partida. ¿No le hace daño la lluvia?

Ella asintió y él se incorporó para ponerse de pie después.

—Vamos, la ayudo.

Mariela intentó levantarse sin éxito y, ante su asombro, el cuerpo se convulsionó como si sufriera un ataque epiléptico y rompió a llorar con el desconsuelo de una niña pequeña. Los nervios se habían rebelado contra tanta contención y, una vez que se sabía a buen seguro, se habían desatado de forma incontrolada e imparable.

El marino tiró del brazo y la puso de pie. Se encontró tambaleante frente a él y notó algo distinto, sin caer en la cuenta de qué era. Él le pasó un brazo por la cintura y la instó a caminar hasta un sendero que conducía arriba, entre la vegetación que asomaba a la cala. Ella se aferró a su hombro con un brazo y, a duras penas y con el llanto incontenible, lo siguió por la estrecha vereda desafiando la fuerza del viento. El brezo se elevaba casi por encima de las cabezas. Pasaron cerca de un nido de gaviota en el que se encontraban bien apretujadas, aguantando el temporal. Llegaron a un espacio rodeado de una muralla de piedra en la que destacaba un bulto enorme bien resguardado del viento y cubierto por una vela vieja encerada por la que resbalaba el agua. El hombre la levantó y le hizo una seña para que se cobijase bajo ella. Entró y se dejó caer junto a una caja que empleó como respaldo. Él la imitó y la lona cayó, sumiéndolos en la oscuridad y protegiéndolos del agua y del viento.

Mariela no conseguía detener el llanto ni las convulsiones. Sintió los brazos fuertes y cálidos que la atrajeron hacia el pecho del capitán y la rodearon en un intento vano de calmarla. No hablaron. Estaban rendidos por los acontecimientos y la lucha por sobrevivir en el agua. Mariela abusó del calor del cuerpo ajeno y se acurrucó tiritando. Poco a poco, el llanto remitió y la languidez le sobrevino.

La despertó el movimiento del hombre que la abrazaba. Se había agachado para levantar un extremo de la vela que los protegía del exterior. Entró la luz, tenue, y notó que el viento había calmado así como la lluvia.

—Falta la otra lancha —dijo el capitán—. Desconozco su suerte pero, por sí

acaso, deberíamos movernos. No deben encontrarnos aquí. ¿Se siente mejor?

—Creo que sí. —Mariela se movió y notó que le dolía el cuerpo como nunca, que las extremidades pesaban el doble y los movimientos eran lentos y torpes por el cansancio y el frío—. No sé qué me pasó, cómo pude perder el control de esa manera. No soy una pusilánime.

—Es la reacción habitual cuando una persona ha estado bajo una gran tensión. También nos sucede a los hombres —animó caballeroso.

Retiró la lona y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie. Mariela aceptó sin pensarlo dos veces y se le escapó un gemido.

—¿Está herida? —se preocupó el hombre dejando caer la tela encerada. Mariela lo notó raro y no quiso imaginar en la apariencia que ofrecería ella. Fue entonces cuando recordó que no llevaba vestido. Bajó la vista sobre el cuerpo y comprobó lo poco que ocultaba la batista, todavía húmeda. Disimuladamente pasó al cuerpo del compañero que no salía mejor parado que ella y eso la reconfortó.

—Me dieron un buen batacazo, pero estoy entera.

—¿Dónde? —se interesó.

Mariela se palpó la nuca hasta que dio con un bulto y gimió de nuevo.

—Déjeme ver.

Soportó estoicamente la revisión del marino.

—No hay herida, afortunadamente, sólo un huevo descomunal.

—¿Dónde estamos? ¿Podemos pedir ayuda?

—En una isla. Es la que emplean para esconder el contrabando como puede comprobar. He buscado información sobre ella y esto son los restos de un pequeño cenobio que fundó fray Pedro de Hoznayo en el siglo XV. —Señaló el sitio en el que se habían refugiado—. Por eso estoy nervioso. Si dejamos algún indicio de que estamos vivos, no habrá posibilidad de escapar.

Mariela se hizo cargo de la situación desesperada en la que se encontraban. Los males no habían terminado.

—Vamos a la cala. Desde allí veremos si se aproxima la lancha.

—Tengo una sed terrible.

El capitán Saro izó la vela y rebuscó en el interior. Sacó una bota de agua y bebieron como si no hubieran tenido suficiente con la que había derramado el cielo. Después, emprendieron la marcha hacia la cala y otearon el horizonte con precaución, sin erguirse demasiado. Mariela se fijó en que el día despejaba con la

misma rapidez que había oscurecido.

—No sabía que se formaban huracanes en Europa —comentó.

—Esto ha sido una galerna. Es un fenómeno típico del Cantábrico, aunque no con la furia con la que se ha desatado en esta ocasión.

Se asomaron a la cala y Mariela descubrió lo cerca que se hallaba la tierra firme. Captó movimiento entre los árboles y los arbustos de los prados que bajaban hasta la playa. Tiró de la camisa que llevaba remangada el capitán Saro y le señaló la playa de enfrente.

—Ya, son los carabineros —confirmó—. También se aproxima la lancha. Han conseguido guarecerse de la galerna.

Mariela atisbó entre los brezos. Los de la lancha no hacían más que asomarse por la borda.

—¿Qué buscan?

—Los restos de nuestro naufragio. Se han hundido un montón de fusiles. — Se sonrió—. El Botero estará desesperado. Eso le ocurre por no haber dejado a ningún pescador al cargo.

—¿Qué quiere decir?

—Los dos gorilas que nos acompañaban no conocían este mar ni cómo las gasta, así que no lo vieron venir y no se resguardaron a tiempo. Podíamos haber varado en el arenal que corre paralelo.

—¿Me está diciendo que usted sí lo sabía? —preguntó con los ojos desorbitados Mariela.

—Estamos aquí, ¿no? Era nuestra única posibilidad para salir con vida del trance.

Mariela abrió y cerró la boca, incapaz de generar una frase que expresara lo que sentía en ese momento, aparte de la incongruencia de salvar la vida a riesgo de perderla.

El marino inició el retroceso medio agachado y ella lo imitó, pese al resentimiento de su cuerpo cada vez que se movía. Pasaron por el lugar amurallado que les había servido de refugio y se adentraron en la isla en dirección este. Se abrieron camino entre los brezales costeros como pudieron, con la intención de poner distancia con los contrabandistas.

—Si son carabineros, ¿no podríamos hacerles señales? —planteó Mariela sin resuello. Le costaba andar más de lo que había imaginado, pero apretó los dientes para no emitir el más leve quejido.

—No. Si atraemos la atención sobre la isla, los contrabandistas se

preguntarán qué ven que despierte su interés.

—¿Y si se van? —se preocupó—. Nadie conoce nuestro paradero, que seguimos con vida, que nos hemos salvado.

—Tranquílcese. Con marea baja es fácil salvar la distancia y usted es una experta nadadora. ¿Cómo aprendió?

—No estoy tan segura de que lograra hacerlo. No respondo de mi cuerpo; me siento traicionada. Aprendí con los hijos de las mujeres que me cuidaban, allá en Matanzas.

El capitán la miró con una extraña sonrisa.

—Aquí —dijo, se agachó y se sentó sobre el brezo húmedo. El sol calentaba con fuerza, aunque el aire había perdido la sequedad y la calidez asfixiante de la mañana—. Túmbese y duerma. La espera será larga, me temo. Indagarán sobre lo que ha sucedido con nuestra lancha y con nosotros.

Mariela no se hizo de rogar. Se echó sobre un costado y empleó los brazos como almohada. Cerró los ojos consciente de su cercanía, con el recuerdo de la firmeza de los pectorales sobre los que había descansado, de la fuerza de los brazos que la habían abrigado, con...

—¡Su barba! ¡Su pelo! —exclamó ahogadamente—. ¿Qué ha pasado?

40

Pablo se pasó la mano por el mentón. Ni rastro del disfraz. El pelo fue lo primero que perdió, con él no contaba ya, pero el pegamento, además de irritarle la piel, no era tan eficaz como lo acreditaban. Suspiró y se enfrentó a la mirada de asombro de Mariela.

—¿Cómo piensa que pueda moverme por diferentes ambientes sin que me reconozcan?

—¿Hay algo que sea genuino en su vida? —inquirió pasmada.

—Dígame usted. Es la experta.

—¿Qué quiere decir?

—Los conocí en Southampton, a usted y a su hermano. No haga memoria. No me presenté ni me acerqué.

—Juega con ventaja —acusó sonrojada.

—No, yo no soy el jugador. ¿No consiguió embaucar al viejo almirante?

—Si fuera una embaucadora, ahora no me vería en esta situación —replicó dolida—. Estaría alternando en la casa de campo de algún lord que nos hubiera

invitado, a mi viejo marido y a mí, en la temporada de caza. —Intentó sonar frívola, pero lo cierto es que Pablo no encontraba la ligereza en esa mujer por ninguna parte. Tirarle de la lengua para que le contara algo sobre su vida resultó vano; en lugar de eso, desvió la conversación—: ¿Qué hacía allí?

—Lo mismo que aquí. Seguir la pista del contrabando. Ya que usted no desea dormir, a lo mejor me aporta alguna razón convincente por la que desobedeció nuestras indicaciones.

—Mañana es el cumpleaños de mi prima y le he confeccionado un vestido para asistir a la ópera y a los bailes. Lo habíamos cortado y cosido a escondidas y fui a recogerlo. En ningún momento pensé que me los encontraría de día. ¡Qué tontería! ¿Por qué asociamos el delito con la nocturnidad?

—¿Su familia sabía adónde iba?

—¡Oh, sí! Mi tía. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Calculo que serán las cinco de la tarde. Tiempo suficiente para echarla de menos, acudir a la casa y denunciar su desaparición. Quiera Dios, que el comisario esté al tanto y lo lleve con discreción.

—¿A qué se refiere?

—Si se hace pública su desaparición, se va al traste toda la operación.

—¡Es increíble! ¿En eso se resume toda su inquietud?

—A usted le preocupa su taller y a mí los meses de trabajo, privaciones y poner en peligro la vida para llevar a buen término la investigación. ¿Cuál es la diferencia?

Mariela no halló palabras para replicar y se recostó. Al rato de permanecer en silencio, Pablo se aseguró de que su respiración se regularizaba con la cadencia del sueño. Durante la galerna, bajo la vela encerada, la había abrazado, había recorrido el cuerpo de la mujer con el sigilo de un ladrón durante su sueño, apenas separado por una fina tela que semejaba una segunda piel. Olía a mar, como él mismo.

Rememoró la sorpresa cuando arrancó a nadar con ese nuevo estilo, decidida, sin miedo que aflorara a sus ojos, con el sentido práctico de la

supervivencia en pleno funcionamiento hasta que se consideró segura. A él le sucedió la primera vez que se vio en peligro. Respondió valientemente y, después, se vino abajo. Conocía muy bien esa sensación, la habían experimentado pescadores y soldados cuando se habían enfrentado a situaciones extremas. Los más apocados sucumbían a ella y los más fuertes la superaban. Mariela no había permitido que la histeria se adueñara de su mente. El que conciliara el sueño de nuevo lo certificaba.

Recorrió con la vista el cuerpo expuesto al sol, de formas redondeadas y piel suave; la tela de la ropa interior, aunque ya seca, transparentaba igualmente. Recordó la aureola de los pezones y los rizos del pubis cuando la ayudó a levantarse en la playa. Realizó, en aquel momento, un gran esfuerzo para no clavar la mirada y avergonzarla. Además de un rostro bonito, escondía un cuerpo espectacular bajo la presión del corsé y de las enaguas. Todo en ella lo atraía.

Una pareja de conejos grises asomó entre las altas hierbas y, sin temor, se aproximaron a olisquear el cuerpo de Mariela. Pablo alargó la mano y, alarmados, desaparecieron sin ruido entre la vegetación. El monasterio quedó reducido a granja y, cuando la comunidad se integró en la orden de Corbán, olvidaron a los conejos que criaban.

Se levantó con cuidado de no despertarla y se acercó a la costa rocosa de la isla. Se tumbó para no destacar, ya que a esa zona no llegaba la vegetación. Desde allí controlaba la entrada a la bahía, incluso más allá de la isla de Mouro, que flotaba solitaria con el nuevo faro blanco por bandera. Hasta que comprobara que el Botero regresaba a la ciudad, no estaría tranquilo. Confiaba en que no recorriera la isla en busca de restos del naufragio. ¿Habría encontrado los cuerpos de sus amigos? Poco le podían decir. Los golpes de remo, después del temporal, podrían achacarse a la propia caída en la embarcación. No, ése no era el problema. Que él apareciera de nuevo en escena sería factible con una buena historia; pero Mariela... Tal y como estaba el bulto en la lancha, debería estar muerta. Tardaban. No se atrevía a acercarse a la cala por temor a que lo descubrieran, sería un pelele en sus manos. No se había recuperado del

agotamiento físico de luchar contra el mar y, en cuanto a las muertes, prefería no analizar cómo lo habían afectado, no era el momento para remordimientos fútiles. Había que armarse de paciencia y esperar. ¿Intentarían recuperar la mercancía perdida? En cuanto bajase la marea, no habría mucha profundidad. Las hipótesis se sucedían sin ninguna certeza.

La entrada de la bahía se llenó de barcas, lanchas y pataches que habían conseguido capear el temporal y regresaban a puerto a pesar del cielo despejado. La mayor parte de los pescadores había tenido tiempo de guarecerse, excepto ellos por la incompetencia de los hombres del Botero y el desconocimiento del mar.

No obstante, una barca captó su atención, pues, en lugar de entrar, salía de la bahía y arrumbó hacia Latas. ¡Lástima de catalejo! ¿Quiénes serían? ¿Qué noticias habría del temporal? Preguntas y más preguntas que deberían aguardar la repuesta, ¿hasta cuándo? ¿Cómo saldrían de allí? Eso era fácil: a nado durante la marea baja. ¿Y luego? Mariela estaba casi desnuda. No deseaba exponerla a la vista de la gente. Intentó recordar si había cuartelillo en Latas.

—Lo siento. No comprendo cómo he podido quedarme dormida otra vez. —Mariela lo había encontrado y se tumbó boca abajo junto a él—. ¿Ha sucedido algo interesante?

—Esa barca —señaló— viene hacia acá cuando no hay ningún puerto o refugio por aquí y es muy pequeña para dirigirse más lejos.

—Ya no hay peligro de galerna, ¿o sí?

—No. Ha refrescado. Pero todos regresan después del susto y, en los muelles comprobarán si falta alguna embarcación.

El perfil de Mariela desafiaba al aire que removía sus cabellos rizados y enredados por la sal, la fina batista se adaptaba a sus formas incitando al observador, la inconsciencia sobre la imagen que ofrecía acentuaba el atractivo. En ese instante, Mariela volvió el rostro hacia él y la mirada resbaló hasta quedarse prendado del coral de sus labios. Atraídos por un imaginario imán, se unieron húmedos y con el deseo salado se degustaron y se demoraron en la calidez de los sentimientos que afloraron. Ella no se apartó, de él partió la iniciativa ante la sorpresa de algo que intuía y que se había negado a reconocer: estaba enamorado. Para esconder el descubrimiento, con el sabor de sus labios en la boca, volvió la vista al mar.

—¡El Botero! —exclamó Pablo.

La barca que venía se cruzó con la lancha que se iba y se detuvieron.

Hablaron entre ellos y, al cabo de unos minutos, cada uno siguió su camino: la barca hacia Latas y la lancha hacia la canal de entrada a la bahía. ¿Se habría descubierto el asunto o la barca sólo buscaba noticias de algún pescador solitario? Si fuera relacionado con el contrabando, el Botero no hubiera seguido ruta, así que debía de ser lo segundo.

—¡Vamos! Hay que comprobar si han desembarcado el contrabando o han cambiado de planes ante los acontecimientos imprevistos. Al Botero no le sale nada bien últimamente. —Esbozó una sonrisa al recordar su desaliento por los constantes retrasos—. Primero, usted ocupa la casa; luego, asesinan al comisario y lo detienen; después, el incendio obliga a su familia a alojarse en el taller y, ahora, la galerna hunde una lancha con la mitad de la carga.

—No me da ninguna pena —resopló Mariela—. No me hace gracia la situación en la que me encuentro por culpa de esta historia.

—Cuando las cosas salen mal, un poco de humor las suaviza.

Pablo caminaba delante, abriendo paso entre los brezales y moviéndose con dificultad por la lasitud muscular a causa del esfuerzo desmesurado. Mariela lo seguía renqueante, pero no emitió una queja, sino que se esforzó en colaborar. Llegaron al lugar protegido por la tapia de piedra. Un nuevo bulto tapado con otra vela embreada acompañaba al primero que les había servido de refugio. Pablo levantó la lona y contó las cajas. Mariela aprovechó para dirigirse al primer montón a buscar las botas de agua y echar otro trago.

Pablo se dio la vuelta a tiempo de ver cómo bebía con la bota en alto y cómo le escurría el agua que no atinaba en la boca por la barbilla, el cuello y el pecho. El reguero se le antojó hipnótico, lascivo, refrescante, sugerente...

—Bastante mal me siento para que, además, me mire así —reprendió Mariela molesta.

Pablo se sonrojó por haberse dejado llevar por la imaginación y se reprochó que lo hubiese pillado contemplándola de esa forma tan poco caballerosa. Para compensar tamaña afrenta, se quitó la camisa azul marino y se la ofreció. Mariela no lo pensó dos veces y la aceptó sin ningún remordimiento por dejarlo desnudo de cintura para arriba.

—Gracias.

Pablo se abstuvo de contestar «las que usted tiene», por la connotación del mensaje. No era el momento más conveniente para ser educado.

—Será mejor que bajemos a la playa e intentemos captar la atención de la barca o de alguien que aparezca al otro lado de la orilla, en la parte de Latas.

A partir de allí, la vereda estaba muy pisada por lo que fue fácil acceder a la pequeña cala. No había estado desencaminado en sus elucubraciones: en la playa de enfrente se distinguía a varias personas que debían de estar aguardando la llegada de la barca que ya asomaba por la izquierda. Habían arriado la vela y avanzaban a golpe de remo de dos hombres y otro a la caña, un cuarto escudriñaba el fondo a la luz de los oblicuos rayos del sol, que ya empezaba a descender.

—¿Estamos salvados o son más contrabandistas? —indagó Mariela con voz asustada.

—Estamos salvados —respondió Pablo con una sonrisa. Había reconocido la estampa del Chepa a la caña.

Mentalmente aplaudió al Sardinilla, quien debió de seguir al Botero y dar la voz de alarma. Se llevó los dedos a la boca y silbó varias veces. Mariela se encogió sorprendida y se llevó las manos a los oídos. Pablo agitó las manos y volvió a silbar cuando notó que buscaban la procedencia del silbido. Inmediatamente, variaron el rumbo. Hubo animación entre los remeros y los que esperaban en la orilla. Ya más cercana la barca, reconoció al Bolo y al Niño a los remos y la cuarta figura correspondía a la del comisario Rojas.

Notó cómo Mariela se arrebuja con la camisa azul en un intento por cubrir lo más posible la desnudez a la vista de los demás y, aunque le venía larga, asomaban los encajes de los calzones y las medias de seda estaban rotas. Pablo la cogió en brazos y ella, inesperadamente, se agarró al cuello con un grito. Sintió el cabello como una caricia sedosa sobre el pecho desnudo, igual que cuando se durmió sobre él, y una sensación de placer le recorrió el cuerpo. Antes de que la quilla se hundiese en el fondo arenoso, entró en el agua con la ligera carga de la cubana y el comisario le hizo sitio a su lado en el banco. Los marineros se echaron a estribor para contrarrestar el peso de su cuerpo, que izó a pulso sobre la regala de babor. Tras una breve zozobra, la barca recuperó la estabilidad.

—La Parca no lo encontró guapo —dijo el Chepa, apretándole el hombro con una mano. Era su forma de decir que se alegraba de encontrarlo vivo.

—Hasta las sirenas huyeron de mí —bromeó Pablo, agradecido por el calor del amigo.

—No me extraña —corroboró el Niño—, con esos pelos rojos que gasta últimamente...

—¿Quiénes son los de la orilla? —se preocupó Pablo.

—Los carabineros —respondió el comisario—. Alerté al teniente López.

—¡Puf! Imagino que se ha ido al traste la investigación —se resignó Pablo.

—En absoluto. No hay nada perdido, aunque hay que tomar decisiones rápidamente. Ahora, en la playa, lo pondré al corriente de los sucesos.

41

En el arenal de Latas, el teniente organizó al personal. Varios carabineros se subieron y, junto al Chepa y sus chicos, salieron a rastrear el fondo, pues la marea bajaba con rapidez. Otros dos se dedicaron a pasearse por las playas y buscar los cuerpos de los ahogados entre las rocas que iban quedando al descubierto. Mientras tanto, ellos se reunieron para ponerse al cabo de las noticias. Mariela y Pablo narraron su odisea; luego, el comisario contó lo que desconocían.

—Primero vino el Sardinilla a contarme que el Botero había salido de la *Bodega* con usted y que habían entrado en el taller. Me dijo que lo ayudaba en la vigilancia un raquero, un tal Muergo, al que había dejado pendiente de lo que sucediera durante su ausencia. Les encomendé que vigilaran la casa y la dársena de Maliaño. Por algún lado tendrían que sacar la mercancía. Cuál fue mi sorpresa cuando regresó el chico acompañado de la señorita Escalante, quien la buscaba. Fue la primera noticia de que usted se encontraba en el taller —aclaró, dirigiéndose a Mariela—. Extrañados por la larga ausencia, sus tíos le explicaron la razón por la que había acudido a la casa y su prima creyó que se había entretenido con alguna labor y no dudó en acercarse a la Rúa Mayor. Gracias a Dios, el Sardinilla la reconoció y la interceptó. La convenció para que se entrevistara conmigo.

»Abandoné mi puesto y me reuní con su familia en la casa de la calle de la Blanca. A grandes pinceladas, resumí lo que estaba ocurriendo y la necesidad de que mantuvieran el secreto. Si usted se encontraba en el taller, había dos posibilidades: que se hubiera escondido y los contrabandistas ignorasen que se hallaba en la casa; o, en caso contrario, la mantuvieran retenida. En ambas situaciones, no se podía hacer nada, sólo aguardar. Me prometieron que esperarían, pero yo no me fiaba, así que dejé vigilancia. Ante tanto imprevisto, envié un hombre a avisar al teniente para que se acercara a Latas y controlase lo que sucediera en la isla. Por lo que contaron ustedes, era el sitio más factible en

el que esconder el contrabando y que estuviera a mano cuando lo requiriese la entrega. Yo me dirigí al taller y sustituí al Sardinilla en la calle por uno de mis hombres y bajamos a la dársena en busca del Muergo. Enseguida reparé en los elementos de un arco triunfal que no debían hallarse allí. Para no levantar sospechas, el Sardinilla me condujo a la barca de ese hombre —señaló al Chepa, que se hallaba dirigiendo la búsqueda mar adentro— y nos escondimos, pendientes del traslado de las armas. Trabajaron duro —comentó sonriendo—. Ha sido toda una sorpresa el túnel medieval.

—¿Y ahora qué? —indagó el teniente—. Seguimos sin ninguna pista del cabecilla.

—Yo puedo regresar junto al Botero. Le diré que me salvé porque sé nadar y la corriente me arrojó a la playa. Una vez allí, me adentré en busca de ayuda en la población, por eso no me encontraron cuando ellos llegaron después.

—¿Sabía que el Botero iría detrás de ustedes? —preguntó el comisario.

—Sí, pero es bastante factible alegar que, después de la galerna, no los esperaba. —Asintieron conformes los dos hombres—. El problema es la señorita Escalante —se volvieron a Mariela, quien abrió los ojos y puso la mayor atención—, tiene que estar muerta.

—¿Yo? —Con los brazos cruzados para disimular sus formas y con aquella expresión de desamparo, estaba adorable, según la opinión de Pablo.

—¿No recuerda que estaba amarrada y envuelta en la tela? ¿Cómo habría logrado salvarse? Por otra parte, si usted apareciera en escena debería denunciar el secuestro y la actividad en la casa. Conoce al delincuente y no nos interesa desenmascararlo todavía.

—Pero, tengo que trabajar —se opuso Mariela—. Las clientes preguntarán por mí. ¿Y mi familia?

—¿En qué nos beneficiaría la muerte de la señorita? —inquirió el teniente López—. Sinceramente, no albergo muchas esperanzas de descubrir al cabecilla. Vendrán por el cargamento y se lo llevarán. El pago no será aquí. Ha sido muy precavido y rompería con su regla si así lo hiciera.

—Cierto, teniente, el hombre no asomará por aquí —reflexionó el comisario.

—Tengo un plan —confesó Pablo—. Hace tiempo que lo sé, pero no me servía de nada la información porque no obtendría la colaboración del sujeto, pero ahora... —se dirigió pensativo hacia Mariela—. Si su vida estuviera en peligro, su hermano ¿colaboraría con el comisario?

—¿Qué tiene que ver Ernesto en todo esto? Ya le dije que el hecho de ser

cubanos no implica que seamos contrabandistas. —Mariela elevó la voz airada.

—No; sin embargo, su hermano conoce al cabecilla.

—Definitivamente se ha vuelto loco. Es un tahúr, no es un bendito; pero no puede acusarlo de...

—De nada —cortó bruscamente Pablo—. Su hermano ignora que posee esa información. Escuchen —se dirigió a los tres—: en Portsmouth llegó un carruaje al puerto con el hombre que dirigía la operación. Sólo logré vislumbrar la mano sobre la portezuela y, en uno de sus dedos, lucía una sortija, una serpiente enroscada con un ojo rojo, como la que usted posee. Su hermano la perdió en el juego, de lo que deduzco que conoce al hombre.

—¿Y por qué no se lo preguntó antes? —exigió Mariela.

—En los bajos fondos nadie habla a no ser que quiera perder la vida —dijo el comisario—, pero ahora hay una buena razón para que suelte la lengua: usted. Su vida no vale nada mientras esa gente esté libre. Perfecto. Sólo nos queda solucionar el escondite de la señorita. Me ocuparé de que la familia se mantenga al margen.

—¿Van a organizar mi entierro? —se escandalizó Mariela.

—Somos menos melodramáticos —sonrió el comisario—, lo dejaremos en un viaje a...

—... al balneario de Ontaneda —continuó Pablo—. Necesita descansar de la tensión de la inauguración.

—Perfecto. Muy convincente —aprobó Rojas—. ¿Y el escondite? Debe permanecer en un sitio seguro y vigilado. Es difícil encontrar alojamiento con tanto acontecimiento. He ocupado el piso de mi antecesor y está desordenado. Antes de instalarme definitivamente, me estoy dedicando a revisar las pertenencias del finado. He encontrado una libreta con las personas a las que extorsionaba, cuánto dinero exigía y algunas cosas más muy interesantes.

—Yo vivo en el acuartelamiento de la Cerda, en la península —alegó el teniente.

—Pues será en mi piso —resopló Pablo—. No hay más.

—¿No puede ser con mi familia? Prometo no salir a la calle —rogó Mariela.

—Imposible —rebatía el comisario—. Seguro que, durante la ausencia de su familia, entran a rebuscar en la casa cualquier indicio por el que no están llorando su pérdida y extienden el bulo de que se halla de viaje. ¿Por qué miente la familia?

—La herencia. El taller supone dinero. No quieren perder las riendas de un

negocio tan lucrativo —ideó Pablo.

—Ésa sería una buena razón que el hermano dejaría caer por la *Bodega*. Incluso usted mismo, si lo aceptan sin recelo.

—Señores, el sol va a llegar al horizonte —constató el teniente—. Me retiro con mis hombres. Seguiremos revisando la costa los próximos días por si aparecen los cuerpos. El mar estuvo muy agitado y pueden aparecer en cualquier parte.

Regresaron a Santander en la barca junto con el comisario. Sin embargo, en la dársena de los pescadores se toparon con un nuevo inconveniente: había un gran revuelo a causa de la galerna.

—Escondeos bajo las redes —apremió el Chepa—. Enviaré al Sardinilla por ropa. ¿Y la señorita?

—Vestirá de hombre —decidió Pablo—. Es la única forma de que pase desapercibida.

—No os mováis hasta que os lo diga —ordenó el Chepa.

—Si ya está todo solucionado, me desentiendo por esta noche. Iré a hablar con su familia —indicó el comisario.

Pablo se echó sobre el suelo de la barca y Mariela se acurrucó junto a él. Ella no lo vio, pero el Chepa, el muy tunante, le guiñó un ojo. Les echaron las redes encima de forma que no se intuyera lo que escondían. Ataron la barca a un muerto, junto a uno de los muelles de madera. Desembarcó el comisario, quien se despidió, y el Chepa envió al Niño a buscar al Sardinilla con el encargo de la ropa. En lugar de marcharse, el Chepa pegó la hebra con compañeros que pululaban por allí, contando sus peripecias durante la galerna, y escuchó lo que les ocurrió a otros menos afortunados que perdieron la barca, aunque no la vida. De esta forma, vigilaba que ningún entrometido se acercara demasiado.

—¡Vaya día! —susurró Mariela bajo las redes—. Me golpean, me atan, me secuestran, creí morir ahogada en vómito o deshidratada, matan a un hombre ante mis ojos, me enfrento a una tormenta y naufrago. Refugiada en una isla duermo sobre los brezos, me rescatan y termino bajo un montón de redes malolientes a mar y a pescado. ¿Qué me queda por vivir o hacer?

—Toda una aventura para contar a sus hijos —rió Pablo—. No ha terminado el día, no pierda la esperanza de que suceda algo más.

—De verdad que he perdido el interés por la aventura. ¿Cómo puede vivir usted así? Es agotador, y sucio. ¿Qué imagen me devolverá el espejo?

—A mí me parece usted preciosa de cualquier manera; pero desde su punto de vista, me atrevo a asegurar que se verá muy mal: desgredada, con los labios agrietados, semidesnuda y, con lo poco que le queda, roto y arrugado. No necesita disfrazarse de nada, pues nadie la reconocería como la señorita Escalante, perfecta en su atuendo y cuidado.

—¡Qué alivio! Es usted único animando. Ya me siento mucho mejor.

La ironía de Mariela era lo de menos esos instantes; lo de más, sentirla de nuevo junto a sí. Era la tercera vez en el día que la cercanía lo acorralaba y despertaba el cuerpo. La desnudez transmitía el calor; la piel y el cabello lo acariciaban. Cerró los ojos mientras hablaban en broma para aliviar la tensión que se había instalado entre ellos a causa de la proximidad, del contacto obligado por las circunstancias. Oían el rumor de voces lejanas en el muelle y el arrullo del agua.

—Encantado de servirle. Ha sido un placer conocer a una mujer que no sucumba a la histeria y que conserve el sentido del humor, a pesar de que huela a pescado. ¿Se ha quedado dormida? —susurró junto a su oído.

—No. Creo que he dormido suficiente por hoy. Pensaba.

—¿En qué?

—En todo lo que ha ocurrido. Me siento como la heroína de un folletín, de esos que leemos las mujeres —especificó.

—Y queda todavía lo mejor. —Pablo se rio por lo bajo.

—¿A qué se refiere? —preguntó intranquila.

—Recorrer la ciudad vestida de muchacho.

—¡Oh! Casi lo prefiero a pasarme desnuda. Bastante bochorno me ha hecho pasar.

—Creí que había sido discreto. Lo siento. No estaba en mi ánimo avergonzarla. De todas formas espero haberla resarcido al quitarme la camisa.

—Fue un detalle de su parte, aunque no tapa todo lo que desearía.

—No me refería a usted, pero igual está muy acostumbrada a ver hombres desnudos, pues no pestañeó siquiera.

—¡Oh! Qué conversación más apropiada para mantenerla debajo de unas redes mugrientas —gimió Mariela—. En los campos de caña, los hombres trabajan desnudos —explicó.

—Pero serían negros —matizó Pablo.

—Aparte del color de la piel, ¿se diferencian en algo más? Ilústreme —retó Mariela.

—No, que yo sepa. ¿Abolicionista?

—¿Eso me pondría en la lista de sospechosos de sedición?

—Particularmente, la inscribiría en la lista de los caritativos.

—Humanitaria, soy una persona humana ante todo —corrigió Mariela—. Me criaron mujeres negras, con el alma perdida porque habían sido arrancadas de sus familias, con la voluntad quebrada y el pudor roto por las repetidas violaciones y las palizas; y aun así, con una sonrisa en la boca para la hija olvidada del hacendado vicioso. Los negros son personas, se lo aseguro.

—No ha tenido una infancia feliz —constató él.

—Mi vida no ha sido un lecho de rosas. ¿Entiende por qué el taller es tan importante para mí? No soy insensible a sus esfuerzos y comprendo su preocupación; pero mi futuro se encuentra en medio, aunque parezca egoísta.

—Intentamos que no trascienda. Deseo de corazón que se resuelva con desconocimiento de la prensa. ¡Ojalá la llegada del rey tape cualquier otra noticia!

El regreso del Chepa los interrumpió. Lo oyeron trajinar en la barca mientras les susurraba:

—Ya están las ropas y la dársena ha quedado despejada. El Niño se está asegurando de que no haya moros en la costa. Me hace la señal. Perfecto. Primero, la señorita.

Pablo sintió cómo retiraban la red de encima y Mariela se encontró con un pantalón delante de la cara. Estaba oscuro. La mujer se incorporó con dificultad y se lo metió, luego se calzó unas alpargatas que le estaban grandes. Pablo le pasó un cordón para que se lo atase a la cintura.

—Quédese con mi camisa e introduzca el pelo en la gorra de lana.

Obedeció mientras él se ponía otra camisa azul y se calzaba las alpargatas. Se puso de pie y mostró su inestabilidad una vez más.

—El Niño la ayudará a desembarcar y quédese junto a él, como si estuviera aprendiendo a hacer nudos —indicó el Chepa.

El Niño fingía amarrar mejor la barca y ella fingió que prestaba atención. Pablo simulaba ayudar al Chepa y cogió un cubo con cebo antes de saltar al muelle de madera. Se cubrió con un gorro de punto a pesar del calor para esconder el color natural del cabello.

Abandonaron el muelle y los dos marineros se dirigieron hacia el barrio de San Pedro; ellos se encaminaron hacia la fortificación de San Felipe y pasaron por debajo del taller y de la catedral. Con un movimiento imperceptible de

cabeza, Pablo le indicó los arbustos que ocultaban la puerta del pasadizo que conducía al taller.

—En cuanto pueda, lo mandaré tapiar —aseguró Mariela—. Es como dejar la puerta de casa abierta de par en par. Y yo, preocupada por cerrarla con llave.

—No se martirice. Si conseguimos la colaboración de su hermano, en dos días a lo sumo se habrá resuelto.

—Si no se aviene a razones, dele un par de collejas de mi parte.

—Gracias por el permiso, aunque pensaba dárselas igualmente.

A pesar de las circunstancias, Mariela sonrió.

—Por favor, camine menos tiesa y con las manos metidas en los bolsillos, es un chico.

Mariela se puso detrás de él e intentó imitar la forma de andar.

—¿Qué hace? ¿Yo ando así? Parece un pato mareado. Afortunadamente, no hay nadie por esta zona, pero en La Ribera nos cruzaremos con los trasnochadores.

Mariela encajó la cabeza entre los hombros alzados y las manos en los bolsillos y caminó despreocupadamente con su aprobación. En el viejo muelle de las Naos, se cruzaron con un sereno que se dirigía a realizar la ronda.

42

Llegaron al piso donde el Sardinilla los esperaba. Mariela se encontraba deshecha y caminaba como sonámbula, con la fuerza de su voluntad como motor.

—He puesto agua a calentar para el baño. No sé si habrá suficiente —comentó preocupado el chiquillo.

—Primero la señorita —invitó el marino galante.

Le mostró la habitación con la tina.

—Sobre la estantería dispone de lienzos, jabones, peine, ¿necesita huevos para hacerse una mascarilla para el pelo?

—¿Y usted cómo sabe tanto de higiene femenina?

—De mis hermanas y de mi madre.

¡Qué tonta!, se dijo, tiene familia. ¿Estará casado?, se preguntó. Y a ella, ¿qué le importaba? No iba a casarse. No quería un marido que le diese órdenes y dispusiera de su trabajo y de sus esfuerzos como le viniera en gana. No obstante, el beso había despertado algo en su interior que desconocía. ¡Olvídalo! No es

posible, se recriminó.

Entre el Sardinilla y el capitán prepararon el baño y la dejaron sola. Sin duda, fue el mejor momento del día. Sumergirse en el agua tibia, librarse de la sal, la mugre y del mal olor. Se lavó el pelo y, con los huevos diluidos en agua, se preparó una mascarilla y se envolvió el cabello en un lienzo para las manos. Miró la ropa con grima y descubrió una bata de caballero colgada de un gancho en la pared. Se la puso. Oía a él. De esa guisa, sin ningún falso pudor, se presentó en el salón del pequeño piso.

—¡Vaya! Tiene mejor aspecto —se regodeó el marino.

Él se había lavado en la pila de la cocina con agua fría. El pelo húmedo goteaba y le mojaba el cuello de la camisa. Era muy atractivo sin barba ni pelos falsos. Demasiado para la seguridad de un corazón femenino, reconoció Mariela.

—Mientras nos aseábamos, Antón nos ha preparado la cena: queso, dulce de membrillo, jamón serrano, cerezas, manzanas. Sírvase.

—No me había dado cuenta de lo hambrienta que estoy.

Cenaron en silencio, a la luz del quinqué que creaba sombras y disimulaba las imperfecciones. Cuando acabaron, el capitán Saro impartió las órdenes del día siguiente al chico.

—Que todos los recipientes de agua estén llenos y acércate a la casa de la señorita y que la señora Escalante prepare una maleta pequeña con lo imprescindible, pero no debes decirle dónde se aloja. Es más, de regreso da una vuelta y asegúrate de que no te siguen. Luego, irás al mercado y comprarás lo que te indique para comer. ¿Sabe cocinar?

—Sí. ¿Qué le gusta a usted?

—Comerá sola. Mañana trabajo. Si puedo, me pasaré por la tasca de la Trini.

—¡Ah! Lo había olvidado. ¿Le gusta leer?

—Sí, aunque no sea muy femenino.

—No le ha importado vestirse de chico —constató divertido.

—No es que no me importara, es que no había otra alternativa. ¿Le perezco hombruna?

—¿Hombruna con esas curvas? Le aseguro que lo que he visto dista mucho de confundirse con un hombre.

Mariela sintió cómo sus mejillas se coloreaban ante el recuerdo de la tarde.

—Tengo los Episodios Nacionales.

—Justamente los he comprado hace poco, pero me ha sido imposible comenzarlos por el trabajo. ¿Es la lectura de moda? Un amigo de mi prima, el

señor Cantolla, se los recomendó.

—Son la sensación de la temporada, con el atractivo de que el autor veranea en Santander.

—Voy a quitarme la mascarilla —se excusó Mariela.

Se aclaró el pelo y, ante la falta de los canutillos para rizárselo, se lo dejó suelto. Cuando regresó al salón, ya habían recogido la mesa y el capitán le mostró la alcoba en la que dormiría. Cerró las puertas al salir y se quedó sola. Era una estancia espartana. Husmeó un poco, pero no encontró nada personal que le revelara algo sobre la identidad o la personalidad de su dueño, así que se acostó. Durante unos minutos escuchó cómo se movían en el salón y, después, silencio.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz del día se filtraba por debajo de la puerta. Escuchó atentamente y no oyó nada. ¿Qué hora sería? ¿Habría dormido mucho? Se incorporó y una mueca de dolor transformó el rostro. Sin abandonar el gesto de sufrimiento, se movió despacio y se estiró en un intento por recuperar la movilidad. El dolor remitió, pero no se fue. Se vistió la bata y se asomó al salón desierto. El catre estaba sin hacer y, en el estrecho e incómodo sofá, quedaban las evidencias del ocupante: una manta y una almohada. Era la invitada y le habían cedido el mejor lecho.

De una habitación contigua le llegó el rumor de voces y, cuando se dirigía a ella, llamaron a la puerta a la voz de «aguadora». Salió el chiquillo y le hizo una seña para que se escondiera antes de abrir. Entró en la primera habitación y se encontró delante de un tocador bien iluminado. El capitán, con el bigote y la barba rojizos recuperados, intentaba ponerse la peluca.

—¿De qué se ríe?

—Desde que lo conocí, pensé en lo mal que le sentaba esta apariencia —confesó Mariela.

—Estamos en tablas. Me disgustan esos peinados tan complejos y rizados que lleva. Es una pena que no muestre más a menudo la espectacular melena que agita en estos instantes.

—¿Está coqueteando conmigo? —le acusó Mariela sonrojada.

—Es lo que hacen ustedes con sus maridos cuando se encuentran delante del tocador, ¿me equivoco? Y yo estoy delante de uno.

—Deje, yo lo ayudo. Se ha quedado un mechón fuera. Creo que este pelo es algo más claro que el que llevaba.

—Sí, es difícil encontrar el mismo tono. Sin embargo, los hombres no se

fijan en esos detalles. El Botero tendrá otras preocupaciones que observar el tono del cabello de los que lo acompañan. Una gorra con visera completará el disfraz.

—Le deseo suerte.

—En cuanto el chico cumpla con sus cometidos, no regresará. Lo empleamos en vigilancias y como correo.

—De acuerdo —suspiró Mariela—. ¿Me traerá noticias por la noche?

—A última hora de la tarde. Por las noches también suelo ausentarme. Si todo sale como planeamos, como mucho, serán dos días de encierro.

El capitán se levantó y se miró en el espejo de cuerpo entero, atento a los detalles de la indumentaria. Mariela lo acompañó en la revista y asintió satisfecha. El hombre se dio la media vuelta, la miró un instante con los ojos entrecerrados y con una sonrisa que alzaba una de las comisuras de los labios. Alargó la mano para tomarla de la nuca y la atrajo hacia un suave beso, lento y placentero. La maniobra la pilló desprevenida y no reaccionó, sino que se dejó llevar por la calidez de la sensación que ya había experimentado en la isla. Se separó y sintió frío en donde él había puesto la mano y la boca.

—Una escena tan hogareña requiere una despedida igual de familiar.

Mariela lo vio salir de la habitación y, más tarde, escuchó la puerta de la calle. Sólo entonces se dio cuenta de que no respiraba.

—Le he servido el desayuno en la mesa del salón. Voy a buscar sus cosas. La aguadora no regresará hasta dentro de una hora, después de acudir a otras casas. No abra a nadie.

Volvió a oír la puerta de la calle. Se sonrió ante las recomendaciones del chico. Se sentía importante por la confianza que le mostraba el capitán y por la participación en la investigación. ¿Lo sabría Águeda? Estaba segura de que ni siquiera lo sospechaba.

En la cocina se preparó un café con leche y se sentó en el salón. La ventana francesa estaba entornada y dejaba pasar el aire y el ruido de la vida de la calle. Era una estancia bien iluminada, aunque la pintura estaba algo desconchada y el suelo sin cera. A un lado, el catre del chiquillo; al otro, el sofá; en medio de la sala, la mesa con cuatro sillas y, junto a la ventana, un pequeño aparador rinconero. Se trataba de un piso de alquiler, apropiado para una persona que se encontraba de paso. Era un agente del gobierno que había estado destinado en Inglaterra y ahora en Santander. ¿Y mañana? Ni él lo sabría. Era un nómada, como lo había sido ella, pero con familia en algún lugar.

—Mariela ha sido un beso a raíz de una conversación y una situación divertida. Él mismo lo ha dicho.

Habló en alto para que no le cupiera duda, aunque no encontraba excusa para el primer beso que se dieron en la isla, en medio de la soledad y entre los brezos.

No lo conocía y tampoco le convenía ahondar en la relación pasajera. Las circunstancias les habían empujado a encontrarse y, en cuanto se aclarase el caso, sus vidas seguirían sendas diferentes. Nada los unía.

Se asomó a la ventana, aunque no retiró el visillo para nadie advirtiera su presencia. Era lo suficientemente fino como para permitirle atisbar la calle. Su corazón brincó en cuanto reconoció el coche de alquiler con las telas granates y el anagrama del *atelier*. Pasaba despacio, con algunas cajas bien visibles arriba y las demás dentro, con Manuela e Itziar pulcramente vestidas. Se sintió orgullosa de su obra y puesta en escena, como los grandes *ateliers* franceses. Ana y Águeda habían seguido adelante con el programa. Se sintió culpable por la preocupación que habría generado su desaparición. ¿Cómo habrían encontrado el taller tras el asalto de los contrabandistas durante el fin de semana?

—¡Ya estoy de vuelta! —anunció el Sardinilla desde el pasillo. Entró en el salón con una maleta y una nota—. Será mejor que entre en la alcoba, la aguadora venía hacia aquí. Nadie tiene que sospechar lo que se cuece en la casa. Órdenes del capitán.

Mariela cogió ambas cosas y se encerró en la alcoba. Lo primero que hizo fue leer la nota. La letra era de Ana.

«Querida Mariela:

El comisario nos ha puesto al corriente de los extraños sucesos acaecidos en el taller. Qué mala suerte que unos contrabandistas lo hayan usado como refugio de sus actividades y almacén de las mercancías ilícitas. Nos alegramos de que te encuentres bien y confiamos en que el personal del taller no corra peligro mientras sigamos actuando como si nada hubiera sucedido. Para todo el que pregunte, te encuentras de viaje, en Ontaneda, para descansar unos días.

El comisario fue muy amable y nos acompañó ayer por la tarde al taller para que ordenáramos y limpiáramos y las empleadas no se percataran de la actividad dominical. Águeda también lo ignora. No te preocupes por el reparto del lunes y, si esto se prolonga, recibiré a las clientes. Me servirá para perder timidez.

Te queremos.

Ana».

Mariela se sintió reconfortada por las palabras de su prima. Se sonrió al imaginarla recibiendo a las empingorotadas y estiradas clientes; debía sacudirse ese complejo de inferioridad, alzar la cabeza y mirar de frente, como lo haría con un igual. Teóricamente, la igualdad social depende de la economía y de la familia, pero si algo había aprendido en su viajar, es que lo que de verdad iguala es la educación y la cultura. Si conoces y respetas las conveniencias sociales, te puedes introducir en cualquier salón, como lo habían hecho Ernesto y ella. Otra cuestión, es entrar a formar parte de esa élite.

Santander era una ciudad provinciana de hábiles comerciantes recientemente enriquecidos y que, unidos, habían fundado el banco de la ciudad, el Banco de Santander, y que, con su patrimonio, contribuían en engrandecerla con la acometida de nuevas obras de relleno de la bahía para mejorar la viabilidad. Le gustaba el planteamiento porque le favorecía a ella. Era una ciudad abierta a nuevas empresas, a nuevas ideas, a personas con el suficiente empuje. Había llegado en el momento preciso y no podía achicarse ni mostrarse tímida ante el mundo.

El Sardinilla la sacó de sus reflexiones.

—Hay agua suficiente para varios baños. ¿La lista de la compra?

43

El comisario Rojas atravesó el barrio de los pescadores, recorrió la Rúa Mayor y habló con el celador que había quedado de guardia, quien le informó de que nadie se había dejado ver por allí. Pasó por debajo de la torre campanario de la catedral y descendió por la calle del Puente y, antes de llegar a la plaza Vieja, torció a la derecha y entró en la calle de la Blanca.

La familia le sorprendió por el vivo contraste que ofrecía con la sobrina cubana. Eran personas corrientes, educadas, pero sencillas y tímidas en el trato. Se mostraron muy preocupados por la sobrina y prima respectivamente, lo que le llevó a considerar que realmente la apreciaban. Dedujo que la señorita de Escalante era una mujer muy inteligente que había sabido crearse una fachada de mucho postín y que albergaba un alma más cálida de lo que aparentaba. Los tíos se avinieron a razones y consiguió que las mujeres lo acompañaran al teatro de los hechos.

Ellas ordenaban mientras él revisaba el túnel y el altillo. Tomó nota del esqueleto que encontró abajo, para que un médico lo analizara e indicara el sexo y la edad del finado, en principio, y posible víctima, en segundo lugar. Sonó la aldaba de la puerta y las mujeres se detuvieron asustadas. Ni en eso se parecían a la cubana, a la que halló, agotada, sí, pero de una pieza en la isla. Se acercó a Ana.

—Abra —ordenó en voz baja—. Yo estaré a su lado. Seguramente sea uno de los celadores, que me busca.

Se armó de valor, irguió la espalda y abrió.

—Buenas tardes. —Era la voz de una mujer y el comisario Rojas frunció el ceño—. Los he visto llegar. Necesito hablar con el comisario. Poseo información sobre las actividades que se han llevado a cabo en la casa.

El comisario salió a la luz e indicó con la cabeza que le dejara entrar.

—¿Quién es usted? —preguntó, repasándola de arriba abajo.

—Es la doncella de nuestra vecina, la viuda de Velarde, y la que nos enseñó la casa antes de adquirirla —contestó la señorita Escalante.

—Sentémonos —invitó el comisario—. Preséntese usted misma —indicó a la intrusa—, así iré conociendo a los vecinos de la ciudad.

—Señorita Virtudes Buendía, natural de Carrión de los Condes. Mi hermana contrajo matrimonio con un marino mercante, José Gómez, con posibles económicos y ésta era su casa.

—¿Usted es hermana del fantasma? —exclamó Ana con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué fantasma? Por favor, señorita, si vuelve a interrumpir me veré obligado a pedirle que se retire —amenazó el comisario, molesto por las interrupciones.

—Mi hermana se casó con un hombre de dinero, pero con alma negra. Tuvieron un hijo, que actualmente vive en Cádiz. En sus cartas me revelaba que

perdía la paciencia con frecuencia, que la encerraba en su habitación e invitaba a los amigos, personas no muy recomendables. El problema se agravó cuando el chico tuvo edad suficiente para enviarlo interno a Villacarriedo. Ella, inesperadamente, quedó embarazada de nuevo y a él le disgustó. Lo último que sé es que lo perdió y el marido, más tarde, murió asesinado en los muelles ingleses. Luego, mi hermana desapareció. Me vine a Santander para exigir su búsqueda al comisario Cobo, pero dijo que se había suicidado de dolor al enterarse de la muerte del marido. Totalmente falso, porque la tenía atemorizada y lo detestaba. El cadáver no apareció. El misterio se acrecentó cuando la señora Velarde comentó a sus amistades que por las noches oía llorar y gritar. Así surgió el mito del fantasma. Desesperada, me contraté como doncella, para investigar por mi cuenta, pues el comisario cerró el caso a pesar de no hallar el cadáver.

—¿Y su sobrino?

—Se embarcó en cuanto alcanzó la edad. Ha hecho carrera en la marina mercante. Es muy joven y encontró un buen partido en Cádiz y se estableció allí con la familia de la esposa. No quiso saber nada más de la casa y la puso en venta.

—Sin embargo, tardó en venderse —constató el comisario.

—Sí, por la historia del fantasma. Ignoro cómo se difundió tanto. Por lo que me contó la señora, fue sólo un comentario y no se volvió a hablar de ello; de hecho, ya no sale de casa y, sin embargo, se repite la historia en los mentideros.

—Dijo algo sobre las actividades que se han llevado a cabo en la casa —recordó Rojas.

—Sí. Una de las amistades de mi cuñado conserva una llave y entra y sale de la casa como si fuera propia. Lo curioso es que, aunque esté atenta, unas veces no los veo entrar y otras no los veo salir. El misterio se ha mantenido hasta hoy.

—Los ha visto por el lado de la bahía —corroboró el comisario.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

—¿Y conociendo todo eso permitió que corriéramos peligro? —saltó Ana enfadada.

—Nunca imaginé que continuarían haciendo lo que fuera una vez habitada —balbuceó doña Virtudes pálida.

—¿Por qué no acudió al anterior comisario?

—Me daba miedo. Cuando cerró el caso, me dijo claramente que no quería volver a verme por allí si no hallaba pruebas convincentes. Traté de reunir las,

pero siempre que entraba no encontraba nada extraño. Ha sido desesperante, hasta hoy —repitió.

El comisario no necesitaba más información para colegir a quién pertenecía el esqueleto del túnel, aunque seguía requiriendo el análisis de un experto. Mientras el marido vivió, los contrabandistas se movieron a su aire porque él era uno de ellos, si no el cabecilla. Una vez muerto, el Botero se hizo con el mando y la mujer los estorbaba para acceder a las mercancías y sacarlas por el túnel, así que la emparedaron viva. Cruel, muy cruel esa forma de asesinar y revelaba mucho sobre el carácter del Botero.

—Reabriré el caso —anunció escuetamente—. En cuanto detengamos a los contrabandistas, le informaré de lo que averigüe. Debo exigirle que se mantenga al margen y deje de vigilar. Si lo sospechasen, su vida no valdría nada. Vuelva a casa.

Las mujeres se despidieron en la puerta y él permaneció hilando la información que iba obteniendo mientras terminaban de limpiar. Curiosa ciudad. Y más curioso resultaba que, tras una carrera delictiva de años, fuera a ser él quien hiciera saltar por los aires un entramado tan bien tejido. Sonrió ante la metáfora: un taller de costura origina la caída del tejido delictivo.

—Ya estamos listas.

Las mujeres le sonreían tímidas. Se levantó y las acompañó por las oscuras calles hasta su casa. Se dirigió al cuartel de San Francisco para comprobar que, mientras él se iba de excursión en barca, sus subordinados habían cumplido las órdenes.

Lo recibieron un tanto hoscos.

—¿Qué ha sucedido?

—Están en el calabozo, pero no ha sido empresa fácil. Son escurridizos como anguilas y conocen los parajes, calles y escondrijos mejor que nadie. Viven en la calle y su vida depende de ello.

—¿Cuántos son?

—Hay cuatro, aunque ignoro si son todos. Espero que con éstos sea suficiente.

—Dejémosles dormir. Cuanto más tiempo pasen en la ignorancia, más nerviosos estarán y se les soltará la lengua.

Pablo bajó las escaleras rápidamente. La había besado. Olía al jabón de lavanda que había en el baño, su piel irradiaba el calor del sueño, su melena... Se había quedado con las ganas de hundir los dedos y desenredarla. La había besado. Había perdido la cabeza y había permitido que el corazón imperase sobre la mente. Cuanto más la conocía, cuánto más tiempo pasaba con ella, más le costaba olvidarla. El que estuviera en su piso y el saber que por la noche la encontraría esperándole lo mantenía en vilo. La ansiedad que sentía contrastaba con la lentitud del tiempo. Parecía un adolescente en pleno celo.

Había reflexionado durante la noche. La almohada era una buena compañera para poner en orden las ideas y los acontecimientos. Recordó que el comisario Rojas había comentado que se había alojado en el piso de su antecesor y que había encontrado información. Robustiano Cobo era un chantajista que abusaba de su posición y Rojas había mostrado unas dotes deductivas muy desarrolladas que Pablo debía tener en cuenta. El Botero podía esperar, pasaría a un segundo plano en importancia si Ernesto Escalante soltaba prenda. Con las ideas más claras y sin testigos de por medio, anhelaba una buena charla con el comisario.

Entró en el cuartel, situado en el antiguo convento de San Francisco, que había sido habilitado para albergar algunas de las instituciones de la ciudad como la Estafeta de Correos, el despacho del comisario, la Diputación Provincial y el cuartel. De buena mañana no creía que vigilara nadie. El Botero, sin sus hombres de confianza, estaría buscando sustitutos, pues había comprobado que no se fiaba del Tiña y de sus compañeros. Gorka e Iván venían de fuera, no se relacionaban con la gente de la ciudad y no creaban vínculos o ataduras: malhechores profesionales.

—Buenos días. ¿El comisario?

—Está ocupado. ¿Qué desea?

—Entrevistarme con el comisario. Hágale saber que Pedro Saro está aquí, por favor.

—¿Tiene cita?

—No es necesaria. Dígale que estoy aquí y que él decida si quiere recibirme.

El celador lo miró con cara de pocos amigos, pero hizo lo que sugirió. Al poco, regresó y lo pasó a un despacho vacío. Pablo se sentó y aguardó. Detrás de su silla, había varias banquetas pegadas a la pared, junto a una puerta con un vano de forma cuadrada y enrejillado. Estanterías repletas de legajos cubrían las paredes restantes y sobre la mesa había más papeles. Algo así le aguardaba a él en la naviera familiar cuando terminase aquella aventura. Suspiró. ¿Estaría

interrogando a Ernesto? Era demasiado pronto, el marqués de la Conquista Real para el que trabajaba era mayor y poco madrugador, lo que le venía de perlas al cubano.

—Le hacía desayunando en buena compañía o en la *Bodega*.

No había reticencia en el tono, más bien se limitaba a constatar una realidad.

—Mi prioridad es Ernesto Escalante. Si conseguimos que nos desvele quién es el cerebro, el Botero nos será prescindible.

—Totalmente de acuerdo. He enviado a buscarlo con una inocente excusa: esta noche un sereno ha encontrado la cédula de empadronamiento de su hermana y, al hallarse ella de viaje, se la devolvemos a su tutor. No tengo por qué estar al corriente de la desvinculación entre los hermanos.

—No parece muy creíble que su hermana esté de viaje. Recelará.

—Si de camino se detiene en casa de sus tíos, se lo confirmarán. La curiosidad es muy poderosa, nunca la menosprecie. ¿Se dejará ver durante el interrogatorio? Le aconsejaría que escuche desde el armario. No pierda el anonimato mientras no sea necesario.

Pablo se dirigió adónde le había señalado, abrió la puerta con el cuadrado de rejilla de madera y quedó al descubierto un pequeño receptáculo con un fusil, esposas, una canana... Hizo sitio y metió una banqueta para estar más cómodo.

—Fue un confesionario o algo parecido. No estoy muy informado sobre los conventos, pero es muy conveniente en situaciones como ésta. Usted es de Santander, ¿verdad?

A Pablo le cogió por sorpresa la afirmación del comisario.

—¿Es importante? —se negó a contestar lo que suscitó una sonrisa por parte de Rojas.

—No. Me gusta saber con quién comparto mi tiempo. El acento cantarín lo delata —aclaró—. Y de ahí que necesite ese disfraz.

—Me alegro de que se encuentre del lado de la justicia —contestó Pablo—. Me inquieta la sagacidad en los corruptos y los malhechores.

—Nos enfrentamos a uno de esos caballeretes. Escóndase —apremió—. Ya está aquí.

Pablo entró en el supuesto armario, cerró la puerta y se sentó. La rejilla quedaba a su altura y le permitía, además de escuchar, observar. El comisario giró la silla en la que había estado sentado para que pudiera contemplar a la visita de cara. El celador de guardia anunció la llegada del señor Ernesto

Escalante.

—Buenos días. Comisario Celestino Rojas —se presentó—. Tome asiento, por favor.

—Buenos días. Gracias. Me han comunicado que mi hermana ha extraviado su documentación y que se halla en poder de ustedes.

Ernesto vestía un impecable traje de lino color crema con sombrero a juego. La elegancia emanaba de su persona de forma innata, igual que le sucedía a su hermana. ¡Qué parecidos eran! ¡Y qué diferentes! Se sentó como si fuera un duque y aguardó a que el comisario se decidiera.

—Sí, verá, en realidad ha sido una excusa para que se personara. Me acuciaba el interés en conocerlo. —Pablo notó en qué instante el cubano se puso en guardia: distendió la sonrisa y se volvió más sociable; sin embargo, calibraba al adversario y esperaba el golpe, presto a desviarlo convenientemente—. Su hermana se ha visto envuelta en un asunto muy desagradable.

El comisario sabía llevar un interrogatorio y crear un clima ambiguo, apropiado para que la víctima, si fuera nerviosa, se precipitase y revelara más de lo que hubiera deseado. Ernesto era frío y calculador, zorro viejo para esa estratagema.

—¿Por qué se detiene? Seguro que hay algún malentendido. Confío en la discreción de mi hermana.

—¡Oh! Disculpe, me he debido de expresar mal, su hermana es la víctima. La casa que compró y convirtió en taller era empleada como escondite de mercancía de contrabando. —Los ojos de Ernesto se entrecerraron perceptiblemente, pero se mantuvo paciente, sin interrumpir al comisario—. Entraban cuando el taller se hallaba cerrado, pero quiso la mala suerte que ayer, domingo, su hermana se encontrara en la casa y fuera secuestrada por los contrabandistas.

—¿Me está diciendo que mientras conversamos civilizadamente mi hermana se encuentra en manos de unos malhechores? —Ernesto se levantó de la silla violentamente y apoyó las manos y el peso del cuerpo sobre el escritorio—. ¿Qué se está haciendo para liberarla? ¿Quiénes son esos hombres?

—Por favor, tranquilícese —conminó el comisario sin inmutarse ante la agitación del cubano—. Si la señorita Escalante se hallara todavía en su poder, efectivamente, la conversación habría sido otra. Su hermana ha sido liberada por uno de nuestros agentes encubiertos y permanece escondida. La pretensión de estos delincuentes era asesinarla en otra parte para no dejar constancia del lugar

del asesinato y que se supiera cuál era el almacén, pero, afortunadamente, no ha sido así. La creen muerta, de ahí que la mantengamos escondida; sin embargo, mientras el cabecilla ande suelto, su hermana no está segura.

—Bien. La sacaré de la ciudad —decidió sin dudarle Ernesto. El gesto sorprendió a Pablo ya que Mariela le había confesado que no se llevaban bien, razón por la cual había solicitado el cambio de tutor. Estaba claro que la percepción de ella, por la razón que fuera, no era correcta.

—No. La señorita no desea abandonar la ciudad ni su negocio. Es comprensible ¿no cree? Es una mujer formidable; en lugar de huir, luchará por lo que es suyo.

—Sí, es muy cabezota —masculló Ernesto—. ¿Y qué espera de mí? ¿Qué la convenza?

—No. La señorita reclama su legítimo derecho a que la ley la proteja. La razón por la que lo hemos llamado es porque usted conoce al responsable.

—¿Adónde quiere ir a parar? Cuidado con lo que dice.

—Usted juega fuerte en la *Bodega*. —El comisario entró en el tema—. Tengo entendido que es muy hábil con los naipes y, por lo que he indagado, es conocido en los principales salones de varios países. —Pablo calculó que si el cubano se tensaba más se rompería; no obstante, sucedió lo contrario, se relajó. Por alguna misteriosa razón el comisario ya no lo asustaba—. Nuestro personaje debe compartir el mismo gusto por el juego, pues se le ha visto con un anillo que le perteneció a usted: una serpiente enroscada.

Ernesto no pestañeó, mostraba la máscara del jugador. Pablo se admiró de la sangre fría. Ahora él sabía quién era el raptor de su hermana y el hombre que dirigía la operación, mientras que ellos seguían a dos velas.

—¿Y?

—Necesitamos el nombre del hombre que ganó su anillo en el tapete del juego.

—Si conocen el detalle del anillo, sabrán quién es el hombre.

—Por circunstancias que no vienen al caso, ignoramos quién es el actual propietario. En sus manos están la tranquilidad y la seguridad de su hermana.

—En eso se equivoca, están en las tuyas. Usted mismo lo dijo, es la ley. Yo nada tengo que ver con Mariela. Se liberó de mi tutoría, ya no es mi responsabilidad.

Pablo se frotó la cara con las manos en su escondite. El alma de jugador de

Ernesto había aflorado con fuerza. ¿Sería capaz el comisario de doblegarlo?

—Jugador hasta la tumba. —La sonrisa del comisario no auguró nada bueno a Pablo. Era un personaje muy ladino—. Yo soy el pescador y, aunque no se haya dado cuenta, usted está colgando de mi anzuelo. El mecanismo de su mente es transparente para mí: ahora mismo está estudiando la posibilidad de hacer chantaje a ese hombre. Una idea muy mala por letal y porque desconoce cuál es la mercancía y el destino; y, si sueña con formar parte de la banda, peor, conocemos a los componentes, incluso dónde se encuentra el género. El día que ocupé la plaza de comisario en la ciudad, comencé la investigación de la muerte de mi antecesor. Estoy seguro de que le hacía chantaje. ¿Y sabe por qué? Porque había reunido pruebas contra usted que lo incriminaban como ladrón de guante blanco. El comisario Cobo llevaba una interesante libreta negra y encontré unos cuantos recortes de periódicos de diferentes ciudades en los que se hablaba de una serie de robos inusuales. A Cobo le constaba la coincidencia de robos entre la élite y de que éstos cesaran en cuanto ustedes abandonaban la ciudad. ¿Qué le parece? Y una cosa conduce a otra: la oficina de la *Pacific*. Usted no figura como visitante, pero el señor marqués, de quien es su secretario y a quien habrá acompañado en más de una ocasión, sí. Como verá, el comisario Cobo, cuando se trataba de dinero, era muy meticulado en el ejercicio de su oficio.

—¿Y cuánto quiere usted?

—No se confunda. Sigo queriendo lo mismo: el nombre de la persona que lleva su anillo, la devolución del dinero de la *Pacific*, y que usted abandone el país en el primer barco que llegue a la ciudad. Comprobará que soy muy blando y no le exijo las joyas y demás que ha extraído de casas particulares y hoteles.

—No sé nada de eso.

—¡Ah! Se me olvidaba. Hay cuatro chicos en el calabozo que aseguran que trabajan para usted. ¿Quiere que se los presente?

A Pablo hacía rato que se le había quedado la boca abierta. El comisario había establecido prioridades y el contrabando había ganado sobre los robos menores. Tahúr y ladrón. ¡Menuda joya! ¿Lo sabría Mariela? ¿Por eso quería alejarse de él? ¿Se habría visto obligada a colaborar o lo habría hecho con gusto? Él la acusó de seducción de viejos, ¿y si era cómplice?

—¿Quién me asegura que cumplirá su parte del trato?

—Cree el ladrón que todos son de su condición —suspiró el comisario—. Nadie. Usted pende de mi anzuelo.

—Federico Carrión.

Pablo ahogó un grito de asombro. Federico Carrión era un hombre rico, distribuidor, importador y exportador. Se desplazaba a Inglaterra por negocios con frecuencia, lo que lo convertía en una tapadera excepcional. Había sido recibido en casa de sus padres junto con su hija, que lo perseguía con intenciones casaderas. Recordó las palabras del Sardinilla y lo que ella suspiraba por él. La ambición carecía de límites y, en este caso, había roto el saco. Por fin, tenía a su hombre. Se había perdido en sus elucubraciones y no siguió la conversación que continuaba fuera. El movimiento en la habitación atrajo su atención. Se habían puesto de pie y se despedían. El comisario reiteraba la orden de expulsión.

—Cuando se halle a bordo de un barco camino de otro país, daré la orden de busca y captura de su persona, por lo que no podrá regresar a España. ¿Queda claro?

—No le gustará a mi hermana.

—¿Ahora se preocupa por ella? A otro perro con ese hueso. Con todo lo que sé y lo que usted conoce, puedo retenerlo si creo que peligra con ello la seguridad del Estado.

—No es necesario. Celebraré que Carrión se encuentre entre rejas, y mejor si se lo condena a muerte.

En cuanto Ernesto abandonó la estancia, Pablo salió de su escondite. Se llevó las dos manos al cabello y las retiró rápidamente al recordar que era falso.

—¡Puf! ¿Desde cuándo lo sabía? Como negociador, carece de rival. ¡Vaya sinvergüenza!

—Usted ya lo conocía —retractó el comisario.

—No lo creí capaz de atreverse a tanto.

—¿Y ahora se pregunta hasta qué punto su hermana está implicada?

Pablo le otorgó al comisario el don de la intuición. ¿Tan transparentes le resultaban las personas?

—Usted ya sabe la respuesta —acusó Pablo.

—Sí, pero usted, no; y no voy a resolverle el dilema. —Pablo meneó la cabeza con los ojos entrecerrados—. He enviado aviso al gobernador y al teniente para reunirnos en la pastelería habitual dentro de una hora. Dé una vuelta por ahí mientras tanto y piense en cómo vamos a actuar.

Pablo se dirigió a casa. En su cabeza flotaban cuestiones que necesitaban una respuesta rápidamente. Subió las escaleras y se detuvo a recuperar el aliento ante la puerta. Abrió y el silencio lo recibió. Sigilosamente se encaminó al salón y se apoyó en la jamba de la puerta. La ventana estaba abierta y los ruidos de la calle amortiguaban los del interior, razón por la que Mariela no lo había oído entrar. Se hallaba sentada en el sofá de espaldas a la luz para que ésta iluminara las páginas del libro que sostenía entre las manos. El Sardinilla había cumplido con los encargos, ya que lucía un sencillo vestido de algodón azul cielo con un discreto escote cuadrado y mangas ajustadas hasta el codo, de donde partían amplios encajes blancos. El cabello, a falta de material para hacerse los tirabuzones, se lo había trenzado.

Se mordía el labio inferior y su gesto reflejaba la angustia de la lectora ante el pasaje que leía, totalmente sumergida en él, ajena a lo que sucedía en el mundo real. Pablo la contempló durante unos minutos. Se trataba de una deliciosa estampa hogareña a la que no debía sucumbir, no hasta que averiguara quién era ella. Misión fácil de planear y difícil de ejecutar para un hombre como él, siempre en conflicto entre el corazón y la mente, entre el deber y el deseo, entre las ataduras familiares y la libertad personal. Carraspeó y ella se sobresaltó.

—¡Qué susto me ha dado! —exclamó con una mano en el corazón, sujetándoselo para que no escapara—. No lo he oído. ¡Es fantástico! Un relato épico. ¡Pobre Gabriel! Tan joven y ya metido en semejante desastre —se dolió por el personaje que relataba *Trafalgar*.

—Me alegro de que disfrute con la lectura.

—¿Disfrutar? Es una agonía. Se me enciende la sangre ante la incompetencia y cobardía de los franceses.

—¿Y eso no es una forma de disfrute? —sonrió Pablo y tomó asiento en una silla frente a ella.

—Sí, debo de ser masoquista —respondió a su vez con otra sonrisa—. Bueno, ¿qué ha sucedido? ¿Consiguieron entrevistarse con mi hermano?

—Sí. Un tipo curioso. Se preocupó por usted.

—Sí, de vez en cuando sufre una crisis de conciencia. —Su aseveración carecía de pasión—. Me serví de una de esas crisis para sacarle el dinero y adquirir la casa de la Rúa.

—¿De dónde obtiene tanto dinero?

—Del juego. ¿Será necesario que le diga que hace trampas?

—Todavía no comprendo qué pinta usted en la vida de su hermano.

—No le quedó más remedio que llevarme con él. Se introducía en la buena sociedad y me presentaba a los viejos viudos y adinerados para cazar un buen partido.

—Sin embargo, no se ha casado y no creo que haya sido por falta de propuestas.

—Propuestas indecentes. Una mujer como yo no puede soñar con formar parte de la aristocracia de otra forma. En alguna ocasión me tacharon de «aventurera».

—Conozco esa sociedad y, si la juzgaban así de duramente, ¿cómo conseguía las invitaciones?

A esas alturas, Pablo había detectado la tensión de Mariela, su actitud alerta y defensiva, aunque las respuestas eran rápidas, por lo que sugerían sinceridad.

—¿Ha visto a mi hermano? Claro, es hombre y no lo mira con ojos de mujer. Lo invitaban a él y yo entraba en el lote, aunque no les gustase a las mujeres, quienes me hacían deliberadamente el vacío.

—Cada vez estoy más convencido de que usted era una rémora para su hermano.

—¿Adónde desea llegar? ¿Pretende que me dejara en un prostíbulo? ¿O que me vendiera al mejor postor? Le queda algo de decencia, soy su hermana menor.

—No se sulfure. La persona que he conocido en el despacho del comisario, me ha parecido muy fría y calculadora. Hasta que el comisario no lo acorraló, no se avino a razones.

—¿Acorralarlo? ¿Cómo? ¿Les dio el nombre?

—El cómo es lo de menos. Nos dio el nombre que es lo que buscábamos.

Mariela lo miraba con una ceja levantada y un ojo entrecerrado.

—Está claro que mi persona no les valió para obtener el nombre. ¿Cómo lo consiguieron?

—No estoy autorizado a hablar de ciertos temas —mintió y ante su expresión de susto, se adelantó—: No le hemos tocado un pelo. El comisario no es de éstos, se lo aseguro. Se sirve muy bien de su cerebro.

—Eso me pareció, pero en este mundo una ya no está segura de nada. Me intriga cómo ha conseguido acorralarlo —confesó ella.

—Usted lo conoce y lo ha acompañado, ¿no lo sospecha?

Mariela lo miró de frente y dijo:

—No. Ernesto no contaba conmigo para nada, incluso desaparecía durante días, algo que me ponía muy nerviosa porque nunca sabía si volvería a verlo vivo.

La actitud de Mariela era la misma que la de Ernesto cuando mentía. Ella, inconscientemente, había empleado la misma impostura. La contestación era cierta, lo que ayudaba en la mentira. Muy inteligente. La cuestión ahora era: ¿lo había deducido? o ¿había participado en los robos de alguna forma? En Santander había empleado raqueros de muelle para realizar las labores de vigilancia porque Mariela lo había dejado colgado, si realmente había participado en otras ciudades.

—Me voy. Hemos quedado en reunirnos y planificar la estrategia, ahora que conocemos quién es el cabecilla —Se levantó y ante el silencio de ella no pudo resistir la tentación—: ¿No me va a preguntar las consecuencias que la nueva situación acarreará a su hermano?

—No me gusta que jueguen conmigo. —Mariela también se levantó y dio un paso adelante—. Por sus preguntas deduzco que le falta un dato. ¿Por qué no me dice lo que es? —Había un reto, tanto en la pregunta como en la mirada de ella, y Pablo vislumbró la verdad.

—No es necesario. Ya me contestó en otra ocasión. Acabo de recordarlo.

Estaba cerca, con expresión desconcertada, desprevenida. En un paso la alcanzó, se agachó y la besó. La bofetada restalló, amortiguada por la falsa barba. Mariela retiró la mano algo pegajosa.

—No soy ninguna aventurera —aseguró entre dientes, con la ira asomada a los ojos.

—Me alegro, porque no me gusta ese calificativo para usted.

Pablo abandonó la estancia sin volver la vista atrás.

En la pastelería de la calle del Peso ya lo aguardaban en el piso de arriba. Estaban excitados ante la perspectiva de acción y, sobre todo, de la resolución del caso. El gobernador actuó de moderador.

—Estoy al corriente de lo sucedido. Los cuerpos de los secuaces del Botero han sido recuperados y, como nadie los ha reclamado, serán enterrados con dinero de las arcas públicas. Antes de que alguien se adelante, hay buzos

recuperando las armas, aunque estén inservibles. No me gusta la idea de que se encuentren a tan poca profundidad y al alcance de cualquiera. Y ahora pasemos a la acción: creemos que hemos localizado el barco y el español, que no cubano, señores, como pensábamos, que realizará el pago. Ahora se trata de cómo proceder para sorprenderlos con las manos en la masa. Será la única prueba que obtengamos en su contra. Toda la información que hemos reunido no se sostendría ante un tribunal; no, si el delincuente puede pagarse un buen abogado.

—Contamos con todos los elementos para actuar de *deus ex machina* —comentó el comisario—. Moveremos los hilos de los personajes de forma que no se encuentren y el señor Carrión se vea obligado a comparecer en persona o perder un lucrativo negocio, si no la vida. Entre esa gente, ya se sabe cómo las gastan.

—El Botero es el único que lo conoce y quien ejecuta sus órdenes. Si lo quitamos de en medio, Carrión se queda con los pescadores, como recurso humano para trasladar lo que queda del botín —propuso Pablo.

—Bien. Lo arrestaré bajo la acusación de asesinato de la viuda de un marino hace más de diez años, así no podrá liberarlo el abogado de Carrión, como la vez anterior —apuntó Rojas.

—¿Qué viuda? ¿De qué habla? —frunció el ceño perplejo el gobernador.

—Hay una denuncia por la desaparición de Blanca Buendía procedente de Carrión de los Condes, casada con José Gómez, anterior propietario de la casa taller. Por declaración de la hermana de la finada, el marino mercante mantenía relación de contrabando con el Botero. Murió asesinado en Inglaterra y, a los pocos días, desapareció la mujer. He encontrado su cadáver.

—¡No! —exclamó horrorizado Pablo.

—Lo lamento de veras, pero encaja perfectamente en los hechos: es el esqueleto que se halla en el túnel. Molestaba para continuar con las actividades delictivas. Aun así, un especialista lo certificará. La vecina les ofreció el tema del fantasma, imagino que lo que oyó serían los gritos de la infortunada que le llegarían amortiguados a través de la piedra, y ellos lo mantuvieron vivo durante tanto tiempo de forma conveniente para que nadie la comprara, hasta que llegó la señorita Escalante.

—¡Increíble! —exclamó el teniente—. ¡Vaya crueldad!

—A muerte con ello —animó el gobernador lívido—. Creí que vivía en una

ciudad tranquila, con unos vecinos amantes de la ley.

—En toda cesta hay manzanas podridas —sentenció Rojas—. Sigamos, por favor.

—El vapor que ha atraído nuestra atención es el *Lady Anne* de Baltimore —informó el gobernador—. No es una línea regular, ha recalado en Portsmouth y se halla en Bilbao. Es demasiada coincidencia la ruta y que zarpe el día veinte, es decir, este jueves, hacia América. Otra coincidencia es que en el listado de viajeros figure un abogado llamado Raúl Gutiérrez. El general Martínez Campos me ha facilitado una lista de nombres de las personas afines al nuevo presidente de los disidentes en Cuba, Tomás Estrada Palma, en la que se menciona a un tal Raúl Gutiérrez.

—¡Ya los tenemos! —exclamó el teniente con los ojos brillantes.

—No tan deprisa. Ignoramos dónde se encuentra el caballero y desconocemos su fisonomía o si viaja solo. Lo único cierto es que se embarcará el día veinte. Supongo que para entonces habrá realizado el pago del armamento. Por el lugar que ustedes me han dicho que está escondido, imagino que el vapor se detendrá, bajo cualquier excusa, cerca de la bahía de Santander para cargar las armas fuera de la revisión portuaria.

—Ése será el momento en que los interceptaremos —decidió el teniente López.

—Y forzaremos a Carrión para que esté en esa lancha con el armamento —redundó el gobernador.

—Con quitar al Botero de en medio no basta —reflexionó el comisario—. Una vez recibido el dinero, el asunto de la entrega lo dejará en manos de los pescadores. Aunque se ponga en contacto con ellos, no podremos demostrar nada.

—Hay que evitar que se encuentren el tal Gutiérrez y Carrión. Si no se efectúa el pago de una forma, tendrán que intentarlo de otra, aunque sea más arriesgada —contribuyó Pablo al plan.

—¿Y cómo lo conseguimos? Si sospecharan algo, se irá todo al garete —se inquietó el gobernador.

—Una serie de casualidades han impedido que el Botero trasladara el armamento a la isla. Cierto que no lo habíamos planeado, pero debería ser algo igual de sutil, que pareciera ajeno a la mano del hombre —apuntó el comisario.

—Todo un reto —bufó el gobernador desesperado—. Tan cerca y tan lejos.

—No es tan difícil —rechazó el comisario—. Es cuestión de ponerse en el lugar de ellos. ¿Dónde realizarían un pago semejante y que no llame la atención?

—Obvio, un banco —respondió Pablo—. Pero no conocemos al señor Gutiérrez.

—Ni falta que hace, ya contamos con un extremo del hilo. Escuchen lo que he pensado...

46

Mariela se lavó la mano. En medio del enfado había olvidado el disfraz. Era un hombre insufrible que jugaba al gato y al ratón con ella. Le molestaba sobre manera que la infravaloraran, que dudasen de su sinceridad o que la confundiesen con lo que no era. Con el capitán Saro no estaba segura de nada, ignoraba cómo iban terminar las conversaciones. Tan pronto personificaba la amabilidad y la comprensión e invitaba a la confianza, como la sometía a un tercer grado, prejuizgándola y recelando de la veracidad de las palabras. Irritante era un adjetivo que lo definía acertadamente.

Se movió por el salón como una leona enjaulada, furiosa, dolida. Se detuvo paralizada por una idea. ¿Dolida? ¿Por qué? A ella qué le importaba lo que pensara él. Y el beso. Le había asustado la proximidad, lo que le hacía sentir y desear, y le había molestado que la hubiera confundido con una aventurera con la que podía tomarse libertades. Cuánta confusión. La vida se había complicado de forma inesperada en la ciudad insospechada. Podría haber sucedido en Nueva York o en París, pero no en Santander, insignificante en el mapa del mundo, desconocida para la mayoría de los mortales. Y con un marino o un agente del gobierno o lo que quiera que fuera ese hombre de falsos pelos rojos, cuando había tenido duques, marqueses, condes o almirantes.

Se sentó en el sofá agotada, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, contemplando el suelo. ¿Cuándo había perdido la cabeza, las riendas del destino que había planeado? Levantó la cabeza y se encontró con la figura de Ernesto en el quicio de la puerta.

—¿Cómo has entrado? ¿Cómo has sabido dónde me encontraba?

—Mariela, Mariela. Tan inteligente y tan ingenua. —Ernesto se sentó a su lado—. ¿Qué sucedió? ¿Quiénes eran los hombres que te han secuestrado? No me ha dado muchas pistas el comisario.

—¿Y a ti de qué te sirve la información? Espero que no los hayas engañado

con el nombre de la persona que buscan.

—No. Pero he logrado un buen intercambio: mi libertad por el nombre de mi peor enemigo. ¡Qué ganas tengo de retorcerle el cuello!

No era la primera vez que sorprendía en su hermano esa mirada de odio y no auguraba nada bueno.

—¿Tu libertad? Entonces es cierto: robaste la nómina de la naviera.

—Tu agente te lo ha contado. —Chasqueó la lengua con desagrado.

—No es mi agente y no me ha contado nada. Fue el hombre que me secuestró. Yo representaba el pagaré, me dijo, para que tú le diceses el dinero. El Botero lo llaman.

—¡Ese cerdo! ¿Y cómo se enteró? Era un secreto y, de pronto, es *vox populi*.

—En el calabozo, cuando lo detuvieron por el asesinato del comisario. Eso es todo lo que sé. Y ahora contéstame a mí: esos extraños robos a la gente que nos rodeaba y nos invitaba ¿han sido perpetrados por ti? ¿Eres un ladrón?

—¿A qué vienen los escrúpulos? Has vivido con el fruto de esos robos y no ha sido barata tu manutención ni tus vestidos. ¡Qué caras salís las mujeres!

—Las conversaciones sobre las personas y cómo vestían ¿eran para encontrar a la víctima adecuada?

—¿Qué importa eso? Así que han sido el Botero y sus secuaces. ¿Qué mercancía es tan lucrativa como para enredar a un hombre ya rico de por sí?

—Dos están muertos. Los mató mi agente, como tú dices, para salvarme —confesó orgullosa—. ¿Quién es ese misterioso personaje?

—No me has dicho en qué consiste el cargamento —recordó Ernesto. Mariela guardó silencio, muy seria—. Está bien: Federico Carrión. Para tu información es más sinvergüenza que yo, carece de escrúpulos y abusa de su posición sin reparar en las consecuencias. Es quien mueve la prostitución de varias provincias en España, contrabando de todo tipo, compra opio en China y lo vende a buen precio en Inglaterra.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que me lo encontré en la mesa de juego. —Ernesto rio con satisfacción—. El maldito anillo le ha costado la vida. ¡Qué gratificante es la venganza! En Portsmouth todo el mundo lo conocía, menos las autoridades, por supuesto. Es listo y escurridizo. Me gustaría que lo atraparan y creo que aquí están a punto de lograrlo por lo que parece, aunque yo no echaría las campanas al vuelo tan pronto.

—Conozco a su hija. Es odiosa, presuntuosa, arrogante y altiva. Se ufana de que va a contraer matrimonio con el conde de Villahermosa, el hermano de unas amigas. La verdad es que no las imagino soportando a semejante cuñada.

—Los cotilleos ya no me atraen. Me han encadenado imaginariamente. ¿El contrabando?

—Armas para los insurrectos de Cuba. ¿Qué te va a pasar?

—¡Bien! Si lo pillan, será la muerte. El exilio, no podré volver a España. En cuanto lo atrapen, saldré en el primer barco que no atraque en suelo español. Antes, he de devolver el dinero de la naviera.

—Has salido bien parado. Si no has sido tonto, tendrás un buen pico en algún banco. Recuerdo que algunos robos fueron sustanciosos.

—No estoy en la ruina, pero tampoco nado en la abundancia. No soy tan previsor como tú, hermanita. Las mujeres y su eterna preocupación por el futuro.

—Ya veremos cómo piensas cuando pierdas rapidez en las manos y te cojan *in fraganti*.

—Todavía faltan años para eso.

—¡Qué optimista! Te recuerdo que, si no hubieras estado en posesión de esa información, el calabozo habría sido tu nueva residencia.

—Cierto. Un error fatal el dichoso dinero de la naviera. ¿Adónde te condujeron cuando te secuestraron?

—No lo sé —mintió instintivamente—. Creo que querían ahogarme, pero la galerna los sorprendió. El agente aprovechó esos momentos de desconcierto y miedo para acabar con ellos. Fatalmente, el mar volcó la lancha —omitió que transportaba parte del cargamento— y pudimos alcanzar una isla, al otro lado de la costa.

—¿Con esos vestidos que gastas? —se asombró Ernesto—. Ahora soy yo quien ha realizado la pregunta estúpida —se respondió ante el levantamiento de ceja de Mariela—. Te quedaste en ropa interior, como cuando eras niña e ibas a bañarte a las piscinas naturales de Matanzas. Así que tu agente te está tan agradecido que comparte refugio contigo.

—Aunque seas tú, no te permito chistes malos acerca de mi honor —advirtió Mariela.

—Con esos chistes pretendo abrirte los ojos. Te atrae el agente, si no fuera así, no me hubieras respondido a una burla tan zafia y yo me marcharía seguro de que ese hombre no tendría nada que hacer ante un avance que no sería ni

considerado. Eres diestra rechazando lo que no te importa. Pero, ahora, sí te interesa y corres peligro de enredarte con quien no deseas. Un agente del gobierno no es una hermanita de la caridad. Tú misma lo has visto asesinar. ¡Cúidate!

—Lo haré. Un poco tarde para preocuparte por mí, ¿no te parece?

—Me voy —se levantó—. Si quieres estar segura, dile a tu agente que no sea tan impetuoso. Ha sido como seguir a un principiante en cuanto salió de la comisaría.

—No es mi agente —repitió Mariela.

—¿Cómo planean atraparlo?

—¿A ti que te importa? ¿No pensarás vender la información?

—No. No soy tan tonto. Quiero asegurarme de que cazan a Carrión.

—No sé qué van a hacer. Y si llegara a enterarme, no te lo diría, que te quede claro, Ernesto. No has hecho más que decepcionarme, aunque me alegro de que hayas salido bien de ésta. Pero en algún sitio...

—¡No lo menciones! —advirtió—. Soy jugador y supersticioso. Adiós, preciosa. Acaso no haya otra ocasión de hablar a solas.

—Adiós.

Ernesto le dio la espalda y abandonó el piso sin volver la mirada. Era apuesto, elegante, inteligente, hábil, y todas esas facetas las empleaba en llevar una vida de engaño, de robo, de prostitución. ¡Vaya familia! ¿Cómo iba a mirarla *su agente*? Otra vez con esa estúpida preocupación. Agitó la cabeza y suspiró cansada.

No había pasado mucho rato cuando escuchó la voz del Sardinilla en el rellano de la escalera, hablaba con alguien. Instintivamente corrió a la alcoba a esconderse y cerró las dos hojas de la puerta. Se apoyó en ellas con la esperanza de distinguir al propietario de la otra voz. Se abrió la puerta de la entrada e invitó a entrar a la persona. Por los pasos, la condujo al salón. Pegó un brinco cuando llamaron a la puerta de la alcoba y se alejó de ella.

—¡Señorita! Tiene visita, pero deben darse prisa si no quieren que nos sorprenda el capitán y me eche a los tiburones.

Mariela abrió nerviosa y encontró a su prima Ana.

—¡Mariela!

—¡Ana!

Se abrazaron como si no se hubieran visto en años.

—¿Qué haces aquí? Es peligroso —la regañó sin fuerza.

—Conseguí sobornar a este diablo. Ha sido muy caro —constató dirigiendo una dura mirada al chico, quien se encogió de hombros.

—El asunto es serio, Ana, y esos hombres peligrosos. ¿Qué te han contado?

—Que el taller ha servido de almacén para mercancías de contrabando con la mala suerte de que te sorprendieron el domingo allí. Un agente del gobierno te rescató y te mantienen escondida hasta que los atrapen a todos.

—Pues ya lo sabes todo —mintió Mariela con una sonrisa en los labios. Comenzaba a ser una costumbre—. Hay que esperar. Me han asegurado que serán dos o tres días a lo sumo.

—Lo que me alegra es verte bien, entera. Hemos estado muy preocupados.

—Por favor, que nadie sepa dónde estoy ni lo que ha sucedido, temo por vosotros.

—Mi madre me contó que Ernesto llegó de buena mañana interesándose por ti. Siguió las instrucciones del comisario al pie de la letra y le dijo que te hallabas en Ontaneda.

—Dile que no se preocupe y abrázala de mi parte.

—Hicimos la entrega esta mañana.

—Lo vi desde la ventana —dijo Mariela, señalándola con el mentón.

—¿Y ahora qué? He traído las revistas francesas para que señales los vestidos de invierno que debemos confeccionar para la presentación de finales de agosto.

—No hay tiempo —se alarmó el Sardinilla.

—Me las llevas mañana al taller —propuso Ana al chico.

—Pero que él no las vea —dudó el Sardinilla.

—No te preocupes. Las revisaré en su ausencia y, por la noche, en la alcoba.

—¡Vaya! ¿Te custodia un dragón? —bromeó Ana.

—Algo parecido —sonrió Mariela—. Felicidades.

—¡Ay! Gracias. He visto el vestido. ¿Cómo se te ha ocurrido? Es demasiado para mí.

—Vendes moda y debes lucirla. ¿Qué pensará la clientela si no vestimos bien? Seremos el foco de atención este verano. Nos observarán con lupa.

—No creo que pueda resistirlo. No me sentiré cómoda.

—¿Te lo has probado?

—Con tu desaparición, no ha sido posible.

—Esta noche te lo pruebas y que lo vea la tía. Te paseas con él por la casa para acostumbrarte. La ropa hay que lucirla como si fuera una segunda piel. No temas manchar la cola, hemos añadido por debajo un guardapolvo que se quita y

se lava aparte.

—Dense prisa —apremió el Sardinilla nervioso.

Volvieron a abrazarse y el chico se llevó a Ana a rastras. Sí, al capitán no le haría ninguna gracia si se enteraba del quebrantamiento de sus órdenes. Más animada, se sentó a seleccionar los vestidos más adecuados para la sociedad española, ya que algunos resultaban escandalosos, aunque con alguna pequeña reforma se soslayaba el problema. Señaló los vestidos y anotó las telas y colores más adecuados de memoria, las que recordaba haber recibido ya que no podía echar un vistazo al almacén. Esperaba no equivocarse. Con esta ocupación, se le pasó el tiempo volando, enfrascada en las creaciones e imaginando el resultado final.

47

En lo que quedaba de día, Pablo había decidido evitar un nuevo encuentro con Mariela. ¿Cómo había sido tan poco sutil? Primero dudó de ella y después la besó. Era lógico que pensara que la tomaba por lo que no era y se lo recordó con una bofetada. Estaba enfadado consigo mismo. En medio de la operación más peligrosa que había llevado a cabo, se dedicaba a ocupar su mente con una mujer. Aunque no fuera una mujer cualquiera, debía concentrarse.

Era tarde y no había comido con tanto trajín. Encaminó sus pasos a la tasca de la Trini, a pesar de que los pensamientos derivaban hacia Mariela, sola en aquella habitación, sin nadie con quien hablar, con quien compartir. Se le haría eterno el día. En la Cuesta del Hospital se tropezó con el Sardinilla que subía a la tasca a tomar algo y le informó de la detención del Botero. Pablo se alegró porque así le sería más fácil manejar al Tiña y a sus amigos.

Al atardecer, entró en la *Bodega* y lo recibió, además de la humareda, Mario, quien servía unas copas con el gesto hosco. Con un movimiento de cabeza le indicó que pasara al otro lado de la cortina. Observó que en la *Bodega* seguía el juego y la prostitución como si no hubiera sucedido nada. Sólo echó en falta a Ernesto, aunque ocupaba su lugar Federico Carrión. Procuró no fijar la mirada en su persona, aunque sí notó la suya en él. Imaginó que estaría calibrando los hombres con los que contaba para realizar el trabajo.

Al otro lado, encontró un panorama desolador: el Tiña, sentado en el sitio del Botero con un papel en la mano, y Elmo y el Marrajo, repantigados en las sillas con aspecto afligido.

—¿De dónde sales tú? Te creíamos ahogado —inquirió el Tiña asombrado.

—Llegué a la playa de Latas y busqué refugio en casa de un amigo. En cuanto he podido, me he venido a Santander. Tragué un poco de agua —explicó—. ¿Y el Botero? ¿Cómo os fue a vosotros?

—¿Qué pasó con Gorka y con Iván? ¿Y la mujer? —atacó el Tiña, sin atender a sus preguntas.

—Esos imbéciles ignoraban lo que era una galerna y no me escucharon, apuraron con la seguridad de que nos daría tiempo a llegar a la isla y, para más bemoles, no sabían nadar. Un desastre. No os digo nada nuevo sobre cómo eran, más desconfiados que un zorro, así que no atendieron a mis indicaciones. Nos sorprendió a la vista engañosa de la isla y volcamos. La mujer, ni idea. Iba envuelta en una tela que le habrá servido de sudario. Una vez en el agua, velé por mí. Ya conocéis cómo es aquello y no tenía ninguna amistad por la que jugarle la vida.

—Cierto, eran dos engréidos que me hinchaban las narices. Nos miraban por encima —aseveró el Marrajo con tono despectivo.

—Me alegro de que te salvaras —declaró el Tiña—. Hace un rato han venido los carabineros y han detenido al Botero, acusado del asesinato de una mujer.

Pablo silbó y abrió los ojos con el mayor asombro que alcanzó a mostrar.

—¿Alguna prostituta? —indagó.

—Un caso antiguo. Nosotros desconocemos de qué se trata, pero el Botero se quedó lívido —aclaró Elmo—. Estará haciendo compañía al Remi. Con tanto jaleo, todavía no lo han juzgado y, al paso que vamos, veraneará en el calabozo antes de ser presentado ante el tribunal.

—Eso no nos incumbe —atajó el Tiña—. Nuestro problema es éste. —Agitó la hoja de papel que sostenía en las manos.

—¿De qué se trata? —se interesó Pablo.

—Se lo han entregado a Mario hace unos minutos, al rato de ser detenido el Botero. ¡Menos mal que Mario sabe leer!

—Déjame. Yo también sé leer.

—¿Qué dice? No me fio un pelo de ese Mario. Se cree muy listo.

La teoría de Pablo se cumplía. Con el Botero fuera de juego, sólo quedaba mano de obra bruta. Ahora bien, Pedro Saro era capitán y, por tanto, la única cabeza con la que podía contar Federico Carrión. ¿Traspasaría la cortina y se daría conocer? El papel pronto lo sacó de su error, leyó en voz alta:

«Los planes siguen adelante. La lancha preparada todas las noches y vosotros, a partir de la diez, en la Bodega, aguardando órdenes».

—¿Qué te parece? Desconocemos quién nos da órdenes y si nos va a pagar después de jugarnos el cuello —replicó el Tiña molesto—. Yo no trabajo para fantasmas.

—¿Eso era lo que estabais discutiendo cuando he llegado?

—Sí. ¿Tú qué opinas? —inquirió el Marrajo.

—¿No sospecháis quién pueda ser? Esta nota ha llegado muy rápido por lo que me habéis contado. ¿Cómo se ha enterado de que el Botero ha sido detenido y de que os halláis aquí?

—¿Veis? —dijo el Tiña—. Otro que piensa como yo. Coincidimos en la misma idea.

—¿Qué idea? —curioseó Pablo escamado.

—Mario. Estoy seguro de que el cerebro de la operación es Mario. Siempre cuchicheando con el Botero y es quien conoce los entresijos de la *Bodega* mejor que el propio Botero. Cuando él falta, sigue funcionando como la seda gracias a Mario, que controla el negocio con mano de hierro.

Pablo no había contado con la disgregación del grupo. ¿Cómo podía convencerlos de que lo mejor que podían hacer era terminar con el encargo? ¿Lo habría pensado Carrión? A juzgar por la nota, le acababa de surgir otro imponderable, pero a Pablo no le convenía que buscara a otros, ya que no estaría él presente. Antes de que se retiraran del juego por desconfiados y arruinaran tanto trabajo, admitió la teoría de Mario.

—Si es Mario, por mí, bien. Cobraremos. Le interesamos para continuar con el contrabando de las Vascongadas.

—Si es él ¿por qué no lo dice? —preguntó Elmo.

—Para no verse involucrado: tiene coartada detrás de la barra —aseguró Pablo, con voz firme ahora que conocía el suelo que pisaba—. Los que cargaremos con los grilletes seremos nosotros, como el Botero. Pero ahora que lo hemos descubierto, haremos el trabajo y le exigiremos un aumento por nuestros servicios. No le queda nadie a quien recurrir, está solo.

—Sí —dijo el Tiña. La avaricia asomó a los ojos de los oyentes—. Somos los que nos la jugamos y tenemos derecho a la parte del Botero y de sus dos gorilas. Está decidido. Mantendremos las apariencias y, cuando se crea seguro,

arreglaremos cuentas. Se llevará una sorpresa.

—Bien, entonces hasta mañana a la misma hora. No hago falta por hoy.

—Te acompaño —dijo el Marrajo.

—Yo me quedo vigilando a Mario —optó el Tiña.

Elmo se encogió de hombros y se retiró con ellos. Al traspasar las cortinas, Pablo notó la cercanía de un hombre bien vestido que fumaba y observaba el local con aire displicente; sin embargo, no lo engañó. Había seguido la conversación que habían mantenido dentro. A la vez que sorteaba a los clientes camino de la calle, dilucidaba cómo Carrión había escrito la nota y cómo la había hecho llegar si había permanecido sentado ante la mesa de juego. Evidentemente, necesitaba una mano ejecutora junto a él. ¿El abogado? Tendría que preguntar al comisario por la apariencia de ese abogado que pagó la fianza del Botero.

Tomó un aguardiente con los dos compañeros de fatigas, quienes hablaron de pesca, tema que dominaban sobre cualquier otra cosa y, luego, se retiró. Le habían servido en bandeja la cabeza de Mario y él había estado lo suficientemente hábil para aceptarla. Había salvado la operación por los pelos.

Según se acercaba a la calle de La Ribera, notaba cómo aumentaba la ansiedad. ¿Estaría despierta? ¿Cómo lo miraría? ¿Qué le diría? La relación había quedado bastante turbia tras la bofetada y no sabía cómo iba a superarla. Estaba agotado por la tensión que soportaba y lo que menos le apetecía era un nuevo enfrentamiento, aunque se lo había buscado él solito. Subió las escaleras y se enfrentó a la puerta con la llave en la mano. Ganas de salir corriendo no le faltaron. Igual la presencia del Sardinilla conseguía que conservaran las formas. Introdujo la llave y entró.

El quinqué del salón iluminaba la mesa con algo de cena: queso, jamón, vino y cerezas. La puerta de la alcoba estaba cerrada, aunque había luz en la estancia. No quería encontrarse con él. ¡Perfecto! Suspiró y se sentó. Comenzó a comer en silencio, de cara a la pared blanca y desconchada.

Sin darse cuenta se sumió en el repaso del plan del comisario, audaz, como Rojas. Le gustaba el hombre. Deberían erigir una estatua al asesino del anterior comisario en reconocimiento al favor que había hecho a la villa. Aunque, igual no era buena idea, pues ya estaban tardando con la estatua del héroe de la guerra de la Independencia contra la invasión napoleónica, el capitán de artillería don Pedro Velarde, cuyo pedestal continuaba vacío en medio de los jardines, delante del edificio de la Aduana.

El ruido de las hojas de la doble puerta de la alcoba al abrirse paralizó las cavilaciones. Volvió la cabeza y la encontró con un elegante echarpe rosa de ganchillo sobre el blanco camisón, abotonado hasta el cuello y con amplias mangas de encaje hasta el antebrazo. La larga trenza caía por un costado sobre el pecho, donde cruzaba las manos manteniendo el echarpe cerrado a la curiosidad.

Avanzó hasta la silla que había al otro lado de la mesa y se sentó frente a él. Mariela aguardó en silencio a que terminara con las cerezas y Pablo, molesto por su actitud, se puso a jugar con ellas. Cogidas por el rabo, las mordisqueaba, las pasaba por los labios, como si los pintara con su jugo, y las chupaba como si fueran un caramelo.

—Se está poniendo perdido. ¿No le enseñaron educación en su casa? —dijo al fin.

—Buenas noches, disculpe por la hora. Me ha sido imposible recogerme antes. Sí, me enseñaron modales y me sorprende que usted me lo señale cuando no he escuchado un saludo de su parte —replicó con sorna.

—Está bien, usted gana. Reconozco que las circunstancias por las que me veo en esta situación han escapado a mi voluntad, pero de ahí a que usted me confunda con una cualquiera hay un trecho. Quiero dejar bien marcada la distancia que media entre nosotros.

—¿A qué distancia se refiere? ¿A la social?

—¡Muy gracioso! A la que media entre una mujer y un hombre que no son familia.

—Eso me lo dejó claro en el momento. Si lo que me exige es una disculpa, le pido perdón. En mi descargo, alegraré que es usted tan preciosa que perdí el control y falté al decoro.

—¿Es así como consigue que las mujeres caigan rendidas a sus pies? ¡Vaya forma más zafia!—rechazó Mariela—. En lugar de sentirme halagada, me encuentro vulgar.

—No. A una mujer como usted no es fácil conquistarla, pero no me haga creer que es de las que escuchan madrigales y sucumben a las palabras elegantes y huecas.

Pablo fijó la mirada en sus ojos, oscuros y turbadores, llenos de misterio y calor caribeño. La retiró y se concentró en las cerezas en cuanto se percató del sonrojo de la mujer.

—No me ha preguntado por la investigación —desvió la conversación hacia un campo neutral.

—¿Detuvieron al Botero? —Mariela se removió en la silla con evidente alivio.

—Sí. Y he mentado como un bellaco para que los pescadores, metidos a contrabandistas, siguieran en ello. Carrión ha enviado una nota en la que cuenta con nosotros para seguir adelante. Veremos qué opina cuando mañana le sea imposible realizar el cobro de las armas.

—Cuando termine su misión aquí, ¿adónde irá? ¿Conoce ya su próximo destino?

Pablo se extrañó de una pregunta que regresaba al intimismo que había evitado hacía escasos minutos. Le causó la desazón propia del que vive una mentira. Tarde o temprano se encontraría con Mariela Escalante bajo la verdadera personalidad de Pablo Torres; y no sólo eso, sino que tendría que rogarle silencio sobre la doble vida que llevaba. ¿Cómo reaccionaría ella ante la verdad? Recordó que era amiga de sus hermanas y también que lo había visto asesinar a dos personas.

—No hay próximo destino. Mi carrera como agente terminará aquí.

A Pablo le sorprendió la expresión de asombro de Mariela. Por fortuna, el Sardinilla irrumpió con el nerviosismo que le caracterizaba y, como una tormenta, barrió el calor de la conversación.

—Carrión está en su casa —anunció a la vez que tomaba un trozo de queso y de pan de la mesa sin permiso—. He dejado al Muergo, aunque no creemos que salga en toda la noche.

—¿No creemos? ¿Desde cuándo se os ha dado permiso para pensar? —atajó Pablo—. Esas suposiciones son las que arruinan una investigación —aleccionó—. Aunque sea predecible, hay que esperar lo impredecible, ésa es la razón de que se establezca una vigilancia.

—Lleva una vida social y familiar muy ordenada —objetó el Sardinilla.

—Y queremos provocar que la altere. Debemos estar atentos cuando eso suceda.

—Sí, señor. ¿Voy allí?

—No. Ya no. Deja al Muergo. Mañana te necesito fresco. Por cierto, cena algo, que debes de estar muerto de hambre —invitó con sorna.

El chiquillo sonrió con la boca llena y el jamón, del que daría cuenta en breve, preparado en la mano. Mariela se levantó sonriente para retirarse.

—Si sigues así, le pediré a tu madre que me pague tu manutención —amenazó Pablo en broma.

—Buenas noches —deseó Mariela antes de perderse en la alcoba.

—Buenas noches. —La voz de Pablo sonó clara, mezclada con un gruñido sofocado por parte del Sardinilla, quien no daba para comer y despedirse a la vez.

Al día siguiente, madrugaron. Con los bolsillos llenos con algunas viandas para el rato de vigilia, el Sardinilla salió disparado a relevar al Muergo en casa de Carrión.

Pablo cogió el batín, colgado detrás de la puerta, para no quedarse frío y se sentó frente al tocador con la intención de cambiar la caracterización de marino pelirrojo a un viejo respetable y adinerado. No quería perderse la función que tendría lugar en el Banco de España o en el de Santander. Prácticamente, habían apostado por el Banco de Santander, esquina a la calle que desembocaba en el muelle del Martillo, nombre que popularmente se le había atribuido por adentrarse en la bahía para salvar el arenal y terminar en otro muelle perpendicular con la forma de martillo, para que los barcos pudieran descargar o cargar sin encallar con la marea baja. Carrión operaba con el Banco de España, por lo que acudiría a un lugar donde no lo reconocieran.

Eligió una peluca canosa y una barba a juego. Llevaba un rato con el pegado y el retoque de las cejas cuando oyó ruido en el salón.

—¿Podría ayudarme? —preguntó en voz alta para que llegara el mensaje a la otra habitación.

Mariela asomó por la puerta con mirada curiosa.

—¿Cómo lo ha conseguido? Parece veinte años mayor.

—Sí, ¿verdad? —se jactó Pablo, mirándose en el espejo tripartito—. Ayúdeme con el traje —le señaló un largo perchero—. ¿Cuál es el más apropiado para una persona de edad? Me pondré este relleno en la cintura. Los hombres mayores ganan peso —explicó.

—Pues sí que cuida usted hasta el último detalle —se admiró Mariela—. Éste: es elegante y discreto. ¿Llevará sombrero?

—Y bastón —añadió Pablo.

Se quitó el batín y se quedó con el calzón de tela blanca, alargó la mano y cogió el pantalón del traje escogido. En ese instante, se percató de que Mariela lo observaba arrebolada y cayó en la cuenta de que había actuado sin pensar en su presencia; aun así, le hizo gracia la situación y no pudo contenerse. Con mayor lentitud de la necesaria se metió las perneras y, despacio, subió el pantalón hasta la cintura.

—Dígame, si tan acostumbrada está a ver cuerpos de hombres desnudos en la plantación, ¿por qué está colorada hasta las orejas?

Pablo fue consciente de cómo Mariela regresaba del limbo y adquiría el color púrpura en medio de la confusión y la búsqueda de la excusa que no encontraba.

—No es usted un caballero al hacerme semejante observación y no he sido yo quien le ha pedido que se desnude ante mí sin ningún decoro.

—No hace falta que me lo reproche, reconozco que la falta ha sido de mi parte —admitió sonriendo y se puso la camisa—. Sin embargo, que a usted no le sea indiferente me halaga —se abrochó el chaleco—, porque relega la bofetada a un acto impuesto por las conveniencias sociales y que, bajo esa manifiesta indiferencia, arde algo más profundo que usted intenta sofocar con escasa fortuna —culminó su análisis con la chaqueta puesta y se aproximó a Mariela, quien dio un paso hacia atrás con los ojos como platos y el pecho alterado—. No voy a besarla, aunque me agradaría —estiró el brazo y lo replegó con el sombrero elegido que se hallaba en un estante detrás de Mariela—. El trabajo no aguarda. —Se giró delante de Mariela para que le diera el visto bueno—. ¿Cómo estoy?

—Perfecto, pero usted ya lo sabe.

Pablo admiró la compostura de Mariela para permitirse la agudeza de una frase ambigua a pesar del apuro.

Salió al pasillo e imitó el andar lento y trabado de una persona de edad.

—No tiene que cojear necesariamente —sugirió Mariela, más repuesta de su vergüenza—, se cansará antes de llegar al banco. El bastón es una ayuda en caso de perder el equilibrio a causa de la irregularidad de la acera. Lo he visto en varias ocasiones. Las mujeres nos trabamos mucho con las faldas, sobre todo las señoras mayores, aunque nosotras empleamos la sombrilla para ese menester.

—¿Me reconocería?

—Las manos —indicó ella—, son jóvenes. ¿No tiene unos guantes de cabritilla?

—Mire en el cajón de la derecha del tocador. ¡Por Dios! Espero no morir de un sofocón, ya estoy sudando.

—En cuanto salga a la calle se encontrará mejor —lo animó Mariela—. Estaba pensando que, si se prolonga mucho más esta situación, podría disfrazarme también para salir.

—¿Bromea? ¿Cómo escondería esos ojos y ese cutis? Por no mencionar la forma de andar tan... —Pablo se interrumpió. El rostro de ella había retomado el color de la grana—. Bueno, ya hablaremos, se me hace tarde. Adiós.

Salió precipitadamente y se detuvo en el portal, donde se recompuso para adecuarse a las maneras reposadas de una persona mayor. Últimamente, mostraba serios problemas de concentración y metía la pata constantemente, como si el subconsciente se rebelara a ser sofocado. La cubana afloraba en cualquier esquina, el recuerdo de los labios, el olor que permanecía en la estancia aunque ella se hubiera ausentado, la forma de hablar lenta, sugerente, que se contradecía con unas palabras directas e inteligentes: una bomba envuelta en papel de seda con lazo de raso. Se sonrió ante la comparación. Era la clase de mujer con la que uno no se aburriría.

48

Mariela se asomó tras el visillo de la ventana para verlo alejarse con paso cansino hacia el Ensanche. El ambiente entre ellos estaba raro, tenso. Ella misma dudaba de lo que hacía y de lo que decía. El beso, contra el que tanto había despotricado, le quemaba todavía en los labios. Por si fuera poco, sus palabras, ¿qué había querido decir con «esos ojos, ese cutis»? ¿Y qué le ocurría a la forma de andar? ¿Era un halago o una crítica? Los dedos le hormigueaban con el deseo del tacto de su piel a través de las telas cuando lo contempló vestirse, duro, terso, tan diferente del personaje que trataba de aparentar. Con la mente lo rechazaba y con el cuerpo lo reclamaba a gritos, ¿se podía llegar a ser más incoherente? Lo peor es que él conocía que no le era indiferente y eso se prestaba a un juego muy peligroso para ella: para su posición social, para su libertad y, ¿por qué no reconocerlo?, para su corazón.

Se retiró de la ventana con un suspiro y se enfrentó con la realidad de ese día. No había sido ninguna broma lo de disfrazarse y salir del encierro; sin embargo,

decidió aguardar el resultado del plan, del cual dependía toda la operación y su futuro.

Pablo llegó temprano al Banco de Santander, en los bajos del palacete de Pombo. En la calle reconoció, vestido de paisano, a uno de los hombres del teniente que hojeaba el periódico apoyado en una pared, como si aguardara a alguien. Vigilaban ambos Bancos, él se lo había jugado a uno, pues si el elegido resultaba el otro, se perdería la acción.

Entró en las oficinas y aguardó a que los ojos se acostumbraran a la iluminación interior. Un largo mostrador de madera maciza, rematado con una ventanilla de cristal sobre la cual pendía el letrero de «CAJA», se hallaba a su derecha con una pequeña cola de personas que aguardaban el turno; más allá, había varias mesas, tras las que trabajaban otros empleados de cara al público. Algunos de éstos conversaban con clientes en ese momento. En la pared de la izquierda, un largo tablero de madera adosado a la pared, con varios recados para escribir y dispuestos espaciadamente, invitaba a su utilización. Allí se dirigió, se hizo con uno de los tinteros y con la pluma y sacó unos papeles del bolsillo. Simuló estudiarlos con dificultad visual, lo que le permitía pasar más tiempo del debido sin llamar la atención.

De un despacho privado salió un caballero de mediana edad con la tez morena, propia de alguien que vive en un país cálido, se despidió y dejó la puerta abierta para que entrase la persona que aguardaba. Visiblemente nervioso, intentaba controlarse, respirando y expirando, para normalizar la inquietud con vano resultado. Vestía un terno de lino color crema y sombrero panamá, en la mano izquierda llevaba una cartera de piel agarrada con fuerza, a juzgar por el color de los nudillos, mientras con la derecha consultaba el reloj de bolsillo. Se aproximó al tablero de la pared, donde él se encontraba, apoyó la cartera y comenzó el escrutinio de las personas que se hallaban en la fila. Pablo prosiguió con el llenado de números en el papel que había extendido, como si fueran cálculos muy complicados y decisiones muy serias las que dilucidaba sobre los ahorros. La gente hablaba en voz baja, por lo que en el aire flotaban tan sólo los susurros y el crujir de las hojas que llevaban entre manos.

El comisario había dejado el coche en el Mercado Nuevo del Este y, desde un portal de la calle del Martillo, aguardaba el aviso del Sardinilla. Había cedido los uniformes de los celadores nocturnos a los carabineros del teniente para no levantar la alarma dentro de la villa. En la plaza de la Libertad charlaban dos de ellos; otro, vestido de paisano, paseaba calle arriba y abajo con una abultada

cartera bien visible; el teniente, también con uniforme de celador, y el Muergo observaban desde otro portal de la calle. Todos prestos a cambiar de escenario si la víctima optaba por el Banco de España. No fue necesario, el Sardinilla entró como un ciclón en la calle y la recorrió con la mano derecha en alto: era la señal acordada para que indicara que el Banco de Crédito de Santander sería el escenario. Si hubiera sido la izquierda, hubieran corrido todos a la sede del Banco de España.

El comisario se sonrió con satisfacción ante el buen inicio del plan. El señor Carrión llegaba por la plaza de la Libertad, se cruzó con los dos celadores que conversaban amistosamente y, antes de que llegara a la puerta del Banco, se oyó un grito y un revuelo. El Muergo corría por la calle del Martillo, perseguido de cerca por el teniente disfrazado de celador, que se llevó el silbato a la boca e hizo grandes aspavientos para detener al ladrón. Los vecinos que pasaban se hicieron a un lado ante la incertidumbre de cómo ayudar. El Muergo entró en el Banco y los dos celadores que charlaban en la plaza aparecieron por detrás de Carrión, lo adelantaron y se detuvieron ante la puerta del Banco.

—¡Ahí han entrado! —gritó una mujer que había sido testigo. Mientras tanto, alrededor del hombre caído y al que habían robado, se congregaron varios vecinos con afán de servir. Un celador se quedó en la puerta para impedir el paso y el otro entró a auxiliar al compañero que perseguía al ratero.

El comisario retrocedió para recoger el extraño y práctico coche que había diseñado su antecesor y acercarse al lugar, como si pasara por casualidad a otra diligencia. Observó a Carrión apartado, aguardando a que se despejara la entrada del Banco para acceder al interior y encontrarse con Gutiérrez. El comisario se apeó y se interesó por el suceso. Los testigos se habían multiplicado, como solía suceder en estos casos, de manera que no había forma de deslindar al testigo real del testigo de oído y sabelotodo. En este caso, al comisario le convenía que hubiera más revuelo y más testigos, por lo que favoreció la confusión.

Salieron los dos celadores municipales con el delincuente detenido e indicó en voz alta, al que vigilaba la puerta, que no dejara pasar a nadie hasta que se hubiera restablecido el orden en el interior y ordenó que avisaran al coche de los celadores para trasladar al sujeto al calabozo del cuartel de San Francisco.

Tal y como había previsto, el vestíbulo era un caos, aunque los hombres de seguridad del Banco mantenían el control detrás de los mostradores entre los empleados que custodiaban las cajas. El comisario apaciguó con voz clara a los clientes y les informó de que la persecución había concluido con la detención del

carterista. Aunque el agente del gobernador no estuviera a su lado, habría reconocido al señor Gutiérrez aferrado a su cartera, quien atendía a las palabras del anciano que se le había pegado como una lapa. Se dirigió al exterior y le siguieron algunas personas, de forma que impidieron la entrada hasta que salieron. Entre esas personas figuraban el anciano y el criollo. Oyó cómo el agente disfrazado lo requería y se volvió con una sonrisa.

Pablo se tensó cuando la tranquilidad quedó rota con la irrupción de un raquero de muelle que arremetió contra la fila: un joven perdió el equilibrio ante el empuje, un señor intentó amortiguar el golpe, otros se apartaron a tiempo. Los gritos, los insultos y la estampida de los clientes causaron tal revuelo que todos echaron mano a los bolsillos y las carteras para resguardarlas de un posible ataque por parte del pequeño vándalo. Tras el chiquillo, que renqueaba y lucía un hematoma en la cara, entraron dos celadores que contribuyeron a la confusión en el establecimiento. En pocos segundos, los agentes de seguridad del banco resguardaban las cajas de dinero y Pablo aprovechó para retener al hombre, aferrándose a su cintura con el pretexto del temor a que lo tiraran aquellos salvajes. El cubano, asustado e imposibilitado de movimiento, abrazó la cartera mientras no perdía detalle de la persecución. Pablo reconoció al Muergo y al teniente López junto a uno de sus hombres. Por fin, lo acorralaron y lo aprehendieron ante los vítores y las felicitaciones de los afectados.

—¡Oh! ¡Dios nos ampare! ¿Dónde vamos a acabar? —Pablo intentó entablar conversación con el supuesto salvador—. Esto es lo que trae la presencia de su majestad —despotricó como cualquier otro anciano—: Rateros y delincuentes. ¿Cuándo va parar tanta inseguridad ciudadana? Usted no es de aquí.

—No señor. Vengo de Cuba por asuntos de familia y regreso en breve. Tenía entendido que Santander era una ciudad amable y pacífica.

A pesar de haber nacido en la península, Pablo reconoció el hablar de Mariela en su compatriota, quien había fijado la mirada en la puerta por la que habían salido los celadores con el ratero.

—No se preocupe, no volverá. La policía es eficiente —restó importancia Pablo.

—No lo dudo. He quedado con alguien. Iré a ver si se encuentra fuera. Igual con esta trifulca está esperando a que se tranquilice el local.

Sin embargo, no llegó a salir porque entró el comisario, quien echó un vistazo alrededor y habló en voz alta para apaciguar los ánimos soliviantados.

—Es cierto —corroboró Pablo—. La gente está alborotada y habla a gritos.

Salgo con usted. Volveré otro día, hoy me han fastidiado. El corazón ya no es tan fuerte como antes.

—Cuidado con los escalones. ¿Necesita ayuda? —se ofreció el cubano.

—Gracias, joven —aceptó Pablo. «Cualquier cosa con tal de retrasarlo lo más posible», pensó.

Salieron a tiempo de contemplar cómo se alejaba el coche de los celadores con el detenido. El comisario y sus hombres habían tomado la calle y detenían a los transeúntes con la excusa de recabar información y conseguir testigos del robo con lesiones de un vecino al que ya habían trasladado a la Casa de Socorro.

De Carrión ni rastro, lo que tranquilizó a Pablo. Mientras hubiera tanto público y los celadores por medio, se guardaría de acercarse para no encontrarse obligado a identificarse. El lugar discreto había dejado de serlo. Ahora se trataba de impedir que accediera al señor Gutiérrez, quien se marcharía en una hora en el vapor a Bilbao para embarcarse en el barco norteamericano.

—Le voy a devolver el favor que me ha hecho ahí dentro al protegerme —dijo Pablo sin soltarlo.

—No ha sido nada, señor, no está en deuda —rechazó el señor Gutiérrez sin resultar grosero.

—Para mí es importante no caerme. Una rotura de huesos no supone lo mismo que cuando se es joven. Su cartera es importante y la ciudad es peligrosa. ¡Eh! ¡Comisario! —llamó, y volviéndose al cubano—: Juego con él todos los viernes en el Suizo.

—Buenos días, don Matías. ¿No me diga que se encontraba en medio del lío?

—Este amable joven me cubrió. Verá, necesita llegar a salvo a... —aguardó a que contestara su acompañante.

—Al hotel. Debo recoger mi baúl y embarcar —contestó apurado—. Pero no es necesario que se moleste, está muy ocupado.

—No es molestia. Para eso están los subordinados —replicó el comisario con un guiño cómplice—. Por su acento, ¿es de Cuba? —El hombre asintió—. Lo llevo en mi coche, así me pone al corriente de lo que allí está sucediendo. Es difícil hacerse una idea de lo que piensan los isleños ante la propaganda abusiva del estado.

El comisario supo ganarse el interés de Gutiérrez cuando expresó su comprensión e interés por la situación de los independentistas cubanos. De esta forma, no controlaba el tiempo que pasaba sin noticias de su cobrador. Lo subió al coche con la imposibilidad de que, a pesar de las protestas iniciales, el joven

rechazara la invitación sin resultar sospechoso. Pablo los vio partir mientras registraba con la mirada la calle llena de curiosos que habían acudido ante el despliegue de los celadores. El rostro de Carrión se hallaba entre ellos, apartado para que no se fijasen en él. El teniente se le acercó libreta en mano.

—Simule, como si le tomara declaración —aconsejó López—. No ha perdido una coma de lo que ha sucedido y ha visto cómo se le escapaba su fuente de ingresos.

—La pregunta es si el comisario podrá mantenerse junto a Gutiérrez hasta que zarpe. —Pablo acompañó las palabras con elocuentes gestos de cara al público.

—¿Lo duda? Ese comisario tiene más escuela que un maestro, que ya es decir.

—El Sardinilla que se pegue a Carrión. Quiero saber dónde está en cada momento.

—Hay otro convidado: Ernesto Escalante. No me diga cómo se ha enterado, pero ha pasado por aquí, aunque no se ha detenido. ¿Coincidencia? Yo no creo en ellas.

—¡Vaya! Esto ha estado más concurrido que un día de mercado. Me voy. He de quitarme el maquillaje y caracterizarme de capitán mercante.

Con Gutiérrez custodiado por el comisario, a Carrión se le habían terminado las opciones y debería acudir en persona a la entrega de las armas si quería cobrar.

Pablo encontró a Mariela leyendo en el salón. Levantó la vista del libro en cuanto lo sintió. Su semblante reflejaba el anhelo por conocer el resultado del plan. Se apiadó de ella.

—¡Perfecto! —exclamó jubiloso.

Mariela se levantó aplaudiendo y sonriendo como una niña.

—¿Cómo fue? —se interesó en cuanto se calmó.

—Le cuento mientras me limpio y me cambio. He de estar preparado, el día no ha terminado.

Entraron en la habitación del tocador. Pablo se quitó la chaqueta y el chaleco y los colgó de su percha. El sombrero lo colocó en el estante junto a otros modelos. Tomó asiento y Mariela se quedó de pie, detrás de él, observando cómo se despegaba la barba postiza y las cejas para proceder a la limpieza del maquillaje que lo envejecía. Mientras tanto, Pablo no calló y le relató los detalles de la escenificación en el vestíbulo del banco.

—¿Lo habrá conseguido el comisario? —se inquietó Mariela.

—El teniente confía plenamente en él. Yo también. Es un hombre peculiar, con un gran poder de deducción y muchos recursos.

Mariela le quitó de las manos el algodón y se lo pasó por una parte de la cara que se le había olvidado. Sus movimientos eran suaves como sus dedos y el aliento, tan cerca, le encrespó el vello. Olía al jabón personal de él, pero en ella, el aroma cambiaba y adoptaba personalidad propia.

—Ya está.

La voz cálida junto a la oreja le causó un cosquilleo placentero. Contuvo un suspiro a tiempo y contempló en el espejo la pareja que hacían, hasta que ella lo descubrió y sus ojos se reconocieron en el reflejo plata, anhelantes, sorprendidos, esperanzados.

La llamada a la puerta con la aldaba los sacó del aprieto. Pablo se levantó y se llevó el índice a los labios. Salió al pasillo y abrió la mirilla para averiguar la identidad de la intempestiva visita. La imagen del comisario lo empujó a abrir inmediatamente.

—¿Qué pasó? —preguntó franqueándole la puerta.

—Siga, siga con lo suyo. Yo le cuento.

Se adelantó por el pasillo, entró en la habitación, se sentó y retomó la actividad en tanto que el comisario entraba y saludaba a Mariela.

—Nunca he tenido tanto público cuando me caracterizo —sonrió.

—No deja de ser interesante observar cómo lo consigue. Esta mañana ha sido de diez —otorgó el comisario—. Llegamos al hotel y me las apañé para que no terminara de darme las importantes noticias de Cuba, por las que me mostré muy interesado, así que lo esperé en recepción mientras subía por el equipaje acompañado por el botones. En el entretanto, llegó Carrión y me vio; es más, yo me hice visible adrede. Contrariado, se dirigió a la recepción y escribió una nota. Simulé andar distraído, ya que aquello no me incumbía aparentemente, hasta que se fue. Entonces, me acerqué al recepcionista y me identifiqué. Leí el mensaje. Decía que la operación seguía adelante y que el pago lo realizaría en el momento de la entrega. También informaba de que el cargamento sería la mitad de lo previsto, aunque no mencionaba cuál era el cargamento ni la cuantía del pago ni el lugar de entrega. Es muy cuidadoso.

—¡Bien! Lo tenemos donde queremos.

—Cierto. Mañana por la mañana trazaremos la forma de proceder para

atraparlo. Esta noche usted acudirá a la *Bodega*. Ya nos contará qué aires se respiran por allí.

—¿Me puede describir al abogado de Carrión? —preguntó Pablo.

—Un hombre alto, bien plantado y bien trajeado, moreno, patillas a la moda y barba recortada.

—No siga. Es el mismo que vi ayer y que no perdió una sílaba de la conversación que mantuve con el Tiña y los otros dos. A estas horas, Carrión sabe que pensamos que Mario, el hombre de la barra, es el cerebro de la operación.

—Pues, mejor. Mientras crean que la madeja está enredada, se considerarán a salvo —celebró el comisario.

El comisario se despidió y a Pablo sólo le faltaba cambiarse de ropa, por lo que Mariela se retiró al salón, ya escarmentada de la otra ocasión. Se había contagiado de la euforia de los hombres, como si hubiera participado en la trama. Reconocía que había un punto aventurero muy atrayente, aunque la peligrosidad era suficiente para pensarse dos veces en meterse en semejante berenjenal. Muy desesperado había que estar para entrar a formar parte de los carabineros o del ejército; luego, el asunto de ser agente del gobierno, inimaginable.

—¿En qué piensa?

La pregunta la pilló desprevenida, perdida en cavilaciones. El nuevo capitán se había apoyado en el quicio de la puerta, ya vestido, y la observaba con curiosidad.

—¿Cómo llegó a ser agente del gobierno? —se sinceró.

—¿A qué viene tanta pregunta personal? Anoche que si conocía mi próximo destino y ahora cómo he llegado a esto. Le recuerdo que ha sido usted la que ha marcado las distancias.

—Tiene razón. Intentaba equilibrar la balanza: usted sabe mucho de mí y yo ignoro todo sobre usted, excepto que es muy hábil disfrazándose y mintiendo. Pero es igual, desaparecerá en un par de días.

—Siempre he sido muy inquieto, tanto que no encontraba mi sitio en este mundo. Antes de atarme a una familia o a una responsabilidad necesitaba conocer otras opciones, sentirme vivo. Unos eligen el mal camino, yo escogí el de servir a la patria. Suena irresponsable, pero cada persona resuelve sus conflictos existenciales como puede.

—¿Y ya los resolvió? ¿Por eso lo deja?

—Sí. Mi problema se reducía a la historia más vieja del mundo: pánico al yugo de la obligación.

—Curiosa forma de describir la inmadurez.

—¿Me cree inmaduro?

—Estúpido, más bien; pero es hombre, ¿qué se puede esperar? Para huir de las responsabilidades se pierde en una afición que requiere toda su entrega y, posiblemente, su vida.

—Me agrada usted, no se muerde la lengua —admitió con una sonrisa franca—. Sus propias palabras apoyan mi teoría de la inmadurez. Ahora me he vuelto sabio y por eso lo dejo. En realidad, también tuvo que ver una muerte y la necesidad de alejar el contrabando de Santander. Debo dejarla si quiero llegar a comer a la tasca. He quedado allí con algunas personas para preparar el remate de la operación —explicó.

—No hace falta que se disculpe. Llenaré mis horas con don Benito.

—¡Cuánta confianza se ha cimentado entre ambos! Acabaré pidiéndole cuentas por sus entretenidos escritos a Pérez Galdós. ¡Una mujer subyugada por unas letras! —le oyó exclamar en tono jocoso a la vez que se alejaba hacia la puerta de entrada.

Se abrió y se cerró tras él. El silencio y la soledad la envolvieron de nuevo. Era un hombre desconcertante, al principio reticente, huraño, desconfiado, acusador; y ahora amable, gracioso, condescendiente, halagador, porque ésa había sido su intención. ¿Halagarla? No quedaba rastro del beso ni de la bofetada entre los dos. Qué situación tan ambigua y extraña. Cada vez se descontrolaba más y la conducía a callejones que debería evitar una dama de buena familia o cualquier mujer que no considerara planes matrimoniales, como ella. Pero, en cada encuentro, la mente decía una cosa y la lengua otra, que la conducía a aguas más turbulentas. Hasta él se había dado cuenta. ¡Qué vergüenza! Notó cómo se sonrojaba.

49

Pablo entró en la tasca de la Trini. El Chepa, el Niño, el Bolo y el Sardinilla comían en una mesa. Él se sentó en otra para no estorbarlos y la Trini lo cumplimentó al segundo. Trató de comer despacio, sin nervios y sin prisas. Tanta tensión no era buena, había que relajarse para estar en pleno rendimiento

cuando la ocasión lo requiriera.

Los pescadores comentaban la faena del día, la llegada de una fragata y el trasbordo de pasajeros. Decían que no cabía un alfiler en Santander ni en el Sardinero. Estaba todo completo, las colas del tranvía de Gandarillas eran legendarias a cualquier hora del día, los lugares de comidas llenaban los comedores con reservas y los infortunados que habían descuidado ese detalle se quedaban con las sobras de las cocinas, que cerraban a las seis de la tarde. Una locura que dejaba al descubierto las carencias de la ciudad para soportar la afluencia de tanto visitante.

Pablo terminó de comer el cachón con patatas amenizado por esos comentarios. Se fijó en el Sardinilla quien, en lugar de engordar con lo que engullía, crecía a lo alto.

—¡Eh! Sardinilla, ¿me puedes decir qué le ha pasado al Muergo? No creo que los carabineros le hayan dado una tunda.

Abandonaron la mesa, que la Trini se apresuró a recoger, y acercaron las sillas a la de Pablo.

—Por la noche fue a la casa de Carrión, como quedamos, y se encontró con sus antiguos amigos, que también la vigilaban.

—¡Qué coincidencia! —exclamó el Bolo.

—El caso es que lo acusaron de irse de la lengua con quién no debía y no sé de qué más tonterías y casi le dan una paliza. Lo salvó el sereno, que llamó a los celadores de la noche. Éstos, alertados por el comisario, lo dejaron allí y rastrearon la zona en busca de los demás. El Muergo me contó que cobraban por vigilar a Carrión.

—No es una coincidencia, Bolo, —aseguró Pablo—. Ernesto Escalante se la tiene jurada a Carrión y creo que intentará resolverlo a su modo.

—¿No será que quiere advertirlo? —apuntó el Chepa.

—No. Lo hubiera hecho ya. El odio es demasiado fuerte. Espero que no haga ninguna tontería antes de tiempo. ¿Sigue con el Marqués de la Conquista?

—No —contestó el Sardinilla—. Está con la Sula, por eso el Muergo vaga por las calles sin alojamiento. ¡Menos mal que es verano! —se compadeció el chico de su amigo.

—No me mires, chaval, —advirtió el Chepa—. No puedo acoger a todos los raqueros del muelle.

—Más tarde averiguaré cómo respira Carrión. Habrá dispuesto algo de antemano. Suponemos que mañana por la noche el vapor norteamericano

aguardará frente a la costa de Langre, lo más cerca posible de la isla de Santa Marina para facilitar el acercamiento de las lanchas contrabandistas. Deberéis tener la barca a punto para transportar al comisario y a quien él os diga. Imagino que llevará a algún hombre de confianza. Que uno de vosotros se pase regularmente por aquí durante el día. Os dejarán instrucciones.

Llegaron los amigos a la tasca para la partida de naipes y se retiraron los pescadores.

—El domingo empiezan las fiestas —contaba Ventura—. De buena mañana, los Gigantes y los Enanos recorrerán las calles seguidos por la banda de música de la Casa de Caridad hasta la Alameda de Oviedo. La feria de ganado estará desde el sábado y se podrá visitar todo el día del domingo, allá en la calle Alta, a la altura de la Alameda. Por la tarde, corrida de toros y, por la noche, se encenderá la iluminación de la segunda Alameda y habrá fuegos artificiales.

—¿Solos o con mujeres? —planteó Alberto.

—Con mujeres más divertido —se apresuró Roque—. Habrá que acompañar a las señoritas Torres ya que su hermano se halla en Inglaterra.

—Últimamente estás de lo más mujeriego, Roque, ¿qué te traes entre manos? —acusó Ventura, entrecerrando los ojos con una sonrisa aviesa.

—¿Yo? Nada —mantuvo la compostura el marino—. Más bien tú, que no dejas de parlotear con la de Escalante.

—Aviso a Remedios —claudicó Alberto— para que quede con ellas y con las de Escalante.

—¿Os parece bonito hacer planes delante de mí cuando me estaré jugando la vida? —intervino Pablo.

—Tú solito te has metido en ese patatal —puntualizó Alberto.

—La aventura se ha vuelto peligrosa —analizó Roque—. ¿Hasta cuándo vas a seguir?

Pablo suspiró. Contempló los rostros de sus amigos, preocupados y pendientes de la contestación.

—Termino este trabajo y lo dejo. Si todo se resuelve como planeamos, este fin de semana os acompañaré a la inauguración de las fiestas.

El vapor de Roque salía hacia Plymouth la madrugada del día veintiuno y quedó solucionado el pasaje de Ernesto para que Roque diera fe de su desembarco en el puerto inglés. Pablo encargó al Sardinilla que le hiciera llegar al cubano el billete que le facilitaría Roque y la advertencia de que debía embarcar el equipaje con antelación. El resto de la tarde lo pasaron con las cartas en la

mano y los chismes de la visita del rey en la boca.

Cuando los serenos se hallaban en plena faena con el encendido de los faroles, Pablo entró en la *Bodega*. Enseguida notó cambios: en la barra había un nuevo empleado y la Regi se pavoneaba de un lado a otro arengando a sus pupilas para que abordasen a la clientela. Antes de llegar a las cortinas, lo detuvo el Tiña, quien lo llevó a un costado de la larga barra en la que se encontraban Elmo y el Marrajo.

—¿No se ha enterado? —Ante la mirada interrogativa de Pablo, continuó el Tiña—: A rey muerto, rey puesto: Mario y la Regi se han adueñado del local y del negocio. ¡Vaya par de buitres!

—¿Y el Botero? —preguntó Pablo.

—A ése no lo salva ni la caridad. No ha conseguido la libertad bajo fianza y se ha corrido el rumor de que se le acusa de un antiguo asesinato. ¿Recuerda el esqueleto de la casa? —Pablo asintió—. Parece ser que es de una mujer.

—¿Han descubierto el escondite? —se asustó Pablo.

—Eso parece. Lo extraño es que no hay noticia de ello en la ciudad. Yo me he enterado por otro pescador, el Chepa.

—Lo conozco, voy a comer a la tasca de la Trini.

—Por ella se ha conocido el asunto. Están buscando a la cubana, pero lo llevan en secreto. Lo extraño es que la familia dice que se ha ido a Ontaneda. Se está poniendo muy feo el asunto.

—Es lógico. ¿Hay testamento? Necesitarán tiempo para quedarse con el negocio —razonó Pablo.

Se tomó un tiempo mientras recorría el local con la mirada para analizar la noticia. El comisario habría tenido que tejer una historia con base para convencer al juez y al abogado de Carrión. Sacudió la cabeza para centrarse en lo realmente importante en ese momento: Mario.

En el recorrido visual registró a Carrión sentado a la mesa de juego, junto al edil don Benito y otros señores de alcurnia. El abogado se había vuelto un asiduo y ocupaba el mismo lugar de la noche anterior, desde el cual escuchó la conversación que habían tenido y que aprovechó muy hábilmente a su favor: había ofrecido a Mario el puesto del Botero, de esta manera corroboraba las suposiciones del ingenuo Tiña, quien ya habría extendido el rumor como cierto. Cubría las espaldas de Carrión con otro títere.

Como si atendiera a la invocación de su mente, Mario asomó por la cortina y

les hizo una seña para que se acercasen. Allá se dirigieron cual obedientes ovejitas. Pablo simuló atención a lo que le decía Elmo, para no alarmar al abogado que escrutaba la sala como propia.

—Buenas noches, chicos —saludó Mario con una falsa sonrisa—. Como veréis soy el nuevo propietario de la *Bodega*.

—¿Ha podido entrevistarse con el Botero? —preguntó inocentemente Pablo.

—No. ¡Cuerno! —picó Mario—. Está incomunicado, según me han dicho.

—¡Ah! ¿Y cómo ha podido traspasarle el local? —Pablo dejó caer la bomba.

Mario no era buen jugador ya que, en lugar de poner cara de tener triunfos, la puso de confusión.

—Ha sido un asunto de abogados, algo muy complejo para vosotros —improvisó—. Lo importante es que los negocios seguirán adelante. Mañana, sobre las siete de la tarde, estaréis preparados en la dársena de Maliaño, vestidos de oscuro y con lo necesario para salir de pesca en la lancha.

—¿Irás tú? —indagó Elmo.

—No, yo no. —Mario torció el gesto, como si estuviera disgustado—. Pero tendréis las órdenes, no os preocupéis.

Pablo imaginó que Carrión no le había contado de qué iba aquello, uno menos con el que repartir ganancias, y Mario rumiaba la decepción. Levantó la mirada, cargada de ambición, y los despidió.

—Podéis iros. Hasta mañana por la tarde en la dársena.

Se retiraron en silencio y decidieron abandonar el atestado local. Pablo notó las miradas de Carrión y del abogado en la nuca. ¿Se presentaría alguno de los dos mañana en el embarcadero? Había creído que averiguaría algo, pero salía tan desinformado como había entrado. Al igual que la operación del banco, trabajarían a ciegas sobre supuestos y con los dedos cruzados.

Regresó a casa y Mariela lo recibió como agua de mayo, tan patente era el aburrimiento que llevaba acumulado del día.

—¿Algo nuevo? —preguntó visiblemente interesada.

—El hombre que atendía la barra es el nuevo testaferro de Carrión. Otra vez trabajaremos a ciegas.

Se dejó caer en el sofá que le servía de cama desde que ella ocupaba la alcoba. Mariela permaneció sentada en la silla, junto a la mesa. Seguía con su sencillo vestido azul cielo, sin arreglos modernos y complicados que quitaran protagonismo a su propietaria.

—¿Mañana?

—Sí. Por la mañana nos reuniremos en la pastelería. Decidiremos el plan de acción. Por el momento, lo único que sé es que he de estar a las siete preparado en la darsena.

—¿Será peligroso?

Pablo se alegró de aquel chispazo de preocupación que lo alentaba en su pretensión. ¿Pretensión? ¿Qué pretensiones tenía sobre ella?

—Siempre hay peligro aunque, estando sobre aviso, es más fácil controlarlo —respondió levantándose—. Voy a quitarme todo esto. El pegamento, al final del día, me irrita la piel —se disculpó rascándose.

Sentado al tocador, la oyó trajinar en la cocina y realizar paseos al salón. Se miró al espejo y se buscó en él, al individuo que viajaba dentro de ese cuerpo, ese extraño ser que había aparecido de no sabía dónde y que manifestaba unas ideas diferentes sobre la vida, acompañadas de una nostalgia por los sentimientos amorosos que lo habían esquivado hasta el momento. ¿Estaba enamorado o deslumbrado?

Mariela, una mujer sofisticada, inteligente, culta, acostumbrada a que la sirvan; Mariela, una mujer que cocina, que vive un piso sencillo y con carencias, que trabaja al servicio de las clases más pudientes; y, en ambos papeles, se movía como un pez en el agua, con la cabeza alta, con honestidad, sin falsa humildad, porque era una mujer que resolvía las situaciones más adversas a su favor, pragmática. Y para él totalmente desconcertante. Fascinado, hechizado, así se sentía. ¿En qué se diferenciaba con el estado de enamorado?

Oyó la puerta de entrada. El Sardinilla significaba el cojín entre los dos. ¿Qué habría sucedido si hubieran convivido absolutamente solos? Meneó la cabeza: mejor no pensarlo. Ya se había acercado en dos ocasiones a ella. Abandonó su refugio y se dirigió al salón donde lo aguardaban conversando. Queso bien cortado entre tomate, queso fresco con confitura, jamón serrano, macedonia de frutas, vino... La mesa era el reflejo de una mujer que no había encontrado otra cosa en la que entretenerse y no había más porque no había podido salir de compras.

—Para el desayuno he preparado un bizcocho, así que no quiero que salgan corriendo sin tomarlo con el chocolate que les prepararé —decía al Sardinilla.

—Nos han descubierto, chico, —contribuyó Pablo a la escena familiar—. No sabemos cocinar. Si no fuera por la Trini, estaríamos famélicos.

Por la mañana se repitió la escena, aunque bajo los efluvios amargos del

chocolate caliente y el dulzor del bizcocho de frutas; bajo la cálida sonrisa de Mariela y el dulce hablar caribeño; bajo la suave tentación de la melena y los atractivos rasgos de la cubana; bajo el recuerdo de sus besos y la imagen de su cuerpo mojado de sal.

Pablo escapó de allí en cuanto le fue posible sin que pareciera una huida en toda regla, por lo que se encontró de nuevo en la librería haciendo tiempo hasta la hora de la cita en la pastelería.

—Conociendo el escenario, habrá que adelantarse a los acontecimientos —decía el teniente López, cuando Pablo llegó y tomó asiento junto al gobernador que escuchaba con interés—. Lo mejor es detenerlos en la isla. Si se encontraran en la lancha, podrían echarla a pique para que las evidencias se pierdan y, si esperamos a que se acerquen al vapor... no sé qué sucedería.

—Carrión podría subirse a él y, aunque esté en aguas territoriales, a ver quién es la autoridad que se enfrenta al capitán norteamericano —planteó el comisario.

—No, no hay que llegar a un conflicto internacional por unos contrabandistas y con el rey a punto de llegar a la ciudad —rechazó el gobernador—. La idea del teniente es la más acertada. ¿Qué más queremos si lo pillamos con las armas? A eso le añadimos los informes de nuestro agente durante su estancia en Inglaterra y ya está listo. Por mucho dinero que se gaste en abogados, no lo salva ni la caridad.

—¿Y qué nos cuenta el infiltrado? —El comisario se volvió hacia él.

—Que si los van a detener en la isla, tomen posiciones antes de las siete de la tarde. Es la hora a la que se nos ha citado en la dársena. Tampoco hay seguridad de que Carrión se persone. El hombre que trabaja en la barra ha ocupado el lugar del Botero en los negocios. Ignoro si tendrá la suficiente confianza como para fiarle el cobro de las armas.

—¡Tan cerca y tan lejos! —renegó el teniente.

—No se dé por vencido —regañó el comisario Rojas—. Nadie dijo que fuera a ser fácil. Si juega de forma más inteligente que nosotros, ¡qué se la va hacer! Yo creo que hemos trabajado bien. Le hemos dificultado el negocio todo lo que hemos podido. No pierdo la esperanza de que se arriesgue en persona. Me pongo en su lugar y... les diré cómo actuaría. —Todos prestaron atención al hombrecillo de una sola ceja—. No delegaría en nadie algo en que hay tanto dinero en juego, sino que acudiría en persona y cobraría. Pero —enfaticó la conjunción—, he sido una persona que me he cuidado mucho de que se conociera mi identidad. Remigio ha cantado y el Botero ha sido detenido,

pensaré. ¿Qué impide que tres pescadores y un marino no charlen por los codos? Son cuatro contra uno, ¿qué les impide que me arrojen a los peces y se queden con el dinero?

—¡Puf! Rojas, cómo conoce a los delincuentes —se admiró el teniente López.

—Por lo tanto, usted corre peligro —constató el gobernador preocupado por Pablo.

—Llevaré pistola —dijo Pablo—. Creo que, si lo van a detener en la isla, será diferente el resultado. El comisario se ha limitado a introducirse en la mente del criminal y en pensar como él. Esa mente desconoce que lo estamos forzando a tomar las resoluciones que nos convienen a nosotros y que escogemos el dónde y el cómo.

—Cierto —corroboró Rojas—. Es la razón por la que confío en que el propio Carrión acudirá a la entrega y después se librá de molestos testigos, por si acaso.

—Concretemos la actuación, señores —acució el gobernador.

Después de comer, Pablo regresó a casa para dormir hasta la hora de la cita. La noche se plantaba larga y necesitaría estar descansado. Sorprendió a Mariela que comía una lubina en la misma fuente en que la había horneado.

—Me alegro de que se alimente bien. ¿No habrá salido a la calle?

—Antón se acuerda de mí —replicó con ironía—. Me la trajo de la Pescadería.

—Yo también me acordé de usted —dijo Pablo y dejó un paquete sobre la mesa— y de su encierro. Si me lo permite, le pediré prestada la alcoba. Necesito descansar hasta las seis. En el caso de que me quede dormido, ¿me hará el favor de despertarme a esa hora?

Mariela asintió con la boca llena y la mirada sobre el paquete. Pablo se sonrió y se retiró a la alcoba, cerró las hojas de la puerta, se descalzó las alpargatas, se echó sobre la cama y se tapó con la bata que había sobre la silla. La almohada olía a ella y, entre la digestión y el calor de mediodía se adormeció con deseos insatisfechos e imágenes eróticas.

A las seis en punto los golpes en la puerta lo despertaron.

—¡Voy! —contestó en voz alta.

Se incorporó y reorganizó sus ideas. Salió, se dirigió a la cocina y se lavó la cara y las manos para terminar de espabilarse. Luego, entró en la habitación del tocador y rebuscó en los baúles hasta que dio con la pistola, perfectamente

engrasada y envuelta en una tela encerada que la preservaba de la humedad. Se agachó y sacó la munición.

—¿Será necesario? —indagó Mariela desde la puerta.

—Nunca se sabe. No creo que Carrión se rinda sin presentar batalla. No me parece esa clase de hombre.

—Me gustó su regalo. Gracias.

Pablo se irguió y se volvió hacia ella. Se compadeció al contemplarla con el mismo vestido. Debía de ser muy duro, para una mujer que se cambiaba un par de veces al día, permanecer con el mismo modelo. Su hermana Julia estaría histérica. Por el contrario, la cubana se mostraba paciente, una cualidad inesperada en una mujer tan activa.

—Si sale bien, mañana dormirá con su familia —atinó a decir y, nervioso, añadió—: He de darme prisa. ¿Se nota la pistola? Si fuera invierno, el chaquetón la ocultaría.

—No, la pernera del pantalón es bastante ancha —constató Mariela.

—Alguna ventaja había de tener la ropa marinera —aprobó Pablo.

Salió de la habitación y abrió la puerta, pero antes de salir al rellano se detuvo. Se giró y chocó con Mariela que iba detrás de él. La sostuvo por los brazos y, tras mirarla a los ojos, se inclinó y unió los labios a los suyos en un prolongado beso. Mariela, cogida por sorpresa y con los brazos sujetos, no reaccionó, o no quiso reaccionar. Eso sería algo que Pablo ignoraría hasta el regreso porque no dio ocasión a recibir una queja por parte de la dueña de la boca. Bajó los escalones, oscuros y estrechos, de dos en dos como alma que lleva el diablo, como un adolescente que acaba de hacer una trastada y huye del lugar de los hechos.

50

En la dársena, Elmo custodiaba la lancha preparada para salir. El sol había perdido fuerza, aunque el calor no se había atenuado. La lisa superficie del agua se rizaba en algunas zonas a causa de la suave brisa.

—Un buen día para remar —comentó a modo de saludo—. ¿Y los demás?

—Ahora vienen. Ya está todo cargado.

Pablo echó un vistazo sobre los pertrechos de pesca.

—¿Y esa lona?

—Cubre los cubos de cebo y las cajas de anzuelos. Son frecuentes los

accidentes. Así, tapados, nadie mete el pie donde no debe. Hace una hora que lo tenemos listo, por si acaso. En la isla lo descargamos y cargamos lo otro.

—¿El lugar de entrega?

—Ni idea. El Mario me parece un pardillo. No sé cómo terminará esto.

—¿Algún plan por si sale mal? —persistió Pablo en la indagación.

—El Tiña dice que, al menor problema, nos largamos.

La sonrisa, ante la ingenuidad de los pescadores, la contuvo a tiempo. El Tiña y el Marrajo se aproximaban sin prisa por el muelle. Un chiquillo se les cruzó y les entregó un papel. Los aspavientos del Tiña no se hicieron esperar y los juramentos llegaron hasta la lancha.

—¿Qué ocurre? —se interesó Pablo en cuanto llegaron.

—¡Retiña! El imbécil del Mario con notitas. ¡Como si supiéramos leer!

—Deme —exigió Pablo impaciente—. Que salgamos y que nos acerquemos al velero de casco azul que se encuentra amarrado a un muerto a nuestra izquierda.

—No sabremos leer, pero él no sabe lo que es babor —se desquitó Elmo.

Subieron a la lancha, colocaron los remos en las escalameras y bogaron hasta el velero indicado. Con cuidado de no golpearlo, abarloaron y emplearon un bichero para mantener la distancia. Dos figuras, vestidas de negro y con pasamontañas en la cabeza, surgieron de la bañera del velero y saltaron con destreza a la lancha.

Pablo, que estaba pendiente de cada detalle, se percató de las pistolas que llevaban en la pierna al estirarse las telas en pleno salto. El corazón le brincó con alegría cuando reconoció la corpulencia y la estatura de Carrión; el más alto era el abogado, sin duda. La presencia de ambos lo alertó sobre el fin que habían planeado para ellos: deshacerse de los testigos. Una vez más, Rojas merecía un premio por su conocimiento sobre el comportamiento de los criminales. Uno se sentó en la proa y el más alto junto al Tiña, que llevaba la caña. Ninguno hizo amago de ayudar con los remos. El silencio durante el trayecto reflejaba el ambiente de recelo que se había instalado en la bancada. Los dos sujetos enmascarados habían sobrepasado la imaginación de los pescadores.

Con la caída del sol, el calor remitía y la brisa aumentaba. En breve, se produciría el cambio de marea y comenzaría a subir. Pasaron al lado del vapor de la compañía Torres, que zarparía en unas horas con Roque en el puente. Las barcas con las que se cruzaban eran de recreo y regresaban a puerto después de un día de descanso. Los pescadores saldrían de madrugada. Izaron la vela y

llegaron hasta la isla Horadada donde, con un golpe de caña, el Tiña aproó hacia las Quebrantas. Elmo mareó la vela hasta que atrapó viento de nuevo y navegaron paralelos al arenal que quedaba a estribor, dejando la isla de Mouro a babor.

Hundieron la quilla en la cala con la luz del atardecer, saltaron al agua Elmo y el Marrajo y halaron de la lancha para que quedara bien varada. A Pablo no se le escapó que los dos encubiertos habían procurado no mojarse para que la pistola conservara un uso efectivo. Pablo simuló liarse al arriar la vela para permanecer más tiempo en el barco. Por primera vez habló uno de ellos, el más bajo: la voz de Carrión resultó perfectamente reconocible.

—Vosotros tres, arriba conmigo. El pelirrojo se queda con mi compañero despejando la lancha —ordenó a la vez que se quitaba el pasamontañas.

La expresión de sorpresa de los pescadores, cuando descubrieron que no era Mario, resultó divertida, si no fuera porque el gesto significaba la muerte de los testigos. El abogado imitó el ademán de Carrión y mostró su cara sudorosa bajo la lana.

—¡Sorpresa! —dijo chistoso—. No soy Mario.

Recuperados, los pescadores se miraban sin saber cómo proceder. Carrión tomó la iniciativa y arrancó hacia el sendero. Lo siguieron todavía desconcertados.

—¡Cuidado con el cebo! —advirtió Elmo antes irse—. Y no líe los anzuelos, que lo he visto poco hábil.

—Descuide —replicó Pablo.

Los vio ascender hacia la vereda que conducía al refugio del botín. Si esperaba alguna ayuda por parte de abogado, enseguida le quedó claro que no sería así. El hombre se encaminó a la única piedra que había en medio de la cala y, antes de que se sentara, lo llamó.

—¡Eh! Amarre este cabo alrededor de la piedra si no quiere quedarse sin lancha. La marea está subiendo —explicó ante la pasividad del abogado.

Debió de caer en la cuenta de lo que le decía y regresó por el cabo, lo ató de cualquier manera al peñasco y se sentó a vigilarlo desde allí. ¡Perfecto! Un hombre de tierra dentro, un marinero de agua dulce. Pablo calculó cuál sería su ángulo de visión en el caso de que hubiera un tiroteo y el babor de la lancha era el mejor parapeto frente al hombre de la piedra y a la senda. La búsqueda de refugio era lo primero que se aprendía, lo hacía casi inconscientemente. Levantó la lona que habían echado sobre los avíos de pesca y se quedó helado. Volvió la

vista hacia el abogado que en ese instante observaba el alto del sendero, y susurró:

—¿Se ha vuelto loco?

Ernesto lo apuntaba con el estilete que ocultaba en el bastón.

—Repte hasta el banco de proa. Lo cubriré con la lona que dejaré caer de cualquier manera.

Ernesto introdujo el estilete en la caña del bastón y obedeció. Mientras tanto, Pablo elevó la lona, a modo de cortina, y la sacudió ostensiblemente para desecharla sobre proa en cuanto el cubano se acomodó. Luego, subió las cajas de anzuelos y los cubos de cebo a los bancos y saltó a la arena por estribor. Le ocupó un par de viajes llevarlo todo hasta la pared de la cala para que no lo alcanzase la marea.

En lo alto del sendero aparecieron con las primeras cajas. Las dejaron sobre la arena seca lo más cerca de la lancha y subieron por más. Carrión le hizo una seña para que se uniera al grupo. Allá fue y se quedó el abogado solo en la cala. Ya de noche, encendieron algunos faroles por la vereda para no tropezar. En la cala, el abogado había encendido otro. Estaba claro que no les importaba llamar la atención. Para cuando alguien lo viera y diera la voz de alarma, ellos ya se habrían ido.

Hicieron un par de viajes y entonces el Tiña, cuidadoso con los asuntos del mar y con la lancha de la que dependía su existencia, requirió la atención.

—¡Eh! No os vayáis —gritó a sus compañeros que ya regresaban sobre sus pasos para subir de nuevo—. La lancha va a flotar si no la sacamos más. ¡Retiña! ¿Y ese amarre? ¿Quién lo ha hecho?

—¡Vamos! —ordenó Carrión, acercándose para evaluar la situación.

Pablo se alarmó ante el peligro. Se agachó para tener a mano la pistola y ofrecer menor blanco. Si el abogado no se había movido de la piedra, el cubano seguiría al resguardo bajo la lona. Carrión, más activo que su compañero al que le ganaba la pereza, se adelantó hacia la solitaria nave que comenzaba a balancearse peligrosamente para conseguir su liberación de la arena.

—Cargad lo que hay en la playa —ordenó Carrión— y la nave se hundirá por el peso. No conviene subirla más, no podríamos sacarla.

Se fue hacia su compañero y cruzaron algunas palabras desabridas a juzgar por los ademanes. Pablo se adelantó a subir en la lancha para estibar las cajas de los fusiles que le pasaran, antes de que cualquier otro pudiera descubrir a Ernesto. Cuando quedaron las cajas más ligeras, el abogado llamó a los tres pescadores y se fue arriba con ellos.

—Sólo queda la munición y la dinamita —informó Carrión junto a la proa. El comisario había llegado en la barca del Chepa. Habían descartado la lancha por ser demasiado pesada y larga para esconderla. La barca, aunque sin vela, era más manejable y avanzaba mucho más rápido con los tres pescadores al remo; al menos, dentro de la bahía. El Chepa había hablado de la forma de la isla, que se curvaba en la parte que era visible desde tierra. Un espigón natural de rocas se adentraba en el mar y ofrecía el escondite perfecto, aunque ellos tampoco veían la cala desde allí.

Llegaron de día para reconocer el terreno y buscar los lugares idóneos de observación. El teniente desembarcó con la tropa y la lancha se retiró, hasta nueva orden, a la playa de Latas, donde la camuflaron con redes. Se saludaron y, con ayuda del Chepa, recorrieron el sendero que los condujo al escondite, rodeado por un muro de piedra, tal y como lo había descrito Pedro Saro. Levantaron las lonas enceradas y contaron las cajas que habían quedado después del día de la galerna. La segunda lona protegía el contrabando habitual de coloniales. Inspeccionaron la zona a fin de escoger los puntos más adecuados para esconder a los hombres. La vegetación de la isla era tan tupida que resultaría fácil incluso ocultar un regimiento. Una vez decidida la estrategia sobre el terreno, regresaron a la cala a buscar a los hombres. Rojas se retiró con el Chepa para solucionar su propio problema.

—Vaya dilema —dijo contrariado el comisario—. Justamente la costa es pedregosa y no ofrece ninguna protección.

—Estará anocheciendo cuando lleguen —planteó el Chepa y escrutó la zona tras la cual se escondía la barca con el Bolo y el Niño—. El único refugio lo proporcionarán las mismas rocas. Sígame.

Rojas trepó por las lajas lisas detrás del marinero hasta el punto más alto. Anduvieron algunos metros hasta llegaron a un cortado de la cala.

—Desde aquí contempla tanto el sendero como la playa, aunque estará un poco lejos y no podrá intervenir porque no hay ningún sitio por el que descender —indicó el Chepa.

—Un mero observador —se resignó el comisario. Sacó el catalejo que

llevaba en el bolsillo.

—Eso no le servirá de nada. Será una noche sin luna —advirtió el marinero.

—¡Vaya desastre! —se lamentó Rojas impotente—. Ni mirar me dejan. ¿Y cómo hará el teniente?

El Chepa se encogió de hombros.

—Los he visto con faroles, pero no los pueden encender mientras se mantengan escondidos. El oído.

El marinero se retiró con sus compañeros y él se entretuvo con las órdenes que gritaba el teniente para designar los puestos y las funciones de cada uno de los hombres. Al cabo de un rato, el que estaba de guardia dio el aviso: una lancha se desplazaba paralela a la playa de las Quebrantas. Los hombres dejaron de hablar y corrieron a sus puestos, aunque aún quedaba un rato hasta que desembarcaran pero había luz suficiente como para detectar movimiento en la isla desde lejos. Debían ser cuidadosos para que la operación no se fuera al traste.

Los vio llegar y halar la lancha para vararla. A pesar de que la luz ya era mala, con el catalejo recorrió a los participantes. Se sonrió cuando reconoció no sólo a Carrión, sino también al maldito abogado. Hasta el cuello estaba metido y él se frotaba las manos ante el pensamiento de darle de su propia medicina. No le caían bien algunos abogados que se presentaban con el tono tan subido como el ego y menospreciaban su labor. Con un título en la mano, se creían más listos que nadie.

Presenció cómo se dividieron y se quedaba el pelirrojo descargando. Enfocó hacia los que subían por la senda y recorrió la superficie alta sin detectar la presencia de los carabineros. Volvió a la playa, donde el pelirrojo desembarcaba cubos y cestos ante la apática vigilancia del abogado. Cada vez, la penumbra era mayor y las figuras quedaban reducidas a sombras anónimas. Habían acordado dejar que bajaran el cargamento a la cala, así les ahorraban el trabajo. Encendieron algunos fanales, pero no le sirvieron de nada, pues se hallaban a ras de suelo para iluminarlo y evitar que tropezaran los pescadores. No obstante, habían facilitado, sin saberlo, la labor del teniente y de sus hombres ya que

señalaban el camino hasta el lugar del almacenamiento.

Todo sucedió muy rápido y envuelto en tinieblas.

—¡Alto! ¡En nombre de su majestad! ¡Entréguense! —La voz del teniente rasgó la tranquilidad de la noche como un cuchillo.

Las siluetas, lo más que llegaba a distinguir el comisario, se quedaron quietas un instante y, luego, las que estaban a punto de bajar a la playa soltaron el cargamento y echaron a correr hacia abajo; las que faenaban en la playa corrieron a la lancha: una de las siluetas, tras empujar la embarcación mar adentro, subió y la otra entró en el agua y consiguió auparse ayudado por el otro. ¿Quiénes escapaban? No aguardó más y bajó a reunirse con los marineros de la barca y perseguir a los fugitivos.

51

En cuanto se oyó la voz del carabinero dando el alto, a Pablo se le aceleró el corazón. Era el momento crítico en el que cada cual buscaba cómo eludir la ley y podía suceder cualquier cosa. Carrión estaba más cerca y era el más peligroso. Los pescadores arrojaron lo que llevaban entre manos y echaron a correr ladera abajo en busca de refugio o de llegar al agua para huir; por el contrario, el abogado lanzó gritos para detenerlos y disparó hacia atrás antes de descender a grandes trancos a la playa, en pos de los tres pescadores que le sacaban ventaja.

Carrión no aguardó a nadie y empujó la lancha con la fuerza de la desesperación. El cabo, mal atado a la piedra por el abogado, se desató en cuanto se tensó. Pablo espabiló para no quedarse atrás y, tras cambiar la pistola a la cintura, entró en el agua. Carrión sería consciente de que necesitaba un remero y no lo rechazaría. Una descarga cerrada de los carabineros salpicó en el agua y levantó alguna astilla de los bancos de la lancha. Pablo notó una quemazón en un brazo pero, sin luz, no se paró a averiguar el daño, que no debió de ser mucho ya que lo seguía moviendo. Carrión no se arredró, lo ayudó a subir y se acercó a proa para recoger el cabo mientras Pablo se hacía con los remos. Los carabineros seguían disparando: unas balas se perdieron en la oscuridad del mar; y otras, las que buscaban blanco sobre la playa, encendieron la pólvora y ésta prendió la dinamita.

La explosión fue tal que tanto Carrión como él se encogieron llenos de aprensión e incapacitados para reaccionar ante la sorpresa. El estallido iluminó, durante unos segundos, la escena dantesca que se había producido en la cala,

velada por la cortina de arena que levantó: gritos y cuerpos tirados sobre la arena en un intento de soslayar la lluvia de arena, astillas y fuego es lo que se ofreció a su vista y a sus oídos.

Pablo calculó que había demasiada distancia para que los alcanzara. Un grito de angustia y sorpresa de parte de Carrión le convenció de lo equivocado que estaba. Lo habían herido y se desplomaba sobre el banco de proa. Para salvar la propia vida, remó mar adentro, fuera del alcance de las balas y de las explosiones. Cuando la sombra de Ernesto se irguió con el estilete en la mano, cayó en la cuenta de que la herida de Carrión no estaba relacionada con lo que sucedía en la playa. A causa de la oscuridad, Pablo no consiguió apreciar la expresión del rostro del cubano, aunque distinguió cómo arrebatava el arma a Carrión.

—Bueno, Carrión, por fin saldamos cuentas —dijo Ernesto, quien se volvió a Pablo y le ordenó—: Siga remando si no quiere que le pegue un tiro y procure no retirar las manos de los remos para coger la pistola. Regresamos a la bahía. Me espera un vapor que no puedo perder.

Ernesto se sentó junto a Carrión, que gemía y se sujetaba el vientre con las dos manos. Entretanto no perdía de vista a Pablo, que remaba fuera del peligro de las balas de los carabineros.

—Una muerte lenta y dolorosa, como a usted le gusta —disfrutó el cubano con su triunfo.

—Es absurdo este crimen —objetó Pablo enfadado.

—Su remero es un agente del gobierno —explicó Ernesto a Carrión—. Viene pisándole los talones desde Inglaterra. Pero no iba a permitir que se escurriera entre los dedos de la ley por cualquier tontería legal, o por el dinero con el que sobornaría a quien fuera necesario. No, no, prefiero las cosas bien hechas. Bastante me ha fastidiado ya. ¿Qué dice? —Pablo observó cómo se inclinaba hacia Carrión—. ¡Bah! Carecen de importancia su opinión o sus amenazas. Está listo para irse al infierno.

Ernesto abandonó a Carrión a su suerte y cambió de posición, más cerca de Pablo.

—Escuche, no tengo ningún interés en hacerle daño. Mi hermana no me lo perdonaría. Sólo quiero embarcarme en el vapor *San Fernando* y me perderán de vista. Soy un hombre de palabra.

—Un asesino. ¿Qué le ha hecho para generar tanto odio?

La blancura de los dientes le indicó a Pablo que Ernesto sonreía.

—Es un chulo, maltrata a las prostitutas y se dedica a la compra venta de niñas. El problema es que ese trato lo extendía a todo el que conocía: compraba voluntades y se reía de ello. Lo conocí en la mesa de juego. Cuando un tahúr coincide con otro, el nuevo se aparta del camino del más veterano en el lugar. Es algo convenido, que se sabe. Pacto entre truhanes, si quiere llamarlo así. Pero él, no. Acostumbra a quedar por encima de quien sea, es soberbio. —Los gemidos de Carrión se intensificaron—. Sigue en el tapete, haciendo trampas porque la única persona que puede descubrirlo no lo hará; y, si esa persona intentase retirarse, lo acusaría de cobarde delante de todos, por lo que lo obliga a seguir hasta que entregue aquello que desea. Una noche me ganó el anillo y otra intentó quedarse con Mariela. Gracias al timorato de lord Pembroke, no se llevó a cabo tal apuesta. Al día siguiente, hicimos las maletas y salimos de Southampton para alejar a mi hermana de las manos de este sinvergüenza, con la mala suerte de que nos hemos vuelto a encontrar en el lugar más insospechado y con el agravante de que Mariela deseaba afincarse aquí. No me ha dejado opción. No podía dejarla sola en manos de esos dos rufianes: Carrión y el Botero. Tarde o temprano, la secuestrarían o la doblegarían de alguna forma. Lo demás ya lo sabe.

Ernesto se levantó, se agachó sobre Carrión y volvió a sentarse cerca de Pablo.

—Ha muerto. Demasiado rápido para una persona que ha provocado tanto dolor.

—Si quiere coger el vapor, ices la vela —apremió Pablo sin dejar de remar—. ¿Y su equipaje?

Ernesto dudó un instante, pero la barca que salió más allá de unas rocas que la ocultaban lo decidió. Dejó la pistola e izó la vela.

—Mi equipaje ya está embarcado.

—Entonces, esperarán al pasajero —alentó Pablo, aunque no estaba muy convencido.

Ernesto recuperó el estilete, lo limpió y lo metió en el bastón. Pablo notó el impulso de la vela, dejó los remos bien sujetos a los toletes para atender la vela y la caña.

—Atento a las escotas y a la vela. Haga lo que le diga. Creo que el vapor va a zarpar, ya echa humo. Es aquel que asoma al otro lado del puntal de arena.

—¡Maldita sea! He de subirme a él.

—Deme una razón.

Una risotada de Ernesto llenó la oscura noche.

—No disimule. Algo ha pasado entre usted y mi hermana. Si quiere ganársela, no será deteniéndome. Total, ¿por matar a un muerto? ¿Ha leído el Alcalde de Zalamea?

—¡Por favor! No se compare con la justicia. No está de su parte.

—Yo no quiero matarlo y a usted le conviene que me pierda en ese barco. Estamos en tablas. Cuente la historia que quiera a sus compañeros. Les sacamos ventaja, menos mal.

Pablo miró atrás. La pequeña barca del Chepa no podía rivalizar con la lancha a vela. Se aproximaban a la Canal.

—Encienda las luces de posición —ordenó a Ernesto.

Éste obedeció, seguro de la situación, sin recelo alguno, y eso a Pablo lo soliviantó. Se sentía impotente ante la verdad que el cubano había agitado como un pañuelo delante de su cara. Orzaba reconcomiéndose por dentro cuando la decisión estaba tomada de antemano. Se resistía, pero en vano. Si lo detenían, sería un escándalo para Mariela y su taller y, de rebote, para él, pues se cerraría la puerta del corazón de Mariela, que ya encontraba difícil mantener abierta.

Entraron en la canal y se dirigieron al vapor, iluminado como una verbena hasta que saliera del puerto.

—Todavía no han subido la escalera —se fijó Pablo en la banda de babor. La luz de las farolas del muelle incidía en ese lateral, robándolo a la penumbra. El ruido de las cadenas que izaban el ancla al rozar el escobén lo alertó sobre el inicio de la marcha del vapor.

—¿Será capaz de saltar a la escalera? —preguntó a Ernesto.

—En situaciones más difíciles me he visto. Cuide de mi hermana, ya sé que ella cree que no lo he hecho, pero es muy complicado llevar al lado a una mujer como ella. Le escribiré en cuanto me haya asentado en algún lugar. Todavía ignoro mi destino definitivo.

—¿Por qué me cuenta todo eso? Yo no tengo tanta confianza con ella —protestó Pablo mientras arriaba la vela para retomar los remos.

—¿Y por qué se aloja en su casa?

—No es mi casa. Es la única solución que encontramos.

—Oiga, mire, Mariela es muy fuerte y con ideas muy particulares sobre la propiedad. Se pondrá difícil, pero lo aprecia y lo respeta, la conozco mejor de lo que ella cree. Por cierto, dígame que siempre he sabido que guardaba las joyas de nuestra madre. Me pareció que estaban más seguras con ella y, si me sucedía lo peor, al menos tendría con qué hacer frente los primeros meses.

Pablo no tuvo ocasión de replicar ni de rechazar tales afirmaciones porque se habían aproximado al lateral de la nave, que empezaba a moverse. Con un salto y una agilidad prodigiosa, el cubano subió por la escalera metálica a la vez que era izada.

En la alta borda divisó a Roque, quien levantó la mano a modo de saludo. Lo había reconocido, de lo que Pablo dedujo que lo estaba esperando y zarpaba con retraso adrede. Saludó a su vez y se separó del casco, bogando hacia el muelle con la intención de aguardar al Chepa. ¿Qué diría al comisario? ¿Y al gobernador? La verdad: que por una mujer había dejado escapar al asesino de Carrión. La historia más vieja del mundo. ¿Y si el cubano le había mentado sobre los sentimientos de la hermana? Una hábil manipulación sobre la atracción que ejercía Mariela sobre los hombres. ¿Cuántas veces lo habría empleado? Y él había caído como un ingenuo.

Soltó una risotada en medio de la noche, con la oscura bahía de testigo de su locura. ¡Qué más daba si había tratado de manipularlo o no! Antes de eso, él ya había decidido salvarlo. Sus sentimientos eran sinceros, la duda sólo flotaba en torno a Mariela. Y sólo ella podía disiparla.

—¿Se trataba de una regata? —La voz del Chepa lo sacó de sus cavilaciones

—. ¡Cóncholes! ¡Qué manera de correr!

Llegaron a la altura de la lancha y el comisario se asomó con un farol en la mano e iluminó el fondo de la lancha.

—¡Qué sangría! —Movió el farol hacia la proa y descubrió el cadáver de Carrión—. ¿Quién realizó el trabajo?

—Ernesto Escalante a quien...

—¡Perfecto! —exclamó el comisario sin dejarlo proseguir—. El cerebro y los secuaces muertos, las armas en nuestro poder y el incordio del cubano fuera de escena.

—¿No va a detenerlo? —se extrañó Pablo.

—¿Para qué? Es cierto que se ha ensañado, pero ha hecho un favor al Gobierno. Ahora no habrá juicio ni dinero por medio, por lo que pasará desapercibido para la prensa. El abogado también está muerto. Lo abatieron los carabineros en respuesta a sus disparos. Y unos pescadores metidos a contrabando de coloniales, cuyos cadáveres hemos encontrado en la isla, no son de importancia nacional. ¿No está de acuerdo con la versión de los hechos? Respire, haga el favor. Es cuestión de política y al gobernador le encantará el resultado.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —resumió Pablo.

—Acerquémonos al muelle del martillo —propuso Rojas—. Habrá que dar aviso para que recojan el cadáver.

Abarloaron junto a la rampa y el Bolo se fue en busca de los celadores y de una camilla para trasladar el cuerpo al depósito del cuartel. Mientras tanto, el Chepa y el Niño cuidaban de que nadie se aproximara a la rampa, donde aguardaban el comisario y Pablo junto al muerto.

—Ahora que usted regresa a la vida civil —rompió el silencio el comisario Rojas—, me parece correcto revelarles que intuyo su verdadera personalidad. El que siga disfrazado y el acento cantarín santanderino son indicios inconfundibles.

—Cierto —admitió Pablo—. En mi casa creen que estoy estudiando en Inglaterra. He arreglado con mi amigo, el capitán Alvear, mi regreso para el sábado en el vapor.

—¿Y a quién tengo el honor de conocer?

—Pablo Torres, a su servicio.

—¿De la naviera Torres? —Pablo asintió y el comisario silbó—. ¡Vaya sorpresa!

—Resulta extraño sorprenderlo a usted, de lo que me felicito. Cuando nos encontremos en un acto público, comprenderá que me abstendré de saludarlo hasta que seamos presentados. ¿Se va a quedar en Santander o se irá a un destino más atractivo en cuanto descubra al asesino de su antecesor? Personalmente, lo echaré en falta.

—¿El gobernador no le ha contado mi historia?

—Igual que no le contó la mía. Es un hombre muy discreto.

—Provengo de una familia desestructurada. Mi madre se vio obligada a ejercer en la calle, de ahí mi admiración por la señorita Escalante y la defensa que hizo de su taller y de las mujeres que trabajan allí. Una gran mujer, sí señor. Gracias a mi cabeza y a la ayuda de personas humildes conseguí entrar en el cuerpo de celadores de Madrid. Sí, ya sé que mi físico no es el adecuado, pero sí lo era mi cabeza y el resolver un par de casos me facilitó el ascenso y el respeto de mis compañeros. Se convirtió en costumbre el acudir a mí cuando surgía algún crimen intrincado. Pero, cosas de la vida, lo que me alzó, me hundió con la misma fuerza. Me convertí en un problema para los delincuentes de alto nivel social. Sí, no me mire con esa cara, la nobleza también asesina, roba, prostituye. La diferencia es que ellos amasan dinero para eludir la ley. No lo ignoraba el cubano, ya que frecuentaba a esta clase de señores sobre el tapete de juego; de ahí mi simpatía, entre otras cosas.

—¿Ernesto simpático? —se extrañó Pablo, cada vez más asombrado por el relato de Rojas.

—El caso es que uno de esos bien nacidos me quitó de en medio y acabé en Lugo: murallas, lluvia, otra lengua, un pueblo. Creí morir de tedio hasta que me salvó don Miguel. Preguntó por alguien competente para resolver un caso lo más rápido posible y un alma caritativa le habló de mí. ¿No le llamó la atención la rapidez con la que me presenté? Tuve miedo de que mi impaciencia se notara.

—En absoluto. Lo achaqué a los buenos contactos del gobernador. Es un hombre muy bien relacionado.

—Es una capital de provincia, pero con mucho movimiento y puerto. Si no puedo regresar a Madrid, creo que me amoldaré bien aquí.

—Me alegro. El anterior comisario no era santo de mi devoción a pesar de que ignoraba su duplicidad; y después... ¡Qué le voy a contar! He aprendido a valorar a las personas con criterio recto y que emplean la cabeza para algo más que para lucir el sombrero.

—Seremos grandes amigos —vaticinó Rojas sonriendo.

—No lo dudo. Lamento dejarlo con el asunto del comisario sin resolver, pero estoy cansado de moverme por la ciudad evitando a mi familia.

—¿El asesinato del comisario? Me decepciona usted. Creí que ya había sumado dos más dos y por eso andaba cabizbajo.

—¿Conoce al asesino?

—Y usted también. Estuvo allí, le recuerdo.

—No lo vi.

—Yo tampoco —replicó enigmático Rojas. Al ver que Pablo no reaccionaba, prosiguió—: Se trata de un simple ejercicio de deducción. Usted me dio las claves. ¿Qué vio?

—No creo capaz al Remi.

—No se precipite. Recuerde la escena.

—Veamos, el Remi baja con una cesta, saca una bolsa con monedas, asoma la mano del comisario y escucho su voz. El Remi se retira y yo comienzo a alejarme cuando suena el disparo, me doy la vuelta a tiempo de distinguir una figura, ¿alta, delgada?, vestida de oscuro. Regreso sobre mis pasos y llego al coche. Le han disparado a bocajarro y tiene la caja de caudales a los pies. Reparo en el bulto de la chaqueta y saco el sobre con los billetes y me hago con la bolsa que entregó el Remi unos minutos antes.

—¿Y bien? —inquirió el comisario.

—Los billetes de la naviera. No, imposible. Si hubiera sido Escalante, no se habría dejado los billetes. Ya lo había pensado.

—Escalante es un tahúr, un prestidigitador con las cartas, un ladrón audaz que se introduce en casa de los conocidos para robarlos en plena fiesta. Es inteligente, sólo que, en este caso, le falló algo. Me puse en su lugar. El comisario le hace chantaje. ¿Con qué? ¿Cómo se entera de que él es el ladrón? Robustiano Cobo no era muy inteligente, la delincuencia conocía su duplicidad y alguien se aprovechó de ello. Esa persona le proporcionó los recortes de periódico londinenses que hablaban de extraños robos, porque quería que Escalante cayera bajo la presión de Cobo. Por cierto, ¿el comisario hablaba el inglés? ¿Cómo se enteró de lo que decían los recortes?

—Carrión. Sólo Carrión estaba en esa posición de ventaja. El comisario hacía chantaje al Botero, que era el títere de Carrión; además, conocía a Ernesto y no ignoraba su oficio, así que, cuando se enteró del robo de la *Pacific*, pues don Martín no debió de ser muy discreto, ató cabos. Pero sigo sin comprender por

qué no recuperó los billetes.

—Imagino que Escalante también pensó en Carrión, pues tenía catalogados al comisario y al Botero y no eran rivales para él. En cuanto se supo descubierto, sintió la necesidad de dejar pistas falsas. Escalante vio la libreta negra en la que el tonto del comisario anotaba las entregas de soborno. ¿A quién se le ocurre chantajear y tomar nota de ello? Si hubiera llegado a un tribunal, el juez le habría dado las gracias por facilitar la labor. Eso nos habla de la seguridad e impunidad en la que se movía Cobo. El cubano retocó la entrega del Botero, que era la que efectuó Remi en su nombre, con la mala suerte, de que había un testigo, usted, y de que el comisario guardaba las razones por las que le hacía chantaje en el cuartel. Cobo era metódico, ordenado, por eso lo apuntaba todo, y en el despacho no había nada fuera de su sitio. Maniático es una palabra que lo define bien. Cuando ocupé la casa, era evidente que había sido registrada.

—Lo de retocar la libreta está traído por los pelos. No le pudo dar tiempo — objetó Pablo.

—Remi acababa de hacer la entrega. ¿Cuándo fue el disparo? Cuando bajó la guardia para apuntar en la libreta. Tenía en las manos la pluma y la libreta. Examinamos el cuerpo y había tinta en los dedos. Disparó, cogió la pluma y la libreta antes de que cayeran, retocó la cifra y la tiró antes de salir. Usted no la vio porque estaba oscuro y había caído al suelo del coche. Si hubiera encontrado la libreta en ese instante, se habría dado cuenta de que la tinta estaba reciente. De hecho, como no había secado, se emborronó.

—También podía ser porque estaba escribiendo en el momento del disparo.

—Sí, resulta confusa toda la línea. ¡Qué conveniente! No podemos comparar la escritura.

Pablo guardó silencio. Reflexionaba y no le gustaba el derrotero de los pensamientos.

—Si es como usted dice, Ernesto es un asesino con todas las letras. La muerte de Carrión es pasional; mientras que la del comisario es fría.

—¿Sabe? Cuando conocí a los hermanos Escalante contemplé dos jóvenes perfectos: guapos, elegantes, educados, cultos, parecidos en la forma de moverse, de hablar, de gesticular. Si se fija, hasta ahora, sólo he mencionado el envoltorio, porque ahí terminan las semejanzas. Por dentro, en cuanto los conoces, son como el agua y el aceite. ¿Por qué no deja de martirizarse? ¿Por qué no le da una oportunidad a esa increíble mujer? El hermano ha desaparecido, perderá la vida en cualquier puerto, en cualquier mesa, en

cualquier rincón. La sociedad santanderina ha estado tan ocupada en preparar la llegada del rey, que no ha prestado atención a un joven que ha pasado un par de meses en la ciudad y que, como llegó, se fue. A ella no se la ha visto en ningún baile o paseo junto a su hermano. Eso es importante porque las imágenes quedan en la retina y, en este caso, nadie los asocia visualmente, de manera que, si alguien lo recordara, quedaría la duda de si realmente eran hermanos. Esa mujer brillará por sí sola.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me ofende. ¿Necesita otro análisis con evidencias? Los enamorados son los primeros cegatos de la historia.

—No estoy muy seguro del suelo que piso. Mis rivales son un taller y la palabra independencia.

—Confío en usted, es un hombre de recursos —palmeó Rojas la espalda de Pablo para darle ánimos—. Ya vienen. La próxima vez nos trataremos como desconocidos.

52

Mariela se despertó con la primera luz del amanecer. Se había quedado traspuesta, sentada en el sofá en el que él dormía, aguardándolo para conocer los pormenores de la celada y, secretamente, ansiosa porque todo concluyera favorablemente y no resultara herido.

Y eso fue lo primero que vio en cuanto abrió el ojo: una cabellera roja que reposaba sobre una almohada frente a ella. Había llegado y la había encontrado ocupando su sitio. Se había acomodado al otro lado del sofá y andaba perdido en el paraíso de los sueños. Olía a salitre, a sudor, a algo más dulce que no identificaba. Sin moverse, lo contempló largamente: ojeras, ropa barata de marino, sucia y rasgada, con manchones oscuros. Ahogó un grito cuando descubrió en el brazo un corte oscuro y encostrado por la sangre reseca. Ése era el olor dulce: sangre en la ropa, en el esparto de las alpargatas. Se serenó cuando dedujo que no era suya, más bien parecía que había chapoteado en un charco del rojo líquido. Apartó la truculenta idea de la mente y volvió la vista hacia arriba. La peluca revuelta y torcida le arrancó una sonrisa. ¡Vaya imagen de adefesio que presentaba el hombre! Si no lo hubiera visto sin el disfraz, nunca hubiera adivinado lo que se escondía detrás de esa barba tan horrible.

¿Qué le había dicho Ernesto? ¡Qué más daba lo que dijera! No era para ella.

Huía precisamente de una vida de aventura y peligro, de viajar sin casa ni ataduras. ¿Qué podía esperar de un hombre como aquél? La misma vida que compartió con su hermano: uno, del lado de la delincuencia; y el otro, del lado de la ley. Pero, al fin y al cabo, la misma vida que detestaba. Aquello era un adiós y, en cuanto se incorporase al taller y la nueva colección ocupara su mente y sus horas, lo olvidaría. Una anécdota más en su vida, otra muesa que llevaría en el alma.

Se levantó sigilosamente y recordó que sólo llevaba el vestido sobre la camisa. Para estar más cómoda había retirado el polisón y el corsé. Se encaminó al retrete y, cuando terminó, vertió el agua que quedaba de la jarra de latón en la taza sanitaria y salió con ella en la mano para rellenarla. Pablo ocupaba el pasillo.

—Yo lo haré —dijo y se la quitó de las manos—. ¿Cómo andamos de agua?

—Escasos, pero puede bañarse.

—¿Tan mal huelo?

—¿Le parece que me río? ¿Qué sucedió?

—No se preocupe —suspiró—. A pesar de todo, su hermano zarpó hacia Plymouth ileso.

—¿Ernesto? —se extrañó Mariela—. ¿Qué tiene que ver él en esto?

—El irresponsable de su hermano se metió de polizón en la lancha. Casi manda al cuerno la operación. ¡Menos mal que fui yo quien lo descubrió! Y no contento con eso, liquidó a Carrión de una forma poco caballerosa. Le ahorraré los detalles, si me lo permite.

—¡Oh! Ahora lo perseguirán por asesino.

La palidez y la alarma de Mariela, lo obligaron a rectificar.

—No. Hasta en eso ha tenido estrella. Parece ser que a nadie le interesaba Carrión con vida. Un juicio hubiera supuesto publicidad y, de esta manera, asunto concluido. Si se hubiera quedado, igual hasta le habrían puesto una medalla en el pecho.

—No apruebo lo que ha hecho mi hermano y usted no acepta la decisión de sus superiores. —Mariela se encaminó a la cocina para calentar agua para el baño. Pablo la siguió.

—Cuesta admitir la forma tan curiosa de actuar que tiene la justicia: conveniente para todos. A lo mejor también estoy asustado de mi propio cinismo. Yo mismo acerqué a su hermano al vapor que zarpaba y le facilité la fuga.

Mariela no dijo nada, dejó la olla sobre el fogón de hierro y se volvió con la

pregunta colgada en la mirada.

—No sé por qué lo hice —contestó desabrido—. Dejo aquí la jarra para cuando llegue la aguadora. Voy a buscar ropa limpia.

No estaba de buen humor. A juzgar por sus palabras, todo había salido bien, pero algo lo reconcomía, y ese algo era Ernesto. No le caía bien, coligió Mariela, y no lo culpaba. ¿Cómo podría hacerlo si ella misma lo censuraba? Pero ella era su hermana, por eso sintió alivio cuando el capitán le contó que había embarcado ileso. Entonces, ¿por qué lo había ayudado él? Contestarse esa pregunta, representaba la admisión de unos sentimientos que deseaba ignorar con todas sus fuerzas.

—Aparte de Carrión, ¿hubo más muertos? —inquirió cuando él volvió a entrar en la cocina con la ropa limpia en la mano.

—Su abogado y tres pescadores, creo. No lo sé; me enteraré hoy.

Mariela salió de la cocina para dejarle intimidado. Ordenó la sala rumiando los sucesos que le había narrado. Asomó al pasillo a tiempo de sorprender al capitán, envuelto en un lienzo, que entraba en la habitación de las caracterizaciones.

—¿Quiere que le cure la herida?

—No es necesario, gracias. —Se volvió hacia ella mostrando el corte—. Es sólo un rasguño. Con mantenerlo limpio es suficiente. Ya no hay peligro, puede regresar a su casa y reanudar el trabajo en el taller.

Estaban muy cerca y el olor a jabón impregnaba el pasillo a la vez que los ojos de plata la escudriñaban a la espera de lo que no terminaba de llegar. Ella misma aguardaba, inconscientemente, ese algo.

—Entonces, ¿por qué va a ponerse esos horribles pelos rojos?

—El disfraz es otra historia —eludió sin retirarse—. No la encuentro muy alegre de haber recobrado su libertad.

—¿Cómo no voy a estarlo? —aseguró azorada—. ¿Volveré a verlo antes de que se marche?

—Esté segura de que sí. La cuestión es si usted querrá volver a verme.

—Las despedidas son muy tristes.

—¿Las despedidas? ¡Oh! Sí, muy tristes. —El capitán esbozó una enigmática sonrisa que dejó a Mariela desconcertada—. Aunque, a decir verdad, estoy deseando despedirme del capitán Saro y recobrar mi personalidad. En cuanto a esto, deberé pedirle un favor: cuando nos encontremos, por enfadada que esté, recuerde que mi familia ignora que trabajo para el gobierno, no me descubra.

—¡Qué tontería! ¿Por qué iba a des...

Llegó. Con la fuerza del deseo, los labios masculinos se unieron a los carnosos de Mariela que se abrieron a las nuevas sensaciones y a la invasión tan ansiada. No encontró valor ni recato para rechazarlo; lejos de eso, se apretó al cuerpo desnudo y musculoso del agente con el que había soñado y añorado en las noches más febriles. Hacía tiempo que las llenaba de imágenes inciertas que tomaron forma a partir de la experiencia en la isla. Desconocía que el deseo llegara a ser tan poderoso y tan fuerte, tan imposible de evitar. Gimió cuando sintió que su boca resbalaba por el cuello hacia abajo. Las manos, ansiosas de lo prohibido, acariciaron despacio la piel suave, tersa y cálida del cuerpo masculino. Sintió las de él que se deslizaban, intrépidas, por debajo de la holgada tela del vestido sin el armazón del corsé. Se estremeció cuando entraron en contacto con los senos que se irguieron orgullosos. Las piernas le fallaron y se agarró al torso desnudo. La lengua, persistente en el recorrido por el cuello, le arrancó la rendición. Jadeaba perdida en las sensaciones que la ahogaban. No hizo falta que lo empujara con empeño para que se apartara. Los dos se miraron jadeantes, con la pasión a flor de piel y el deseo enturbiando la mirada, como dos reos enfrentados al destino ineludible.

—¿Por qué me rechazas una y otra vez si es evidente que sientes lo mismo que yo? Durante estos días has ido tomando posesión de mi ser y ahora no concibo la vida sin ti —la tuteó.

—No puedo negarlo, pero desconozco tu identidad para embarcarme en una aventura. Me ha costado mucho independizarme de los hombres y no deseo que ninguno ordene mi vida a su conveniencia.

—No puedo cambiar las circunstancias en las que nos hemos encontrado y, si estuviera en mi mano hacerlo, no lo consentiría, pues gracias a ellas te he conocido. Lo único falso es el disfraz y el nombre; en lo demás no hay doblez, sino sinceridad. Tú no lo aceptas, estás en tu derecho, pero no te permito que me tildes de mentiroso. Estoy seguro de que habrás escuchado muchos halagos con el único fin de seducirte, habrán intentado jugar con tus sentimientos para conseguir lo que pretendían. Yo nunca entraré en ello, te respeto lo suficiente como para ofenderte con semejante comportamiento. No esperes de mí flores, suspiros o palabras vanas. Mi pretensión y mis sentimientos son honestos. No te voy a preguntar nada, porque no ignoro la respuesta. Creo que ya me he expuesto lo suficiente como para, además, arriesgarme a un rechazo. Lo único que te pido es que dejes atrás los prejuicios que no conducen a nada.

—Una tregua. Me parece lo más civilizado —replicó Mariela con el pecho alterado por el impacto de sus palabras.

—Una tregua suena a guerra y yo no estoy en guerra, sino enamorado — Apoyó su frente en la de Mariela y los alientos se entremezclaron, íntimos y llenos de lujuria.

—Tu discurso destila cinismo. Dices que no intentarás seducirme y luego me confiesas tu amor. ¿En qué quedamos?

—¿De verdad esperas una respuesta sincera? —Echó hacia atrás la cabeza rompiendo el contacto.

Mariela lo miró unos segundos a los ojos, mantuvo el reto que había en ellos y en esa boca sesgada hacia arriba, burlona.

—No. No la deseo.

—Me vuelves a sorprender. La cobardía no figuraba en tu lista de atributos.

—Para que comprendas lo ciego que puede ser el amor: ¿Qué sucede cuando la venda cae? He conocido mujeres atrapadas en matrimonios fallidos o no deseados. Los hombres buscan una amante y tiran adelante; por el contrario, las mujeres envejecen envueltas en el olvido y con el tedio por sudario. Da igual que sean ricas o pobres: las ricas no pueden disponer de sus riquezas sin permiso de sus maridos, y las pobres ¿adónde van a ir si no se las permite trabajar? ¿Y los hijos? Ni siquiera se nos reconoce como madres, la tutoría corresponde a los hombres.

—¿No exageras? ¿No encuentras nada positivo en el matrimonio? Reconozco que la maldad existe, pero no todos los hombres somos monstruos ni nos mueven razones retorcidas. A mi madre no la recuerdo llorando y a mi padre no lo imagino maltratándola.

—Ha tenido suerte. Mi madre no la tuvo y yo he sufrido los excesos de mi padre y de la mala cabeza de mi hermano. ¿Cómo puedo confiar en los hombres cuando los de mi propia familia me han fallado?

—¿Estás segura de ello? Ernesto no es santo de mi devoción, pero la razón por la que dejó Inglaterra de forma tan abrupta fuiste tú; y la razón por la que no salió corriendo de Santander cuando pudo fuiste tú.

—Te contradices, por lo que has contado a Ernesto lo mueven oscuras razones, todas relacionadas con sus tendencias delictivas.

—Excepto las últimas. Compruebo que no se ha sincerado antes de marcharse.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay algo más que no sepa?

—En lo referente a ti: todo. —Apoyó una mano en la pared, junto a la cabeza de Mariela—. Carrión se dedicaba a la prostitución y trata de mujeres, además del contrabando de cualquier mercancía que originara dinero, como el opio. Ignoro a quién conoció primero, si a Ernesto, en la mesa de juego, o a ti, en algún salón. El caso es que descubrió a Ernesto como tahúr y autor de los robos en las casas de las personas adineradas que frecuentaban. Eso le sirvió para extorsionarlo con el fin de conseguirte. Tu hermano no había sido descubierto por las autoridades, salió huyendo para ponerte a salvo y lejos del alcance de Carrión, con la mala suerte de que en una pequeña ciudad como Santander, ¡quién lo iba a imaginar!, se encontraron de nuevo. En esta ocasión con el agravante de que habías abierto un taller de costura con el deseo de afincarte. Yo mismo escuché al Botero decir que, en cuanto terminara el asunto de las armas, se ocuparía de ti y de Águeda. Evidentemente, el Botero no sabría qué hacer con una mujer de tu capacidad y rango; en cambio, Carrión, sí. Ernesto podría haber salido huyendo de nuevo, pero tú te quedabas. En conciencia, no podía dejar libre el camino a los lobos: dos asesinatos ha perpetrado tu hermano para que vivieras tu vida con dignidad.

Mariela lo miró pálida, aguardando una explicación ante tamaña acusación. Al ver que callaba, explotó:

—¿Me responsabilizas de la locura de mi hermano? Fue él quien vendió la hacienda y el ingenio, quien me arrastró por las ciudades y quien se dedicó a robar y a exponerse.

—En absoluto. No has comprendido nada. Ernesto no se desentendió de ti en ningún momento. A su manera, torpe y rufianesca, te defendió, intentó mantenerte lejos de su mundo. El problema consistió en que Carrión se encaprichó de tu belleza.

—Sólo tengo noticia del asesinato de Carrión. ¿Qué otro se le achaca?

—El anterior comisario.

—¡¿Qué?! —exclamó horrorizada.

—Le hacía chantaje, aunque ésa no fue la causa: quien movía los hilos era Carrión y tu hermano se enteró. El comisario Rojas lo descubrió pero, como les resultó muy conveniente la limpieza que hizo Ernesto por ellos, lo dejaron marchar impune.

—¡Qué barbaridad! —Mariela no salía de su asombro—. ¿Y pretendes que corresponda a tus sentimientos después de conocer la sangre que corre por mis venas? Debes de estar loco.

—Te lo he contado porque no me parece bien que crucifiques a Ernesto de esa forma tan despiadada; no para ganar tu afecto.

—Pierde cuidado, más bien has logrado el efecto contrario.

—No me rendiré tan fácilmente. ¿Cuál es el obstáculo? ¿Tu independencia económica?

—Ése es uno; el otro, mi deseo de echar raíces en un sitio. Estoy cansada de vivir como una nómada. Me gusta viajar y conocer lugares nuevos, pero deseo una casa a la que regresar, un lugar al que pertenecer, un sitio donde se me respete y valore por lo que soy. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Pablo.

Oyeron una llave en la puerta de la entrada y se separaron. Pablo se sentó ante el espejo y Mariela no se movió de su sitio junto a la pared, temerosa de que las piernas no la sostuvieran. Apareció el Sardinilla en el marco de la puerta.

Repuesta de la discusión, Mariela recogió sus escasas pertenencias con el corazón en un puño. Se habían sincerado ambos y no habían llegado a ninguna conclusión. ¿Estaba en su mano cambiar el rumbo de los acontecimientos? Se encontraba al borde de un acantilado y le exigían que se tirara por él a ciegas. Le dolía, pero no era capaz de despeñarse por amor. ¿Tan egoísta se había vuelto? ¿Y él? ¿Qué se jugaba Pablo? Pablo. Todavía no asociaba el nombre a la persona del capitán.

—Me voy. He quedado para rematar la operación. —Pablo, disfrazado como Pedro Saro, la contemplaba desde la puerta del salón—. Este fin de semana nos veremos de nuevo, bajo mi verdadera personalidad, y solventaremos esas diferencias irreconciliables. Porque me quieres, ¿verdad, Mariela?

Asintió con la cabeza, renuente a decirlo en voz alta, como si fuera un sacrilegio a las convicciones que venía defendiendo hasta ese día. Sin embargo, ya de nada valían los subterfugios. Él había hablado claro y se merecía la misma consideración. Esbozó una sonrisa bajo la barba pelirroja y salió del piso y de su vida como Pedro Saro. ¿Quién la buscaría durante el fin de semana? Un tal Pablo.

Se despidió del chico y se dirigió a casa de sus tíos.

53

Pablo, deseoso de concluir con su doble vida, llegó a la pastelería. Miguel Aguayo, el gobernador, escanciaba champagne en las copas que había sobre la

mesa.

—Acérquese, vamos a brindar por el éxito. Ha sido una larga y angustiosa investigación, nadie mejor que usted para saberlo. Me encargaré personalmente de que su trabajo sea reconocido. Una lástima que abandone el servicio, lo echaré de menos.

—Gracias. Efectivamente, es un día de celebración —secundó Pablo.

—¿Quién lo diría? Trae cara de funeral —constató con una sonrisa el teniente.

—A nuestro joven infiltrado le pesa en la conciencia la libertad del cubano —desveló el comisario.

—¡Ah! No se preocupe por eso. El cubano no entraba dentro de la operación —explicó el gobernador—. El que asesinara al cabecilla por venganza nos ha venido de perlas y, a cambio, hemos devuelto lo robado a la naviera. Del mal, el menor: hemos dejado suelto a un ladrón y hemos acabado con Carrión, quien nos traía de cabeza desde hace unos años y ha causado mucho daño, tanto a las navieras como al Estado, por no hablar del emporio de prostitución y trata de mujeres.

—En cuanto al comisario Robustiano Cobo, tranquilice su conciencia, querido amigo —añadió el comisario Rojas—. Al finalizar el verano, saldrán en la prensa todas las actividades ilícitas y abusivas que llevaba a cabo. Con todo lo que he encontrado en su piso y en el cuartel presentaré ante el juez un resumen. Nadie lo echará de menos.

Alzaron las copas, brindaron y bebieron. Tras charlar sobre algunos detalles, la reunión se disolvió. El gobernador, más rejuvenecido sin el peso del contrabando, tenía prisa para dedicarse de lleno a los actos sociales que rodearían la llegada del rey.

A él también le quedaban cosas que hacer: dejar vacío el piso alquilado antes de llegar a Santander de forma oficial y realizar una visita al primo de Roque, don Aurelio Alvear, abogado y tutor de Mariela, como había sabido por el propio Roque, informado a su vez por su hermana Carmina. Santander era un pueblo.

Pablo salió con el Chepa, el Bolo y el Niño a pescar en medio de la bahía con todo el equipaje a bordo. En realidad, aguardaban el vapor de Roque que llegaba con retraso, era casi la hora del almuerzo. Asomó por detrás de la isla de Mouro y redujo la marcha para entrar en la canal mientras ellos se hacían con los remos.

En cuanto vieron que largaban el ancla con el estrépito habitual causado por el roce de la cadena, se aproximaron a la escalera de estribor. El plan consistía en simular la llegada de Pablo, como si hubiera descendido del vapor y el Chepa, en su servicio de transporte de la naviera, lo acercaba al muelle. Para mayor verismo, un oficial bajó a entregarle el correo de Inglaterra para que lo llevara en persona a su padre. Mientras subían a la barca otros pasajeros, ojeó el correo. Una carta dirigida a Mariela Escalante captó su interés. De Ernesto, dedujo, la escribiría durante la travesía.

Pablo estaba contento de recuperar su verdadera personalidad y de poder abrazar a su madre y compartir las fiestas con sus hermanas y amigos, a pesar del negro nubarrón que se cernía sobre los sentimientos: don Avelino, el primo abogado de Roque, no se lo había puesto fácil.

En el espolón del Martillo aguardaban un par de carretas con la esperanza de que las alquilaran. Una la contrató un viajero con abundante equipaje y la otra, Pablo. Los demás pasajeros viajaban ligeros o los habían ido a buscar. Avanzó por el muelle, adelantándose al carro, hasta el despacho de la naviera, situado en los bajos de la casa. Fue Josefo, el guarda del almacén, quien lo reconoció y avisó de su llegada. Cuando llegó al portal, su padre salía en ese momento y se encontró perdido en un abrazo. El alboroto de la escalera le confirmó que la noticia ya había llegado a la casa y bajaban precipitadamente para recibirlo. Carmina fue la primera en llegar y arrojarse a sus brazos, Julia estuvo más comedida, aunque sus ojos acuosos contradecían el barniz de educación. Pablo la estrechó como si de una chiquilla se tratase y, finalmente, su madre, más torpe, llegó la última.

—¡Ay, cariño! Ya no se respetan las jerarquías. No por llegar la última, te quiero menos.

—¡Qué cosas dice, madre! —sonrió Pablo—. Para usted el abrazo más largo, con beso incluido.

—¡Ja! ¿Eso es lo que has aprendido allí, truhán? —bromeó feliz don Manuel—. Cómo seducir a las mujeres, Manual de Instrucciones.

—¡Quién lo diría! ¿Usted celoso, padre? —siguió Pablo socarrón.

Subieron a la casa, mientras Delfín, el escribiente, se hacía cargo del equipaje y pagaba el servicio de carreta. Durante la comida y la sobremesa, Pablo no dejó de hablar y de comentar sus experiencias sobre la vida en Inglaterra y solventaba las difíciles cuestiones de las féminas sobre moda, costumbres y chismorreos sustanciosos. Cuando agotaron la conversación, decidieron retirarse a descansar

un poco y prepararse para salir a última hora. Pablo aprovechó para sincerarse con su padre.

—Bajemos al despacho. Estaremos más tranquilos —sugirió don Manuel.

Allí, al resguardo de los anaqueles llenos de legajos, avisos y relaciones de cargamentos y destinos, desgranó la vida oculta, que había llevado al servicio del gobierno, a su progenitor. Terminó y el silencio se adueñó del despacho hasta que don Manuel recuperó la capacidad de hablar.

—Te miro y no te conozco —acertó a decir—. Envié a un imberbe rebelde y ha regresado un hombre. Lamento haberme perdido ese año de maduración. ¿Qué quieres que te diga? Son hechos consumados. Si me lo hubieras planteado hace un año, me habría horrorizado e, incluso, te habría juzgado como la cabeza loca que eras, y te habría desheredado, que no te quepa duda. No voy a andar con paños calientes. Es la verdad.

»Sin embargo, con el resultado ante mí, no puedo dejar de sentirme orgulloso por la parte que has tenido en ello. Te ha beneficiado en tu desarrollo como hombre y, en el campo económico, en la estrecha relación de trabajo con el gobierno. Te felicito, hijo, y te deseo toda la suerte del mundo con esa mujer. Tu madre se llevará un disgusto, pues había puesto los ojos en la hija de Carrión; pero, por lo que he oído decir en el Círculo de Recreo, saldrás ganando con la de Escalante.

—A madre y mis hermanas, ni palabra.

—Por descontado. La he mencionado por el problema que se me viene encima. ¿Cómo apeamos del burro a doña Emilia? ¿Y cómo introducimos a la cubana como la nueva candidata, que además trabaja y proviene de familia humilde?

—Nos dividimos el trabajo. Usted la apea del burro con el asunto de la de Carrión y yo me encargo de la cubana, ¿qué le parece?

—Es lo justo, al fin y al cabo, se trata de tus asuntos.

—Otra cosa más. Le ruego que deje a Carmina que se matricule en la Escuela de Comercio.

—¿Cómo una cualquiera? —objetó su padre—. ¿Qué aire os ha dado? He trabajado para que no tengáis que buscaros la vida.

—No lo convierta en una cuestión social ni de dinero. Carmina es una chica inteligente, con inquietudes y, si a mí me sucediera algo, alguien de la familia estaría al tanto de lo que se cuece en el despacho. Lo considerará inaceptable, pero, en Inglaterra y en Francia, he conocido mujeres con una gran capacidad

que trabajan, codo con codo, con la familia en los negocios.

—Ya. Para muestra un botón: Mariela Escalante. Ya veo adónde quieres llegar. Seremos la comidilla de la ciudad.

—No le importó cuando se comprometió con nuestra madre.

—¡Hum! Asistía a misa y guardaba muy bien las formas.

—Ya —imitó Pablo a su padre—. Y la fortuna del abuelo, adquirida con la patente de corso, no influyó para acallar a la ciudad.

—El cinismo no sienta bien a nadie, hijo. Nunca me he erigido en guardián de las buenas formas, para eso está doña Emilia, y no por falsedad, sino por obligación, para atemperar los rumores sobre la vida del padre. Ella conoce, mejor que nadie, la maldad y el veneno que llevan las palabras. Lo hace para protegeros, porque no os desea lo que ella ha sufrido.

—Nunca los hemos cuestionado, pero deben hacerse a la idea de que somos mayores y conscientes de que la vida es como una rosa: bella y con espinas.

—Cuando seas padre, te recordaré estas palabras —amenazó don Manuel sonriente.

—Ya veremos si llega. Primero he de convencerla de que su sitio está a mi lado.

—Con ese planteamiento, por lo que me has contado, saldrá corriendo. Considera hacerte poeta. Igual con sonetos derribas sus reticencias.

Rieron juntos, unidos por la sangre, por el futuro familiar, por la comprensión. Pablo había regresado y su padre lo miraba con otros ojos. Las broncas, se habían convertido en charlas; las imposiciones, en sugerencias. Lo único inmutable era el cariño.

Pablo se acercó a la barbería para cortarse el pelo y rasurarse. Era un lujo que lo afeitaran y no hacerlo uno mismo. Luego, se entretuvo en escoger un traje de lino beige, una camisa blanca, para variar de la azulona, y un sombrero panamá. Se miró en el espejo y casi no se reconoció. Durante dos meses bajo un infernal disfraz, por fin, volvía a ser él. ¿Cómo lo encontraría Mariela? Mejor no pensarlo. La idea del reencuentro generaba una ansiedad que lo desestabilizaba, se sentía torpe, distraído, agobiado. Conocía la respuesta, pero el ser humano es inconsecuente hasta extremos insospechados, como mantener la loca esperanza de que pudiera no suceder como preveía.

A esas horas sólo la tía se hallaba en casa.

—¡Hija mía! ¡Qué alegría! ¡Qué bien te han sentado las aguas del balneario! —exclamó doña Pura antes de que ella abriera la boca. Con un meneo de cabeza le indicó la buena señora la presencia de la criada.

—Ignoro si han sido las aguas o el cambiar de aires y olvidar el trabajo —siguió la parodia—. ¿Ana? Estará ya en el taller.

—Ni se te ocurra salir corriendo hacia allá. ¡Sara! Prepare un baño para la señorita. Tiene que quitarse el polvo del camino.

Mariela agradeció el tacto de su tía. No era el polvo exactamente, pero sí el encierro de tres días. Con la excusa del baño, en voz baja le relató lo que había sucedido durante esos días. Su tía le reveló lo angustiados que habían estado por su seguridad y, en cuanto al papel que había representado Ernesto en todo el drama, como mujer práctica que era, propuso olvidarlo. Le pidió que no contara nada a sus hijas, cuanto menos supieran de su primo, mejor. Y, al parecer, no iban a llegar a conocerlo, ya que no podría regresar a España en el resto de su vida.

—Estas cosas se propagan como un incendio —dijo—. Está claro que las autoridades no van a abrir el pico por la parte que les toca. Así que nos conviene olvidarnos incluso de que tienes un hermano. ¡Ay, hija! Ya perdonarás que te diga mi opinión tan crudamente.

—No se preocupe, tía, comprendo su inquietud y me parece lo más inteligente. No deseo que mi vida se vea afectada, más de lo que ya está, por esa mala cabeza.

Comió con doña Pura y, por la tarde, con las revistas en la mano, se acercó al taller, incapaz de resistir por más tiempo la incertidumbre de cómo iba el negocio. En cuanto apareció por la puerta, la saludaron sonrientes.

—Se halla muy mejorada —observó Águeda con educación.

Mariela no lo puso en duda, lo único que había hecho era dormir, comer y leer.

—Os agradezco la bienvenida. Ahora volved al trabajo. Ana, a ver esas telas de invierno. ¿Sube Águeda? Usted también debe opinar sobre los nuevos diseños para el frío. ¿Queda algún pedido por entregar?

La tarde pasó volando, algo que echaba en falta durante sus horas de encierro en las que los minutos carecían de prisa.

El viernes se realizaron algunas entregas que no eran de importancia, aunque

se mostró la misma profesionalidad con el coche de reparto. Avelino llegaba vestido de punta en blanco, pues se había percatado de la importancia de las casas a las que acudía y de cómo se volvían a contemplar su paso en cuanto divisaban el emblema del taller. Erguido, desde el pescante, los miraba orgulloso de su lustroso coche, que había sido elegido por tan prestigiosa empresa.

Por Águeda se enteró de que el Sardinilla había vuelto sin trabajo.

—¿Cómo es eso? —se interesó con un nudo en el estómago.

—El hombre que lo había contratado como sirviente ha abandonado la ciudad de forma definitiva, así que ha regresado con el Chepa, aunque sólo por este verano. El chico ingresa en la escuela. ¿Sabe lo que me ha dicho que quiere ser? Carabinero o comisario. ¡Fíjese! Y mañana me dirá que capitán de barco. Estos chicos... —meneó la cabeza— no saben lo que dicen.

—Se lo puede permitir. No necesita que el chico trabaje y, si realmente se aplica, es bueno que consiga formación.

Mariela contestaba por costumbre porque en su cabeza sólo había una idea: se había ido. ¿Y si no volvía? ¿Y si no cumplía su palabra? ¿Cuántas veces había prometido una cosa Ernesto y la había incumplido? Para ella, los hombres eran inconstantes. No le había beneficiado en nada la convivencia tan estrecha durante los tres días. Ahora sería más doloroso olvidarlo.

—Que conste que me agrada la idea, pero lo encuentro muy chico para que una idea así arraigue durante mucho tiempo.

—Aproveche mientras le dure el entusiasmo. Lo principal es que no esté en la calle.

Por la tarde, la noticia del día fue la llegada de la vajilla real a la casa de la Aduana.

—Han trasladado las oficinas de la Aduana a la calle de la Blanca —informó Ana excitada.

—En la fonda, comentaba la viuda de Redón que estaban reparando la carretera a la Virgen del Mar por si a Su Majestad le apetecía acercarse por allí —dijo Manuela a las contertulias durante la costura—. Cuando estuvo en marzo, creo que el camino estaba intransitable.

—Mañana hemos quedado con las de Torres para asistir al alumbrado de la Alameda de Oviedo. Comienzan las fiestas —susurró Ana a Mariela.

—¡Señoritas! —llamó la atención de las costureras—. Mañana empiezan las fiestas y, para unirnos a la celebración, el taller cerrará a las seis de la tarde.

La alegría y los agradecidos aplausos resonaron en la casa. Las

conversaciones se avivaron llenas de planes para las horas libres: unas hablaban de cómo vestirse; a otras les preocupaba el peinado. Mariela se sonrió al comprobar lo poco que hacía falta para hacer feliz a la gente. ¿Y ella? Decidió coger el toro por los cuernos, no era una persona que ignorara los problemas.

—Ana, he de salir. Si no he regresado a la hora del cierre, nos vemos en casa. —Su prima la miró interrogativa—. Tengo una conversación pendiente con el comisario —susurró. Y más alto—: Hasta luego.

Mariela marchó con paso decidido hacia el cuartel de San Francisco. Bajó por la Cuesta del Hospital, cruzó Becedo y se internó en Isabel II, que desembocaba en la calle del Cubo. Respiró hondo antes de entrar en el cuartel y preguntar por el comisario. Los celadores se mostraron muy corteses y serviciales, a pesar de que la repasaron de arriba abajo con descaro. El que fue en busca del comisario regresó y, con un gesto, la invitó a seguirlo.

—Buenos días, señorita Escalante. Tome asiento, por favor —cumplimentó Rojas desde su puesto detrás del escritorio—. Puede retirarse, Pérez.

—Buenos días. Agradecida —respondió Mariela para dar lugar a que el tal Pérez cerrase la puerta antes de comenzar a hablar—. Tengo entendido que la operación terminó de forma satisfactoria para las autoridades.

—Y también para usted, espero —añadió cortés Rojas.

—Quedo en deuda por su discreción. Es otro asunto más turbio el que me trae aquí. El agente que me acogió en su casa me explicó la participación de mi hermano; es más, considero que no me deja bien parada.

—Señorita, en ningún momento he relacionado la actividad de su hermano con su persona. Creo que, aparte de la consanguinidad, no comparten nada más. ¿Qué desea saber?

—El agente no estaba muy satisfecho de que se hubiera ido de rositas y no deseaba que pensarán que a mí me trae sin cuidado.

—El agente es muy joven e idealista. No lo critico, pero aquí primaron otros asuntos como la eficacia, la discreción, la devolución del dinero de la *Pacific* y que la ciudad quedara libre de amenazas. A su hermano le dejamos claro que no puede poner un pie en suelo español, pues sería encarcelado inmediatamente. Y en el futuro, por lo que a mí respecta, usted carece de hermano.

—¿Sabe adónde lo han destinado? Por curiosidad —se precipitó a aclarar.

El comisario no varió la expresión cuando le contestó:

—A ningún sitio. Se ha retirado y ha vuelto a la vida civil. Si ya ha calmado

su inquietud, le deseo suerte con el taller.

—Es usted muy perspicaz. Comprenda que no podía dejarlo estar sin dar la cara, aunque repruebe las acciones de Ernesto, me siento responsable en parte. Gracias y... ¿Me permitiría ofrecerle un terno veraniego para los actos que tendrán lugar por la visita real?

—¿Está sobornando a un comisario? —Sin embargo, el brillo de los ojos negros desdecía la seriedad de tal pregunta.

—Patético soborno aquél que llega tarde —replicó Mariela con una sonrisa—. Por favor, acéptelo como agradecimiento. ¡Ah! Otra cuestión: quiero cerrar el túnel, también con la mayor discreción. ¿Qué me aconseja?

—Le enviaré los hombres adecuados. Evidentemente, querrá que la obra se realice por la noche. ¿Vio el esqueleto?

—¿Qué esqueleto? —se alarmó Mariela.

—En el túnel había un esqueleto que mandé analizar a un médico y ha resultado ser de una mujer. Creemos a pie juntillas que se trata de la hermana desaparecida de doña Virtudes. A juzgar por su boca abierta, el agente no le ha contado nada.

—Pues no. ¿La suicida era hermana de doña Virtudes? Ana me dijo que estuvo en el taller y que le contó la historia. —De pronto cayó en la cuenta—. ¡Ay, Dios mío! ¡El fantasma! ¿Emparedada viva?

—Se lo cuento porque será el crimen por el cual comparecerá el Botero ante el juez. Seguramente salga algo en la prensa, aunque procuraremos que lo menos posible, que quede sepultado bajo las noticias reales.

—¡Pobre mujer! Y yo mirándola mal porque creía que era ella la que entraba por las noches a fisgar el taller.

—El agente se lo ocultó con la mejor intención; sin embargo, con doña Virtudes por vecina, tarde o temprano, se iba a enterar y quería advertirla de que, atendiendo su deseo de discreción, no le hemos revelado el lugar en el que hallamos los restos. La teoría es que la asesinaron y la lanzaron al agua con una piedra y, con el tiempo, quedó sepultada por los limos de la bahía. Ahora, con las obras, han sido descubiertos los restos.

—Dudo de que suene más piadoso. De nuevo estoy en deuda con usted. Lo espero mañana por la mañana para tomarle medidas. No desoiga mi ruego. ¿Le han dicho que es encantador?

—Además de soborno, falsos halagos. ¿Cómo voy a resistirme? Allí estaré —sonrió el comisario y se levantó para acompañarla a la puerta.

El sábado por la mañana Mariela se acercó a casa de la viuda de Velarde para presentar sus condolencias a doña Virtudes, junto con media docena de finos pañuelos de batista francesa para aligerar la conciencia por los malos pensamientos que había acumulado sobre la pobre mujer.

—Muchas gracias, es muy amable. En cuanto termine los trámites, regresaré a Carrión de los Condes. No quiero seguir aquí con los recuerdos ni deseo presenciar el juicio. Conseguí justicia y levantar el estigma de suicida que pesaba sobre mi hermana. La señora ya ha encontrado sustituta, así que tendrán nueva vecina.

Se despidieron con un abrazo y regresó al taller, en donde encontró al comisario bromeando, como si fuera un jovencito, con las costureras que le tomaban las medidas y que le seguían el juego. Andaban un poco ingobernables ante la perspectiva de terminar antes ese día y del domingo libre.

—Me han comentado que su hijo se ha quedado sin trabajo.

El comisario se dirigió a Águeda, quien se sonrojó al ser centro de atención, cuando las clientes evitaban tratar con ella.

—Sí, aunque en invierno asistirá a la escuela.

—Muy loable. Sin embargo, el verano es largo y con mucho trabajo en el cuartel. Me vendría bien un chiquillo que me hiciera los recados, llevara mensajes y asuntos por el estilo. Si usted accede, claro está.

—Sí, sí, tiene mi permiso —asintió contenta Águeda.

—Perfecto. Le asignaré una paga. No será mucho, pero lo suficiente para que suponga un aliciente. Buenos días tengan, ramilletes de rosas —piropeó el comisario a las mujeres al salir.

Las muchachas recogieron el taller con una colaboración inusual entre ellas. Mariela se sonrió, contagiada por la alegría que se respiraba. Todo quedó limpio y en orden para comenzar el lunes. Ana cerró el portón con aire de triunfo:

—¡Vamos allá! A ponernos guapas. Hemos quedado a las ocho en la pastelería de La Ribera. Iremos andando porque aquello estará imposible. Llevaremos custodia, nos acompañarán los chicos.

—¿Vendrán Remedios y Rosa?

—Sólo Remedios, no sé qué le pasaba a Rosa.

En casa provocaron el caos entre lavados, peinados y vestidos. La tía y Marimar las ayudaron en lo que pudieron. Ellas saldrían un poco más tarde con el tío del brazo para disfrutar de los fuegos artificiales.

—He visto a los Gigantes y Enanos. Toda la mañana han estado recorriendo

las calles de la ciudad con la banda de música detrás —contaba Marimar emocionada.

Diez minutos antes de la ocho, salían de casa con sus galas de paseo: Mariela con un precioso vestido de seda en color oro viejo y Ana con un organdí de lino rosa palo. En ambos, la manga llegaba hasta más abajo del codo y cubría el antebrazo con largos encajes blancos de Alençon. Mariela se había permitido la frivolidad de un ramillete de flores silvestres frescas, que había adquirido de camino a casa, junto al escote cuadrado. Sobre el recogido de tirabuzones se colocaron unos pequeños sombreros adornados con plumas, flores y lazos.

Llegaron a la pastelería y las hermanas Torres ya habían ocupado una mesa con un par de infusiones.

—Traemos un notición —soltó Carmina impaciente mientras se sentaban con ellas—. Mi hermano Pablo ha llegado de Inglaterra. Ha sido una sorpresa porque no lo esperábamos. Ha venido en el vapor del capitán Alvear, a quien no le perdonaré que no nos haya avisado.

—No seas exagerada, hermanita —regañó sin fuerza Julia—. El pobre Roque sigue a Pablo en todas sus travesuras. No es nada nuevo. ¿Y desde cuándo es el capitán Alvear? Lo conocemos desde niñas.

—Es que ya no somos unas niñas —replicó Carmina seria.

Julia echó una larga mirada a su hermana y Mariela se apresuró a intervenir para desviar la atención.

—¿Y cómo están aquí en lugar de celebrarlo en familia?

—Hemos contraído compromisos y no íbamos a perdernos la diversión —explicó Julia—. En breve se lo presentaremos. Viene con sus amigos.

—Es guapísimo —informó Carmina.

—Perdónenla. Pasión de hermana. Es una suerte que lo disimule tan bien. — La sorna de Julia les hizo reír.

Así las encontró Remedios, quien entró para avisarlas.

—Ya me diréis de qué os reís. Habéis empezado la fiesta sin mí. ¡Vamos! Están fuera esperándoos. ¡Qué guapo está Pablo! Le han sentado bien los aires ingleses.

Mariela las siguió afuera, contagiada por la alegría de las hermanas. Una punzada de tristeza quiso hacerse con su ánimo por el recuerdo que le trajo el nombre, pero respiró hondo y no lo permitió. La calle estaba atestada de gente que circulaba en una sola dirección: hacia la Alameda de Oviedo, dispuesta a presenciar el encendido de la calle y a contemplar los fuegos artificiales.

Los chicos aguardaban en grupo, elegantes con sus ternos de lino crema, beige o tabaco. Ventura lucía un innovador sombrero borsalino, muy acorde con su figura de dandy, que captó la atención de Mariela y no se fijó en nada más.

—Mariela, le presento a mi hermano, Pablo —dijo Carmina.

Mariela se volvió con la sonrisa en los labios, dispuesta a mostrarse especialmente agradable con el adorado hermano de las Torres. Y esa sonrisa se le acartonó ante la mirada gris del agente del gobierno, quien la contemplaba expectante bajo un sombrero panamá, muy diferente de la gorra de capitán.

55

Acostumbrado a fingir, el agente del gobierno mantuvo el tipo y realizó un besamanos perfecto, a pesar del frío que le transmitieron los dedos apenas rozados.

—Es un placer volver a encontrarla en tan grata compañía —dijo. Él jugaba con ventaja, mientras que a Mariela, totalmente desprevenida, le costó recuperarse.

—Encantada... de verlo de nuevo —tartamudeó desorientada, pues había entendido que no debería reconocerlo.

—¿Os conocíais? —inquirió Carmina asombrada.

—En Southampton —replicó Pablo sonriente—. Así que, si me permites, hermanita, debemos ponernos al corriente de nuestras vidas durante estos meses de separación.

—Será mejor que emprendamos camino. Aquello debe de estar imposible —acució Roque.

Arrancaron hacia la calle Burgos y formaron parejas para no ocupar toda la acera. Mariela intentó escapar, pero Pedro o Pablo o quién fuera, con suavidad y firmeza, la retuvo de un brazo. Su amigo Alvear, atento a la jugada, arrastró a Carmina para dejarlos solos. ¿Quiénes estaban en el secreto?

—Comprendo su sorpresa. —retomó el tratamiento de cortesía.

—¿Por qué no me lo dijo? —Su voz sonó rabiosa, mortificada.

—Si llevo un disfraz es para ocultar mi identidad, no para desvelarla —explicó Pablo pacientemente—. Tenga, venía en el correo del vapor en el que supuestamente he llegado de Inglaterra. —Sacó la carta del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó. Mariela la guardó en el ridículo—. Le recuerdo que mis hermanas ignoran mi dedicación. Confío en su discreción.

—Y yo en la suya. En ese campo, estamos empatados: a ambos nos conviene guardar silencio y actuar como si nunca hubiera sucedido.

Era un *ultimátum*, un distanciamiento en toda regla.

—Cuando se le pase la furia que fluye por su cuerpo y desborda por la mirada, es mi deseo paliar ese punto: sí ha sucedido algo entre nosotros.

Mariela estaba atónita. Lo tenía delante y no se lo creía. ¡El agente del gobierno era el hermano de sus amigas! ¡Quién lo iba a imaginar! Su mente comenzó a hilvanar algunas frases y apreciaciones del pasado para desembocar en aquella realidad ineludible: él siempre supo quién era y la relación que había establecido con sus hermanas y no dijo nada. ¿Cómo había sido capaz? La razón le repetía que era un agente, que era cuestión de trabajo; pero su temperamento borraba cualquier atisbo de razonamiento e imponía el ofuscado orgullo herido.

Llegaron a la alameda y se hicieron un hueco dentro de la corriente que subía hacia Cuatro Caminos. Admiraron el montaje de luces de gas y de puestos de venta a ambos lados en los que ofrecían ristras de churros, colinetas de buñuelos o barquillos. Julia y Remedios, que iban en cabeza, fueron lo suficientemente avisadas para conseguir una mesa que dejaban libre unos señores, mientras los chicos se lanzaban a la búsqueda desenfrenada de sillas para todos. En tan exiguo espacio, se apretujaron y encargaron sorbetes, churros y buñuelos.

Mariela, en su afán de evitar sentarse al lado de Pablo, terminó peor de lo que había supuesto: sentada enfrente. Cada vez que elevaba la vista, lo encontraba pendiente de ella, lo que resultó bastante molesto y enturbió la velada. Al menos, se había sentado al lado de Ventura que no callaba y acaparaba la atención con su amena charla sobre la moda de viajar por el extranjero, como parte de la formación de los jóvenes.

—Atención, por favor, —requirió Alberto en un momento dado—. Mañana por la mañana son los juegos en la bahía. El muelle estará atestado, así que hemos pensado en invitarlas a presenciarlos desde el balandro de Pablo y escaparnos a comer al arenal del Puntal.

Todos aplaudieron entusiasmados la idea. Mariela iba a excusarse para no continuar con la tirantez a causa de la presencia de Pablo, cuando Ana se le adelantó y ya no pudo desdecirla.

—¡Fantástico! Nos quitaremos las telarañas del taller.

Sonrió y apechugó lo mejor que pudo con la situación. Con los dientes apretados miró al frente y el de Torres, lejos de esbozar una sonrisa de triunfo,

la evaluaba pensativo, así que retomó la conversación sobre viajes con Ventura, que derivaba hacia la arqueología y los fascinantes descubrimientos sobre culturas milenarias.

Tras los fuegos artificiales, emprendieron el regreso a casa, empujados por el flujo de vecinos que tomaban la misma dirección. Roque se emparejó con Pablo, así que Carmina se pegó a Mariela.

—Para su halago y tranquilidad, le diré que el taller ha sido un éxito. No se habla de otra cosa en las reuniones de señoras. La eficiencia y la puntualidad en la entrega, así como la confección y su exquisito gusto en la elección de las telas, han sido de lo más comentado y alabado. ¿Es cierto que van a preparar una colección de invierno para el final de verano?

—Sí. Nos interesa conseguir clientes fuera de Santander, antes de que abandonen la ciudad. El taller no puede funcionar sólo en verano. Ya hemos recibido las telas, incluso pieles —dejó caer hábilmente— para rematar los vestidos. En esta ocasión, las clientes que nos han realizado encargos tendrán preferencia en la invitación para conocer la colección. En París, los grandes *ateliers* muestran esa deferencia como premio a la fidelidad.

Estaba segura de que la señora de Torres, doña Emilia, lo transmitiría a sus amistades y, si era cierto que estaban en el candelero en las reuniones de señoras, se propagaría como el fuego la noticia.

—Es usted muy lista. Le confesaré que estoy aprendiendo mucho y que no dejaré de observarla —se sinceró Carmina.

—Se la ve feliz. Admira a su hermano, ¿no es cierto? —«¿Por qué he cambiado de tema?», se preguntó soliviantada consigo misma. Estaba claro que Pablo Torres llenaba su cabeza por más que deseara ignorarlo.

—¡Ay! Sí. Y ahora más que nunca. ¿Sabe que le ha arrancado a mi padre el permiso para matricularme en septiembre en la Escuela de Comercio? No sé cómo lo ha logrado, pero a las pocas horas de llegar —chasqueó los dedos—, ya había solventado mi enfrentamiento con nuestro padre a mi favor.

—Es el favorito, el heredero —resumió Mariela.

—¡Oh! No siempre ha sido tan fácil. Mi padre se enfadaba frecuentemente con él y discutían mucho. Pero el año que ha estado fuera ha cambiado, a juicio de mi padre, quien no deja de repetir que se fue un tarambana y ha regresado un hombre. Creo que intenta endulzarle la entrada en la empresa, que le dice a todo que sí, para que no salga de nuevo corriendo.

—Bueno, por lo que cuenta, lo importante de ese tira y afloja entre su padre y su hermano es que usted ha salido beneficiada.

—Pues, sí, no voy a negarlo. Lo que me ha sorprendido es que ustedes ya se conocieran de antemano. ¡Qué feliz coincidencia!

56

A la mañana siguiente Pablo madrugó para preparar el balandro. Sus amigos lo habían cuidado en su ausencia, pero, en cuanto a asuntos de la mar, era un perfeccionista. Las mujeres se encargaban de la intendencia; ellos, de la logística y el transporte. Roque y Ventura lo esperaban sentados en el pretil, a Alberto siempre se le pegaban las sábanas. Vestían pantalones anchos y camisa, el traje estaba descartado en un barco. Ordenaron los cabos y las drizas, guardaron las artes de pesca para que no estorbaran, limpiaron la bañera y sacaron de la cabina mullidos cojines para las señoritas.

Las muchachas fueron puntuales. Con los cestos del brazo y parlotando como cotorras desatadas, se aproximaban por el muelle. Pablo se fijó en Mariela, que vestía la sencilla muselina de algodón que llevó durante el encierro. Abrió y cerró las manos que todavía recordaban el tacto cálido y blando de los pechos, mientras que la boca lamentaba no haberlos probado. Ventura las ayudó a embarcar y las asignó un asiento para que no estorbasen la maniobra con la vela o fueran golpeadas por la botavara. Roque se ocupó de acomodar las cestas en la cabina y Alberto, por tardón, soltó las amarras y se encargó de separar el barco con el bichero. Decidieron no presenciar los juegos que tendrían lugar en el muelle y seguir hasta el puntal arenoso. El trayecto les permitió disfrutar de la visión de la ciudad desde el mar.

En cuanto tocaron fondo, Roque y Alberto se quedaron en bañador y se

tiraron al agua para halar el balandro y meter la proa en la arena. Ventura, para asegurar, echó el ancla mientras Pablo se encargaba de dejar bien amarrada la vela.

—Bueno, señoritas —dijo Pablo—. Nosotros cogemos las cestas, lo que deseen desembarcar y conquistamos la playa. Les dejamos el feudo del balandro a su disposición para que puedan cambiarse en la cabina.

—La cuerda, Pablo —recordó Julia.

—Maroma, cabo, driza, cualquier nombre antes que cuerda, marinero de agua dulce —reprendió Pablo a su hermana. Anudó un cabo a un flotador y lo echó por la popa, donde había más calado. Después, se cercioró de que la escalera estaba bien fijada.

Sacaron lo necesario para establecer el campamento en la playa y las dejaron a su aire. Entre Roque y Pablo fijaron cuatro restos de palos de vela en la arena y Ventura y Alberto extendieron una vieja vela, cuyos puños o ángulos ajustaron a los palos. Bajo la sombra, dejaron las cestas y las mantas para más adelante.

—Las chicas nos llevan ventaja —anunció Alberto—. Ya se están metiendo en el agua.

—De eso nada —objetó Roque sudoroso—. Nosotros hemos organizado el tinglado para después.

—Seguid discutiendo —dijo Ventura desnudándose.

Entraron en el agua un poco alejados de ellas para no contravenir las reglas

del decoro, pero lo suficientemente cerca como para oírse.

Las chicas chapotearon entre risas y Pablo observó cómo la cubana enseñaba a Carmina a nadar con el estilo tan peculiar. Aunque ya la había visto en paños menores, no dejaba de recrearse la vista en la perfecta silueta que ofrecía el traje de baño tan moderno. Cuanto más necesitaba evitarlo, más caía bajo el embrujo de la mujer. Porque era una mujer, hecha y derecha, con una meta y unas ideas demasiado claras, ahí estribaba el problema y también era el origen de su encanto.

Se quitaron los trajes mojados y los colgaron en un improvisado tendal. Se vistieron las muselinas de algodón, telas ligeras y bien ventiladas, sin necesidad del apretado y asfixiante corsé, para estar en la playa y comer a gusto. Descalzas y sin medias, se levantaron las faldas para no mojarlas al descender del balandro.

—¡Mira a éstos! No quitan ojo a nuestros esfuerzos por mantener la dignidad con las faldas bajo el sobaco —se quejó Remedios.

—Déjalos, pobrecitos, no ven unas piernas como las nuestras todos los días —presumió Carmina—. Que tomen nota.

—¡Carmina! Qué indecorosa eres siempre —reprendió Julia.

—¡Qué más da, Julia! No se aflija —intervino Mariela—. Le gusta escandalizar cuando está en confianza. A mí también.

—¿Ves, Julia? Te agobias por nada. —Carmina la miró con gesto cariñoso—. A ellas no les importa.

Los chicos ya se habían cambiado bajo un amplio saco de tela y extendían las mantas sobre la arena cuando ellas se acercaron. También descalzos, en mangas de camisa y sin sombrero, con los cabellos mojados, fueron sentándose en un frente y dejaron el otro para ellas.

La comida transcurrió tranquila, con ratos de silencio mientras masticaban y observaban la bahía bajo los rayos del sol. Con la marea alta no se apreciaban los arenales y sólo se distinguían los botes de pesca diseminados. Se respiraba paz, como si el mundo se hubiera detenido. El graznido de las gaviotas era el ancla, la realidad que evitaba que Mariela volara a otra esfera idealizada. A veces, se sentía como si no perteneciera a la tierra, se preguntaba de dónde había surgido su cuerpo, sentía su alrededor como algo irreal. Suspiró y dio otro mordisco al bocadillo que había preparado su tía. La vida era bella, llena de misteriosos instantes, de incógnitas que exigían ser resueltas, de pequeños futuros por venir, por sorprender. ¿Cuál sería el suyo?

—Y, con el postre —anunció Pablo—, un licor.

Sacó un pequeño maletín de oscura madera lacada que puso frente a él. Lo abrió y descubrió cuatro licoreras de cristal tallado acompañadas de doce copitas a juego. El maletín estaba tapizado por dentro con terciopelo de color vino burdeos.

—Vino de Málaga para las damiselas y whisky escocés para los caballeros.

Entre el ejercicio del baño, la comida y la copita, unido al calor de la tarde, la

conversación fue decayendo y, poco a poco, fueron tomando posiciones para echar la siesta. Mariela comenzaba a entrar en el mundo de los sueños cuando alguien tropezó con su pie. Se incorporó adormilada para averiguar lo que sucedía y se encontró con la mano tendida de Pablo Torres, quien le indicaba silencio con la mano libre. Tardó en reaccionar y la mano tendida realizó un gesto impaciente que la conminaba a aceptarla. Estiró la suya y, en cuanto se unió a la de Pablo, notó la fuerza con la que la izaba del suelo. Le señaló la sombrilla y tomó la delantera con una manta, que había quedado relegada, en la mano.

Mariela se preguntó por qué lo obedecía como una corderita. Los hombres siempre imponían su voluntad, como si ellas no tuvieran otra opción que seguirlos. Con la mirada, ya despierta, fija en la espalda del hombre, le vinieron recuerdos de esos músculos desnudos y del pecho cálido sobre el que había dormido mecida por los latidos de un corazón vigoroso. Y de las manos acariciando los pechos. Resopló para alejar unos recuerdos que no le hacían ningún bien.

—¿Cansada? —malinterpretó Pablo el resoplido—. No es una duna muy alta. Al otro lado está el mar abierto. Cambia el paisaje por completo.

Llegaron a lo alto y se detuvo para abarcar el panorama que se extendía a sus pies. El mar ya no era una balsa de aceite, se encabritaba y rompía en olas en la orilla. Al frente, se encontraba la península de la Magdalena y la isla de Mouro

con su faro; a la derecha, confundida con la cercana tierra, la isla de Santa Marina, con un montón de confusos recuerdos mezclados de miedo, frío, calidez, confianza, cansancio y ansias de vivir. No habían transcurrido ni ocho días completos y le parecía tan lejano...

—¿Vamos? —invitó Pablo—. Nos sentaremos en el borde de la arena mojada, es la zona más fresca. Aquí sopla la brisa, no como en el otro lado.

Lo siguió una vez más en silencio. Pablo extendió la manta y la ayudó a sentarse para hacerlo él a su lado.

—Mañana he concertado una cita con tu abogado —dijo a bocajarro regresando al tuteo ya que estaban en la intimidad.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Mi propuesta es seria.

—Está bien. Escucho. Reconozco que me intriga tanto misterio.

—A pesar de tu renuencia, quiero casarme contigo. Por esa razón nos reuniremos con tu tutor y abogado. Intentaré convencerte de mis buenos propósitos y él de resolverte las dudas.

—Nunca imaginé una declaración de matrimonio tan fría —se quejó Mariela, indecisa entre sentirse halagada o agraviada.

—Yo tampoco pensé en enamorarme de una mujer tan difícil que antepone una empresa de costura al amor. He decidido actuar de forma atípica. En cuanto a ti, ¿alguna vez te decidirás a abrirme tu corazón? Es como si esos corsés que

llevas puestos aprisionaran algo más que una cintura.

—Eres cruel. No te basta con haberme encadenado con deseos y sueños imposibles, sino que me exiges que los convierta en palabras. Si no me he mostrado generosa, ha sido por superstición. Cuando los pensamientos se transforman en palabras en nuestra boca, son irrevocables. ¿Quién no conoce el peso de una palabra dada? No se trata de falta de pasión, sino de temor a no poder retroceder. Me duele más allá de lo concebible encorsetar el corazón, que salta y clama por su libertad siempre que te cruzas en mi camino. Pero el sentido común me plantea: ¿a qué precio?

—Dejémoslo ahí —interrumpió Pablo las reflexiones—. Mañana confío en inclinar la balanza del lado del corazón. Volvamos con los demás antes de que nos echen de menos.

57

Era la mañana más importante de su vida porque había quedado con Mariela en el despacho de los Alvear, sus tutores. No sería fácil, pero era la última posibilidad para convencerla. El nerviosismo lo causaba el miedo al fracaso, algo en lo que procuraba no pensar. No concebía esa posibilidad. Veintiséis de julio de mil ochocientos setenta y seis, un año para figurar en los anales de su vida. Para bien o para mal.

Aurelio Alvear, era mayor que su primo Roque, de la rama de los abogados, y había otro primo que había participado en la fundación del Banco de Santander. Era una familia extensa y bien posicionada en la sociedad santanderina. Roque contaría en un futuro con la sustanciosa herencia de la hermana de su madre,

viuda y sin hijos, que lo había acogido y lo había criado tras la repentina muerte de sus padres.

Aurelio era un hombre con fama de correcto y de justo. Cuando le habló de sus sentimientos y de su pretensión de contraer matrimonio con Mariela, se mantuvo firme en el respeto de la voluntad de la mujer y eso le gustó a Pablo, pese a que iba en contra de sus intereses. Mariela había escogido un buen tutor. No obstante, Aurelio se avino a hacer de mediador a la vista de las alegaciones de Pablo, pero antes lo consultaría con su pupila.

Mariela lo amaba; en caso contrario no habría aceptado y, seguramente, confiaba en que la convenciera. Un escribano lo introdujo en el despacho de Aurelio, donde Mariela aguardaba sentada con el precioso vestido blanco con remates negros que ya le había visto en otra ocasión en el banco, acompañada de Ernesto.

Tras los saludos acostumbrados, tomó asiento en una silla de brazos junto a Mariela y frente a Aurelio; en medio, se interponía una mesa de caoba con un par de juegos de tinteros y una colección de plumas preparadas en el centro; a derecha e izquierda, se acumulaban papeles y legajos. La luz entraba por una ventana lateral que sorteaba unos cortinones de terciopelo azul, recogidos con un grueso cordón de hilos de seda retorcidos, y se perdía en los estantes que cubrían las paredes de forma agobiante. Allí primaba la eficacia, no la decoración.

—Pablo Torres, aquí presente, desea demostrar su buena voluntad a la señorita Escalante y, por tanto, deja que ella decida sobre las estipulaciones matrimoniales, en caso de ser aceptadas. Yo, como tutor de la señorita, responderé a todas las dudas que surjan y siempre obraré a favor de mi pupila —informó don Aurelio con la formalidad que requería el momento—. Procedamos: la sociedad conyugal contempla dos formas: separación absoluta de bienes propios y gananciales, sobre los que el marido es el administrador de ambos; o bien, el sistema, más común, de gananciales, que se dividen por la mitad entre los cónyuges y que el marido administrará igual que en la anterior opción. Mariela, como tutor, le aconsejo la primera opción. La naviera Torres es fuerte, su taller de costura acaba de empezar y con unos beneficios que ya me hubieran gustado a mí. En este caso, los dos se encuentran en una buena posición económica. Mariela, todavía débil, pero con un gran futuro si piensa seguir adelante.

—De acuerdo, escojo la separación de bienes —aceptó Mariela. El abanico cerrado que sujetaba con ambas manos era la única pista que se le ofrecía a Pablo sobre el nerviosismo de su dueña.

—El señor Torres acepta las capitulaciones matrimoniales que usted desee establecer. A causa de la separación de bienes, le informo al señor Torres de que la casa en la que se ubica el taller de la señorita está debidamente registrada a nombre de mi pupila en el Registro de la Propiedad; y en el Registro Mercantil,

la empresa propiamente dicha, y que deberá respetarse. La señorita Escalante no aporta dote...

—Se la ofrezco yo —interrumpió Pablo.

—No es necesario... —empezó a decir Mariela.

—Sí lo es. No te casas con un pelagatos y tendrás tu dote.

—Pablo, no es cuestión de dinero —objetó Mariela.

—Lo sé, es cuestión de confianza —declaró Pablo—. Siga, don Aurelio, ya estableceremos la cuantía, pero yo otorgaré la dote de la novia que, por cierto, será inestimada. Ella misma la administrará y gozará del usufructo, con mi permiso previa firma, por supuesto —puntualizó Pablo.

—Bien. Continuemos con las aportaciones de la mujer: la dote que ya dilucidaremos la cuantía y los bienes parafernales que aporta fuera de la dote que son el taller y la casa que ocupa. Mariela, aquí la ley se contradice. Por un lado, le asegura que usted conservará el dominio de esas aportaciones y su administración; pero, más adelante, recuerda que no puede actuar sin licencia de su marido. No obstante, el señor Torres le concede permiso indefinido por escrito.

Mariela se inclinó ante la hoja que le presentaba don Aurelio. Pablo constató que el pulso le temblaba y la tez mostraba una palidez inusual. Se revolvió inquieto en el asiento. Le molestaba que no dejara traslucir lo que pensaba o sentía, aunque presentía que estaba conmovida.

—Ahora vamos con el contrayente —prosiguió don Aurelio—. Las arras que ofrece a la novia suponen el diez por ciento del valor de los bienes del marido y la ley hipotecaria de 1869 establece una hipoteca legal a favor de las arras donadas. Los alfileres usted decidirá la cuantía anual para...

—¿De verdad? —interrumpió Mariela perpleja—. ¿Me vas a pagar mis trajes? Por primera vez sonrió y Pablo no desaprovechó la ocasión.

—Bueno, si no me cobras los trajes —la tuteó por primera vez en público—, yo no te cobraré el pasaje o la carga de telas en mis barcos.

La carcajada de Mariela liberó la tensión y quebró la formalidad que se había instalado en el despacho desde que entró.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Es día de mercado?

—No sé, dímelo tú —retó Pablo, entre divertido y aliviado ante el giro inesperado que había tomado el humor de Mariela.

—Mirad, a mí las arras, los alfileres o las bolsas de dinero para gastos de la casa me dan igual. Arregladlo como queráis. Lo único que deseo es el control de mi taller.

—Seamos francos —propuso don Aurelio—. Mariela, usted no es tonta, conoce la ley tan bien como nosotros. La última palabra siempre la tendrá el marido, sobre usted y sobre sus bienes. Por otra parte, el señor Torres es un hombre de buena familia y con una posición económica desahogada y se compromete a respetar su derecho a administrar sus bienes de forma

independiente y como usted desee.

—¿Y si van las cosas mal en el matrimonio? ¿Y si me es infiel? ¿No intentará perjudicarme económicamente?

—Mariela, comprendo que lo que has sufrido durante la vida te haya vuelto recelosa. No puedo cambiar lo que te ha sucedido. Yo, por mi parte, haré lo posible por hacerte feliz y respetar tu deseo. No puedo adivinar el futuro pero, si algo fuera mal, Dios no lo quiera, seré consecuente con mi naturaleza, que no es otra que la de ser justo con las personas más débiles. Mucho tendría que cambiar para robar el producto del trabajo de otra persona, aunque la ley me ampare.

Se hizo un silencio. El calor le pareció agobiante a Pablo a causa de la ansiedad, no deseaba apremiarla. Sus manos apretaban el abanico y lo soltaban para volverlo a apretar. Los guantes impedían calcular la fuerza, pero no el nerviosismo. Había cerrado los ojos. ¿Qué pensaba con tanta concentración? ¿Qué analizaba? ¿Por qué era tan difícil? Durante esos minutos se le ocurrió ponerse en su lugar: ¿y si la ley les entregara a las mujeres la potestad de administrar el dinero familiar y las empresas, restándoles a ellos ese poder? ¿Cómo se sentiría si su vida dependiera de lo que decidiera una mujer, de su administración? ¿Y si necesitara de su permiso para acceder al banco, para salir a la calle, para trabajar, para comprar?

—Angustiado, despersonalizado, humillado ante la injusticia y la falta de reconocimiento —expresó en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó don Aurelio asombrado.

Mariela lo miró inquisitiva.

—Me preguntaba cómo me sentiría si estuviera en el lugar de una mujer.

Don Aurelio lo contemplaba perplejo y Mariela reaccionó.

—Te confío mi vida porque sabes lo que vale —declaró sosteniéndole la mirada, con la cabeza alta, los ojos anegados de lágrimas y una suave sonrisa esbozada en los labios.

El pecho de Pablo se expandió y le vino un vahído ante la emoción. Extendió las manos y cogió las suyas, aferradas al despojo de abanico, en un intento de transmitirle tranquilidad y confianza.

—Prepare los papeles tal y cómo se ha estipulado. Le enviaré la cuantía de mis bienes y el de la dote. Cuando los tenga, que los revise Mariela y que firme primero, luego firmaré yo.

58

Mariela se desabrochó el fino corsé de encajes, liberando el pecho y las carnes para sentir las manos de Pablo como yesca que enciende el deseo. Él la ayudó con la falda y el polisón, Mariela le desprendió del chaleco, de la camisa y acarició, ávida, el torso soñado, sobre el que había dormido segura. Pablo recorrió la piel caribeña, rica en sol y dulzura, con la suavidad de los labios y saboreando los matices de azúcar y ron. Mariela reconoció el mar encrespado y violento tallado en cada músculo del marino, el olor penetrante a yodo de las

algas y el sabor a sal de la piel. Los cuerpos se unieron, voluptuoso el de ella y firme y entregado el de él. Mariela, con la lentitud del tiempo cubano; Pablo, con la ansiedad del viento norteño. Ella puro goce, él pura contención. Buscaban el deleite con la premura del principiante, con el afán del deseo no satisfecho, con la avidez del hambriento, con la ilusión del premio final: la entrega total, el éxtasis de la unión. Traspasó la virginidad y se introdujo en lo inexplorado, vibrante, acogedor, vivo, que respondía a sus embates rítmicos al unísono con los gemidos que exhalaba, con la exigencia del arrebató y con la única ambición, por ambas partes, de ser uno: perdidos en las miradas, sordos a las palabras, insensibles al mundo, generosos de besos y placer, con el tinte rojizo del amor en la piel.

Exhaustos, se entregaron al abrazo sudoroso, tierno y agradecido del amante. La consciencia regresó de allá adonde fuera. La habitación se vistió de realidad y los sentidos, agudizados, recobraron la actividad relegada.

A causa de la llegada y estancia del rey en la ciudad, había cerrado el taller los tres días, desde el viernes veintinueve al domingo treinta y uno de julio. La semana había transcurrido en medio de la incertidumbre ante la reacción de las familias cuando les comunicaron el compromiso. Nadie había puesto objeciones, pero fue evidente el desconcierto por el anuncio tan inesperado. Mintieron sobre el conocimiento previo en Southampton y sobre los bailes y paseos que habían compartido en aquellas tierras, dispuestos a llevar adelante el noviazgo a pesar de la incredulidad de los progenitores de él y de los tíos de ella.

—¿Cuándo será la fecha de la boda? —El aliento de Pablo sobre el cuello le erizó el vello.

—La primavera es una bonita estación.

—¿Estás de broma? —A Pablo se le frunció el ceño—. A ver, vuelve a intentarlo. ¿De verdad es importante la estación del año? —conminó Pablo sin separarse de ella.

—No. ¿En invierno?

—Déjame una llave y nos encontraremos aquí todos los domingos.

—¿No es indecoroso?

—¿Quedar? No. Para lo que tengo pensado, le acomoda mejor el término de indecente, pero espero convencerte para adelantarlo al otoño.

Mariela rio con ganas.

—¿Es así como vas a protegerme? ¿Permitiendo que las lenguas de la ciudad se desaten ante tanta premura para una boda? Pues vaya negocio que he hecho confiándote mi vida.

—¿No me deseas? —Se alejó Pablo preocupado y Mariela percibió el frío de la separación.

—¿A ti qué te ha parecido? La Inmaculada es una fecha adecuada. Se hablará de las prisas, pero no en malos términos. ¿Cómo no te voy a desear? No soy de piedra y te quiero. Pero los medios para no dejarme embarazada no son infalibles.

—¿Qué sabes tú de eso? Eres, mejor dicho, eras virgen.

—Sí, pero no estúpida. —Mariela sonrió a la vez que movía la cabeza con incredulidad—. ¿Y tú eres el marino? ¿Cómo crees que algunos hacendados aumentan la mano de obra de forma gratuita?

—¡Dios mío, Mariela! ¡Cuánto siento que hayas vivido todo eso! No me extraña que receles tanto de los hombres.

—En eso, creo que estaba equivocada. Mi tío es encantador. En él pensaba en el despacho de don Aurelio, tan opuesto a mi padre. Ahora me explico que no se cartearan, no compartían criterios. El comisario Rojas, un hombre peculiar, con una sensibilidad acorde con su carácter. Y tú. Hay hombres que merecen la pena, igual que hay mujeres que son unas auténticas arpías. El problema es encontrar la gente afín al carácter de uno. Mi padre y mi hermano, obviamente, no lo eran para mí.

—Me alegro que no nos incluyas a todos en el mismo saco.

—Eso me convertiría en una amargada. ¿Me has visto cara de avinagrada? —se preocupó falsamente.

—Desde que te conocí, sólo he visto ilusión en tus ojos, orgullo en tus maneras, determinación en tus decisiones; por eso me enamoraste.

—Desde que te conocí, me he abrigado con la audacia, la seguridad y la fuerza que imprimes a tus actos; he quedado prendada de tu espíritu burlón, retador, divertido, constante, con el que demoliste mis dudas, mis reparos, mi

inseguridad; por eso me enamoraste.

El beso no fue contenido, sino apasionado, desbordado, se comieron los labios y Pablo le mordió el lóbulo de la oreja, jadeaban, se ahogaban en el deseo. Mariela se estremeció una vez más bajo la caricia de la mano generosa que recorría, ilusionada, el cuerpo recién despertado al amor. Había experimentado lo que se sentía al morir de día y anhelaba de nuevo el fuego que encendía a la apasionada mujer que habitaba dentro.

El cuerpo voluptuoso se ofrecía a los labios sonrientes que se aproximaban amenazantes y llenos de promesas placenteras. Tumbados sobre las níveas sábanas de la alcoba del taller, cerrado al trabajo que no al goce carnal, prohibido y pasional, retozaban indolentes y sin prisa. Mariela se enredó en el amante cual hiedra, exigiendo la tempestad de sensaciones, la lluvia de besos, la fuerza ardiente y embriagadora que arrancaba jadeos hasta el cálido derrame.

El sol de mediodía, lujurioso, recorría el suelo de la sala y se coló en la alcoba, que conservaba las puertas abiertas de par en par, para lamer los pies de los amantes abrazados, sudorosos, sonrientes, de miradas íntimas y cómplices, conscientes de haber transgredido una de las reglas que sustentaban los pilares de la sociedad ordenada, impenitentes y renuentes a la enmienda.

Mariela observó a la dorada luz del día el cuerpo entregado, recorrió con la punta de los dedos los músculos, se deleitó con la suavidad de la piel. Sentía la prisión de sus piernas y el peso de su cabeza sobre el pecho y, aun así, lo notaba lejos: ya no eran uno, ya no estaba dentro, ya lo extrañaba.

—La boda, el día de la Inmaculada —pensó Pablo en voz alta.

—Un poco lejos, ¿verdad? —admitió Mariela enredando los dedos en el vello del pecho masculino. Pablo se sonrió victorioso—. ¿Cuál sería la fecha más cercana y prudente?

—Si es cercana, no es prudente, pero no estoy dispuesto a plegarme a las conveniencias sociales —confesó Pablo—. La de Julia es en septiembre. Respetaremos su enlace. Anunciaremos el nuestro para octubre, ¿el día de Nuestra Señora del Rosario? Las malas lenguas se desatarán, pero si lo anunciamos ya, comprobarán en dos meses que no habrá descendencia ni escándalo.

—¡Hum! Las mujeres somos unas víboras. Dirán que lo he perdido. Siempre quedará la duda. Pero si no lo hacemos así, al final será una realidad el asunto del vástago.

—Repetiremos que nos conocimos en Southampton, que coincidimos en

veladas musicales y bailes, que lo mantuvimos en secreto ante la inevitable separación hasta que fuera posible el reencuentro. ¿Suena convincente?

—Me da miedo, señor agente. ¿Sabré hacerlo tan bien como usted?

Pablo acarició su piel y perdió la mano bajo la espesa cabellera hasta llegar a la nuca. La atrajo hacia él y la besó largamente.

—Seguro que lo hace usted mejor, si no quiere perderse placeres como éste.

Se encontraban recogiendo la habitación cuando las campanas de la ciudad repicaron como si fuera fiesta.

—¡El rey! —recordó Pablo—. Vamos a asomarnos, pasará por aquí abajo.

A la una de la tarde entraba en la estación el tren en el que viajaba su majestad, Alfonso XII, con su hermana, la serenísima señora infanta doña Isabel de Borbón y Borbón, princesa de Asturias, condesa viuda de Girgenti. Las autoridades y las personas de la nobleza local recibían a su majestad y a los componentes del gobierno bajo la Marcha Real, que tocaba la banda de música del Regimiento de Saboya.

Una larga hilera de coches aguardaban a las personalidades que acompañaban al rey. Cánovas del Castillo ayudó a la princesa de Asturias a subir a la carretela donde ya los esperaba el general La Serna. Alfonso XII montó su caballo blanco y encabezó la procesión de militares, civiles y nobles que los acogían. En la bahía, la fragata *Blanca* y la goleta *Caridad* se unieron al recibimiento disparando salvas. La comitiva desfiló por la calle Méndez Núñez, por debajo del humilde caserío de san Pedro y del vetusto y señorial de la Rúa Mayor.

Mariela asistió con el corazón rebotante de dicha, con el hombre, nunca soñado, a su lado. ¡Cuánto había cambiado su vida en los últimos meses! Se le anegaron los ojos a la vez que agitaba el pañuelo blanco.

—Vámonos. Esta noche la ciudad llenará el Teatro Principal en su honor —recordó Pablo.

Epílogo

En casa de los Torres sufrían una revolución. Las mujeres gritaban nerviosas, nada les parecía bien, no encontraban las medias, los bucles no se rizaban, los lazos no caían con gracia. Pablo se retiró al salón junto a su padre.

—Acaba de empezar la visita y ya estoy deseando que termine —comentó don Manuel sin humor.

—Es el primer día. Se cansarán. ¡Vaya drama para asistir al teatro! —convino

Pablo serio.

—¡Ja! —exclamó sin reírse—. Eres un ingenuo. La resistencia de las mujeres es legendaria.

—¿No son el sexo débil?

—Eso es una milonga para los pobres incautos. ¡Ah! Y no se te ocurra poner alguna pega al atuendo. Estén como estén, finges que te ciegan con sus plumas.

Pablo sonrió ante la preocupación de su padre.

—Sé comportarme.

—Nunca es suficiente. Te exigirán que se lo repitas veinte veces por el camino. Hazlo, si deseas tener la fiesta en paz.

Puntualmente, bajaron doña Emilia y sus hijas emperifolladas para asistir a la representación teatral en honor de su majestad.

—¿Y la familia Escalante? —se preocupó doña Emilia—. ¿No se puede retrasar un poco la fecha del enlace?

Doña Emilia había luchado por inculcar un poco de sensatez en la decisión de los enamorados sin éxito, pero no por ello cejaba en su empeño.

—Ya está hablado y decidido, querida, no insistas —medió don Manuel—. Seguro que, con tu habilidad natural, dejarás muy clara la pasión desbordante de los contrayentes entre nuestras amistades. Los palcos estarán a rebosar. ¡Vamos, que se hace tarde!

—¡Uf! Cómo está vuestro padre últimamente. No me deja ni respirar —se quejó doña Emilia a sus hijos.

El coche los aguardaba en la puerta. Acudían con tiempo para evitar, por una parte, atascos y apreturas en la entrada ante la asistencia masiva; por otra, a los curiosos que se detendrían en la calle para vitorear al rey y a su hermana la princesa de Asturias.

A pesar de llegar con una hora de antelación, ya se había formado una cola de carruajes para dejar a los pasajeros sobre la alfombra de acceso al teatro. Cuando les tocó el turno, descendieron. La fachada era sobria, neoclásica, en contraste con el interior, lujosamente pintado y decorado. Con una capacidad para ochocientas personas estaba distribuido en tres órdenes de palcos, una galería alta en la circunferencia y una platea en el centro; abajo, el patio de butacas.

Pablo se adelantó a la familia, que se detenía para saludar a los conocidos. Los espectadores no se apresuraban a ocupar su sitio, ya que habían llegado temprano, y se quedaban en los pasillos comentando los avatares de la visita real.

Localizó a los Alvear y se acercó a saludar a don Aurelio y a su mujer, a quienes Roque acompañaba.

—Enhorabuena. Lo conseguiste. Ahora te toca tirarme un cabo —sonrió Roque llevándolo aparte—. Estoy cansado del mar y de ver cielo. Aquella idea de aventura, de viajar, de conocer mundo, se ha convertido en rutina y aislamiento. Me sentía atrapado entre los hierros del vapor hasta que tu hermana me presentó, sin saberlo, la solución. Me gusta la idea de la fábrica de conservas en aceite. Le he pedido los recortes de periódico y he indagado en Bilbao. Y, ¿sabes de lo que me he dado cuenta? —No aguardó la respuesta de su amigo—. Que es la ilusión la que me ha sacudido y revivido. Sin ilusión morimos poco a poco. Todo lo que imagines o emprendas se convertirá en rutina si careces de ilusión. ¿Qué es la ilusión? Lo que te obliga a desear vivir, proyectos, metas, imaginación. Carmina me ha devuelto la ilusión.

—¿Enamorado del terremoto de mi hermana? —se asombró Pablo.

—¡Qué bien suena! Terremoto es la palabra que la describe, como vendaval. Es joven, con ilusiones, esa palabra mágica que la hace vibrar.

—Si la conoces desde niña.

—Más a mi favor. No habrá secretos entre nosotros.

Pablo rió con ganas y su carcajada se perdió en la multitud que los acompañaba en el pasillo, así que no atrajo la atención.

—Me encantará ser tu cuñado. Aprovecha la racha, que tengo a mi padre metido en el bolsillo, aunque ignoro por cuánto tiempo.

No hubo ocasión de hablar más, pues se aproximaban las hermanas Torres con las primas Escalante.

Mariela lo dejó sin aire. Lucía un vestido línea princesa en color rosa palo, sin corte en la cintura y ajustado a las caderas y sin mangas, en su lugar, unos largos guantes con muchos botones. El recogido de detrás caía más bajo de la cadera y a partir de ahí surgía una cola de sirena con una gran profusión de encajes. No era el primero que veía, pues en Inglaterra ya se exhibían por los salones, pero sí en Santander. La cubana se había propuesto llamar la atención y lo iba a conseguir. Por de pronto, allí, de pie en el pasillo, atendía a las señoras y señoritas que se detenían a saludarla o a presentarle a otras amigas que no la conocían, y de paso, observaban más detenidamente el modelo. Mariela, sin ningún rubor y con aplomo, les relataba el origen del nombre y explicaba el furor que había despertado en los salones extranjeros más sofisticados. Pablo se apoyó en la pared y la contempló en su salsa, contoneándose y girando para que

las posibles clientes captaran los detalles y matices que ofrecía el modelo. Cuando quiso darse cuenta, Mariela desapareció de su visión en medio de un revuelo de mujeres. Su padre se acercó con el señor Cantolla, padre de Ventura.

—¡Qué barbaridad! Así que ésa es la mujer del taller que trae de cabeza a todo el elemento femenino de la ciudad. ¿Habéis visto qué vestido?

—Precioso —se adelantó Pablo a su padre—. Están de moda en Inglaterra.

—No lo pongo en duda —corroboró el señor Cantolla—. ¿Cuánto costará? Es para ir preparando el bolsillo.

Rieron la salida del buen señor y se enzarzaron con los vecinos de palco en una discusión sobre la nueva Constitución que se había aprobado el pasado mes. Mientras tanto, el teatro se iba llenando de gente y el murmullo de voces se convertía en una escandalera. Un cuarto de hora antes de que comenzara la función, sonaron los timbres en los pasillos y las voces se sustituyeron por el ruido de las sillas. Pablo ayudó a sentarse a las jóvenes y dejó a su padre con los tíos de Mariela. La última en entrar fue su madre y, una vez acomodada, tomaron asiento los caballeros. Él permaneció de pie, recorriendo con la mirada los demás palcos.

—¿Tienen anteojos de teatro? —preguntó solícita doña Emilia.

—Sí, gracias —contestó Mariela y sacó del bolsillo unos en oro y marfil que alargó a doña Pura.

Los tíos de Mariela estaban un poco cohibidos. A su juicio, se notaba la mano del taller en los atuendos que llevaban con gracia. Pablo ya había tenido ocasión de hablar con ellos cuando fue el incendio y, después, cuando les comunicaron el compromiso. Don José se mostró seriamente preocupado por el futuro de Mariela, como si de una hija más se tratara, y eso le agradó. No estaba tan sola como ella pensaba. También había sido informado de la mudanza de la familia a la calle Isabel La Católica, que llevarían a cabo en octubre, unos días antes de la boda de la sobrina.

La Marcha Real indicó la llegada de su majestad, acompañado por las autoridades nacionales y locales. Los hombres los recibieron de pie y, cuando sus majestades terminaron de sentarse, hicieron lo propio.

Durante el segundo descanso, sucedió lo inesperado. Un ujier llegó con una nota para la señorita Mariela Escalante.

—¿Un billete? —preguntó Carmina—. Seguro que es de un admirador.

A Pablo le tembló el corazón, pues el teatro era un lugar de encuentros de ese tipo, ya que la presencia de amigos y de familiares tapaba cualquier

indiscreción.

—No —negó Mariela y se llevó una mano al corazón—. Es una invitación para saludar a su Alteza Real, la princesa de Asturias.

Las exclamaciones ahogadas de las mujeres Torres y de Ana atraieron la atención de los palcos vecinos. Doña Emilia se apresuró a sacarlos de la ignorancia, deseosa de realzar la importancia de su futura nuera.

—Permíteme acompañarte —se ofreció Pablo, consciente de la declaración pública de intenciones que supondría socialmente.

—¡Oh, Mariela! ¡Qué suerte! —exclamó Ana.

Mariela aceptó el brazo y Pablo le abrió paso hacia el palco real. Por el camino, advirtió cómo se convertían en el centro de las miradas y de los comentarios. A él también le intrigaba la invitación.

Los recibió en el mismo palco, delante de todo el teatro. Pablo observó la perfecta reverencia de Mariela y el rápido parloteo entre las mujeres. Mariela sonreía con naturalidad, sin aspavientos o exageraciones, se movía con elegancia y sin nervios, como si hubiera nacido en la Corte. Era una mujer segura, acostumbrada a conseguir lo que quería. Fue el momento que aprovechó Cánovas del Castillo para felicitarlo por su colaboración con el gobierno en asuntos delicados y para presentarlo al rey.

De regreso al palco, fueron detenidos por los curiosos que deseaban saludarlos y, de paso, obtener noticias sobre el encuentro. Entre risas y pleitesías, lograron reunirse con la familia.

—¿Sobre qué habéis hablado? Estoy sobre ascuas —reconoció doña Emilia. Doña Pura y don José la miraban con los ojos como platos.

—El domingo por la mañana la recibiré de forma exclusiva en el taller —soltó Mariela con una gran sonrisa de satisfacción.

—¡Enhorabuena! Van a hacer cola durante el mes de agosto para esa colección de invierno —exclamó Julia.

Mariela sonrió feliz y Pablo se sintió orgulloso de su triunfo.

Terminó la representación y se pusieron de pie para despedir al rey y a la princesa de Asturias. En cuanto abandonaron el palco, salieron al pasillo que se encontraba abarrotado. La masa de gente los empujaba hacia fuera, donde se había formado un tapón a causa de la espera de los carruajes. El público de la galería se alejaba a pie y el de los palcos aguardaba los coches, que desfilaban despacio por la estrecha calle. Llegó primero el coche de los Torres y Pablo se quedó con la familia Escalante para afianzar el rumor del próximo enlace.

—Avelino me llevará después de dejarlos a ustedes —aclaró.

Tras veinte minutos de espera y de felicitaciones de las clientes que tenían más confianza con Mariela, subieron al coche de alquiler. Llegaron a la calle de la Blanca y Pablo bajó para ayudarlos a descender. Los señores, con Ana, se adelantaron y Pablo aprovechó, mientras doña Pura rebuscaba la llave en el bolsillo, para besar fugazmente a Mariela.

—No me regañes —susurró Pablo—. ¿Sabías que el amor es un secreto de belleza?

—Es una forma de decir que el amor maquilla las imperfecciones de la persona amada —replicó Mariela con una sonrisa.

—Pues debes de ser muy hábil con el maquillaje porque te encuentro perfecta embutida en ese vestido que deja muy poco a la imaginación.

—El experto en maquillaje eres tú y mi vestido deja todo a la imaginación. Está confeccionado para despertar los sentidos.

—Los tengo a flor de piel, el problema es que también se los has despertado a otros.

Mariela rio abiertamente y, meneando la cabeza, siguió a su familia sin contestar, con el corazón alborozado.

Nota de la autora

La acción transcurre en la ciudad de Santander en el año 1876. Por esta razón, el lector no reconocerá ni encontrará en los planos o en Google Earth muchas de las calles mencionadas. En febrero de 1941, la ciudad, durante un día de viento sur, sufrió uno de los peores incendios que se recuerdan en la historia. Asoló el centro histórico y quedaron en pie los edificios de piedra como la catedral, la iglesia de la Compañía y el Instituto de Santa Clara, que se nombran en la novela.

Perdura, asimismo, la calle del Puente, aunque ya no existe el puente que diera lugar a la designación, que partía de la iglesia de la Compañía, cruzaba lo que hoy día es la calle Calvo Sotelo y llegaba hasta la torre de la catedral, que conserva el pasadizo por debajo de la torre para acceder a la actual plaza del Obispo, que sustituye a lo que fuera el inicio de la Rúa Mayor.

Dicen que no hay mal que por bien no venga, así que se aprovechó el incendio para remodelar el trazado urbano y abrir dos vías de comunicación entre el centro y la plaza de las Estaciones o la bahía, por lo que se demolió

parte de la loma que impedía el acceso directo y se abrieron las calles actuales de Lealtad e Isabel II. Este desmonte se puede apreciar si nos situamos en la calle transversal de Emilio Pino, el alcalde artífice de esta obra, y observamos la escalinata de acceso a la plaza del Obispo a un lado y la escalinata de acceso a la actual Rúa Mayor —lo que queda de ella, pues la mayor parte de esta calle se perdió con la demolición— en el lado opuesto.

Sin embargo, la Cuesta del Hospital y de Garmendia, situadas frente al ayuntamiento, con todo el caserío hasta la calle de Rúa Mayor o calle Alta, han llegado casi intactas hasta nuestros días y nos permite hacernos una idea de la estrechez de las calles y de lo que el fuego consumió.

Agradecimientos

El proceso de documentación de esta novela ha sido particularmente laborioso, no sólo por recuperar una ciudad que ya no existe; sino también, por la cantidad de detalles necesarios para conducirla a buen puerto.

La búsqueda del escenario ideal para el contrabando en la bahía me permitió disfrutar de un día maravilloso en el barco de mi tía Ana, que me acercó a la isla de Mouro y la zona de los Tranquilos en Loredó. Pero fue la inestimable ayuda y el conocimiento sobre la isla de Jorganes de José Luis Castillo, quien, anteriormente, me había prestado la imagen de su barco para la novela de *Tú, como el viento sur*, lo que me llevó a decantarme por aquel lugar como centro del contrabando. Desde estas líneas, me permito un recuerdo para Loli, quien no se perdía ninguna de mis novelas.

El taller y los vestidos también dieron su guerra y para ello conté con la colaboración desinteresada de María José Mínguez Ruiz, quien regenta una academia de Corte y Confección y es el alma de los Baños de Ola del Sardinero.

En cuanto a la situación jurídica de la mujer en 1876, Carmen López Rendo, titular de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo y abogada matrimonialista, me asesoró sobre la época y me recomendó dos tesis doctorales sobre el tema que menciono en la bibliografía que ofrezco en mi página web: www.elenabargues.com.

A mi equipo habitual de lectores, críticos, correctores y animadores, mi hermano Fernando, mi hija Isabel, Flor y Blanca, se ha unido la escritora, Jane Kelder, cuya amistad y colaboración es cada vez más estrecha.

Es la segunda ocasión que cito a Ramón Villegas en unos agradecimientos.

La primera vez, como autor del libro sobre las guerras carlistas en Cantabria que sirvió de soporte para mi novela *El valor de una condesa*; y ahora, como editor de la novela que sostiene entre sus manos.

Y no me olvido de mis lectores, de los que andáis pendientes de mis publicaciones y os interesáis por ellas, gracias por vuestra dedicación y espero que disfrutéis con esta nueva entrega.